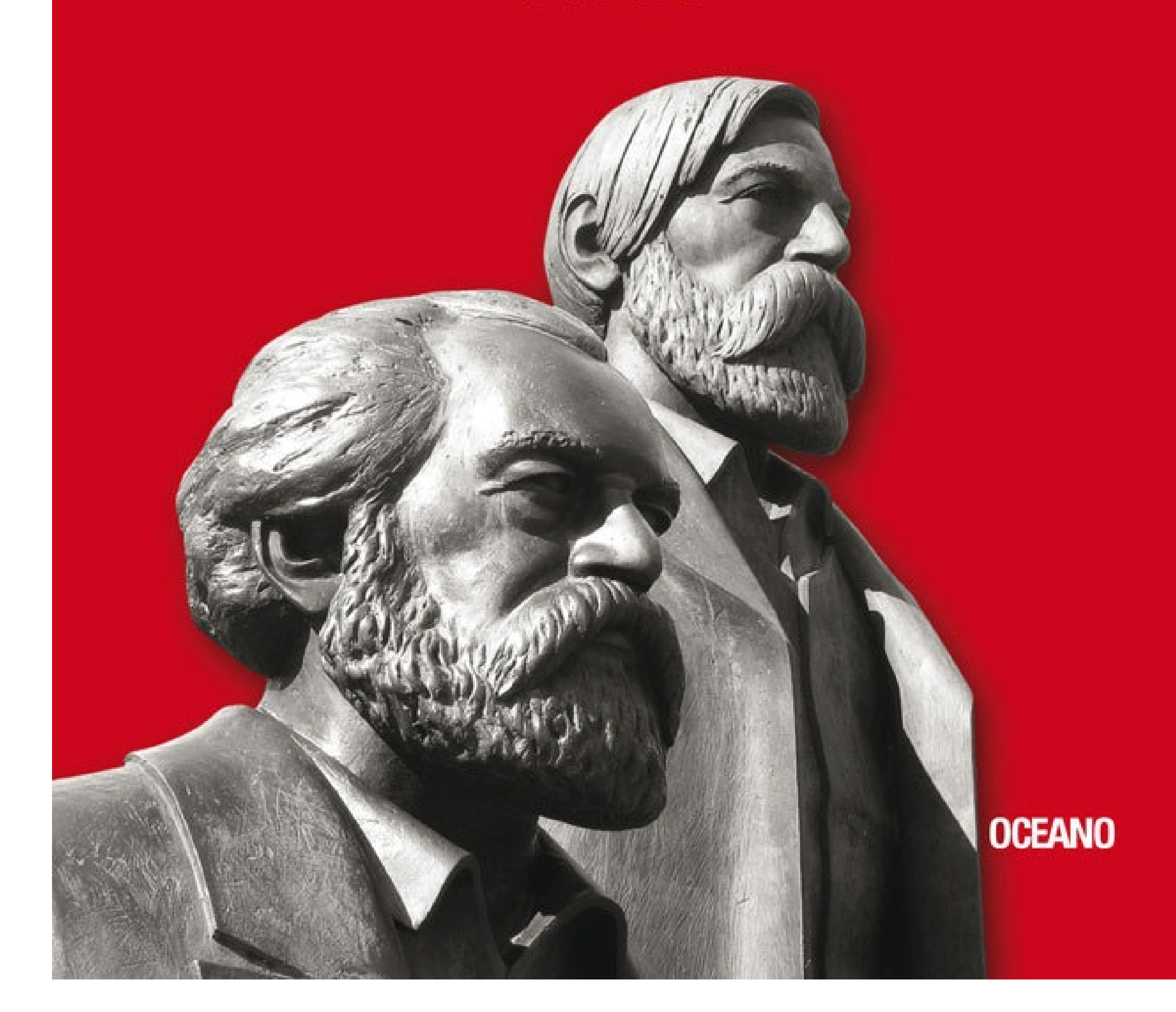
CARLOS ILLADES

LA INTELIGENCIA REBELDE

La izquierda en el debate público en México 1968-1989

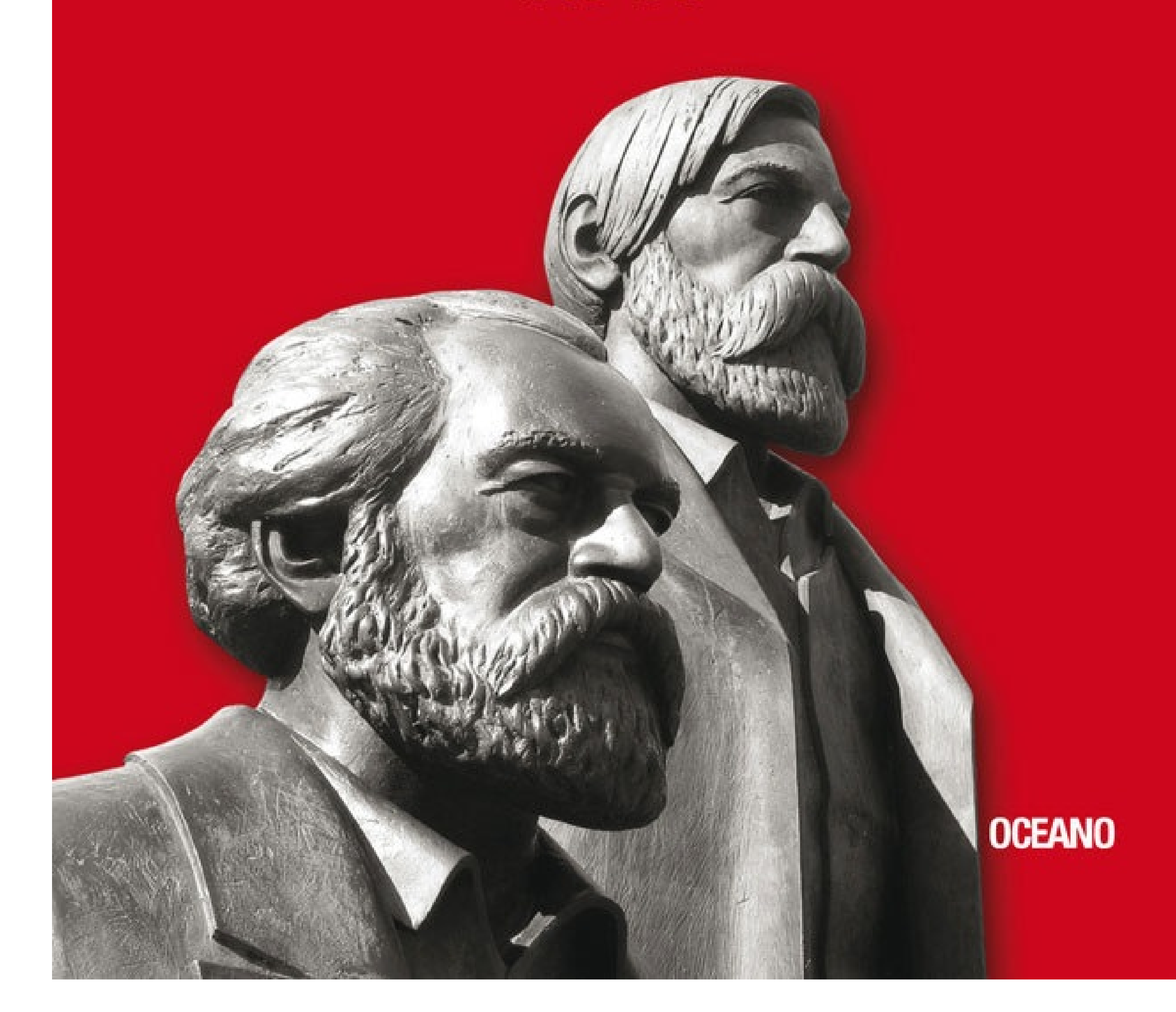


OCEANO

CARLOS ILLADES

LA INTELIGENCIA REBELDE

La izquierda en el debate público en México 1968-1989



OCEANO

CARLOS ILLADES

La inteligencia rebelde

La izquierda en el debate público en México 1968 – 1989

OCEANO

Carlos Pereyra (1940-1988)

Bolívar Echeverría (1941-2010)

in memoriam

El liberalismo político y económico, por separado o en combinación, no pueden proporcionar la solución a los problemas del siglo XXI. Una vez más, ha llegado la hora de tomarse en serio a Marx.

Eric J. Hobsbawm

PRÓLOGO

Δ

Sea como cuerpo de ideas (Berlin) o como pasiones que impulsan la acción (Furet), la historiografía liberal atribuye al romanticismo (en sus versiones nacionalista y revolucionaria) los horrores del siglo pasado. Para aquél, “la nueva concepción romántica de los valores sustituyó la moral de la consecuencia por la del motivo, la de la efectividad en el mundo exterior por la de la vida interior”, provocando en la conciencia occidental un efecto tal “que nada ha sido igual después de éste”. De acuerdo con Furet, la fe decimonónica en las leyes de la historia, el sustituto secular de la omnipotencia divina, y la confianza ciega en la voluntad de los hombres agregados en “masa” daría al siglo XX el funesto legado de “las locuras políticas nacidas de esta sustitución”, que convirtió la solución de la “cuestión social” únicamente en la coartada de los enemigos de la libertad (Arendt), o en una ilusión, como había adelantado Spencer.[1]

Esta lógica excluyente de cualquier alternativa radical al statu quo -basada en la presunción de que las utopías son el embrión del totalitarismo-, sugiere que ante la misma tentación romántica sucumbieron grupos difícilmente conciliables, incluso a veces enfrentados en las coyunturas específicas: jacobinos, independentistas, socialistas utópicos, republicanos, bolcheviques, fascistas, partisanos, libertarios, guerrilleros, jóvenes universitarios, hippies y altermundistas. Un mismo hilo ata a Byron al Che Guevara, a Bolívar con Danny el Rojo.[2]

Para resguardarse tanto de la fatalidad romántica como de la fantasía futurista, Enrique Krauze recomendó a la izquierda mexicana evolucionar “hacia formas europeas -españolas- de acción y pensamiento”, mientras Héctor Aguilar Camín ve su viabilidad en la aceptación del mercado, la democracia liberal y el capitalismo. Sólo de esta manera podría conciliar los ideales (equidad, justicia, fraternidad) con los resultados concretos, disociados o de plano extraviados por prácticas reprobables (violencia, autoritarismo, estatismo), para concluir que “quienes han estado más cerca de alcanzar los fines éticos universales de la izquierda han sido las sociedades guiadas por ideales de ‘derecha’”.[3] Estos, sin embargo, son, en rigor, inconmensurables:

Podemos o bien tratar de organizar la vida política para que todos realicen sus capacidades únicas sin interponerse en el camino de los otros -una doctrina conocida como liberalismo-, o bien podemos tratar de organizar las instituciones políticas de forma que la autorrealización sea en todo lo posible recíproca, una teoría conocida como socialismo.[4]

También olvida Aguilar Camín que algunas de las libertades de las que ahora disfrutamos son producto de las luchas de aquella izquierda -la elección de gobernantes en el Distrito Federal, la despenalización del aborto, el reconocimiento jurídico de las familias homoparentales y diversas políticas de protección social-, por cierto nada coincidentes con los “ideales” de la derecha mexicana.

Como toda formación histórica, la izquierda se mueve dentro de un campo de posibilidades que acota sus opciones. Las experiencias propias y la asimilación de las ajenas, las posiciones y la acción de los adversarios, la naturaleza del régimen político, la capacidad programática, el contacto con los actores sociales, por sólo mencionar algunas, limitan su espacio. En el siglo XIX la hegemonía política y discursiva del liberalismo, fincada en buena medida en la derrota militar de los conservadores, y el tardío desarrollo industrial de donde emanaría la clase obrera (referente y sujeto del socialismo, al menos en su forma marxista); en el XX, la consolidación de un Estado corporativo y autoritario, legitimado por una revolución triunfante y por la expansión económica de la posguerra, además de factores tales como la debilidad de la sociedad civil, la enorme desigualdad social y el escaso acceso a los bienes culturales por parte de una franja considerable de la población, indiscutiblemente configuraron un entorno desfavorable para la expansión del socialismo mexicano y, de manera más general, para la conformación de fuerzas políticas modernas, por lo que vale la afirmación de Hobsbawm según la cual “en América Latina, la política y el discurso público general todavía se desarrollan en los términos -liberales, socialistas, comunistas- de la vieja Ilustración”, pues, en estas sociedades, señala Villoro, “no existen aún las condiciones permanentes para la realización de un consenso racional”.[5]

La izquierda socialista surgió en la segunda mitad del siglo XIX con la integración de pequeños círculos de educación y adoctrinamiento, la edición de periódicos y panfletos (El Socialista, La Internacional, El Hijo del Trabajo, La Firmeza, etcétera) y su acción se manifestó en algunas rebeliones agrarias (la de Julio López, en Chalco en 1868; la de los Pueblos Unidos, en la Sierra Gorda en

1879) y dentro del naciente movimiento obrero (los congresos de 1876 y 1879). Una segunda etapa arrancó con la difusión del anarquismo, el activismo de los hermanos Flores Magón, la edición de Regeneración, y la formación de la Casa del Obrero Mundial. Después de la revolución vendría un nuevo momento con la formación del Partido Comunista Mexicano (PCM) en 1919, la recepción del socialismo de la Tercera Internacional y la creación de las centrales obreras. En la década de 1940 ocurren los primeros brotes de una guerrilla rural y, en los años siguientes, pero sobre todo a partir de 1968, surgen distintas tendencias dentro del movimiento comunista. En los ochenta se fusionan varias de éstas en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM); posteriormente, algunas de las corrientes comunistas con las nacionalistas (no priístas) en el Partido Mexicano Socialista (PMS) y, con las nacionalistas (priístas) en el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Fuera del sistema político se fortalecieron las opciones guerrilleras con la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, y el Ejército Popular Revolucionario (EPR), después de la masacre de Aguas Blancas en el estado de Guerrero.[6]

La izquierda nativa guarda con las latinoamericanas diferencias importantes, sobre todo de énfasis. Por ejemplo, el anarquismo mexicano no tuvo la extensión y fuerza del que arraigó en el Río de la Plata. Tampoco logró una relación tan profunda con los movimientos sociales como ocurrió en Bolivia o con el sindicalismo y las organizaciones campesinas como es el caso del PT brasileño. Esto por no hablar de la intervención en luchas armadas como las centroamericanas o la colombiana, en donde las propias expresiones políticas de izquierda derivaron hacia esas formas de acción. Por último, a diferencia de las izquierdas que ahora gobiernan el subcontinente, la mexicana no pudo (o no le permitieron)[7] alcanzar la presidencia de la República (1988, 2006).

La formación de círculos de estudio y periódicos doctrinales y proselitistas se remonta hasta los inicios mismos del socialismo mexicano. Por lo general, cada tendencia política tuvo su propia publicación, a veces únicamente pequeños tabloides de escasas páginas. A partir de los sesenta, cuando el mercado editorial experimentaba un relativo auge y la cultura nacional se renovaba sobre todo en el campo de las letras con la generación de medio siglo, al esfuerzo de la izquierda por informar y adoctrinar se añadió el de la reflexión teórica, lo que significó un cambio de consideración dentro de las publicaciones socialistas en tanto que la discusión encerrada en los límites partidarios incorporó a un segmento más amplio de lectores, a la colaboración de intelectuales de otras corrientes políticas y permitió conocer a la opinión pública las posiciones de la

izquierda internacional.

Una de las contadas consecuencias afortunadas de la ola de dictaduras militares del subcontinente fue el exilio de una parte de la intelectualidad sudamericana en nuestro país. Al igual que la decisión cardenista de acoger a los refugiados españoles contribuyó de forma significativa al desarrollo de las ciencias y las humanidades nacionales, por la vía docente y las traducciones, la acogida de la inteligencia disidente del Cono Sur benefició a las instituciones de educación superior (viejas y nuevas), también al mundo editorial, la prensa escrita y las artes.[8] Los debates europeos y del marxismo latinoamericano ocuparon los catálogos de Era, Siglo Veintiuno y Grijalbo. Las series Popular y Problemas de México, de aquélla, las colecciones Setenta y Teoría y Praxis, de Grijalbo, y la Biblioteca del Pensamiento Socialista, de la otra, así como los imprescindibles Cuadernos de Pasado y Presente, inicialmente impresos en Córdoba, Argentina, tiraron miles de ejemplares y no pocos de sus títulos figuraron en las bibliografías de múltiples asignaturas universitarias.

Este libro intenta mostrar la vitalidad del debate intelectual de esos años tomando como punto de partida las revistas Historia y Sociedad (1965-1981), Cuadernos Políticos (1974-1990) y Coyoacán (1977-1985), expresiones políticas y teóricas del espectro socialista.[9] La renovación del marxismo con la difusión de la teoría crítica alemana, el estructuralismo francés, la historia social británica, la teoría de la dependencia latinoamericana y la recuperación del legado gramsciano ofreció el marco conceptual[10] para reinterpretar la realidad nacional y la crisis del socialismo soviético, en tanto que la teorización acerca de la política y el Estado, reconocida como debilidad orgánica del pensamiento marxista, sirvió para tomar posición con respecto a la democracia que cerraba un ominoso decenio de dictaduras militares en América Latina.

Dichas publicaciones no agotan el corpus textual de la izquierda del último tercio del siglo XX, ni siquiera en lo que respecta a la prensa periódica, pero sí son representativas de las variadas posiciones políticas y distintas aproximaciones teóricas de los años dorados del marxismo latinoamericano.[11] Historia y Sociedad convocó básicamente a los intelectuales del PCM y, hasta su desaparición, evitó cualquier cuestionamiento público del socialismo de los países del Este. Colaboraron en ella historiadores y científicos sociales de éstos, pero en su segunda época, ventiló el marxismo doctrinario con los aires de la historiografía francesa y los desarrollos históricos del grupo de Leipzig. Cuadernos Políticos reunió a intelectuales de procedencia diversa, aunque todos

contrarios al comunismo oficial y varios de ellos también al leninismo. Las contribuciones abarcaron filosofía, ciencias sociales e Historia destacando la difusión del marxismo occidental. Coyoacán fue el canal de los marxistas revolucionarios (como se autonombran los trotskistas), enemigos del estalinismo pero defensores de la Revolución de Octubre cuya experiencia intentaron infructuosamente universalizar. Y compartió con Cuadernos Políticos el interés por los temas latinoamericanos, pero dirigió más la atención hacia el análisis de los procesos revolucionarios en curso. Ocasionalmente, miembros del cuerpo editorial de alguna de estas revistas formaron parte de la redacción o publicaron en las otras, sin darse ningún debate o confrontación directa entre ellas, no obstante el disenso sobre temas importantes.[12] Poco escribió la izquierda intelectual del país acerca del derrumbe socialista, ni siquiera quienes esperaron durante medio siglo la revolución antiburocrática o bien la liberación del discurso crítico de la cárcel soviética. Un silencio acompañó la desaparición de la URSS, recuerda la editora de aquéllos.[13]

Las revistas son el contexto inmediato donde se inscribe cuando menos parcialmente la obra personal de quienes realizaron estos emprendimientos editoriales, sirviéndonos también de hilo narrativo para introducir temas y autores, de manera tal que los nombres de Enrique Semo y Roger Bartra ligan con Historia y Sociedad; Carlos Pereyra, Bolívar Echeverría y Ruy Mauro Marini con Cuadernos Políticos; Adolfo Gilly con Coyoacán. Semo, Marini y Gilly forman parte de la generación de la fragmentación del movimiento comunista internacional y se manejan dentro de un marxismo más doctrinario (filosoviético, leninista, trotskista, según el caso); mientras Pereyra, Bartra y Echeverría pertenecen a la generación de 1968 y, con posturas claramente diferenciadas, introducen problemas y enfoques nuevos dentro de la confrontación teórica de la época. Aunque Pereyra y Bartra fueron de los primeros en incorporar el tema de la democracia dentro del campo de la izquierda mexicana contemporánea, el segundo cargó por años la losa de la herencia estalinista. Pereyra en cambio, reivindicó el nacionalismo al que Bartra intentó extirpar después de advertir todos sus síntomas en el cuerpo enfermo de la república. Echeverría nunca renunció a la expectativa revolucionaria, situándose más próximo a la generación precedente, si bien con la considerable distancia otorgada por el rápido abandono de las credenciales leninistas.

Aunque desaparecieron del mapa editorial por diferentes motivos y en distintos tiempos, ninguna de las revistas sobrevivió al colapso del bloque socialista. Sin embargo, contribuyeron significativamente tanto a la discusión pública como al

desarrollo de la ciencia social mexicana. La historiografía no puede ignorar los trabajos de Enrique Semo, Arnaldo Córdova y Adolfo Gilly, que esclarecieron tanto el origen del capitalismo en México como el funcionamiento del régimen político del siglo XX, ni tampoco la aportación de Carlos Pereyra a la adecuada problematización de la disciplina. En igual forma, la teoría cultural sería impensable sin la sólida e innovadora reflexión de Bolívar Echeverría y Roger Bartra. La filosofía política mucho debe tanto a la cátedra como a la obra pionera de Pereyra publicada en Cuadernos Políticos. Pero, tan inobjetable como ese enriquecimiento del campo del conocimiento, fue su compromiso con la solución de la cuestión social, ese locus que es la seña de identidad de la izquierda, y con la búsqueda de una opción viable a la crisis nacional que, al profundizarse por el dogmatismo neoliberal, para el cual lo social es un apéndice de lo económico, condujo a este presente aterrador que nos pasó la factura de las soluciones pospuestas. Al mismo tiempo, pero con mayor densidad que sus contemporáneos liberales, Pereyra y Bartra hicieron ver la importancia de la democracia para la izquierda socialista y sus condiciones de realización en nuestro país. Rolando Cordera subrayó el equilibrio indispensable entre desarrollo económico y equidad social. Ruy Mauro Marini ofreció una original perspectiva teórica latinoamericana de las relaciones del centro con la periferia en la economía-mundo. Y Echeverría construyó las herramientas para desmotar el engranaje de la modernidad, para conceptualizarla fuera de Europa, sin caer en un regodeo provinciano por lo autóctono. Por eso, nos vendría bien repasar crítica y detenidamente aquellos años intensos y creativos, tan próximos en el tiempo como distantes conceptualmente, cuando, antes de la derrota, todo parecía posible.

La Universidad Autónoma Metropolitana y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (proyecto de investigación básica 150714) me otorgaron las condiciones indispensables para elaborar este libro, el cual se benefició de una estancia de investigación en la República Federal Alemana patrocinada por el DAAD. Agradezco al profesor Ottmar Ette la amable invitación para incorporarme como investigador visitante al Instituto de Romanística de la Universidad de Potsdam durante el otoño de 2010. Algunos avances se presentaron en coloquios y seminarios en Moscú, Potsdam y la ciudad de México, donde recibí los agudos y estimulantes comentarios de Pablo González Casanova, Ottmar Ette, Carlos Marichal, Ricardo Melgar Bao, Andrey Schelchkov, Enrique Semo, así como de jóvenes estudiantes de posgrado. Rodolfo Suárez Molnar, Teresa Santiago, Carlos Bravo Regidor y Esteban Illades hicieron cuidadosas observaciones que mejoraron el texto. El

imprescindible auxilio de Guillén Torres Sepúlveda me abrevió la consulta hemerográfica, mientras Alfonso Ramírez Galicia realizó algunas búsquedas de bibliografía especializada. La revisión final del texto la realicé en el verano de 2011, cuando me incorporé como profesor visitante al Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) gracias a Rafael Rojas, director de la División de Historia. Carlos Martínez Assad tuvo el buen tino de sugerirme Océano para presentar el manuscrito, donde la cordial apertura de Rogelio Villarreal hizo el resto. En rigor, de todos modos, la responsabilidad por las omisiones y equivocaciones que el lector pudiera encontrar todavía es exclusivamente mía.

1. EL COMPROMISO DE LOS INTELECTUALES

Δ

“Intelectual es el escritor, artista o científico que opina cosas de interés público con autoridad moral entre las elites”; “no será el hombre que piensa…, sino el que comunica un pensamiento”; “no pertenecen a ninguna clase ni constituyen ellos mismos una…la tarea que desempeñan en la división social del trabajo… [es] la de crear concepciones del mundo significativas… [portan] “la conciencia de la universalidad”; “son los productores directos de la esfera ideológica”.[1]

Las definiciones coinciden en que los intelectuales elaboran o transmiten ideas, aunque no de todo tipo, ni tampoco conocimiento especializado o académico. Específicamente, las que conceptualizan al mundo, estructurándolo en un conjunto articulado de significados que permita la comunicación y fije los parámetros del debate cívico. Los intelectuales operan entonces dentro de la esfera pública, entendida ésta como un espacio independiente de la sociedad política donde se forma la “opinión común en la sociedad” por medio -dice Charles Taylor- “de un debate racional externo al poder”. En los aparatos hegemónicos - según Gramsci-, lugar en el cual se procesa el consenso (fabricado por los medios de comunicación de acuerdo con Chomsky).[2]

“Los intelectuales, como la comunidad específicamente orientada hacia la escritura, que vive para la producción y transmisión de dichos textos, sólo puede llegar a existir con la existencia de una estructura de distribución de textos”; la “‘sociedad intelectual’… elabora sus propias herramientas, sus propias redes”; “gran parte de los proyectos intelectuales y artísticos más relevantes en nuestro tipo de sociedad fue producido en el interior de grupos y movimientos”.[3]

Dejando de lado el mito del genio solitario -coetáneo del “arte por el arte” de los románticos- también parece haber acuerdo en que la producción intelectual se realiza en el seno de colectividades, que involucra distintas estructuras y mediaciones -campos de producción y recepción de acuerdo con Bourdieu- hasta llegar al receptor, no como consumidor de una mercancía (ideológica), sino interpelado al recibir un insumo que coadyuva a su discernimiento. Círculos y redes estructuran el circuito, habilitan el flujo del intercambio y el debate

ideológico, hasta llegar a la opinión pública, la instancia última de esta socialización.[4]

La secularización de la sociedad otorgó al escritor la oportunidad de acabar con el monopolio de las consciencias en poder de la clerecía. Un público robusto entre la clase media, e incipiente dentro de los trabajadores, posibilitó la formación del mercado editorial en el que la novela llegó a ser un producto bien cotizado, acompañado a veces de la interlocución directa del autor con sus lectores como aconteció a Rousseau. Victor Hugo asumió la responsabilidad de exponer la miseria del pueblo como la obligación moral del hombre de letras ante un mundo injusto, pero fue Émile Zola quien denunció la ruindad del poder en el caso del capitán Dreyfus, el cual alineó a la intelligentsia francesa en un asunto de interés público, ejemplo honrado hasta el final de su vida por Jean-Paul Sartre, arquetipo del intelectual comprometido,[5] E.P. Thompson y Noam Chomsky en el mundo anglosajón, y José Revueltas entre nosotros.

Si lo que distingue al intelectual de los demás hombres de ideas es su intervención en el ámbito cívico, empleando la autoridad que tiene como miembro de un campo para expresar una postura sobre temas concernientes a la república, por lo general esta fisonomía corresponde a la silueta de la izquierda.[6] México no fue la excepción. La vieja disputa entre quienes consideraban que la política corrompía la actividad artística y los que pensaban en su función social estuvo al día con la polémica literaria de 1932 a propósito del nacionalismo, y en septiembre del año siguiente, Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano debatieron acerca del papel de la universidad en la sociedad contemporánea: aquél argumentó que la institución constituía una comunidad de cultura y no debería someterse a ninguna ideología, por lo que rechazaba cualquier intento de clausurar la pluralidad de enfoques y la libertad de cátedra; éste planteó tanto el carácter histórico de la cultura como que la enseñanza universitaria debería responder al conocimiento científico. En el cardenismo la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) intentó incorporar la lucha antifascista al debate público,[7] fijando una postura con respecto de los grandes temas de la época.

Podríamos abundar en ejemplos de causas que movilizaron a la intelectualidad mexicana a lo largo del siglo pasado (los presos políticos del sindicato ferrocarrilero, la invasión de Bahía de Cochinos, los estudiantes y profesores encarcelados en 1968, el golpe de Estado en Chile, los incontables fraudes electorales, el asesinato de periodistas, la reivindicación de derechos

fundamentales, etcétera), pero lo que conviene retener es lo siguiente: habitualmente fue el ala izquierda del espectro político la que alzó la voz intentando marcar límites al autoritarismo priísta.

Lombardo y Revueltas

Según Héctor Aguilar Camín son cuatro familias las de la izquierda mexicana: 1) la revolucionaria; 2) la comunista; 3) la estatista y nacionalista, y 4) la utópica clásica. La primera está identificada con la violencia, la segunda con Moscú, la tercera con el populismo autoritario (Salinas dixit) y la última simplemente con ideales igualitarios pasados de moda. La izquierda comunista le parece cuando menos inocua. Ocupada en justificar el socialismo real, no tuvo tiempo para participar en el movimiento popular, por lo que su influencia se experimentó sobre todo en el campo intelectual. De alguna manera su elitismo le otorgó el único logro asequible: la colonización del espacio cultural. Comprometida con la democracia, el pecado capital que cometió fue abrazar el estatismo (la variante autóctona de la sovietización de acuerdo con Aguilar) y, por tanto, le fue fácil fundirse con las corrientes nacionalistas y los desperdicios del PRI. A la izquierda utópica lo único que ofrece es condescendencia.[8]

Desde una perspectiva menos superficial, Enrique Semo y Roger Bartra identifican tres ramas históricas que, no obstante el cambio de siglas, han dominado la acción y el imaginario político de la izquierda: el anarquismo, el marxismo revolucionario y el reformismo (Semo); el izquierdismo, el comunismo y el reformismo (Bartra). El izquierdismo abrevó en el anarquismo de principios de siglo renaciendo en 1968 con los desprendimientos del comunismo oficial (Revueltas), el trotskismo y el maoísmo. La matriz comunista procede del PCM, pero también incluye a otras formaciones minoritarias a veces opuestas a aquél. Mientras el reformismo, con un fuerte componente estatista, hunde sus raíces en el lombardismo, y su horizonte ideológico es la Revolución mexicana, pudiendo decirse que es la versión autóctona de la socialdemocracia. Ante el socialismo alicaído que Bartra observaba a principios de los ochenta, la esperanza de reorientarlo hacia un futuro viable era sintetizar lo mejor de las tres tendencias que, en su confrontación, cuando menos tuvieron la virtud de aportar elementos positivos a la cultura política de la izquierda nacional.[9]

Si empleamos el criterio generacional para destacar las características principales, podemos decir que, a la generación romántica del socialismo mexicano, nacida hacia 1830, le tocó la Reforma y la Intervención, sucediéndola

la anarco-comunista de alrededor de 1870, formada en el porfiriato. Además de la evidente discontinuidad entre ambas, tampoco tenemos documentado ningún contacto. En los albores del siglo XX, surge la del comunismo de la Tercera Internacional, que vivió la revolución, incorporándose a la esfera pública en los años veinte. Diez o quince años menor que los demás, Revueltas enlazó a esta generación con las posteriores: durante su madurez inició la ruptura con el estalinismo y fue mentor ideológico de los jóvenes del 68.[10] Sigue la de la fragmentación del movimiento comunista internacional, alumbrada a finales de los veinte, que incorporó experiencias revolucionarias distintas de la soviética (China y Cuba), viviendo el viraje hacia la derecha del régimen de la Revolución mexicana, incluida la represión de los ferrocarrileros. Luego está la generación de 1968, nacida alrededor de 1940, que con las referencias externas de Checoslovaquia, París, Vietnam y Chile, y la interna el movimiento estudiantil, incorporó la demanda democrática tanto para el "socialismo realmente existente" como en la apertura del sistema político mexicano.

El socialismo romántico consideró relevante ocuparse de la cuestión indígena, incorporó a la justicia social dentro de su ideario, criticó la teoría económica liberal, despreció la actividad política (y sobre todo a quienes la llevan a cabo), trató de armonizar a los diferentes, planteando también el tema de la democracia. Para Plotino Rhodakanaty (1828-¿?) ésta fue el mayor logro de la reforma juarista y significó un avance hacia la regeneración social en la medida en que abrió canales de participación a las clases populares. Sin embargo, como sucedió con las revoluciones de 1848, quedaría inconclusa si no derivaba en el socialismo, si no trascendía el marco de la política para alcanzar la regeneración social que asegurara a todos el pan, el trabajo y la educación. De cualquier forma, no había por qué menospreciar el avance que la democracia representaba en la construcción de la sociedad futura, ya que con el socialismo aquélla devendría en un gobierno directo del pueblo, sería entonces una democracia social.[11]

La democracia y el sufragio universal, asumidos por el primer socialismo como un logro irrenunciable, en la concepción magonista constituían simplemente instrumentos en manos de la clase dominante. Ricardo Flores Magón (1873-1922) consideró que la revolución política fracasó desde la perspectiva popular. Juárez acotó al clero y defendió exitosamente la república ante los franceses, pero no modificó en nada la situación del trabajador, esclavizado por el salario y las necesidades cotidianas insatisfechas. Los patrones, dueños del capital, continuaban explotándolo sin límite al vender a un precio alto lo que habían

adquirido a precio de nada. La propiedad privada constituía la causa fundamental de la inequidad social, por tanto, era imposible la transformación si los trabajadores no se hacían de su destino expropiando a la burguesía las fuentes de su poder. Consideraba esencial la educación para la emancipación mental del pueblo (por lo cual también era menester acabar con todas las Iglesias), que debía concluir la competencia por el trabajo, puesto que la cooperación es consustancial a la especie humana y que la propiedad privada le había impuesto una forma antinatural de sociedad (el Estado), el cual debería remplazarse por una federación libre de pequeñas comunidades autogestivas. La sociedad del porvenir, fundada en la igualdad radical, no la construirían las antiguas clases aristocráticas y despóticas, ni tampoco la joven burguesía egoísta y codiciosa, sino el pueblo organizado. Desde el exilio obligado en los Estados Unidos, el anarco-comunista oaxaqueño pronosticó que los bolcheviques implantarían el "régimen socialista autoritario", pero más temprano que tarde, el pueblo, convencido de la inutilidad de todos los gobiernos, optaría por "el sistema socialista anarquista".[12]

El Primer Congreso de la Internacional Comunista convocó en marzo de 1919 a formar partidos en todo el mundo. México respondió en noviembre con la creación del PCM, fundado por un indio, un ruso y un mexicano. Después de múltiples tumbos, en el que incluso se refundó (palabra todavía familiar al PRD), rápidamente se sumó a la órbita soviética.[13] Con escasa independencia ideológica, el PCM no desarrolló en sus primeros tiempos ninguna discusión que merezca recordarse. A finales de los veinte, después del "giro a la izquierda" dispuesto por la Komintern, sólo atinó a ver la crisis política provocada por el asesinato de Obregón como un conflicto entre la contrarrevolución, que aglutinaba las fuerzas "semifeudales" porfirianas (terratenientes, Iglesia, facciones militaristas y el capital extranjero) contra la pequeña burguesía.[14]

La democracia estuvo ausente del debate socialista de los treinta y cuarenta, derivando la discusión hacia el curso deseable de la revolución. La lucha de clases a través de la historia de México (1936), del profesor normalista Rafael Ramos Pedrueza (1897-1943), definió como feudal al país, porque dominaba una aristocracia terrateniente aliada con el capital extranjero, al menos hasta antes de la llegada al poder del general Cárdenas. Por tanto, era necesario que la burguesía tomara el poder para después realizar la revolución proletaria. Vicente Lombardo Toledano (1894-1968) intentó, tanto racionalizar la Revolución mexicana desde la óptica del marxismo, como conducir la acción política dentro de su perspectiva programática. Además de democrático-burguesa, la gesta de

1910 tuvo para el ideólogo de Teziutlán un contenido antimperialista, por lo cual, el aliado natural del movimiento obrero y de la izquierda socialista era el régimen revolucionario, cuyas acciones, incluso su evidente autoritarismo, constituían un mal menor dentro de la tarea mayúscula de frenar el imperialismo estadunidense, su enemigo histórico y el gran obstáculo para la emancipación del proletariado mundial que tenía por patria la Unión Soviética. Dentro del curso progresivo y necesario de la historia, cada ampliación de la propiedad pública y toda derrota del imperialismo en el planeta significaban un avance en esa dirección.[15]

La perspectiva de Lombardo marchaba a contrapelo de la socialdemocracia europea, que había desplazado el foco de la política partidaria de la estatización de la propiedad hacia la demanda salarial, las mejoras en la seguridad social, el pleno empleo y el aumento consistente de los niveles de vida y consumo, reivindicaciones que pudieron cumplir solventemente los países industrializados durante el boom económico de la posguerra.[16] Derrotado el fascismo y abierta la compuerta electoral, el modelo soviético parecía cada vez menos atractivo a una clase obrera que prosperaba como nunca antes en la historia. Más que un horizonte, el socialismo parecía un peligro para los exitosos pactos laborales de los sindicatos. Con sus inobjetables logros, incluso acrecentados durante la crisis de 1968 en Francia, aquélla estuvo lejos de ser el interlocutor deseado por el movimiento estudiantil.[17]

La némesis intelectual del político poblano fue José Revueltas Sánchez (1914-1976); parte de su obra estuvo dedicada a refutar las tesis de Lombardo.[18] Para el escritor duranguense, la Revolución mexicana no podía permanecer como el gran mito político conductor de la acción de la izquierda, antes bien, cualquier proyecto de transformación real del país debería trascenderla, esto es, negarla dialécticamente:

Su crítica a los mitos colectivos es a la vez una apelación para que los agentes particulares tomen conciencia de su propia responsabilidad histórica. Los discursos colectivos ya fracasaron. Frente a este mensaje, no nos maravilla que el movimiento del 68 y el México postlatelolco hayan encontrado en Revueltas una referencia y un modelo para transformar el pensamiento mexicano.[19]

El corporativismo del Leviatán revolucionario aplastaba a todos los actores sociales organizados, dominándolos tanto por la coerción como por un consenso espurio construido a través de la alienación, que los llevaba a confundir sus fines

históricos con los del Estado (cuasi fascista según él) dentro de una simulación democrática, mientras que el proceso real de toma de decisiones se conducía a través de oscuros arreglos cupulares.[20]

De acuerdo con Revueltas, existían en México dos izquierdas: la oportunista, representada por Lombardo, y la revolucionaria, que todavía tenía pendiente formar un partido de clase o "conciencia organizada" que condujera al proletariado a la toma del poder político, papel histórico que no había sabido cumplir el PCM.[21] Su persistente alusión tanto a la inoperancia de éste como al autoritarismo de su dirección, finalmente provocó su segunda expulsión (la primera había ocurrido en 1943), después que fuera readmitido en 1956, cuando la invasión soviética a Hungría,[22] evento que el partido no condenó, como sí haría en 1968 con la ocupación de Checoslovaquia:

las nefastas, escandalosamente impúdicas VII y VIII Convenciones del PCM en el Distrito Federal (1959-1960), la última de las cuales terminó por obligarnos (a miembros de las células Marx, Engels, Joliot-Curie y otras) a dejar las filas del partido, mediante ultimátum en que se nos instaba a abjurar de nuestros puntos de vista ideológicos…[23]

Con purgas y todo, el comité del Distrito Federal representaba en ese entonces la "avanzada" dentro del partido, según escribió un joven historiador comunista.[24] Lo cierto es que para quienes padecieron los rigores del estalinismo, la diferencia entre el ala conservadora y progresista, centradas en la caracterización de la situación del país y las tareas estratégicas de la izquierda, no pasaba de ser una distinción sutil que dejaba intocada la matriz autoritaria del aparato partidario. Relata Carlos Monsiváis:

En Ciudad Universitaria seguíamos el debate hasta donde nos era posible y atestiguamos la prepotencia: en las reuniones del comité del DF, se exalta el pasado glorioso del partido y se acusa a Revueltas como golpista, faccionalista y entrista notorio…Al final, a Revueltas, Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo los aplasta la burocracia…[25]

Después de un breve paso por el Partido Obrero-Campesino Mexicano (POC) y de una estadía de varios meses en Cuba, Revueltas formó, en septiembre de 1960, la Liga Comunista Espartaco (LCE) a la cual pronto se sumaron "jóvenes estudiosos del marxismo" sin militancia política previa. El Ensayo sobre un proletariado sin cabeza (abril de 1961), su manifiesto fundacional ex oficio, fue

publicado gracias a los donativos procurados por miembros de la organización y simpatizantes.[26] Desde una perspectiva hegeliana del marxismo -"el cerebro colectivo" concretado en el partido de clase que cobra conciencia de sus fines emancipadores, esto es, de la necesidad histórica-, Revueltas intentó rescatar al leninismo de las garras estalinistas del PCM y el lombardismo, portavoces y practicantes de

un estalinismo chichimeca, bárbaro, donde el "culto a la personalidad" se convierte en el culto a Huitzilopoztli y en los sacrificios humanos que se le ofrendan periódicamente con la expulsión y liquidación política de los mejores cuadros y militantes, cada vez que esto se hace necesario cuando los sombríos tlatoanis y tlacatecuhtlis dentro del PCM se sienten en peligro de ser barridos por la crítica justa.[27]

En su propia lucha interna, los intelectuales del movimiento renovador del PCM en 1980 recogieron el dardo clavado por Revueltas, lanzándolo contra la burocracia partidaria:

José Revueltas tal vez exageraba al postular la inexistencia histórica del PCM, se equivocaba seguramente al culpar al PCM de su propia debilidad…El proletariado sin cabeza sigue esperando no ese "cerebro colectivo único" que soñaba Revueltas simplemente un Partido Comunista Mexicano.[28]

Ya sin la expectativa de reincorporarse al PCM, el escritor duranguense profundizó su ruptura con el estalinismo con la publicación de Los errores (1964), dedicada al líder reformista húngaro Imre Nagy, ahorcado en 1958, novela donde muestra la contradicción entre los ideales de los militantes que hicieron de la revolución su proyecto de vida y las prácticas asesinas del régimen estalinista, en una suerte de desencuentro entre la utopía comunista y el "socialismo realmente existente". Y muy claramente en 1968, cuando se manifestó contra las "dictaduras burocráticas", equiparando la lógica política del Estado soviético con la del antiguo imperio ruso,[29] año en que cerró también su prolongado debate con Lombardo, a quien por años vio como mentor ideológico y acompañó en los trabajos preparatorios para la fundación del Partido Popular (PP) en 1948, después de que expulsaran a Lombardo de la CTM.

“Cuba, qué linda es Cuba”

Desde el medio siglo soplaron vientos nuevos dentro de la cultura mexicana con la creación de revistas y suplementos culturales. Entre 1951 y 1957 un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) -Carlos Fuentes, Porfirio Muñoz Ledo y Fernando Zertuche- puso en marcha Medio Siglo, en tanto que Jaime García Terrés acogía en la Revista de la Universidad a los jóvenes de la Facultad de Filosofía y Letras (José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Juan García Ponce). Entre 1955 y 1965, Fuentes, Emmanuel Carballo, Antonio Alatorre, Tomás Segovia y García Ponce se alternaron la dirección de la Revista Mexicana de Literatura, tentativa de la generación del medio siglo por trascender el nacionalismo revolucionario.[30] Para 1962, Salvador Elizondo publicaba S.NOB, al lado de Emilio García Riera y García Ponce. Colaboraban regularmente Jorge Ibargüengoitia, Tomás Segovia, José Luis Cuevas, Juan Vicente Melo, Alejandro Jodorowsky, Jomi García Ascot, Cecilia Gironella y Luis Guillermo Piazza. Esos años, rememora Sergio Pitol, todo portaba el sello de la novedad:

la rebelión de los pintores, las conversaciones en locales que no cerraban nunca, la aspiración a crear una nueva literatura, una nueva pintura, un nuevo cine y teatro y, más que eso, una nueva vida propiciaron muchos nacimientos, entre otros los de tres extraordinarias editoriales: Era, Joaquín Mortiz y, más tarde, Siglo XXI.[31]

Gracias al influjo de Fernando Benítez, Alí Chumacero y Henrique González Casanova, en 1949 Novedades auspició el suplemento México en la Cultura, el cual hubo de trasladarse a la revista Siempre! de José Pagés Llergo en 1962,[32] porque el director del diario, Rómulo O’Farril, deploraba la simpatía por la Revolución cubana experimentada por sus subordinados,[33] misma que compartían El Espectador (1959), encabezado por Fuentes con la colaboración Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero y Luis Villoro; y Política (1960-1964), de Manuel Marcué Pardiñas. Refiriéndose a Fuentes, quien acababa de regresar de Cuba tras participar en el Primer Congreso Literario Hispanoamericano, una entusiasmada periodista caracterizó al escritor del momento:

Felizmente, Carlos no corresponde al tipo de intelectual de la “torre de marfil”. Es de los que se lanzan hasta el fondo del remolino social, con los ojos -más que con los ojos, con el corazón y la cabeza, con todos los poros de la piel- bien abiertos, para recoger las vibraciones de los problemas sociales humanos…Por eso no nos sorprende que antes de siquiera saludar nos lance un: “Hay que ver lo que en un año puede hacer un gobierno honesto, un gobierno que sí trabaja incansable, desesperadamente”.[34]

El primer libro publicado por Era fue justamente La batalla de Cuba (1960) de Fernando Benítez. “La ensoñación con la alternativa bolchevique volvió a estar de moda. Cuba era el ejemplo a seguir. La Revolución mexicana parecía apenas una ‘pseudorrevolución’”, dice Krauze, aunque más bien lo que se extendía era la percepción de que la Revolución mexicana estaba agotada, como en su momento notó Daniel Cosío Villegas.[35] De igual forma que en la década de 1930, la izquierda nacionalista y los comunistas hicieron un pacto tácito, no sólo para apoyar la Revolución cubana, sino para reconfigurar el rumbo de la propia. A final de cuentas, el sesgo antimperialista de ambas fue el elemento fundamental que los acercó durante un breve tiempo y no un culto innato a la violencia. Fue en otros espacios políticos, y sobre todo después del movimiento estudiantil, donde la opción cubana resonaría por la vía armada. El asalto al cuartel militar de Madera en 1965, en sugerente paralelo al de Moncada, fue realizado por miembros del magisterio y jóvenes militantes del PP (PPS desde 1960), descontentos por la colaboración de Lombardo con el régimen a través de la línea del “frente nacional democrático” -a su juicio, con “un éxito invariable cuando se ha aplicado con inteligencia y cuando se ha sabido conquistar a fuerzas disímbolas para un objetivo común de beneficio para la nación y para nuestro pueblo”-, y más puntualmente, por su respaldo a la candidatura presidencial de Gustavo Díaz Ordaz.[36]

Esta euforia de los intelectuales por los sucesos isleños, compartida por muchos de sus colegas latinoamericanos,[37] ofreció a los comunistas mexicanos la oportunidad de trascender los espacios cerrados de la militancia, dialogar con sus pares “progresistas” y buscar la alianza con un segmento del Estado de acuerdo con la tesis de la revolución por etapas que por décadas sostuvieron:

El periodo se abrió con la crítica de la clase dominante desde las páginas de La región más transparente de Carlos Fuentes y más tarde en El Espectador y Política, representantes destacados de la nueva generación hablaron de revolución. Algunos de ellos se acercaban al marxismo. Otros, hacían sus

primeras experiencias de militancia política en la oposición y alternaban la investigación y la cátedra con su participación activa en las filas del Movimiento de Liberación Nacional.[38]

Con menos simpatía hacia la izquierda intelectual, Jorge Ibargüengoitia escribió en uno de sus cáusticos relatos:

Sarita me sacó del fango, porque antes de conocerla el porvenir de la Humanidad me tenía sin cuidado. Ella me mostró el camino del espíritu, me hizo entender que todos los hombres somos iguales, que el único ideal digno es la lucha de clases y la victoria del proletariado; me hizo leer a Marx, a Engels y a Carlos Fuentes…[39]

El desencuentro de una parte de la nueva generación intelectual con el régimen se había cebado en la represión de la huelga ferrocarrilera, que demandaba la ruptura del nexo corporativo con el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y el encarcelamiento de sus líderes Demetrio Vallejo y Valentín Campa. Diversas voces -entre ellas la de Fuentes desde las páginas de Política- irrumpieron en la escena pública llamado a su liberación y preguntándose sobre la vigencia de la Revolución mexicana.[40] Lázaro Cárdenas, muy activo en el conflicto ferrocarrilero, aprovechó la ocasión para reunir a un amplio espectro político que incluía al PCM, el PPS, sindicatos obreros, organizaciones campesinas y segmentos del PRI, con el propósito de constituir un frente democrático que atajara las políticas represivas del gobierno de Adolfo López Mateos, permitiera la democracia sindical y la libre competencia política.[41]

Convergiendo con el malestar interno, la Revolución cubana ofreció la oportunidad de agregar un componente antimperialista al llamado. Es así que en marzo de 1961, a instancias de Cárdenas, se realizó en la ciudad de México una conferencia internacional por la soberanía nacional, la emancipación y la paz a la que asistieron dieciséis delegaciones latinoamericanas, observadores norteamericanos, representantes de la URSS, China y países africanos. Entre los resolutivos, estuvo proteger a la Revolución cubana de la tentativa estadunidense de acabar con ella. Un mes después ocurrió la invasión a Bahía de Cochinos, y el general Cárdenas, aparte de participar en las manifestaciones en la ciudad de México, intentó incluso alistarse entre los voluntarios que irían a combatir en la isla.[42]

En este ánimo contestatario, con ciento ochenta delegados de una veintena de

estados, el 4 de agosto de ese año fundó el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), cuyo ideario reunía las aspiraciones del nacionalismo revolucionario con las de la izquierda socialista, demandando la plena vigencia de la constitución; libertad para los presos políticos; justicia independiente; libertad de expresión; reforma agraria integral; autonomía y democracia sindical y ejidal; dominio de la nación sobre los recursos naturales; industria nacional; reparto justo de la riqueza del país; política exterior independiente y digna; solidaridad con Cuba; comercio con todos los países; democracia, honradez y bienestar para el conjunto de la población; pan, libertad, soberanía y paz.[43] Este ejercicio preliminar de síntesis política lo llevará al límite el Frente Democrático Nacional (FDN) en la campaña presidencial de 1988, umbral que no quiso traspasar el MLN en la elección de 1964, negándose la fracción del general a presentar un candidato propio, al margen del partido oficial, conduciendo hacia la dispersión a la organización antimperialista cuando decidió apoyar la postulación de Díaz Ordaz a la presidencia de la república.[44]

Dentro de esa perversa forma de hacer política “a la mexicana”, para usar la expresión de Revueltas, en donde lo importante se resuelve en la penumbra y lo que se hace público no implica compromiso alguno, el candidato López Mateos se reunió con el líder agrarista Rubén Jaramillo -ya presidente se tomaría la famosa fotografía que reprodujo la prensa-, ofreciéndole plenas garantías para reincorporarse a la vida institucional tras veinte años de rebeldía. Sin embargo, el 23 de mayo de 1962, en el “Operativo Xochicalco”, “desconocidos” ultimaron el antiguo capitán zapatista en una emboscada en la que asesinaron también a su esposa, Epifania García, y a sus tres hijos. Prácticamente todos los medios impresos denostaron al dirigente campesino, salvo Política y Siempre! quienes sugirieron la responsabilidad oficial. El general Cárdenas condenó el homicidio en el mitin que para el efecto convocó el MLN.[45]

El caso Padilla dañó la relación de los intelectuales hispanoamericanos con el régimen cubano y también los dividió. En la lógica autoritaria según la cual toda disidencia, por insignificante que sea, constituye una amenaza, la dirigencia isleña convirtió en icono de la libertad de expresión al autor de Provocaciones, condenado como contrarrevolucionario por la burocracia cultural de La Habana. Aprehendido el 20 de marzo de 1971, después de un recital de poesía en la Unión de Escritores, la policía política coaccionó a Heberto Padilla para que hiciese pública una retractación autoincriminatoria (eufemísticamente llamada “autocrítica”). Un grupo de destacados escritores -algunos liberales, otros comunistas- invocaron la postura del Che Guevara con respecto al papel de la

crítica dentro del campo revolucionario pidiéndole a Fidel Castro una explicación. Entre los mexicanos firmaban Octavio Paz y Carlos Fuentes.[46]

La respuesta del comandante, en uno de sus interminables discursos, fue tan lamentable como desproporcionada: recordó el peligro representado por la cercanía con los Estados Unidos, la hipocresía del liberalismo burgués, el oportunismo de la intelectualidad “pseudoizquierdista” (Rossana Rossanda, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Hans Magnus Enzensberger, Jean Daniel, Julio Cortázar, Fernando Claudín y el cineasta Francesco Rosi), acostumbrada a juzgar sin comprometerse, y delató la presencia del nuevo enemigo, el imperialismo cultural, al que decidió cerrarle las fronteras de su ínsula:

Ya saben señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de inteligencia, de espionaje del imperialismo: en Cuba no tendrán entrada ¡no tendrán entrada! Como no se la damos a la UPI y a AP ¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito![47]

Fue un verdadero despropósito, los remitentes eran entusiastas propagandistas de la revolución e incluso había comunistas de toda la vida y luchadores antifascistas. A partir de allí, discreta o estridentemente no pocos romperían con el régimen castrista. Conocido el lastimoso mea culpa de Padilla, los intelectuales denunciaron en una segunda carta los métodos estalinistas empleados por el Estado cubano, sugiriendo un paralelo con los procesos de Moscú. Se agregaron las firmas de los mexicanos José Revueltas, Juan Rulfo, Fernando Benítez, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Vicente Rojo, Marco Antonio Montes de Oca. Y de los comunistas Lucio Magri, Ralph Miliband, István Mészáros y Pier Paolo Pasolini.[48]

Los intelectuales y el movimiento estudiantil

Si bien se le puede ver como la reacción de los jóvenes ante el conservadurismo que acompañó al boom de la posguerra,[49] 1968 representó una ruptura por lo menos por tres razones: la invasión de las tropas soviéticas a Checoslovaquia mostró la incapacidad del “socialismo realmente existente” para democratizarse; el movimiento estudiantil colocó en el debate público el tema de la democracia y, a la vez, su virtual negación por parte del régimen posrevolucionario, convenciendo a no pocos que la Revolución mexicana estaba muerta; fue la experiencia iniciática para una nueva generación de intelectuales que, dada la dimensión internacional del movimiento estudiantil, ensanchó problemática y conceptualmente el campo de la reflexión teórica y política de la izquierda.

La revuelta juvenil no fue la manifestación de pobres o indigentes que reclamaran pan y trabajo, sino de una generación nacida en “los treinta gloriosos” de la expansión económica de la posguerra, comparativamente mucho mejor provista que sus antecesores cercanos y remotos, la cual, consciente y en uso de los derechos adquiridos (educación, seguridad social, empleo, capital cultural, recreo, etcétera), aspiró a extenderlos, proyectándose hacia un futuro presumiblemente mejor que un presente estancado y conformista. Dominaba la convicción de que la juventud era cuando menos la plenitud de la vida, si no es que su límite. La ruptura transitoria del orden violentó el imaginario de una sociedad envanecida por el éxito, recusando -dice Edgar Morin-“el pasaje al mundo adulterado del adulto”, irrumpió en ese mundo gobernado por los mayores, dislocándolo en la medida en que dentro del contrapoder estudiantil “los hombres no tienen tiempo de envejecer en sus funciones” (Lefort).[50] No por casualidad, Daniel Cohn-Bendit convocaba a recelar de quienes tuvieran más de treinta años:

Y es que, hasta los años setenta, el mundo de la posguerra estuvo gobernado por una gerontocracia en mucho mayor medida que en épocas pretéritas, en especial por hombres -apenas por mujeres, todavía- que ya eran adultos al final, o incluso al principio, de la primera guerra mundial.[51]

El asalto a las jerarquías (burocráticas, de clase, familiares, escolares,

corporativas), un nuevo lenguaje incomprensible para los adultos (“la momiza”), un cambio en la concepción acerca de la sociedad y el Estado, la presencia pública de la “nueva izquierda” (antiestalinista, contraria al minimalismo socialdemócrata, libertaria), el resurgimiento del espontaneísmo, la democracia directa, la organización horizontal y la fraternidad en el sentido más comprehensivo (social, étnica, grupal, de género), además de estilos de acción innovadores (coreográficos, irreverentes, festivos), conforman el saldo histórico de la protesta juvenil,[52] catalizadora del descontento fraguado desde la década anterior, expuesto crudamente tanto en la literatura Beat como por el neorrealismo italiano:

La generación emergente poco o nada tiene que ver con la tradición presuntamente bolchevique. Lo suyo combina modernidad con preocupación social: se frecuenta la cultura norteamericana y la europea, se adopta una nueva sensibilidad marcada por el cine y la literatura, se vive la pasión por el rock y las “puertas de la percepción”…[53]

La iconografía de 1968 volvió familiares los rostros del Che, y de los poco occidentales Mao-Tse-Tung y Ho-Chi-Minh. Por una vez, las claves del futuro eran propiedad del Tercer Mundo. Advirtiendo retraso, el segmento radical del movimiento estudiantil intentó compartirlas apresurando el paso sin sopesar adecuadamente las eventuales consecuencias de la violencia revolucionaria. Rudi Dutschke, en uno de los coloquios de Herbert Marcuse con los estudiantes de la Universidad Libre de Berlín, en 1967, habló de “aceptar la necesidad de la violencia en las metrópolis”, a fin de complementar la lucha revolucionaria desarrollada en el Tercer Mundo.[54] Con varios años en el movimiento estudiantil y después de visitar Cuba, otro joven de la nueva izquierda, Mark Rudd, “tomó” uno de los selectos campus de la Ivy League:

sabemos que las gentes de otros países podrían liberarse de nuestra dominación, sabemos que las universidades podrían producir e impartir conocimientos para el progreso…sabemos que los hombres pueden ser libres y guardar lo que producen y disfrutar plácidamente de la vida para crear. Éstos son valores positivos pero como significan la destrucción por el que ustedes imperan, usted [Grayson Kirk] los llama “nihilismo”. En el movimiento, estamos empezando a llamar a esta visión social “socialismo”.[55]

En México las universidades y los movimientos sociales sufrieron a causa de la intransigencia gubernamental, incapaz de tolerar cualquier protesta organizada.

El 21 de octubre de 1960 comenzó en Chilpancingo una huelga estudiantil que demandaba la autonomía universitaria, la destitución del rector, reformas a la ley orgánica de la institución y aumento de subsidio. Un contingente variado participó en la protesta y, el día 31, llevó a cabo una copiosa manifestación en la ciudad que culminó con la conformación de la Coalición de Organizaciones Populares. El 20 de noviembre alrededor de 10,000 mujeres y estudiantes guerrerenses, alumnos del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la UNAM, tomaron una vez más las calles de la capital estatal.[56]

En las primeras horas del 25, policías y militares desalojaron violentamente a los estudiantes y a otros ciudadanos que hacían un plantón en la alameda Francisco Granados Maldonado de Chilpancingo. Iglesias y fábricas hicieron sonar campanas y silbatos, que congregaron a la población, armada de palos y piedras, alrededor del área del conflicto. Las fuerzas del orden se contuvieron, no sin detener, entre otros, al doctor Pablo Sandoval, líder del Comité de Padres de Familia y militante del PCM, y al profesor Genaro Vázquez Rojas, dirigente de la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), fundada recién el año anterior. El 30 de diciembre, los órganos de seguridad acometieron, con un saldo rojo de trece muertos (dieciocho según otras fuentes) y treinta y siete heridos graves; dos soldados perdieron la vida en el asalto.[57]

El sexenio siguiente la mano dura alcanzó al movimiento de los médicos residentes del Hospital General, que de reivindicar mejores condiciones laborales pasaron a demandar el derecho a organizarse, hasta la intervención del ejército en las universidades de Michoacán y Sonora, mientras el doctor Ignacio Chávez renunció a la rectoría de la UNAM en 1966 debido a la violencia de un grupo de porros que bloqueó su proyecto de reforma académica de la institución, consagrando el pase automático como derecho imprescriptible de la comunidad estudiantil unamita.

Después de un bochornoso acto de censura gubernamental, con el apoyo de varios centenares de autores y lectores, en 1965 Arnaldo Orfila Reynal fundó Siglo Veintiuno Editores, donde con razón Gabriel Zaid vio desplegarse “una autoconciencia intelectual frente a los abusos del poder”. A mediados de 1968, Julio Scherer García llegó a la dirección de Excélsior,[58] encargándole a Octavio Paz, en 1971, la edición de Plural, su revista cultural. Ambos abandonarían el periódico en 1976, después del golpe contra la redacción del periódico fraguado desde los círculos gubernamentales.

El movimiento de 1968 inició con un incidente fortuito, “todo comenzó con una bronca”,[59] que supuró un malestar sordo gestado entre las clases medias ilustradas, catalizado inicialmente por los estudiantes más jóvenes, de las preparatorias y vocacionales de la UNAM y del IPN. Una interpretación reciente de las jornadas de julio de aquel año, apunta buenas razones para caracterizarlas como un motín urbano, género de la acción social si bien no muy profuso, con antecedentes importantes dentro de la historia de la ciudad capital:[60]

la protesta estudiantil debe ser leída…como una forma colectiva de “insubordinación social”, donde algunos de los estratos estudiantiles no sólo se aliaron con muchos de sus profesores y con otros sectores ilustrados de la sociedad mexicana, sino que se unieron con otros grupos sociales que no eran estudiantes (jóvenes sin escuela, pandilleros, vecinos de los barrios próximos a las escuelas) para expresar su rechazo a los símbolos y representantes del gobierno, sobre todo a la policía y a sus hábitos autoritarios.[61]

No obstante el origen contingente del movimiento estudiantil, como el de muchos de los acontecimientos históricos entrelazados por la dinámica del conflicto en procesos coherentes y significativos, quienes lo estudiaron coinciden, tanto en que los derechos humanos, el antiautoritarismo y la democracia (en distintas acepciones) conformaron los ejes articuladores de la protesta juvenil, como en que fue la expresión una revolución cultural contra el orden mental y moral dominante.[62]

El movimiento, y sobre todo su siniestro epílogo, impactó el campo intelectual, más si tomamos en consideración que algunos académicos prestigiados fueron aprehendidos (Heberto Castillo, Eli de Gortari, entre otros). Revueltas, retomando la experiencia de la LEAR, impulsó el Comité de Intelectuales y Artistas de Apoyo al Movimiento Estudiantil, coordinado por Rulfo, Monsiváis, Sergio Mondragón, Jaime Augusto Shelley y Manuel Felguérez. En representación del grupo, Revueltas se incorporó al Consejo Nacional de Huelga (CNH), para desligarse de aquél cuando sus colegas lo desconocieron a raíz de su impugnación del 4° Informe de Gustavo Díaz Ordaz, formando parte, desde los primeros días de septiembre, del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras.[63]

Escalada la violencia, Monsiváis y García Ponce pidieron, a nombre de los intelectuales, la excarcelación de los presos y el cese de la represión estatal. Y, a consecuencia de ésta, Octavio Paz renunció al cargo de embajador en la India,

concluyendo una carrera de veinticuatro años en el servicio exterior. Entonces el poeta escribió al secretario de Relaciones Exteriores: “no estoy de acuerdo en lo absoluto con los métodos empleados para resolver (en realidad: reprimir) las demandas y problemas que ha planteado nuestra juventud”.[64] Alineado del lado oficialista, Lombardo Toledano, además de la trillada conjura imperialista, afinó la tesis del “contagio” (la imitación enfermiza de lo extranjero detectada por Samuel Ramos en 1934). En un malabar dialéctico, donde las piezas las movía a voluntad el comentarista, convocó a luchar a quienes llevaban más de tres meses haciéndolo:

Guiarse por las demandas que los jóvenes levantan en los países capitalistas altamente industrializados y hacerlas propias en los países preindustriales, es un error táctico condenado al fracaso… La juventud mira al porvenir; pero no puede escapar a la realidad social a la que pertenece, en la que tiene que luchar y a la que debe transformar para cambiar su sistema de vida por otro más avanzado.[65]

Por sus consecuencias dentro del campo intelectual, convendría detenerse en la interpretación del movimiento estudiantil y de la respuesta estatal hecha por Paz, Fuentes y Revueltas, calificado por aquél como “uno de los mejores escritores de mi generación y uno de los hombres más puros de México”.[66]

El diagnóstico del estado de la nación vertido en Potsdata fue impecable. El crecimiento económico sostenido le parecía un dato incontrovertible, así como el desarrollo social y la clara separación entre la esfera política y el ámbito militar un acierto mayúsculo del régimen revolucionario, más si mirábamos hacia el Cono Sur. La movilidad social ascendente, permitida por los altos índices de desempeño económico, era una válvula de escape a las presiones demográficas y a la insatisfacción en los distintos órdenes de la vida pública. Si no bastaba, un ejército domesticado por el poder civil constituía el último recurso disuasivo. Del lado deficitario estaban la extrema desigualdad social, el desequilibrio entre el campo y la ciudad, los monopolios (económicos e institucionales, públicos y privados) y, destacadamente, la falta de democracia, no sólo política, sino también sindical, la cual incluía el control estatal de la prensa y de los medios de información electrónicos, y por tanto, de la opinión pública.[67] El Paz de 1969 (no así para el de 1990), no tenía duda que el orden revolucionario era dictatorial: “en México no hay más dictadura que la del PRI y no hay más peligro de anarquía que el que provoca la antinatural prolongación de su monopolio político”.[68]

La alternativa del momento era democracia o militarismo, quedando descartada la opción revolucionaria. Que aquélla estuviera en la mesa mexicana era obra de la rebelión estudiantil. Tanto por la naturaleza de sus demandas como por su raíz nacionalista, el movimiento de los jóvenes mexicanos estaba más próximo a los de Europa del Este (Checoslovaquia) que a los de los países occidentales. La analogía entre régimen priísta y el estalinismo la lleva tan lejos que el arte nacionalista y socialmente comprometido, y en general toda corriente estética apadrinada por el Estado, los concibe como producto de una misma matriz autoritaria. Ésta era una razón más para no buscar una salida revolucionaria a la crisis nacional (imposible y tampoco deseable), pues en la periferia del sistema mundial y dentro del horizonte marxista, la saga era inevitablemente despótica.[69]

Sin embargo, el sentido del devenir nacional no está en la historia empírica, ni es posible aprehenderlo con las tentativas cientificistas de sociólogos y antropólogos urbanos,[70] sino en las profundidades del mito, redescubierto a través de la etnología estructuralista de Claude Lévi-Strauss. Después de apuntar que no somos más que nuestras máscaras, transcribiendo el argumento de El laberinto de la soledad, Paz exhuma una historia invisible y circular, fatal, que finalmente articula los acontecimientos dotándolos de sentido.[71] Aquélla es ahora un disfraz de nuestra esencia, así sea ésta el resultado de una historia singular, así la llame psicología, carácter, cultura o identidad. Somos nuestra historia, y ésta nos condena a repetirla, perpetuándose en un presente sin salida, virtualmente eterno, al menos hasta que desmontemos (críticamente) el basamento que la funda.

En esta perspectiva, incluso la posibilidad democrática recién esbozada se manifiesta imposible mientras habitemos la pirámide trunca que constituye la mexicanidad, expresión fenoménica, y a la vez simbólica, de una geografía sinuosa, donde la plataforma está en el centro del país (el corazón de la nación). Este espacio físico, armazón también del imaginario colectivo y referente de la metáfora ofrecida para su comprensión, hace que todo sacrificio -incluido Tlatelolco- sea ritual. Borbotones de sangre alimentan periódicamente a unos dioses sedientos:

La fascinación que han ejercido los aztecas ha sido tal que ni siquiera los vencedores…escaparon de ella: cuando Cortés decidió que la capital del nuevo reino se edificara sobre las ruinas de México-Tenochtitlan, se convirtió en el heredero y sucesor… los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas.[72]

La eficacia de este orden residía no sólo en la seguridad con que lo asumían los jerarcas, dotados de la legitimidad simbólica otorgada por estar en la cúspide del monte sagrado, sino en la obediencia con el que lo aceptaban los subalternos (en esa lógica, los macehuales contemporáneos), también gustosos de la violencia, el fuego (nuevo) y la sangre, de la barbarie que funda toda civilización, como anotó Julio Guerrero en 1901:

El sentimiento de ferocidad sanguinario, la piromanía, las danzas fúnebres y la alegría salvaje de ver desaparecer la víctima entre los humos acres de sus carnes quemadas, que constituyen los elementos psíquicos del regocijo popular en la siniestra civilización de los nahuas y zapotecas…Sufren allí una cerebración atávica e inconsciente de sangre y exterminio; y ésta es la que ha pervertido y dispara sus voluntades cuando los episodios políticos le han dado un papel activo y espontáneo en la gran tragedia mexicana.[73]

Fuentes equiparó el movimiento estudiantil con los otros grandes momentos fundacionales de la historia nacional (Independencia, Reforma y Revolución), el cual evidenció que las viejas promesas de justicia social y democracia quedaron diluidas en un desarrollismo económico inaceptable para un país de jóvenes, fracturado por el colonialismo interno -la categoría popularizada por González Casanova-,[74] que vivía los despojos de una revolución enterrada por el alemanismo. Tlateloco fue el saldo trágico de la postergación social y democrática oculta en la bruma del milagro mexicano. Ante la falta de pluralidad política, la única disyuntiva real era fascismo o democracia. Desde la campaña presidencial misma, que recordaba la del general Cárdenas, Luis Echeverría mostró su elección:

pasó por encima de la espesa fila de aduladores, oradores y caciques para preguntar y para oír: las dolencias se dejaron escuchar con voces titubeantes, temerosas, desacostumbradas a que se les prestara atención. En el clima de autoelogio y terrorismo creado por Díaz Ordaz, resultaba intolerable escuchar ese número de quejas. Echeverría empezaba a salirse del juego; empezaba a demostrar cuál sería su opción…[75]

El país necesitaba un nuevo Cárdenas… y Fuentes parecía tener el suyo. Meses después, pediría un apoyo crítico para Echeverría a fin de “impedir un golpe de la extrema derecha”. Gabriel Zaid mostró escepticismo hacia la postura del escritor: “Un nuevo Cárdenas, que no ha sabido hacer lo que hizo Cárdenas con las fuerzas del pasado…”[76]

Aunque padeció la violencia estatal y fue encarcelado por tres años (ya en los treinta había sido huésped de la colonia penitenciaria de las Islas Marías), la perspectiva de Revueltas fue esperanzada, no obstante que su diagnóstico acerca del régimen fue más duro que el de Paz, si bien menos fatalista. La democracia en todos los órdenes de la escena cívica constituía el reclamo más urgente. Debería ser también radical. El movimiento de 1968 significó para el novelista el preludio de una transformación profunda de la sociedad y del entramado institucional mexicanos. Habíamos llegado al límite, pero, justamente en eso residía la oportunidad:

El tiempo es el más infatigable y tenaz trabajador de la libertad y la justicia. La presencia viva de nuestras voluntades -más intrépida, más tenaz, más osada-, por encima del tiempo que la dictadura pretende detener con las cárceles y con la muerte, será lo que acelera ese ritmo con que la historia trata de liberarse y encontrarse.[77]

El laboratorio donde se incubaría el "cambio de régimen" de las conciencias (democracia congnoscitiva) sería la universidad, rompiendo el verticalismo de la institución con la "autogestión académica", entablando "una relación crítica e inconforme hacia la sociedad, cualquiera que sea la naturaleza de ésta". La función que antes había asignado al partido, "consciencia organizada" de la clase, la traslada ahora Revueltas a la universidad como "conciencia múltiple, móvil y en activo", "conciencia colectiva",[78] orientada hacia el futuro a través de la praxis revolucionaria. En una suerte de incendiar la pradera, "de la autogestión académica deberá trascenderse a la autogestión social. Autogestión de las masas del pueblo, de los trabajadores de las fábricas, de los campesinos, por medio de los comités de lucha y los consejos populares de lucha".[79]

Esta reacción en cadena universalizaba la "nueva revolución" al entrelazarla con otros movimientos juveniles y sociales que estallaron en otras partes del mundo, de manera tal que el sentido último de los acontecimientos mexicanos había de buscarse en un proceso mundial tendencialmente revolucionario (socialista en Occidente y en los países periféricos; antiburocrático en el Este), conducido en el esquema del marxismo-leninismo por una vanguardia política nutrida de lo mejor de los distintos grupos que entonces pugnaban por la revolución, "conciencia organizada" que no hacía sino dar forma a los intereses de la clase obrera, la real protagonista de la historia, el único sujeto revolucionario admisible para Revueltas. La imparable carrera armamentista colocaba otra vez en el horizonte, aunque con mayor apremio, la vieja disyuntiva "socialismo o

barbarie", resemantizada en el presente como "guerra atómica o revolución mundial".[80]

Tanto del movimiento estudiantil como de la perspectiva de quienes lo racionalizaron, emergió una preocupación democrática que rondó 1968, no obstante la derrota.[81] Comentó Roger Bartra a Christopher Domínguez en 1984:

Desde 1968 la izquierda mexicana (con la excepción de los lombardistas) encabezó la lucha por la democracia; desgraciadamente las tendencias atrasadas que existen en la izquierda han ganado terreno durante los últimos dos o tres años y han provocado un inmenso retroceso; el vacío que ha dejado la izquierda lo está llenando peligrosamente la derecha. Y digo peligrosamente porque si en la izquierda las tradiciones democráticas son precarias, en la derecha son inexistentes; el liberalismo mexicano desconoce casi completamente lo que significa la democracia.[82]

Incluso a cuarenta años de distancia del 68, y con el desencanto a cuestas, por ideales no realizados, truncos o desnaturalizados, participantes y observadores todavía lo admiten, aunque para después agregar que la represión militar y policiaca tuvo efectos tales que condujeron a la involución militarista o demagógica de la izquierda de los setenta, es decir al triunfo de los duros (Guevara Niebla), o por el contrario, encumbró a los reformistas acostumbrados a los acuerdos cupulares, a hablarle al oído al ogro estatal (Zermeño).[83] Cierto o no, la izquierda intelectual que surgió de aquellas jornadas, como veremos enseguida, incorporó nuevos elementos al análisis, precisó los problemas y refinó las herramientas teóricas consiguiendo reordenar los términos del debate cuando menos por dos décadas.

2. HISTORIA Y SOCIEDAD

Δ

Aunque la historiografía cuenta con una larga tradición dentro de las humanidades mexicanas, su profesionalización constituye un hecho relativamente reciente. Por sólo hablar de los centros de investigación, no fue sino hasta 1941 cuando se formó el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, y en 1946, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, cuyas figuras señeras fueron Silvio Zavala Vallado (Mérida, 1909) y Edmundo O'Gorman O'Gorman (ciudad de México, 1906-1995), respectivamente.

En cuanto a las revistas, a partir de 1918 comenzó a publicarse en Estados Unidos la Hispanic American Historical Review, y para 1951, El Colegio de México inició la edición de Historia Mexicana, creada por Zavala. Únicamente como referencia diremos que en 1859 apareció la Historische Zeitschrift alemana, en 1876 la Revue Historique francesa, en 1884 la Rivista Storica Italiana y la American Historical Review; para 1886, ya circulaba la English Historical Review.[1]

Si hablamos de publicaciones periódicas especializadas, la renovación historiográfica inició en Francia en 1929 con la edición de Annales d'historie économique et sociale, y en Inglaterra, a partir de 1952, la de Past and Present. Aquélla, fundada por el medievalista Marc Bloch y por el estudioso de la época moderna Lucien Febvre, fue una respuesta a la historiografía tradicional, centrada en los acontecimientos políticos, la narrativa y la historia episódica, procurando "establecer los hechos y después operar con ellos",[2] oponiendo a ésta el estudio de las estructuras y las series, la "historia en profundidad" o "historia total". Past and Present, por su parte, agrupó a los exponentes más destacados del materialismo histórico, todos ellos militantes comunistas.[3] Los nombres de los marxistas Christopher Hill, Rodney Hillton y Eric J. Hosbawm, progenitores de la publicación, figuraron al lado de los no menos reconocidos Lawrence Stone, John Elliot y Moses Finley. El interés de ambas revistas por la historia económica y social, además por la común simpatía hacia las aproximaciones globales, propició cierto acercamiento intelectual a partir de los sesenta, según

cuenta Hobsbawm en su autobiografía.[4]

Para entonces, el canon historiográfico mexicano lo compartían el empirismo del académico y diplomático Silvio Zavala -graduado en el Instituto Literario de Yucatán, pasó por la Universidad del Sureste y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con un doctorado en Derecho por la Universidad Central de Madrid- y el historicismo de Edmundo O'Gorman[5] -abogado por la Escuela Libre de Derecho, maestro en filosofía y doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En ésta, el vitalismo bergsoniano difundido por Antonio Caso -fundador de la Escuela de Altos Estudios, transformada después de la revolución en Facultad de Filosofía y Letras-, y el historicismo alemán, importado por el filósofo asturiano José Gaos y González Pola (Gijón, 1900-Ciudad de México, 1969), echaron raíces profundas además de verificar una peculiar síntesis,[6] mientras la escasa presencia del marxismo quedó en manos del también transterrado asturiano Wenceslao Roces Suárez (Soto de Agues, 1897-ciudad de México, 1992), quien a partir de 1942 se incorporó a la Universidad Nacional como profesor de Derecho y de Historia de la Antigüedad griega y romana, destacándose sobre todo por la traducción de innumerables libros en el Fondo de Cultura Económica, entre ellos El Capital. El movimiento del 68 crearía un público para la literatura marxista:

Un sector numeroso, la mayoría activistas del movimiento estudiantil, siente la obligación de acercarse a los clásicos del pensamiento socialista. Se extienden los círculos de estudio, algunos se aventuran en (lo que les resultan) las perplejidades de El Capital, en algunas facultades se escudriña a los franceses (Althusser, principalmente) y se apegan al Anti-Dühring de Engels y El Estado y la revolución de Lenin y, más tarde, a los Manuscritos económico-filosóficos de Marx.[7]

Zavala y O'Gorman, rivales intelectuales por medio siglo,[8] y desde la cátedra, maestros de varias generaciones de historiadores, compartieron un saber enciclopédico y dedicaron sus obras principales a la época colonial, lo que no les impidió desplazarse con autoridad dentro del periodo nacional, y a O'Gorman en la filosofía de la historia. Alejados del compromiso político, evitaron ocuparse de la historia reciente, no obstante que para O'Gorman historia y vida estaban fundidas según pensaban Bergson y Croce, de tal manera que todo era posible, porque "todo es marcha, y resulta maravilloso comprobar cómo una situación que parece insoluble no es, en realidad, sino nuevo y vigoroso punto de partida hacia alguna meta imprevisible".[9] Desde la clausura de la academia

contemplaron la turbulenta década de 1960.[10] Entre tanto, más en la esfera gubernamental que al interior de las aulas de educación superior, el rudimentario materialismo histórico de Luis Chávez Orozco (Irapuato, 1901-ciudad de México, 1966) hacía un esbozo de los orígenes del socialismo mexicano y contribuía a colocar los primeros ladrillos de la historia económica y social a partir de un admirable rescate documental, temáticas nada ausentes por cierto en la vasta obra de Zavala, empeñado también en la ingente labor recopiladora.

Si bien aún marginal en el ámbito universitario, a mediados de la década de 1960 comenzó a cobrar mayor importancia el materialismo histórico con la publicación Historia y Sociedad, dirigida por Enrique Semo Calev (Sofía, 1930). Roger Bartra Murià (ciudad de México, 1942), miembro del PCM al igual que Semo, lo acompañó como jefe de redacción durante el primer periodo, a la vez que Boris Rosen y Froilán Manjarrez formaron parte del comité de redacción, al que se sumaron posteriormente Daniel Cazés, Alberto Híjar, Cecilia Rabell, Madalena Sancho, Raquel Tibol y Raúl González Soriano. La nueva publicación reunió a profesionales de distintos campos de las ciencias sociales y de las artes e intentó renovar la disciplina histórica recurriendo a un paradigma alternativo al empirismo e historicismo entonces dominantes.[11] El desarrollo del capitalismo en México -objeto del trabajo más conocido de Semo-[12] y las formas de producción precapitalistas, constituyeron las líneas temáticas fundamentales; conciliar el conocimiento científico con el compromiso político fue el rasgo distintivo de su proyecto intelectual.

Historia y Sociedad. Revista latinoamericana de pensamiento marxista se creó al amparo del PCM que, en aquellos años, buscó formar una revista cultural independiente del partido -si bien financiada por éste y, en menor medida, por el hermano soviético-, tomando como modelo a la estadunidense Science and Society.[13] Editada por Juan Pablos y con un tiraje de cinco mil ejemplares, tuvo dos épocas (1965-1970/1974-1981) y publicó un total de cuarenta números (dieciséis en la primera y veinticuatro en la segunda):

Después de tres años de silencio, Historia y Sociedad vuelve a la lid. Su objetivo central sigue siendo el mismo; hoy como ayer sus páginas estarán dedicadas a impulsar y difundir el pensamiento marxista en la filosofía y las ciencias sociales.

…Mientras que una serie de corrientes de pensamiento muy de moda en los años sesenta abandonan -sin pena ni gloria- el foro, el marxismo demuestra su

capacidad para responder a las nuevas necesidades del cambio social en nuestro continente.[14]

El destierro, la militancia comunista, el cosmopolitismo intelectual y la práctica del periodismo político y cultural fueron comunes a un segmento del consejo de redacción. Miembro de una familia judía que emigró de Bulgaria a consecuencia del fascismo, Enrique Semo llegó a México en 1942. Estuvo por periodos largos en los Estados Unidos lo que le permitió acercarse a las corrientes vanguardistas del pensamiento de posguerra. En Los Angeles, leyó la Historia de la Revolución rusa de Trotsky, lo que despertó su vocación de historiador y el interés por el marxismo. Adquirió en Israel la experiencia del trabajo en el kibutz y participó en la tendencia que quiso imprimirle un carácter socialista al nuevo Estado. Allí es donde inició su militancia comunista, aunque en México las lecciones del emigrado húngaro Johan Lorenz Schmidt (Radvanii), quien enseñaba El Capital en la Universidad Nacional, José Luis Ceceña, Lombardo Toledano y Revueltas fueron decisivas en su formación teórica y política. De 1961 a 1981, Semo estuvo en el PCM, durante diecisiete años formó parte del comité central y, por un año, participó en la comisión política. Tras la desaparición del partido, se incorporó al PSUM, PMS y fue uno de los fundadores del PRD.[15]

Semo estudió Economía en la Escuela Superior de Derecho de la UNAM y en la Escuela de Altos Estudios de Jurisprudencia y Economía del Estado de Israel (Tel Aviv), graduándose como licenciado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM con una tesis acerca de la historia de la deuda externa mexicana del siglo XX.[16] En el sector público trabajó en la Secretaría de Agricultura entre 1957 y 1960, y de 2001 a 2005 fue secretario de Cultura del Gobierno del Distrito Federal. Con la investigación que dio lugar a la Historia del capitalismo en México, obtuvo en 1971 el doctorado en Historia Económica por la Universidad Humboldt de la República Democrática Alemana (RDA), disertando ante un sínodo compuesto por Manfred Kossok, Johan Lorenz Schmidt y Max Zeuske.[17] Para Semo, según comentó en 1968, aquello fue como asomarse al futuro:

Las universidades de la RDA han sabido recoger todo lo grande de la tradición cultural alemana, porque tuvieron el valor de arrancar de raíz la hiedra fascista y remplazarla por una educación y una ciencia que apuntan hacia un nuevo humanismo. Una escolaridad ejemplar y exigente va aunada a una visión profundamente progresista del mundo.[18]

Boris Rosen Jélomer (Ucrania, 1916-ciudad de México, 2005) y su esposa, la crítica de arte argentina Raquel Rabinovich [Tibol] (1923), procedían también de familias judías. Rosen llegó a México en 1928 y estudió Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la UNAM. Roger Bartra, por su parte, hijo del poeta catalán Agustí Bartra i Lleonart y de la escritora Ana Murià, asilados en México, pasó parte de su infancia y juventud en Estados Unidos, trabajó en la comisión del Balsas,[19] cursó etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y obtuvo el doctorado en Sociología en la Sorbona en 1974.

Sus relevantes trayectorias profesionales les brindaron un reconocimiento dentro y fuera del ámbito universitario. Semo, profesor emérito por la UNAM, la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y El Colegio de Jalisco, doctor honoris causa por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y Medalla Hegel de la Universidad Humboldt; Bartra, profesor emérito por la UNAM, premios Nacional de Periodismo Cultural y Universidad Nacional; Tibol, doctorado honoris causa por la UAM en 2007. Fuera de las aulas, pero dentro más que cualquiera en archivos y hemerotecas, Rosen acumuló un legado monumental que incluyó los escritos de Benito Juárez, publicados a partir de 1964, y la recopilación y edición de las obras completas de varios de los liberales más importantes de la segunda mitad del siglo XIX (Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Zarco y Manuel Payno). Tanto Semo como Bartra han enseñado en universidades europeas y estadunidenses, y algunos de sus libros, aparte de varias reediciones en español,[20] se tradujeron a otras lenguas.

La primera época de Historia y Sociedad evidenció la enorme presencia de latinoamericanistas de la Academia de Ciencias de la URSS y de otros países del Este, aunada a la exigua colaboración de los intelectuales comunistas mexicanos, en cierta medida porque no era todavía una comunidad numerosa, debido también a la tradición dogmática del PCM que proscribía la heterodoxia teórica. Salvo el sinólogo Jean Chesneaux, apóstata de la academia y del Partido Comunista Francés (PCF) pocos años después,[21] no publicaron historiadores marxistas reconocidos de Europa Occidental. Por dar solamente un ejemplo, un velo de oscuridad cubrió a la Formación de la clase obrera en Inglaterra (1963), de E.P. Thompson, el libro que revolucionó la historia social de la segunda mitad del siglo pasado, “acogido inmediatamente -dice Hobsbawm- como un libro de importancia capital por los historiadores profesionales”, acaso porque el británico era mal visto por el comunismo oficial, con quien rompió tras la invasión de Hungría por las tropas del Pacto de Varsovia en 1956, o quizá debido a que postulaba un marxismo no determinista.[22] Lo desconocemos en verdad.

Esto, sin embargo, no obstó para que se hiciera una selección cuidadosa de los manuscritos[23] y para que en sus páginas expusieran temas muy diversos que iban desde la historia antigua, novohispana y nacional, hasta la reforma económica de la URSS, pasando por cuestiones de estética o el movimiento estudiantil de 1968. Los autores mexicanos, cuya difusión era prioridad para el PCM, se interesaron en el desarrollo del capitalismo nacional y el modo de producción asiático en las formaciones sociales periféricas. El primero, afín tanto al proyecto intelectual de Semo como al objetivo de los partidos comunistas de caracterizar, de acuerdo con las tesis de la Tercera Internacional, la fase histórica donde se encontraba la sociedad en cuestión y, en función de ésta, determinar las reivindicaciones políticas del periodo; el otro, dirigido a desenterrar las raíces del despotismo, preocupación subyacente a la obra de Bartra.

Agustín Cue Cánovas, Chávez Orozco, Enrique Florescano y Semo hablaron acerca del origen del capitalismo en la Nueva España. Las dos contribuciones de Chávez Orozco -”Servidumbre y peonaje” y “El obraje, embrión de la fábrica”- forman parte de su Historia económica y social de México (1938), reeditándolas la revista como tributo de la nueva generación a “uno de los más importantes precursores del desarrollo del pensamiento y la investigación marxistas en México”.[24] En ellas, el historiador guanajuatense buscó identificar la dinámica social que atizó la Guerra de Independencia, encasillando el conflicto entre las clases en las categorías de la historia europea: de un lado, estaba la clase explotadora, conformada por terratenientes (equivalentes novohispanos de los señores feudales), mineros, industriales (propietarios de los obrajes), comerciantes, asentistas y el clero; del otro, quedaba el bloque de los explotados: unos ligados a la servidumbre (peones) o a otras formaciones precapitalistas (ejidatarios), y los demás ya proletarizados (jornaleros de la minería y la industria, oficiales artesanos).[25] Desde su perspectiva, dentro de la estructura económico-social novohispana dominaba el modo de producción feudal y la transición hacia el capitalismo inició a finales del siglo XVIII: la Revolución mexicana sellaría el fin de la feudalidad y el triunfo del capitalismo.[26]

Años después argumentaría Semo que la debilidad principal de este esquema consistía en reducir el conflicto social al antagonismo entre dos clases fundamentales, lo cual únicamente podía ocurrir en el capitalismo,[27] en tanto que sus entregas de la primera época de la revista habían girado fundamentalmente sobre la historia económica del periodo nacional. A su juicio, habían de revisarse las construcciones teóricas del materialismo histórico convencional y enfocar los procesos latinoamericanos desde una óptica más compleja en la que se

distinguieran las categorías de modo de producción (como tipos ideales de carácter abstracto) y formación económico-social (como realidad histórica concreta). Parte de esta complejidad derivaba de la teorización en torno al modo de producción asiático, hallazgo que en la obra de Marx ponía en entredicho la teoría de los cinco estadios de Stalin (comunidad primitiva, esclavitud, feudalismo, capitalismo y socialismo), pero constituía, sin embargo, un descubrimiento reciente para la comunidad marxista internacional, apenas conocido antes de 1952, cuando comenzó a circular la traducción alemana de los Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse]. [28] Semo se serviría de él para discutir la articulación de modos de producción operada en el espacio colonial, y Bartra, para descifrar el genoma del despotismo mexicano, causante en buena medida del atraso democrático del país. Al respecto, reconoció en una entrevista realizada en 1984:

Creo que ello ha sido una preocupación en mí: desde mis primeras investigaciones sobre el modo de producción asiático y el Estado azteca, hasta mis estudios sobre la relación entre el despotismo político y las mediaciones que ocurren en las sociedades agrarias; desde mis discusiones para colocar la democracia política en el centro de la alternativa socialista, hasta mis críticas a la estadolatría, sea marxista o nacionalista.[29]

La segunda época de Historia y Sociedad, en la que Semo[30] compartió temporalmente la dirección con Bartra, el economista coahuilense Sergio de la Peña Treviño (1930-1998), el filósofo Raúl Orlando Olmedo Carranza y el escritor René Avilés Fabila (ciudad de México, 1940), abrió sus páginas a marxistas latinoamericanos no necesariamente integrados a los partidos comunistas de la región (Bolívar Echeverría, entre otros) y a la izquierda occidental, aunque continuaron participando profusamente los científicos sociales de Europa del Este. Además de la pluralidad, esto sirvió para dar entrada a la vigorosa discusión que entonces llevaba a cabo el marxismo continental sobre la construcción teórica de la ciencia de la historia y acerca de la conceptualización de las formaciones económico-sociales como articulaciones complejas de modos de producción dentro de una totalidad histórica dominada por uno de ellos. “Sólo en el modo de producción dominante se expresará sintéticamente toda la rica multiplicidad de determinaciones de la totalidad”, dirá Bartra.[31] También ocuparon un lugar importante la crítica del dependentismo, y la cuestión agraria, los movimientos sociales y las revoluciones burguesas en América Latina, además de que continuó la discusión acerca de los orígenes del capitalismo mexicano.

Aprovechando una estancia de investigación en París, designaron a Bartra corresponsal de Historia y Sociedad en 1976, quien regresaría a la dirección colectiva de la revista dos años después. Escribió Louis Althusser, el enfant terrible del marxismo de los sesenta, a Raúl Olmedo: "el otro día recibí la visita de tu amigo Bartra. Y hablamos largamente de ustedes dos, de su revista (me dio dos de sus números) y de sus trabajos. Me entregó el texto de tu Presentación sobre Vilar y yo".[32]

Desde los Annales, Pierre Vilar, también comunista, mundialmente conocido por sus estudios sobre la historia medieval y moderna de España, en 1973 había reaccionado poderosamente contra de las consideraciones del filósofo francés[33] con respecto a que la ciencia histórica, entendida como la historia de "las formaciones sociales", estaba por hacerse, porque todavía no desarrollaba un concepto teórico de sí misma, definiendo en consecuencia un campo problemático específico, más allá de los cimientos del materialismo histórico tendidos por Marx: no había siquiera entre los profesionales de la historia un bosquejo del tiempo histórico que rompiera con la nociones de homogeneidad y continuidad concebida por los modernos. En respuesta, Vilar presentó a la tradición historiográfica marxista como un proceso inacabado, pero activo en su construcción, y recuperó de los primeros Annales la concepción del proceso histórico como "historia total", negándose a cualquier parcelación de su objeto.[34]

Aunque por lo general la postura filosófica de Althusser generó gran polémica y las más de las veces múltiples objeciones por parte de los marxistas ortodoxos, lo cierto es que los historiadores la tomaron muy en serio dándose a la tarea de elaborar el concepto de "formación económico social", como hicieron italianos y franceses, o discutir acerca de la "articulación de los modos de producción", preocupación de los latinoamericanos y de la segunda época de Historia y Sociedad.[35] Semo incluso en las primeras líneas de su Historia del capitalismo en México explicitó la nueva perspectiva histórica, no sin imprimirle un saborcito toynbeeano:

Concebimos a la historia de México como una sucesión de formaciones socioeconómicas, cada una de las cuales surge en el seno de la anterior. Asignamos a la historia económica la tarea del análisis de cada uno de estos sistemas y la elaboración de modelos que nos permitan comprender las leyes de su evolución, es decir, de su surgimiento, auge y desaparición.[36]

La historia del capitalismo en México

Dentro de un ambiente contaminado por el anticomunismo y una desconfianza cerval a los intelectuales,[37] en febrero de 1967 golpearon dentro del campus de Ciudad Universitaria a José Luis Ceceña, profesor de la Facultad de Economía, y uno de los exponentes nacionales de la teoría de la dependencia y, hacia marzo, la Procuraduría General de Justicia citó un par de ocasiones a Semo, entonces académico de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y dirigente del PCM en el Distrito Federal, para responder a la acusación de que "desde hace algún tiempo se dedica franca y abiertamente a agitar en ese alto centro de estudios". Pasando de las amenazas a los hechos, a mediados de abril sufrió una agresión directa.[38] Sin duda, estos acontecimientos influyeron la decisión del PCM de alejarlo temporalmente del país, permitirle completar su formación académica en Europa Oriental y darle el tiempo necesario para elaborar teóricamente una perspectiva materialista del desarrollo histórico mexicano. Inició en ese año en el Instituto Herder de la Universidad Karl Marx de Leipzig, donde aprendían el alemán los estudiantes extranjeros, una estancia de poco menos de un lustro en la RDA. El respaldo de sus profesores y amigos Friedrich Katz (1926-2010) y Manfred Kossok (19301993) le fueron fundamentales.[39]

En la entrevista que le hizo Raquel Tibol en 1968, Semo trazó un rápido panorama de la historiografía mexicana, a fin de justificar su interés por el periodo 1821-1921, sobre el cual pensaba escribir su tesis doctoral sirviéndose de las fuentes bibliográficas y documentales alemanas, francesas y checas, así como de los materiales que había reunido en México:

Desde el punto de vista social y económico este lapso ha sido muy poco estudiado. Con excepción de la historia monumental que dirigió Daniel Cosío Villegas sobre el periodo 1867-1910, los estudios realizados son escasísimos. Bastará pensar en la gran cantidad de los que existen sobre la Colonia o sobre el México contemporáneo.[40]

El ambicioso proyecto de tesis abarcaba la discusión de las teorías contemporáneas sobre el desarrollo latinoamericano, el feudalismo mexicano, la formación de la burguesía y la clase obrera, así como el despliegue capitalista, a

fin de explicar los movimientos políticos del siglo XIX -con sus secuelas contemporáneas- y el conflicto entre los distintos grupos, problemática que ni siquiera llegó a plantearse la “historia monumental” dirigida por Cosío.[41] Alcanzó la forma de libro en 1973 únicamente la parte referente a la época colonial, es decir, la que versa acerca de los orígenes del capitalismo, si bien redactó varios estudios sobre éste, reunidos después en Historia mexicana. Economía y lucha de clases (1978), además de la perspectiva histórica de larga duración que caracteriza a sus ensayos políticos.

Decíamos que en la primera época de Historia y Sociedad la teorización acerca del modo de producción asiático fue importante: en los números 2 y 3 del año de 1965 aparecieron contribuciones de Chesneaux y Bartra sobre el tema, así como las páginas que dedicó Marx a las formaciones sociales precapitalistas, por lo que posteriormente Era y Grijalbo -esta última entonces muy ligada a la difusión del marxismo, con particular énfasis en los manuales soviéticos que lamentablemente contribuyeron a su vulgarización- dedicaron tres volúmenes al respecto, preparados por Bartra.[42]

A grandes rasgos, el modo de producción asiático se caracterizaba por la ausencia de propiedad privada de los medios de producción (se hablaba más bien de una posesión, consecuentemente no había un sistema de clases propiamente dicho) en una sociedad jerárquica gobernada por una casta teocrático-militar, depositaria del poder y el saber, que acaparaba en forma de tributo el excedente de los pueblos subordinados con base en las guerras de conquista.[43] Sobre todo, la fuente de su poder despótico residía en el control del agua (manejada por medio de acueductos y monumentales obras hidráulicas),[44] esencial dentro de una economía basada en la agricultura, y en menor medida en el comercio y la manufactura artesanal. Al respecto, la originalidad del planteamiento de Semo consistió no tanto en discutir su formulación, sino en aplicar el modelo para explicar el funcionamiento de la economía novohispana en la que la cúspide de la pirámide tributaria pasó de manos de los tlatoanis (o equivalentes) a las de las instituciones peninsulares dentro del marco de la “república de indios”, uno de los componentes del sistema colonial:

La estructura despótico-tributaria está constituida por las comunidades indígenas por un lado, la burocracia real y la Iglesia por el otro. La unidad principal de producción es la comunidad agraria. El trabajador es un miembro de la comunidad. El producto excedente es expropiado bajo la forma de tributo en trabajo, especie o dinero.[45]

Otro elemento del engranaje económico e institucional era la "república de españoles" -impulsada por los conquistadores y con pretensiones autonómicas con respecto de la Corona- donde predominaban los rasgos feudales matizados por un capitalismo embrionario. La hacienda, la estancia, la artesanía gremial,[46] los obrajes y las minas constituían las unidades productivas en las cuales el excedente económico cobraba la forma de renta y ganancia. Fuera bajo mecanismos coactivos o a través del salario, la mano de obra era indígena inicialmente, incorporándose posteriormente mestizos, castas e incluso españoles. De la misma manera que en la "república de indios", el vértice del poder lo ocupaba la burocracia virreinal.[47]

Pero los procesos económicos novohispanos no se daban en la soledad y la autarquía, antes bien tenían enormes ligas con la economía-mundo empeñada en completar la acumulación originaria de capital para establecer su imperio. Desde el siglo XVI, señala Semo, se soldó entre aquélla y ésta el vínculo de dependencia que atrasó el desarrollo capitalista vernáculo. Incluso la Guerra de Independencia, en la que se verificó el enfrentamiento del feudalismo hegemónico con las tentativas capitalistas de avanzada, culminó con la "derrota de las tendencias capitalistas revolucionarias y en la consolidación del feudalismo y la renovación de las relaciones de dependencia". Sin embargo, no se asumía "dependentista", pues consideraba que los países semindustrializados de la periferia de la economía-mundo podían avanzar en la senda del desarrollo capitalista.[48]

El prometedor historiador chiapaneco Gilberto Argüello Altúzar (1945-1982) -perdido trágicamente y también profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM, fundada por Semo en 1972- trató el problema de la acumulación originaria en el espacio novohispano y la transición hacia el capitalismo, materia de la tesis doctoral que presentó en la Sorbona.[49] Empapado de las discusiones historiográficas recientes,[50] Argüello presentó la especificidad del absolutismo novohispano ("asiático-feudo-colonial"),[51] a resultas de los tres niveles (y modos de producción) que articulaba: el despotismo tributario, de procedencia indígena; el feudalismo, propio de la metrópoli española; y el capitalismo mercantil, imperante en el mercado mundial.

No obstante el proceso de [des]acumulación de capital líquido provocado por la exportación del excedente económico de la colonias hacia la Península, y de allí a las potencias europeas, seguido de un repliegue hacia adentro de la economía

colonial en el siglo XVII, en la segunda mitad de la centuria siguiente -señala Argüello- se aceleró el proceso de [intra]acumulación[52] dentro de la Nueva España, el cual permitió el surgimiento de las precondiciones del modo de producción capitalista: de un lado, la concentración de capital en manos de una clase (burguesía); del otro, el surgimiento del trabajador libre (asalariado), desligado de las condiciones objetivas de reproducción de su vida (la tierra, el taller, etcétera).[53]

Más o menos en el tiempo que Semo estudió en la RDA, el grupo de Leipzig, dirigido por Walter Markov (1909-1993) y Kossok, su tutor académico cuando llegó al Instituto Herder, puso en marcha el ambicioso estudio comparativo de las revoluciones burguesas en ambas orillas del Atlántico. Sin participar directamente en éste, pero evidentemente influido por su problemática y teorización, Semo trató de explicar el ciclo de las revoluciones burguesas en México, caracterizado de antiguo por Lombardo como un proceso cumplido en tres momentos (Independencia, Reforma y Revolución). Según aquél, la primera obtuvo la independencia política del país, la otra acabó con el poder omnímodo de las corporaciones, y la última, destruyó las haciendas, base de sustentación de la burguesía terrateniente. Como en las revoluciones románticas europeas de 1848, en la mexicana de 1910 apareció el proletariado como fuerza social aunque, en igual forma que aquéllas, sin la posibilidad política de conducir el proceso hacia la realización de sus fines.[54]

Arqueología del poder

El campo problemático del Bartra de Historia y Sociedad fue el mismo que desarrollaron sus compañeros historiadores, aunque enfocado desde otras disciplinas (antropología y sociología), lo que muestra la homogeneidad del proyecto intelectual del grupo, aunada a la militancia comunista compartida, fundamento de su cohesión: el modo de producción asiático como premisa histórica desde la cual el espacio mesoamericano se incorpora a la primera mundialización; la transición hacia el capitalismo (en este caso desde la sociedad agraria, donde se asentó el despotismo tributario); la totalidad social o formación económico social concebida como una combinación estructurada de modos de producción.

La prehistoria mesoamericana, enfocada desde la lente teórica del materialismo histórico, comenzó a cobrar importancia a finales de los cincuenta con la publicación de los dos primeros volúmenes de Sociedades precapitalistas (1959-1960), de Mauro Olmeda, y entrada la década siguiente, con El desarrollo de la sociedad mexicana (1966),[55] del mismo Olmeda, y los trabajos de Ricardo Ferré d'Amaré acerca del poblamiento de América. Si bien conocedor de los desarrollos metodológicos de las prehistorias europeas y americanas, Ferré d'Amaré, quien se formó en la antigua Checoslovaquia, tomó como referencia fundamental los descubrimientos recientes de la prehistoria soviética, china y japonesa en El antropogeno de Siberia y el hombre americano (1965). Tanto el magisterio en la ENAH de Ferré d'Amaré como el de José Luis Lorenzo -este último estudió en Francia y en la Universidad de Londres asistió a la cátedra del célebre antropólogo australiano Vere Gordon Childe- impulsaron los estudios del joven Bartra acerca de las sociedades precapitalistas, dados a conocer a partir de 1964 en Tlatoani, órgano difusor de la Sociedad de Alumnos de la ENAH.

La pregunta que orientaba la pesquisa bartreana hacia 1965 era "¿en qué medida se puede comprender la interacción del mundo precapitalista con la moderna sociedad capitalista y con el imperialismo económico, interacción que ha producido esto que llamamos países subdesarrollados?", bajo el supuesto de que "nuestra interpretación del presente -y del pasado- debe ser hecha en función del futuro que lo revolucionará".[56] El marco interpretativo corría de la base a la

superestructura, por eso todavía en 1973 advertía a sus lectores que el libro en sus manos continuaría en otro manuscrito donde se estudiarían “los aspectos políticos de la estructura agraria”, aunque desde su caracterización del modo de producción asiático cobró importancia la fusión de política y economía en el vértice de la pirámide de dominación, de alguna manera recreado en el capitalismo como la invasión del Estado a la sociedad a la que la democracia opone algunos diques, ya no digamos en el “socialismo realmente existente” donde aquélla parece consumarse, aunque todavía Bartra veía la posibilidad de revertirla.[57]

El poder despótico burgués (1978) fue el texto bisagra donde Bartra desplazó el énfasis hacia las formas de dominación (que incluyen la cultura), la legitimación de la desigualdad y la explotación, la autonomía relativa del Estado burgués moderno, su hegemonía mediadora (eventual pero no necesariamente democrática) con respecto de la estructura social y la imposibilidad de su extinción, como en su momento señalara Bobbio al apuntar la ausencia de una teoría del Estado dentro del pensamiento marxista, y ratificaran los propios marxistas a propósito de la crisis de su tradición, admitiendo este vacío conceptual.[58]

En adelante, el esquema base-superestructura se dislocaría con la interposición de la categoría de mediación, mientras Bartra adquiría mayor proyección intelectual en proporción directa a su alejamiento del marxismo doctrinario del PCM. Ya no era únicamente en la estructura de las clases en lucha (recordemos su crítica al “dualismo” de Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen)[59] sino también en el intrincado mundo de las redes imaginarias de control y subordinación (traducidas en instituciones y políticas esas sí materiales),[60] tan ubicuas como dispersas en el cuerpo social de acuerdo con la microfísica del poder de Foucault,[61] en donde había de hurgarse, para desmontarlas. La arquitectura de la “ciencia de las formaciones sociales” (Althusser dixit) se desdobló en una hermenéutica de los fragmentos, a la vez que el dato duro del trabajo de campo despejó el lugar a la metáfora para interrogar a la nación:[62]

Se habla de un Estado multiplicado al infinito e inserto en todos los poros de la vida cotidiana; de una estructura estatal inmanente y envolvente, de una ideología expandida a un grado tal que unifica y aplana peligrosamente a la masa social. Todos ellos son fenómenos bien reales -y trágicos- que no obstante se inscriben en lo que yo llamo una red imaginaria de mediaciones políticas, constituida por un conjunto de simulacros, mitos e ideas que obliga, por decirlo

así, a las clases sociales en conflicto a adoptar papeles en una guerra imaginaria que aparentemente conjura el peligro de una guerra revolucionaria.[63]

La arqueología del poder suponía desmontar las construcciones ideológicas, en especial la filosofía de lo mexicano, tan endeble conceptualmente como manida explicación del carácter nacional. Si Arnaldo Córdova, veremos más adelante, dibujó la continuidad entre el positivismo porfiriano y la ideología posrevolucionaria la cual tardó un buen tiempo en desprenderse de su molde originario, Bartra encontró en el discurso del régimen la reproducción de los arquetipos culturales, no por falta de imaginación para crear unos nuevos, sino insertos en un dispositivo legitimador tanto del poder político (despótico) como de la desigualdad social (extrema):

Uno de los aspectos que me parecen más interesantes de los estudios sobre “lo mexicano” es precisamente el hecho de que, al leerlos con una actitud sensata, no se puede llegar más que a la conclusión de que el carácter del mexicano es una entelequia artificial: existe principalmente en los libros y discursos que lo describen y exaltan, y allí es posible encontrar las huellas de su origen: una voluntad de poder nacionalista ligada a la unificación e institucionalización del Estado capitalista moderno.[64]

La ruta de su crítica había avanzado con Revueltas, quien escarbó la entraña metafísica de este discurso sobre lo propio desenterrando unas esencias desprovistas de historicidad. Y González Casanova, en la batida científica contra la metafísica de los ensayistas de la generación precedente. Jorge Aguilar Mora dejó a la intemperie la ilusión paciana de una historia unidimensional y circular que disolvía la pluralidad dentro de falsas oposiciones, donde el mito era la mano invisible detrás de ella, el productor de su sentido, o mejor aún, quien la suplantaba en un presente interminable.[65] Bartra recupero esta veta escéptica hacia lo que la filosofía de lo mexicano mostraba como evidencia de la identidad nacional, y con lo avanzado en los estudios acerca de las sociedades agrarias de la primera etapa de su producción intelectual, en La jaula de la melancolía (1987) redactó su epitafio.[66]

A pesar de los contornos vagos e inasibles de la nación, la entelequia más durable de la modernidad ocupó en el siglo XX mexicano -diríamos que desde el anterior- todos los reductos imaginables de la representación: locus filosófico, tema de una larga tradición ensayística que corre de Julio Guerrero a Octavio Paz,[67] pasando por Samuel Ramos y la novela social del cardenismo,

revestimiento de los muros de los edificios públicos, el cine de charros y el estereotipo del “peladito” urbano; contaminadora del pensamiento de la izquierda al grado de vivir todavía encerrado dentro de esta ficción ideológica en una suerte de transposición que oculta las contradicciones reales de la sociedad y, más que nada, basamento legitimador del Estado revolucionario, que convirtió al mito nacional en una esencia casi tangible la cual tuvo el cuidado de expropiar (como el petróleo) en su beneficio, pretendiendo con esta operación tender la telaraña imaginaria en donde abolía el conflicto en que se funda y construía la imagen de los subalternos, usurpando incluso su representación:[68]

El pelado es la metáfora perfecta que hacía falta: es el campesino de la ciudad, que ha perdido su inocencia original pero no es todavía un ser fáustico. Ha perdido sus tierras pero todavía no gana la fábrica: entre dos aguas, vive la tragedia del fin del mundo agrario y del inicio de la civilización industrial. Esta imagen de una cultura anfibia…se ofrece como el modelo a seguir desde mediados del siglo XX; tiene el atractivo adicional de permitirle al mexicano al abismo del drama existencial y sentir el vértigo de la modernidad.[69]

Al recolocar dentro de un proceso social e histórico concreto el problema de la identidad nacional, enfocarlo como un aspecto de la dominación que posibilita la reproducción de la sociedad de clases, y analizar las estructuras de mediación donde surgen los estereotipos culturales, Bartra dio la pauta para desprenderse de su influjo y descubrir la anexión que del pueblo mexicano -despojado de toda diversidad en la unicidad impuesta por la ideología dominante- hiciera el Estado revolucionario.[70] Finalmente, podríamos abandonar las aporías del laberinto.

Renovadores y eurocomunistas

Después de la guerra, en los regímenes autoritarios y en las dictaduras, los comunistas organizados habían actuado en la clandestinidad y habitualmente fueron vigilados y perseguidos por los aparatos de seguridad del Estado. Las democracias representativas tardaron un buen tiempo en integrarlos al sistema de partidos, aunque tuvieron el cuidado de impedirles tomar el poder, como ocurrió en Italia tanto en 1948 como en la década de 1970 -cuando el PCI logró sus mayores votaciones históricas-, bajo el implícito de que la guerra fría representaba un interés superior (el mismo argumento cínico con que hace no tanto Henry Kissinger justificó la intervención estadunidense para derrocar al gobierno democráticamente electo de Salvador Allende):

el 27 de junio de 1976, en la cumbre de Puerto Rico de los países más industrializados, los conservadores Gerald Ford y Giscard D'Estaign se reunieron secretamente con los socialdemócratas Helmut Schmidt y James Callaghan, excluyendo al primer ministro italiano Aldo Moro, para considerar los "problemas" planteados por el avance de los comunistas en las elecciones del 20 de junio de aquel mismo año en Italia.[71]

La confluencia de dos circunstancias terminó por acercar a los comunistas mexicanos a la lucha electoral en la década de los setenta: la reforma política de 1977 y el viraje de los partidos occidentales más importantes del Mediterráneo (Italia, Francia y España), inaugurado por el PCI en 1973 con el "compromiso histórico".[72]

Buscando tapiar la puerta de la vía armada, sobre todo después del secuestro de Rubén Figueroa en la sierra de Guerrero en 1975 por parte del Partido de los Pobres, el gobierno de López Portillo implementó una estrategia para acabar con los grupos subversivos que pasaba por las desapariciones forzadas (guerra sucia), la cooptación (cargos en la administración pública) y la incorporación de la oposición socialista al sistema de partidos.[73] Para entonces, el PCM había ya dado pasos consistentes en la reconciliación con la urnas: mientras en el XIII Congreso (1960), al calor de la Revolución cubana hablaba de una "revolución democrática de liberación nacional", para el XV Congreso (1967) aspiraba a una

“revolución democrática, popular y antimperialista”, y en el XVI Congreso (1973) buscaba la “revolución democrática y socialista”, postulado ratificado en el XVIII Congreso (1977) en sintonía con la apertura política recién ofrecida por el secretario de Gobernación. En mayo de 1978, el PCM logró el registro condicionado, de acuerdo con la nueva ley electoral encaminada a incorporar a las minorías políticas dentro de un sistema de representación proporcional en el congreso, y el definitivo en las elecciones intermedias de 1979.[74]

Otro acontecimiento significativo en la adscripción del PCM a la ruta democrática fue la declaración conjunta realizada con el PCF, que priorizaba la lucha electoral y abandonaba tanto el dogma de la “dictadura del proletariado”[75] como el “internacionalismo proletario”-en la que proclamaban tanto la independencia con respecto del movimiento comunista internacional, hegemonizado por el PCUS, como la búsqueda de caminos propios de acuerdo con la situación concreta de cada país, situaban la democracia en el eje de la acción política, planteándose ganar puestos de representación en las contiendas electorales y promoviendo una nueva política de alianzas que dieran cabida las clases medias, los sectores emergentes, los jóvenes y las mujeres.[76] Lo que antes era la táctica, ahora constituía la estrategia. Ante el dilema del momento -¿vanguardia del proletariado o partido de masas?-, el PCM optó por lo segundo.

Este giro político tuvo consecuencias en la discusión interna y pública, y también para la revista. El grupo encabezado por Semo, los “renos” o “renovadores” -conocidos así desde la carta abierta que publicaron en Excélsior en noviembre de 1980 titulada “Por la renovación del Partido Comunista Mexicano”-, consideró que el partido había abandonado la tradición revolucionaria en favor del verticalismo interno y descentrando a la clase obrera como sujeto revolucionario, pues, en algo más que palabras, el “poder democrático obrero” ocupaba ahora el sitio históricamente asignado a la “dictadura del proletariado”, objetivo estratégico de la revolución socialista.[77]

En apoyo a la fracción disidente, el “grupo de los trece”,[78] y contra de los “dinos” o “dinosaurios” quienes tenían secuestrado el aparato partidario y pretendían perpetuarse en la dirección, no obstante que la línea política del partido seguramente se modificaría en el XIX Congreso, Jorge Castañeda Gutman había escrito tan sólo unos días antes una serie de seis artículos periodísticos donde reivindicaba la vía revolucionaria para la toma del poder, a la clase obrera como el sujeto social que la llevaría a efecto y al partido leninista como la vanguardia política de aquélla. Dentro de la gran oportunidad que a su

juicio ofrecía la situación actual del país, constataba el alejamiento del PCM del teatro cotidiano de la lucha de clases, lo cual no era sino la expresión práctica de la crisis teórica, política, ideológica y organizativa que padecía, razón por la cual demandaba un urgente cambio de rumbo:

La política del PCM no ha podido responder a las nuevas necesidades del movimiento de masas, ni en los sindicatos (véanse las derrotas en las universidades de Nuevo León, Guerrero, etcétera), ni en el llamado movimiento ciudadano, ni en la misma Cámara. Los diputados comunistas no han sabido salir del parlamento, a partir de ciertos intentos por poner la diputación al servicio del movimiento.[79]

Cuestionamientos parecidos a los de Althusser a la dirección del PCF, encabezada por el olvidable Georges Marchais, en los conocidísimos artículos publicados por Le Monde en abril de 1978: “sometido, hasta la estructura de su organización, al modelo del Estado burgués, que encabeza la lucha de clase de la burguesía, se ha apartado de las posiciones que pueden garantizar el futuro de las luchas obreras y populares”. Lo cierto es que, desde antiguo, las corrientes minoritarias del movimiento comunista internacional habían realizado la crítica del estalinismo. Al comenzar la década de 1970, el debate del marxismo occidental sobre la reforma del “socialismo realmente existente” era intensa, al punto que algunos, por cierto nada próximos a lo que pronto se conocería como eurocomunismo, la consideraban virtualmente irrealizable.[80]

Bartra se decantó hacia la línea eurocomunista adoptada por el partido. Entre los intelectuales del PCM, fue uno de quienes más profundizó en el significado de la democracia para la construcción del proyecto socialista. Cuando el combate más que ritual entre “renos” y “dinos” por la dirección de la organización, señalaba que la democracia representativa “constituye, hoy en día más que antes, una poderosa arma de la clase obrera en su lucha por el socialismo”,[81] dado que no está escindida en una forma capitalista y otra socialista, más que nada porque “la democracia misma no es otra cosa en el fondo que la extinción del Estado -juzgada hacía poco imposible-, que la supresión de las clases sociales”.[82]

No obstante sus diferencias, Semo rescató la pluralidad del eurocomunismo, misma que advirtió se abría paso por cuenta propia dentro del bloque socialista por parte de los partidos en el poder,[83] pero fue claro en subrayar que la condición de posibilidad de su realización era la democracia avanzada de los países desarrollados, no en las condiciones latinoamericanas, urgidas de

respuestas políticas si bien elementales, no por eso menos importantes:

No basta dejar de importar soluciones. También debemos de dejar de importar problemas. México vive en una frecuencia diferente a la del sur de Europa. Estamos enfrentados a tareas mucho más modestas que las de esos partidos: la creación de una fuerza obrera y popular autónoma, de alternativa al sistema vigente. En ese proceso, la vía parlamentaria aparece como un recurso táctico importante, pero no como el terreno propicio para la elaboración de una estrategia global.[84]

Podemos aventurar que una de las víctimas del debate interno y del cambio de ruta del partido fue Historia y Sociedad, no por ella misma, sino por la fragmentación del núcleo intelectual que le dio origen. A partir del último número de 1979, Semo y Bartra dejaron la dirección colectiva de la revista “en vista de sus nuevas tareas”.[85] Únicamente aparecería otro número más en 1981, bajo la codirección de Avilés Fabila y Sergio de la Peña. En abril de 1980, el PCM había puesto en circulación El Machete, la efímera revista mensual dedicada a la cultura política dirigida por Bartra y el periodista Humberto Musacchio, que intentaba atraer a los jóvenes incorporando temas nuevos y abriéndose a colaboraciones de autores no marxistas. Según uno de sus detractores, molesto tanto con su intelectualismo como con la simpatía hacia las “corrientes italianizantes”,

Para la enorme mayoría de los no comunistas, incluyendo desde luego al gobierno, El Machete es una revista del Partido Comunista Mexicano que refleja las posiciones de éste. Para la enorme mayoría de los comunistas, es órgano de un grupo de intelectuales y dirigentes universitarios del PCM cuyas posiciones, se reflejan en el mismo. Para la enorme mayoría de los integrantes de ese supuesto grupo, El Machete no es más que la revista de un intelectual miembro del Partido Comunista Mexicano y de ciertas corrientes marxistas mexicanas y europeas, francamente oportunistas tanto en la teoría -antimarxismo en boga- como en la política, tal cual lo expresa la singular ausencia de críticas al gobierno en los primeros cinco números de esa publicación.[86]

Con respecto de la historiografía, el proyecto intelectual de Historia y Sociedad culminó dos años después de que la revista dejara de publicarse, cuando en 1983 apareció la primera edición de México, un pueblo en la historia, obra en cuatro volúmenes -dentro del proyecto “México, realidad y perspectivas” financiado por la BUAP, gobernada entonces por la izquierda comunista- la que ofreció por

primera vez una interpretación marxista de la historia mexicana, desde la antigüedad prehispánica hasta el siglo XX, a cargo de especialistas de los distintos periodos, la cual fue revisada y ampliada en una nueva edición con sucesivas reimpresiones, concebida de forma no explícita como la visión alternativa del materialismo histórico a síntesis similares impulsadas por la historiografía canónica.[87] El aporte fundamental de aquél fue incorporar la discusión teórica dentro del campo historiográfico mexicano, abrir nuevos temas a la investigación y problematizar la materia histórica desde otros ángulos.

3. COYOACÁN

Δ

Si algo singulariza al trotskismo es su combatividad. Revés tras revés, siempre esperó la oportunidad revolucionaria universalizando el modelo del Octubre rojo. Su mayor logro, quizá, fue la supervivencia. Empeñado en preservar un legado, en afirmar una verdad negada por la experiencia soviética, la ortodoxia doctrinaria restó espacio a la renovación teórica, lo cual no significa que careciera de desarrollos importantes: en el campo de la economía, con Ernest Mandel (1923-1995), y en la sociología, con Michael Löwy (1938). No obstante aquella limitación, la voluntad por globalizar la revolución abrió su perspectiva, incluso los lugares más alejados fueron integrados dentro de la geografía política del trotskismo. Aunque su origen se remonta al destierro de su fundador, renació en las jornadas estudiantiles de 1968. La recesión mundial de mediados de los setenta y la caída de las dictaduras de Portugal, Grecia y España fueron signos alentadores en Europa occidental, mientras la involución militarista en el Cono Sur, leída en la clave del progreso, daba ocasión para romper con la conciencia “nacionalista burguesa” del proletariado y trocarla por una “antimperialista y socialista”. A la vuelta de la década, en México parecía factible reanimar la “revolución interrumpida”, dotándola de una perspectiva socialista; en Centroamérica, detonar la revolución continental; en Polonia, la revolución antiburocrática. Su gran acierto fue comprender que estaban interrelacionadas. No obstante, a su optimismo a ultranza la historia le volvió la espalda.

La revolución “interrumpida”

Hijo de abogado, Atilio Adolfo Malvagni Gilly (Buenos Aires, 1928) cursó durante un tiempo la carrera de Derecho, pero la política y el periodismo pronto atraparon su interés. En un principio estuvo en la Juventud Socialista, para en 1947 unirse al Movimiento Obrero Revolucionario donde también militaba Guillermo Almeyra (Buenos Aires, 1928). Dos años después, ambos deciden adherirse a la fracción de la Cuarta Internacional encabezada por Homero Cristalli [Jaime Posadas]. Lo que lo atrajo al movimiento, dice aquél, “fueron dos artículos de Trotsky sobre Lázaro Cárdenas que analizaban las continuas oscilaciones del gobierno mexicano posrevolucionario entre la subordinación al imperialismo y la defesa de los intereses de los trabajadores”. En su madurez intelectual, dedicaría un libro a estudiar el régimen del general revolucionario.[1]

Le comisionaron en Bolivia, convulsionada por la revolución de 1952. Los mineros estaban armados, como lo adelantó la famosa “Tesis de Pulacayo” (1946): “Toda huelga es el comienzo potencia de la guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados…nos corresponde, pues, organizar las primeras células del ejército proletario”. Eso le impresionó vivamente.[2] Encontró, también, el trotskismo fragmentado, padecimiento endémico de la organización. Siempre había una explicación de las “diferencias” que, fueran tácticas o estratégicas, propiciaron su marginalidad política.

Gilly se integró en 1960 al secretariado del Buró Latinoamericano de la Cuarta Internacional -la fracción posadista ya mencionada- y, dos años después, presenció en La Habana la crisis de los misiles. Participó en la guerrilla guatemalteca dentro del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), encabezado por el exmilitar Marco Antonio Yon Sosa, liquidado en Chiapas en 1970 por un capitán del ejército mexicano para encubrir un acto de pillaje. No fue el único dentro del trotskismo: por intermediación de uno de los dirigentes guerrilleros, Francisco Amado Granados, cinco jóvenes del Partido Obrero Revolucionario (POR), entre ellos el estudiante de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM David Aguilar Mora y su esposa Eunice Campirán Villicaña, también se incorporaron al movimiento, muriendo asesinados en Guatemala, en diciembre de 1965 y marzo de 1966, respectivamente, no obstante

una intensa campaña internacional por su presentación con vida:[3]

tenemos que mencionar a los trotskistas mexicanos del POR con quienes el MR-13 había entrado en contacto en busca de apoyo. Los mexicanos debatieron y discutieron con ellos, pero mucho más importante fue que enviaron militantes para ayudar al MR-13 y contrabandearon armas a través de la frontera quebrando así el control que los comunistas guatemaltecos tenían sobre el armamento que recibía el movimiento. Estuve en Guatemala parte de 1964 y 1965 y me moví con las guerrillas por las zonas altas de la Sierra de Minas.[4]

Dada la cooperación entre el gobierno diasordacista y la dictadura guatemalteca, que incluía el seguimiento de las actividades del exilio centroamericano en nuestro país, la policía mexicana aprehendió en pocos meses a toda la dirección del POR. Esto, sumado al distanciamiento de Fidel Castro con respecto de la guerrilla debido a la presencia trotskista, finiquitó su participación dentro del MR-13. En la primera de las redadas, ocurrida en la ciudad de México, en abril de 1966, cayó Gilly, quien estaba en tránsito hacia Guatemala, internándolo en la Cárcel Preventiva de Lecumberri. Fue recluido en el bloque "N" con los presos políticos, mientras muchos de los del 68 estaban en el "M" y a Revueltas lo mantuvieron en el "I", destinado a delincuentes comunes.[5] Recuerda Gilly cómo funcionaba esta comunidad forzada:

Vaciamos una celda para utilizarla como cocina, organizamos turnos de limpieza, pusimos en común todos los recursos y materiales que nos enviaban desde el exterior…El régimen carcelario era relativamente suave: teníamos una televisión, periódicos y podíamos obtener libros del exterior; un prisionero incluso se hizo de un piano, que fue empujado por el corredor por cuatro guardias.[6]

En las aulas del "Palacio Negro", emblema de la profilaxis porfiriana, Gilly se "graduó" como historiador. Nicolás Molina Flores, un viejo profesor que lo visitaba en prisión y después del 68 lo acompañó tras las rejas, le sugirió hacer un libro acerca de la Revolución mexicana alternativo a la visión oficialista de los intelectuales del régimen. Casi está de más decir que el modelo lo tomaría de la Historia de la Revolución rusa de León Trotsky. Cinco años le llevó escribir La revolución interrumpida:

Cuando concluí el libro, lo envié desde prisión a diversos editores, pero ninguno lo aceptó…se publicó gracias a Rafael Galván, exdirigente del sindicato de

electricistas y admirador de Trotsky… [quien] llamó a la editorial El Caballito y la conminó a publicarlo. El libro se publicó en 1971 y tuvo cuatro reediciones en unos pocos meses. Desde entonces ha conocido cuarenta ediciones más y está incluido en las listas de libros de lectura en los centros de enseñanza media y universitaria de México.[7]

Ni Joaquín Mortiz, ni tampoco Siglo Veintiuno, aceptaron publicarlo. Este último sello, según se supo, consideró que "'el libro es bueno, pero a Adolfo Gilly no le editamos nada'".[8]

El historiador argentino-mexicano (se nacionalizó en 1982) no pudo hacerle llegar el volumen a Octavio Paz, entonces profesor visitante en Harvard, quien leyó "de un tirón" el ejemplar que le facilitó un amigo. Sin condescendencia, pero con generosidad intelectual, el poeta reconoció lo que consideraba sus puntos fuertes; con agudeza, advirtió dónde flaqueaba. Si bien reconoció que "su contribución a la historia de México es notable", objetó la tesis trotskista de la revolución mundial, la cual suponía la concatenación de los acontecimientos nacionales en un proceso global que los trascendía y a la vez los explicaba. Esto no dejó de parecerle una teleología:

la principal [divergencia] es mi desacuerdo con la idea principal que inspira a su libro: la visión de la historia como un discurso racional cuyo tema es la revolución mundial y cuyo protagonista es el proletariado internacional. No, yo no creo que la historia se despliegue conforme a un orden progresivo, ya sea el orden lineal del evolucionismo (una teoría biológica aplicada mecánicamente a la historia) o el de la dialéctica. No hay leyes históricas o sociales en el sentido en que hay leyes físicas o biológicas. Es posible (yo lo creo) que la sociedad está regida por tendencias más o menos constantes, por recurrencias y variaciones a las que podría llamarse, con ciertas reservas, leyes sociales. Todavía no han sido descubiertas.[9]

A su juicio, eran tanto causas endógenas las que explicaban el desenlace de la Revolución mexicana y la peculiar conformación del régimen surgido de ella, como la conformación de bloques hegemónicos y zonas de influencia a partir de las guerras mundiales las que constriñeron sus opciones. Pese a su singularidad, el Estado mexicano compartía con otros del mundo atrasado -incluido el soviético- una naturaleza burocrática, producto en buena medida de la precariedad de sus fundamentos económicos. En cuanto a las coincidencias con Gilly, subrayó la importancia de recuperar, para proyectarla críticamente hacia el

futuro, la tradición cardenista, preservar las mayores conquistas revolucionarias (el ejido, las empresas paraestatales y el sindicalismo), además de construir una gran alianza popular independiente[10] para que la sociedad ganara espacios al Estado autoritario. A días de su liberación, el historiador respondió:

Los planteamientos que usted hace, que leí con gran interés, requieren una respuesta detenida que describiré en cuanto termine con algunas tareas y circunstancias inmediatas. Sepa usted desde ya que comprendo y estimo tanto el significado como el fondo de su carta.[11]

La Revolución de 1910 había obligado a la izquierda a conceptualizaciones propias o, cuando menos, a utilizar las herramientas teóricas a su disposición para explicar la especificidad nacional. El siglo XX, el de las revoluciones proletarias, alumbró en México un producto híbrido difícil de clasificar de acuerdo con el criterio convencional del marxismo, pues si bien tenía una naturaleza social, no condujo al poder a la clase obrera que, en lugar de aliarse con el campesinado, de acuerdo con el dictum leninista, lo enfrentó militarmente, respondiendo al llamado de la fracción más nítidamente burguesa del bando revolucionario (el obregonismo); que no obstante haber provocado transformaciones de consideración, afianzó la dominación de dicha clase, la cual permitió el retorno de los hacendados cuando acabó la lucha armada reintegrándoles parte de sus bienes (una revolución incapaz de "expropiar a los expropiadores"); que destruyó al núcleo del Estado porfiriano, para reemplazar tan sólo al viejo régimen con un sistema político más eficaz y durable, dotándolo también de una base social mayor por medio de la participación popular institucionalizada.

Más social que política, fue para Gilly "una violentísima irrupción de la masas en México" bajo la forma de "una gigantesca guerra campesina por la tierra",[12] que acabó con el Estado oligárquico porfiriano al destruir su aparato militar en la batalla de Zacatecas (junio de 1914) y, no obstante, se resolvió en favor la fracción moderna (industrial) de la burguesía. Fracasó porque careció de una dirección proletaria que diera expresión clasista, nacional y socialista tanto al programa como a la autorganización anticapitalista desarrollada por los campesinos sureños. A lo mucho, la clase obrera poseía entonces una conciencia sindicalista que no trascendía las reivindicaciones económicas, acusando la influencia de un artesanado gremialista y conservador, refractario a la aspiración revolucionaria. Todavía hacia finales de la década de 1970 la búsqueda de una caracterización adecuada ocupaba a la izquierda intelectual.[13]

Dentro de la visión histórica de Gilly las rebeliones se inscriben en genealogías, abrevan siempre en una herencia de las luchas pretéritas que ha de rastrearse para comprender su dinámica. Allí reside su singularidad.[14] Es así que, después del declive del movimiento popular en 1915 y el ascenso del proyecto burgués de los sonorenses en 1920, la continuidad de la vertiente popular de la Revolución mexicana la daría el cardenismo propulsado por el ascenso de la revolución mundial. La lucha de 1910 culminó en un Estado burgués con un régimen bonapartista (como señaló Trotsky con respecto del cardenismo), en cuanto al marco jurídico y a sus objetivos, pero sin derrotar definitivamente a las fuerzas populares. Cuando adquirieran éstas una conciencia socialista, que superara dialécticamente el estadio nacionalista en que se encontraban, serían el motor de la nueva revolución. Stricto sensu, 1910 fue tanto una revolución burguesa incompleta, porque no consumó las tareas históricas pendientes, como una revolución "interrumpida", por no derivar en un curso socialista comandado por la clase obrera y devenir en "permanente". En su ortodoxia, el historiador argentino-mexicano se cuidó de llamarla "revolución campesina", nombrándola "guerra", pues aquéllas no se consideraban posibles: los campesinos requerían del cerebro proletario. Hacia 1979, la denominaba "una guerra civil interburguesa, doblada por una violentísima insurrección nacional campesina por la tierra". Entrados los ochenta, rechazaría esta explicación por "teleológica y estúpida". Más desinhibido, actualmente la define como "una revolución campesina, agraria y democrático-radical", cuyo epílogo fueron tanto la insurgencia cívica del cardenismo (1988) como la rebelión zapatista (1994).[15]

En un ensayo publicado en 1980 en Coyoacán, el historiador argentino-mexicano siguió el trayecto de la conciencia obrera, asumiendo que el punto de llegada es cuando la clase rompe con el Estado burgués. Es éste un proceso dilatado que en México inició con la formación del proletariado industrial durante el porfiriato, tuvo como hitos intermedios la Revolución de 1910 y la formación del nuevo régimen, derivó hacia el nacionalismo cardenista hasta llegar al charrismo sindical inaugurado por el alemanismo. La etapa formativa no estuvo exenta de numerosas huelgas. En la siguiente, despunta la organización sindical, incluye el pacto de la Casa del Obrero Mundial con el constitucionalismo -el cual sella el desencuentro entre campesinos y obreros, frustrando la alianza de clases indispensable para una revolución socialista-, cerrándose con la represión a la huelga de los electricistas de la ciudad de México de 1916, evidencia de que el régimen carrancista ya no necesitaba el apoyo directo de los obreros porque ya había derrotado a los ejércitos campesinos. Ocurrido esto, el Estado revolucionario estuvo en condición de integrar a las masas populares como actor

subordinado dentro del bloque de poder que emergió de la lucha armada y donde la burocracia sindical es la bisagra que articula a los trabajadores con aquél. Con el cardenismo se operó un salto en la conciencia obrera alentada por su política antimperialista y de corte social, sin embargo, ante el reflujo de éstas después de 1938, no fue posible acceder al estadio superior. La burocracia sindical se impuso: controló el movimiento obrero sujetándolo al régimen y obstruyó hasta donde pudo su organización independiente, aunque su dirección espuria mostraba ciertas cuarteaduras hacia finales de los setenta. Presa del régimen y del nacionalismo-revolucionario, todavía la clase obrera no asumía el programa socialista.[16] A la hegemonía nacionalista dentro de los movimientos sociales, muerta en Sudamérica con las dictaduras, la Revolución mexicana le conferiría una vitalidad pasmosa.

La revolución mundial

Con el combustible proporcionado por el Plan Marshall y la carrera armamentista, de 1947 a 1973 la economía mundial había vivido un desarrollo literalmente sin precedente, veinticinco años de progreso material que superaban a los alcanzados en los diez mil años que separaban a la revolución neolítica de la revolución industrial. De hecho, la agricultura, que permitió la vida sedentaria y posteriormente el surgimiento de las primeras urbes, con la “segunda revolución agrícola” en la edad de oro del capitalismo perdió relevancia dentro del conjunto de la economía mundial, que empleaba menos brazos en la producción alimentaria con índices de productividad más altos, incluido el Tercer Mundo, representando cada vez una proporción menor del gasto familiar.[17]

Se multiplicaba la población mientras crecían las expectativas de vida en al menos siete años. Hacia 1970, en Europa Occidental se consolidó el Estado de bienestar gracias a la prosperidad económica que permitió canalizar más de la mitad del gasto público en beneficios sociales. En una bonanza que no parecía tener límite, el desempleo bajó a tasas históricas y la productividad aumentó de la misma manera, permitiendo a los sindicatos lograr generosas retribuciones para los trabajadores y salarios reales incluso por encima de la tasa de productividad, los cuales disiparon el fantasma del comunismo en el mundo desarrollado. Con la nueva división internacional del trabajo, algunos países de la periferia del sistema, entre ellos Brasil y México, expandieron la industrialización nativa a través del modelo de sustitución de importaciones. Para 1973, los países en vías de desarrollo aportaban 9.9% de la producción mundial, superando con mucho el 6.5% de veinte años atrás.[18] Sin embargo, cuando avanzó el proceso de transnacionalización de las economías, y los grandes corporativos relocalizaron sus empresas a lo ancho del planeta (esto en buena medida por el desarrollo de las nuevas tecnologías), los excedentes de capital escaparon al control de los Estados nacionales, inundando al Tercer Mundo con dinero barato, lo que al inicio de la década de 1980 estallaría como el problema de la deuda:

Los Estados Unidos fueron la primera economía que se encontró a merced de

estos inmensos y cada vez más numerosos torrentes de capital que circulaba sin freno por el planeta en busca de beneficios fáciles. Al final, todos los gobiernos acabaron por ser sus víctimas, ya que perdieron el control sobre los tipos de cambio y la masa monetaria.[19]

La recesión generalizada de 1974 acabó con los años dorados de la expansión capitalista y la declinación de los Estados Unidos como potencia hegemónica, diagnóstico que se vio reforzado por la derrota militar en Vietnam. Samir Amin, André Gunder Frank y Ernest Mandel advirtieron que ésta, como toda crisis, agudizaba la lucha de clases, presentando la alternativa de un nuevo modelo de acumulación capitalista o la opción revolucionaria. En México, Rolando Cordera y Carlos Tello preveían "que en la década de los ochenta tendrían lugar confrontaciones políticas fundamentales en los países avanzados, sobre todos en aquellos donde la clase obrera ha tenido un desarrollo político superior y en el que sus partidos, socialistas o comunistas, aparecen como serios retos a la dominación monopólica". En tanto, Enrique Semo afirmaba que "la crisis actual disuelve todas las ilusiones sembradas por la economía burguesa en el periodo de auge precedente", entreviendo también una oportunidad para el movimiento popular. Ésta era la primera crisis global de la posguerra verificada simultáneamente en todos los países centrales; en segundo lugar, coincidía la crisis estructural del modo de producción con la crisis cíclica de producción intrínseca al sistema, además del componente adicional de la inflación, el cual menguaba la capacidad de maniobra de los gobiernos para ofrecer la habitual respuesta keynesiana, consistente en alentar el gasto público y bajar las tasas de interés, pues dispararía aún más la espiral inflacionaria, reduciendo el consumo o activando la carrera entre precios y salarios. En consecuencia, la hegemonía de la burguesía estaba amenazada y, simultáneamente, los subalternos podían mejorar su posición en la correlación de fuerzas internacional entre el capital y el trabajo: "sin caer en ilusiones izquierdizantes que suponen un derrumbe inminente, ni en quimeras reformistas que producen un retorno al auge anterior a 1969, el movimiento revolucionario puede obtener grandes victorias en la lucha por el socialismo, como las que se producen en estos momentos en Vietnam".[20]

Los trotskistas latinoamericanos buscaron intervenir en esta coyuntura. En otoño de 1977 comenzó a circular Coyoacán. Revista marxista latinoamericana dirigida a "todos los marxistas de habla española". De periodicidad trimestral, Ediciones El Caballito la publicó por ocho años. Ya fuera con su nombre, con el pseudónimo de Héctor Lucero o como consejo de redacción, Gilly fue la mano visible e invisible de la revista: casi en todos los números apareció alguna de sus

contribuciones, escribiendo cerca de la mitad de los textos del número inaugural. Aparte de él, el consejo de redacción inicial lo integraban Manuel Casares (Argentina), Jorge Dauder (España), Michael Löwy (Francia), Alberto Di Franco (Italia), Roberto Iriarte, Rodolfo F. Peña, Arturo Anguiano (México), Óscar René Vargas (Nicaragua) y C.D. Estrada (Uruguay). Más adelante, entre otros, se sumarían Guillermo Almeyra, Alberto J. Pla (Argentina), Alejandra Cárdenas, Ricardo Pascoe Pierce, Jeffrey Bortz, Iris Santacruz Fabila (México) y Gilberto Mathias (Brasil). La ilustraba Vladirmir Kibálchich Rusakov (San Petersburgo, 1920-ciudad de México, 2005), mejor conocido como Vlady.[21]

Cuatro convicciones sustentadas en las “condiciones objetivas mundiales” alimentaban la confianza en el cambio revolucionario, restando únicamente el programa, la organización y la autonomía de la clase obrera con respecto de la burguesía y el imperialismo, es decir, nada más faltaba lo principal:

el crecimiento del campo socialista de los Estados obreros, el ascenso teórico, programático y organizativo del proletariado europeo -el español, en particular-, la crisis global del capitalismo, la derrota en América Latina de los movimientos bajo dirección nacionalista, burguesa y reformista.[22]

La mirada estaba puesta en Sudamérica, especialmente en Argentina donde habían dado por enterrado al peronismo, aunque después la atención se dirigió al espacio andino y Brasil, con las huelgas automotrices, después entre los metalúrgicos de Sao Paulo, hasta llegar a la formación del PT en 1979.[23] Las insurrecciones populares en Nicaragua y El Salvador, el despertar del proletariado polaco con Solidaridad y una nueva recesión económica global en 1980 traían los mejores augurios para la revolución mundial al finalizar la década, si bien la guerra entre China y Vietnam arrojó dudas sobre los supuestos donde descansaba la caracterización de los “Estados obreros”.[24] En una revisión crítica de la tesis de Trotsky acerca de la naturaleza de la URSS, Perry Anderson adelantó una hipótesis inquietante que concernía a todo el bloque socialista:

El estalinismo como un fenómeno amplio -esto es, un Estado obrero dirigido por un estrato burocrático autoritario- no representaba solamente una degeneración de un Estado preexistente de relativa pureza de clase; podía ser también una generación espontánea producida por las fuerzas de clase revolucionarias en sociedades muy atrasadas, sin una tradición democrática, ni burguesa, ni obrera. Esta posibilidad, que iría a transformar el mapa mundial después de 1945, nunca fue entrevista por Trotsky.[25]

En efecto, pues en la medida en que la revolución social se había realizado, lo que seguía según el líder de la oposición de izquierda era una revolución política que despojara del poder a la burocracia que gobernaba en nombre de la clase obrera. Ernest Mandel, el mayor teórico del trotskismo, negaba que aquélla constituyera una clase y, para él, la insurrección berlinesa de 1953 y las huelgas de los obreros polacos, pasando por Hungría (1956) y la Primavera de Praga (1968), constituían momentos de una misma revolución política de carácter antiburocrático. En los astilleros del Báltico, Guillermo Almeyra encontró la confirmación del programa de Trotsky.[26]

De gran impacto en esos años fue la publicación en Colonia de La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente (1977) del disidente de la RDA Rudolf Bahro (1935-1997), misma que le costó la cárcel, aunque una intensa campaña internacional le permitió cruzar el muro antes que sus vecinos berlineses. A diferencia del Archipiélago gulag de Alexander Solzhenitsyn, que conmocionó a la opinión pública occidental cuando apareció en París en 1973, el libro de Bahro trascendía la denuncia, vislumbraba una opción dentro del marco socialista y ofrecía una explicación asimilable al marxismo, no en balde su elocuente subtítulo. Visto en perspectiva, adelantó de manera global, sistemática y crítica algunos de los temas de la fallida perestroika.[27] Había de criticarse a Lenin volviendo a Marx; a éste, recordando las objeciones de Bakunin:

Pensemos ahora en el socialismo realmente existente con su fomento de la desigualdad social que va mucho más allá del abanico de los ingresos económicos; con la persistencia en él del trabajo asalariado, de la producción mercantil y del dinero; con la racionalización de la vieja división del trabajo; con su política familiar y sexual cuasi eclesiástica; con sus altos cuadros de funcionarios, su ejército permanente y su policía, sólo responsables hacia arriba; con sus corporaciones oficiales de encuadramiento y tutela de la población; con su informe duplicación de la máquina estatal en aparato de Estado y de partido; con su aislamiento en las fronteras estatales… Su incompatibilidad con las concepciones de Marx y Engels resulta evidente.[28]

Los trotskistas fueron bastante receptivos a su planteamiento, no sólo porque dentro del comunismo fueron quienes más tenazmente desnudaron las atrocidades del estalinismo, sino porque casaba razonablemente con la tesis de la revolución política dentro de los Estados obreros, no obstante la crítica del pensador alemán tanto al leninismo como a la “oposición de izquierda”. Con el libro de Bahro -señaló Anderson- “el marxismo actual ha dado a luz una gran

utopía”.[29]

Básicamente, el pensador alemán sostenía que los países socialistas habían transitado de economías agrarias a sociedades industrializadas sin pasar por el capitalismo. La Revolución de Octubre abrió esta vía alternativa del desarrollo, permitiendo un salto histórico descomunal. Pero, al obviar las etapas seguidas en Occidente, no creó en el camino los soportes y mediaciones institucionales que la modernidad brindó a la otra parte de Europa, tanto con el absolutismo como con las revoluciones burguesas. Sin trámite, del despotismo asiático se arribó al despotismo industrial en el corto siglo XX. Estatistas y jerárquicos, estadólatras y autoritarios, ambos sistemas concentraban el poder en una casta cuasi teocrática, administradora de la riqueza social y del saber, ordenando a la sociedad con base en la ideología y la represión. El vértice del poder fusionaba la política con la economía que, con todo y su densa concentración, estaba impedido de objetivarlo como propiedad privada, pues no pasaba de ser una posesión que cuanto más daba derecho a un usufructo intransferible generacionalmente. En rigor, los países del Este y los orientales podrían caracterizarse como protosocialistas, porque en ellos existía el socialismo “en estado larvario”.[30] La revolución inaugural, la rusa,

fue y es, sobre todo, la primera revolución antimperialista en un país que, aun habiendo comenzado su propio desarrollo capitalista, era aún predominantemente precapitalista, de estructura económico-social medio feudal medio “asiática”. Su tarea no era aún el socialismo, por muy sinceramente que lo creyesen los bolcheviques, sino el rápido desarrollo industrial de Rusia por una vía no capitalista. Sólo ahora, cuando esa tarea ha sido cumplida en gran parte, se encuentra en la Unión Soviética a la orden del día la lucha por el socialismo.[31]

Pese a sus despiadados excesos, la burocracia dirigente había conducido el proceso de lo que podríamos llamar “la acumulación originaria socialista”. Sin embargo, como toda formación histórica, la soviética haría crisis en el momento en que las relaciones de producción obstaculizaran el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta contradicción estaba en la raíz de las dificultades presentes, si bien anunciaban la oportunidad de consumar la transición. En un trayecto inverso al surgimiento de la sociedad de clases, las castas del despotismo industrial precedían a la extinción de aquéllas.[32]

El iluminador trabajo de Bahro propició la reacción de Roger Bartra, quien estimulado por el eurocomunismo era ya más explícito en su crítica del

“socialismo realmente existente”, y de Adolfo Gilly, que intentó reforzar la conceptualización trotskista de la burocracia apoyándose en la interpretación del pensador alemán en Sacerdotes y burócratas (1980). Asimismo, Bartra asumió con aquél la improcedencia de analizar el socialismo desde las premisas con las que se abordaba la comprensión del capitalismo, como para entonces se reprochaba a Bettelheim, el más importante teórico del maoísmo parisino, dado que la formación socialista había desplazado la economía hacia la esfera estatal, lo que explicaba por lo menos en parte su ineficiencia, improductividad e “irracionalidad” en términos estrictamente económicos. Lo específico de esta formación social era que el ámbito económico estaba totalmente politizado y, como apuntaba Bahro, “la explotación es entre nosotros un fenómeno político, un fenómeno relacionado con el reparto del poder político”.[33]

Gilly, igual que su viejo compañero de la corriente posadista Guillermo Almeyra, objetó la caracterización de Bettelheim con respecto de la URSS, quien veía la reconstrucción “de una clase burguesa poderosa” comandando un capitalismo de Estado. Aceptarla, obligaba a los trotskistas a rebobinar el carrete de la historia. Almeyra no dudaba que los acontecimientos polacos “prueban, de modo concluyente, que las teorías como las de Bettelheim y su escuela, sobre la instauración de los países del llamado socialismo real de una nueva clase explotadora… carecen de base científica”.[34] Sobra decir lo apresurado de la conclusión. Desde Coyoacán se convocó a los trabajadores latinoamericanos a aprender la lección de Solidaridad, pertinente ante el desgaste de las dictaduras militares:

un movimiento esencialmente obrero, un sindicato en el cual se inscribe la casi totalidad de los trabajadores del país (caso inédito hasta hoy) y en una sociedad donde ya no existe el capitalismo. Al mismo título que los vietnamitas para los países centroamericanos, creemos que las enseñanzas de Solidaridad pueden transmitirse a las luchas de la clase obrera latinoamericana, más particularmente en aquellos países donde esta clase, por su número y lugar en la producción, ejerce una influencia determinante en la sociedad.[35]

Mientras los obreros polacos alentaban la esperanza de derrotar a la burocracia en el Este, los movimientos armados en Guatemala, Nicaragua y El Salvador subvertían el espacio colonial. Al acabar la década de 1970, la revolución mundial parecía imbatible en las selvas y montañas centroamericanas. Para el historiador argentino-mexicano el capítulo iniciado en Guatemala recuperó vigencia en La nueva Nicaragua (1980). Escrito durante los primeros meses de la

era postsomocista, el libro no pudo entrever las falencias de una vanguardia política que se ahogó en la corrupción antes de poner a la revolución a salvo. Entonces parecía tan incontenible el avance revolucionario como incapaces los aparatos de dominación “para desorganizar el movimiento de masas y a las fuerzas revolucionarias que actualmente lo expresan”. La victoria sandinista de 1979 provocó a la nueva generación el entusiasmo que la Revolución cubana despertó en la precedente. De la misma magnitud fue el desencanto de la izquierda internacional con su estridente derrota que, como pocas veces, se volcó en favor de una causa latinoamericana. Está todavía por hacerse el balance de las guerras civiles centroamericanas que, como bien señala Gilly, “requeriría una larga discusión”.[36]

En 1982 no apareció ningún número de Coyoacán y, desde el año siguiente, su publicación fue cada vez más irregular. Alcanzó dieciocho números -el último el primer semestre de 1985- antes de que Brecha (1986), revista de corta duración resultado de la fusión de aquélla con Teoría y Política, acudiera al relevo. Entre tanto, la inquebrantable confianza de Gilly en la movilización social lo hizo tomar la calle con los estudiantes en 1986-1987, contra la reforma universitaria del rector Jorge Carpizo, y participar en el movimiento “democrático, nacionalista y antimperialista” de Cuauhtémoc Cárdenas.[37] Uno de sus compañeros de redacción comentó con respecto de este acercamiento:

Curiosamente, el fracaso del PRI y el éxito de Cárdenas se interpretaban simultáneamente como la expresión de la persistencia y vitalidad de la Revolución mexicana, incluso para teóricos socialistas, quienes poco a poco devinieron en simples ideólogos de un cardenismo idílico, imposible de encontrar en la historia real del país y que poco tenía que ver con la revuelta de las masas contra el gobierno y el PRI, que eran quienes formaban parte del único régimen de la Revolución mexicana realmente existente.[38]

Decepcionado por la línea adoptada por el PRD a principios de los noventa, Gilly profundizaría en los Estados Unidos sus estudios acerca de la Revolución mexicana y, la irrupción zapatista, lo haría desplazarse en aquella dirección. Tal vez creyó encontrar allí el sujeto revolucionario emergente que relevaría a la clase obrera industrial derrotada con la restructuración capitalista. El altermundismo y los movimientos antisistémicos se constituirían la nueva opción tanto para él como para muchos activistas del trotskismo internacional. Lamentablemente, nunca hubo una revisión crítica de la consistente y visionaria tradición política que orientó la acción de varias generaciones de militantes

tenaces y honestos, impacientes siempre por cambiar el mundo, aunque incapaces también de cambiar con él.

4. CUADERNOS POLÍTICOS

Δ

Mientras Historia y Sociedad se ocupó de la historia manejándose cautelosamente con respecto del Este y Coyoacán intentó recuperar el marxismo revolucionario de las manos del estalinismo, Cuadernos Políticos atacó el flanco de la política y, sin compromisos ideológicos con el “socialismo realmente existente”, dejó fluir la crítica dentro de los límites del paradigma marxista que, en esos años, experimentaba una estimulante renovación con el redescubrimiento del legado gramsciano, y la difusión de las filosofías althusseriana y de la escuela de Fráncfort, circunstancia que sirvió además para el replanteamiento de las ciencias sociales en las aulas universitarias. La crisis de la economía mundial, el ascenso revolucionario en Latinoamérica y la coyuntura mexicana, que mostraba las fisuras del régimen y el prometedor despegue de la insurgencia sindical, constituyeron el núcleo problemático de la discusión pública. La democracia en América Latina, México y el bloque socialista, y la alternativa a la dominación del capital, resumieron las preocupaciones de una izquierda intelectual cosmopolita por procedencia y vocación.

En julio de 1974 comenzó a circular Cuadernos Políticos, revista teórica que buscaba hacer una reflexión rigurosa, no “para la contemplación científica”,[1] sino para la acción política a escala latinoamericana, resonando la más célebre de las tesis de Marx acerca de Feuerbach (11a: “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo”).[2] Varias certezas estaban detrás de esta empresa intelectual y en el enunciado mismo de sus intenciones editoriales: 1) el resurgimiento del marxismo como teoría crítica; 2) el ascenso de la revolución mundial; 3) la necesidad de pasar a la praxis social dentro de un nuevo ciclo histórico inaugurado por la Revolución cubana: 4) la ruptura con el dogmatismo; 5) la asimilación crítica de la experiencia chilena. Después de dieciséis años de publicación ininterrumpida y sesenta números, el consejo editorial anunció en 1990 que “a partir de este número… nuestra revista… entrará en un periodo de reestructuración cuya duración no podemos determinar… en cuanto nos sea posible, pondremos en su conocimiento las características que tendrá Cuadernos Políticos en su nueva

época”.[3] Esta nueva época nunca llegó.

Arnaldo Córdova (ciudad de México, 1937), Rolando Cordera Campos (Manzanillo, 1942), Carlos Alberto Pereyra Boldrini (ciudad de México, 1940-1988), Adolfo Sánchez Rebolledo (Morelia, 1942) y Neus Espresate Xirau (Canfrac, 1934), conformaron el primer consejo editorial, aunque desde entonces participaban también Ruy Mauro Marini (Barbacena, 1932-Río de Janeiro, 1997) y Bolívar Vinicio Echeverría Andrade (Riobamba, 1941-ciudad de México, 2010), llegados a México en 1965 y 1968, respectivamente. A partir del número 18 (octubre-diciembre de 1978), ambos aparecen en la portadilla como miembros del comité.

Los fundadores de la revista constituían un grupo bastante homogéneo, a pesar de sus diversos orígenes y trayectorias políticas: de alguna manera u otra vivieron de cerca la experiencia de la inmigración, el exilio, la militancia política, la academia y el periodismo. Neus Espresate emigró a México en 1946, a consecuencia de la guerra civil española y, en 1960, al lado de otros transterrados (Vicente Rojo, José Azorín y sus hermanos Jordi y Quico), creó Ediciones Era, la cual dirigió hasta 2009:

A finales de los años cincuenta la adquisición de cuatro nuevas máquinas llevó a instalar la imprenta [Madero] en el número 1358 de Aniceto Ortega, en la colonia Del Valle. Fue allí que Rojo pensó en aprovechar los tiempos “muertos” de esos aparatos para producir unos cuantos libros. Se lo planteó a sus amigos, José Azorín y los hermanos Jordi y Francisco Espresate, hijos de don Tomás [propietario de la imprenta], quienes hablaron con éste al respecto. Él propuso que mejor pensaran en asociarse para formar una editorial, sumaran a Neus Espresate en el proyecto y cada uno de ellos aportara poco a poco un capital para darle solidez.[4]

La editorial buscó acercar al público hispanoamericano “las principales obras y experiencia de la izquierda, aquellas que resultaban imprescindibles para la reflexión, la crítica y la acción”.[5]

No obstante que nació en México, Adolfo Sánchez Rebolledo, hijo del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, creció en una condición semejante: fue delegado en el I Congreso Latinoamericano de la Juventud (La Habana, 1960), formó parte del PCM y dirigió la revista Punto Crítico en el periodo 1972-1977. Hijo de inmigrantes argentinos, Carlos Pereyra militó en la Juventud Comunista (JC), el

PCM, la Liga Comunista Espartaco (LCE) el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Mexicano Socialista (PMS). Marini integró el comité central de Organización Revolucionaria Marxista-Política Obrera (POLOP); en Chile, participó en la dirección del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En la Universidad Libre de Berlín, Bolívar Echeverría fue activista de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en Alemania (AELA) -que editaba Latinoamérica- y de Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS) donde participaba Rudi Dutschke.[6]

Cordera, Sánchez Rebolledo y Pereyra colaboraron con la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas (SUTERM), fundada en 1975 por Rafael Galván, y en su órgano de prensa, Solidaridad, donde las contribuciones del filósofo aparecían firmadas con el pseudónimo de Manuel Gálvez.[7] En 1981, junto con Arnaldo Córdova y otros intelectuales formaron el Movimiento de Acción Popular (MAP), el cual en ese mismo año se fusionó con otras fuerzas de izquierda para dar lugar al Partido Socialista Unificado de México (PSUM), en 1987 al Partido Mexicano Socialista (PMS), y en 1989 al Partido de la Revolución Democrática (PRD). Cordera, quien fue diputado federal en la LII Legislatura por el PSUM y militante del PMS, se incorporó posteriormente al Partido Democracia Social (PDS), también de corta vida, encabezado por Gilberto Rincón Gallardo desde su fundación en 1996. Sánchez Rebolledo estuvo en el PCM, el PSUM, el PMS y el PRD, que abandonó en 1991;[8] Córdova, también diputado federal en la LII Legislatura, permanece todavía en el PRD y, al igual que Bolívar Echeverría, integró el grupo de trabajo para un Proyecto Alternativo de Nación, formado por Andrés Manuel López Obrador después de la controvertida elección presidencial de 2006.

Ya fuera por haber roto con los partidos comunistas, nunca haber pertenecido a ellos o por provenir de corrientes políticas opuestas (o cuando menos disidentes), el núcleo original de Cuadernos Políticos era explícitamente antiestalinista. La fuente común era Marx, varios reconocían la autoridad doctrinal de Lenin (en lo que respecta a la caracterización del imperialismo y a la teoría de la organización), mientras Echeverría suscribía las críticas de Rosa Luxemburgo y Rudi Dutschke a la dictadura del partido, y la del marxismo holandés a la filosofía leninista. Esta afinidad fue relevante, no únicamente por sus consecuencias políticas, sino por la oportunidad de abrir la revista a las corrientes renovadoras del marxismo. En cualquier caso, las diferencias políticas fueron importantes: de un lado (Cordera, Pereyra, Córdova y Sánchez

Rebolledo), de perspectiva socialdemócrata, se identificaban con el nacionalismo revolucionario (en su variante popular); Marini y Echeverría, estaban en la línea del marxismo revolucionario, aunque el primero próximo al maoísmo (el cual también abrazó el joven Pereyra).[9]

Si bien eran conocidos por sus artículos de opinión, cuando apareció la revista Marini ya era un reputado economista gracias a Subdesarrollo y revolución (1969) y Dialéctica de la dependencia (1973), los cuales serían traducidos a varias lenguas. Recién el Fondo de Cultura Económica había dado a conocer Política y violencia (1974), de Pereyra, en tanto que La formación del poder político en México (1972), La ideología de la Revolución mexicana (1973) y La política de masas del cardenismo (1974), la trilogía de Córdova acerca del régimen revolucionario,[10] publicados por Era, la casa editora de la revista, eran lecturas obligadas en varias facultades universitarias.

Espresate y Sánchez Rebolledo, artífices de la iniciativa de formar la revista en 1973, se han dedicado fundamentalmente a la actividad editorial, la cual le valió a ésta el doctorado honoris causa por la UAM, quien reconoció en 2010 su aportación en el campo cultural.[11] Sánchez Rebolledo también ha publicado ensayo y poesía. Los demás fueron o son académicos distinguidos: Córdova, Cordera y Echeverría, premio Universidad Nacional y profesores eméritos; Echeverría, además, premio Pío Jaramillo Alvarado (FLACSO-Ecuador, 2004) y premio Libertador Simón Bolívar al Pensamiento Crítico (Caracas, 2007); Cordera, doctor honoris causa por la UAM (2010); Marini, aparte de El Colegio de México y la UNAM, enseñó en las universidades de Brasilia, de las Naciones Unidas, del Estado de Río de Janeiro y de Chile; Pereyra fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y si bien su muerte prematura a causa del cáncer (como Marini) le privó un reconocimiento mayor, la UAM le otorgó un doctorado honoris causa post mortem en 1988.

Con excepción de Espresate y Echeverría (fallecido recientemente a consecuencia de una larga afección cardiaca), los demás escribieron o aún lo hacen regularmente en la prensa, particularmente en La Jornada (Pereyra, Sánchez Rebolledo, Córdova y Cordera), aunque también en Política (Pereyra), Novedades (Pereyra), El Día (Marini), Unomásuno (Pereyra), Excélsior (Pereyra, Marini), Siempre! (Cordera, Pereyra), El Universal (Marini), Proceso (Pereyra), El Sol de México (Marini), Punto (Pereyra) y Nexos (Cordera, Córdova, Pereyra). Marini participó en el consejo editorial de Foro Internacional (México, 1966-1969), dirigió Chile Hoy (Chile, 1972) y Marxismo y revolución

(Chile, 1973), y codirigió Jornal do País (Brasil, 1984) y Terra Firme (Brasil, 1985-1986). Echeverría editó las revistas Pacuna (Quito, 1961-1964), Latinoamérica (Berlín, 1962-1967), Palos (México, 1980-1981), Economía Política (México, 1976-1985) y Ensayos (México, 1980-1988). Estas trayectorias personales y públicas los consolidaron como intelectuales en la definición elemental ofrecida por Ory y Sirinelli:

La intervención del intelectual deberá ser, de entrada, manifiesta. No será el hombre "que piensa" (o dejará de serlo, dirán algunos polemistas), sino el hombre que comunica un pensamiento: influencia interpersonal, petición, tribuna, ensayo, tratado, etcétera. Y en su contenido la manifestación intelectual será conceptual, en el sentido de que supondrá el manejo de nociones abstractas. No habrá aquí necesidad de producir los conceptos en cuestión. Su uso bastará.[12]

Los objetos de su intervención en la esfera pública, ya lo dijimos, tuvieron que ver con el ascenso de los movimientos revolucionarios en el continente, las consecuencias tácticas y estratégicas para una política elaborada desde el campo popular frente a las dictaduras militares, la democratización de regímenes autoritarios, la crisis económica del sistema capitalista, el colapso del bloque soviético y, siempre presente, la ruta crítica hacia un socialismo posible en América Latina. De todos modos hay énfasis, temas que dominan la escena, respuestas a las coyunturas nacionales y globales, desplazamientos en la forma de abordar los problemas y diferencias políticas y teóricas, manifiestas o soterradas, además de ajustes en la composición del consejo editorial.

La violencia política

En septiembre de 1973 dos acontecimientos cimbraron a la opinión pública nacional: la caída del socialismo chileno y el asesinato de Eugenio Garza Sada, capitán de la industria regiomontana. Junto al miedo, consternación y rabia experimentados, ambos eventos reabrieron la discusión acerca de los medios moralmente aceptables y políticamente viables para conducir la transformación social. Esas pistas condujeron el debate público del momento. Artero y doloroso, el asesinato de Salvador Allende no truncaba la marcha al socialismo que a Pablo González Casanova parecía ineludible. A Monsiváis, la reacción de la opinión pública lo persuadió de que la unidad latinoamericana era una realidad que desbordaba a la utopía bolivariana, presentándosele el socialismo latinoamericano tan “urgente” como “inevitable”.[13] Gastón García Cantú no resistió hacer la analogía entre la política estadunidense hacia Chile y la que tuvo con respecto a México cuando Madero y Cárdenas, llamando a cerrar filas con el régimen de Echeverría en la defensa de la soberanía nacional, pues “la política de Nixon no se detendrá hasta que el último gobierno haya caído en la ruta de Brasil”, porque “lo que ahora se aplica en América Latina es un orden militar para impedir las reformas sociales”.[14]

El golpe de Estado reforzaba la convicción de Heberto Castillo según la cual la vía democrática era la ruta idónea “para el cambio revolucionario” en América Latina; por el contrario, el aventurerismo armado únicamente beneficiaba la estrategia militarista estadunidense para el subcontinente. Confundidos, “algunos picarán el anzuelo y rechazarán toda vía que no sea la violencia para realizar el cambio revolucionario, sin comprender que es necesario recorrer antes el camino -obligadamente peligroso- de la lucha democrática”. Luis Villoro expuso el vínculo indisociable de la moral con la política,[15] y del socialismo con la democracia, desnudando el temor de las oligarquías latinoamericanas a los cambios reales que podrían lograr las clases populares justamente a través de aquélla:

Sólo gracias a la vía recorrida hasta ahora por la Unidad Popular se abren posibilidades efectivas de una revolución social en Chile. El camino será doloroso y largo, pero sin la lucha democrática previa no hubiera ni siquiera

podido iniciarse…[ésta] permitió mostrar que la revolución no es un sueño de exaltados o de aventureros, sino la única salida al cerco de violencia a que quieren someternos; que no es la ruptura de la democracia sino su verdadero cumplimiento…[16]

La violencia política, sin embargo, es uno de los datos duros de la historia nacional. De un lado, cacicazgos, marginación y represión; organización y autodefensa; del otro, la reproducen en el campo e intermitentemente incentivan la radicalización. La ejecución de Rubén Jaramillo evidenció que el problema agrario estaba lejos de resolverse y que el gobierno tampoco tenía la intención de modificar la política represiva y de cooptación de líderes con que les hacía frente. El cambio de estrategia vino de los propios movimientos sociales que, entrada la década de 1960, transitaron hacia la guerrilla, en parte por su propia experiencia, pero también por los prometedores resultados de Cuba, Argelia y Vietnam. De los barrios pobres de las ciudades y del magisterio salieron algunos de sus cuadros.[17] El teatro de la guerra, de todos modos, era el mundo rural, incluso en la estrategia del foco guerrillero. Sin desaparecer esta pista (hoy todavía activa), la masacre de Tlatelolco y el "Halconazo" del 10 de junio de 1971 convencieron a jóvenes de las clases medias ilustradas, particularmente del norte y occidente del país, miembros de las juventudes del PCM y del PPS, jesuitas otros, estudiantes muchos, de que no había más salida que oponer a la violencia estatal la violencia revolucionaria.[18]

La guerrilla urbana germinó en Latinoamérica en los primeros años de la década de 1960, con el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, en Uruguay, el MIR chileno, y la Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares de Brasil, ya fuera para luchar contra la dictadura militar, como el último, o para enfrentar a la ultraderecha, objetivo de los Tupamaros. En los países desarrollados, la radicalización de la revuelta estudiantil impulsó a Lotta Continua y Brigada Rose (Italia), Rote Armee Fraktion (Alemania), Angry Brigade (Inglaterra) y los Wathermen (Estados Unidos). En México, el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), incubado en Michoacán, el Frente Urbano Zapatista (FUZ), en el Distrito Federal, los Comandos Armados de Chihuahua, las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), en Guadalajara, la Liga de Comunistas Armados (LCA), la Liga Comunista 23 de Septiembre y las Fuerzas de Liberación Nacional, estos tres en Monterrey, entre jóvenes que tenían fresca la matanza del Jueves de Corpus, cuando la comunidad politécnica marchaba en apoyo de la Universidad Autónoma de Nuevo León:[19]

Los grupos guerrilleros latinoamericanos, generalmente compuestos por jóvenes de la clase media, han fracasado porque no son representativos de las aspiraciones populares. Más que una disidencia revolucionaria son una excepción nihilista. Oscilan entre Viriato y Fantomas. Son una nostalgia y una impaciencia que se resuelven en un charco de sangre.[20]

En la nota al pie que acompaña a este comentario vertido en 1973, Paz señaló "las actitudes ambiguas que ha provocado y provoca [el terrorismo] entre los intelectuales de izquierda".[21] El poeta se equivocaba, pues las plumas contrarias a la dictadura militar chilena también reprobaron el asesinato Garza Sada a cuenta de la Liga Comunista 23 de Septiembre.[22] Aparte de la condena moral y del rechazo a los métodos de la guerrilla urbana, juzgaron estas acciones contraproducentes para el movimiento popular, además de alentadoras de la violencia estatal contra cualquier brote legítimo de descontento social, expresión del temor manifiesto de las elites empresariales hacia la participación democrática y la acción organizada de los subalternos:

La cólera de la clase empresarial no está dirigida, en verdad, contra la violencia individual y el terrorismo. El terrorismo hace su mismo juego: se encarga de suministrarle los pretextos que ellos necesitan para exigir un gobierno represivo. Detrás de la cólera empresarial se esconde otro temor: el miedo a que el pueblo se decida a ejercer, realmente, su democracia.[23]

La Cultura en México, entonces a cargo de Monsiváis, dedicó toda una sección a desautorizar el terrorismo y evidenciar las tentativas autoritarias del capital recurriendo al ensayo de Carlos Pereyra -junto con Rolando Cordera redactores del suplemento- sobre política y violencia, cuyas primicias se habían dado a conocer en un número anterior.[24]

La reflexión de Pereyra acerca de la violencia política, la más completa y mejor argumentada todavía hoy dentro del campo intelectual mexicano, es también relevante porque proviene de alguien que, como otros jóvenes comunistas de su generación, no encontró en el PCM el partido obrero que buscaba, llevándolo a circular por el pequeño, fragmentario y conflictivo mundo de la izquierda de los sesenta. Estudió en el Colegio Alemán. Apenas salía de la adolescencia cuando comenzaba la agitación de ferrocarrileros y maestros. Inicialmente cursó la carrera de Economía en la UNAM (por donde pasaron también Cordera y Monsiváis, así como muchos de sus compañeros del MAP), cambiándola en 1961 por la de Filosofía. En ese tiempo se incorporó al grupo César Vallejo, afín

a la Juventud Comunista (PCM), donde participaban también Carlos Monsiváis, Adolfo Sánchez Rebolledo, Carlos Félix, Andrea Sánchez Quintanar y Armando Bartra, entre otros. En aquel año lo nombraron delegado ante la Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (FUSA). No mucho después, acaso coordinara el grupo “El Proletario” que, con otros, daría lugar en 1966 a la LCE, de orientación maoísta. Comprometido con la acción revolucionaria, se daba tiempo también para escribir sobre cine -era tan cinéfilo como telespectador metódico de los deportes- en Política.[25]

En principio, la LCE intentó circular por la vía electoral aliándose con lo que quedaba del MLN, encabezado por Heberto Castillo, y con el Partido Popular Socialista Revolucionario (PPSR), de Rafael Estrada Villa, pero la Comisión Federal Electoral negó el registro a sus candidatos en la elección intermedia de 1967. De acuerdo con su programa que preveía “que el tránsito al socialismo en nuestro país no será pacífico, sino que, a la violencia armada de la burguesía, el proletariado y sus aliados tendrán que responder con la violencia armada”. Un segmento de la LCE considerará entonces la opción guerrillera.[26] Ignoramos cuándo rompió Pereyra con la organización, pero sí sabemos que desde entonces afirmó su convicción democrática:

partidario del diálogo, y uno de los primeros en promover el trato político y teórico con los cristianos, nunca cedió a la hipocresía. Porque le importaba el pensamiento racional, asumía como ofensas personales las descargas del sectarismo o el analfabetismo doctrinario.[27]

Entre el diazordacismo, la guerrilla y la guerra sucia, la violencia política cocinó un caldo de difícil ingestión: en un polo estaba la violencia represiva del Estado, consecuencia del ascenso del movimiento popular y de una legitimidad democrática ausente que hiciera más llevadera la dominación de una clase; del otro, la violencia aventurera, recurso de una ultraizquierda divorciada de las masas, la cual buscaba a como diera lugar el detonante de la revolución social. Europa del Este (donde armonizar igualdad y libertad parecía una ecuación irresoluble), el Tercer Mundo, con su combinación de autoritarismo y atraso, y el colonialismo europeo y estadunidense, brindaban ejemplos al por mayor de la violencia estatal dentro de sus imperios; la repulsa hacia la violencia aventurera incluyó el foquismo, la guerrilla y, en general, todas las concepciones militaristas de la revolución.[28]

Dado que la violencia está en el origen de toda forma de dominación, para

Pereyra era imposible cancelarla por decreto, de acuerdo con la postura liberal, o acabar con ella intentando inútilmente precipitar el cambio social, en la perspectiva del voluntarismo ultraizquierdista, que asumía la revolución como una oportunidad siempre a mano, en un culto al espontaneísmo de las masas y a la estrategia conspiracionista de la vanguardia dirigente. El reto de la política consistía en desactivarla, y únicamente esto sería posible si se desmontaban las condiciones que la generaban, si se rompían las relaciones de dominación dentro de la sociedad. Para lo cual, como fue madurando en su obra, resultaba indispensable fortalecer la sociedad civil, reducir la desigualdad económica, diseñar un proyecto nacional inclusivo e independiente de las potencias centrales, y formar un sujeto político capaz de desplazar del poder al partido dominante, de democratizar el régimen mediante la competencia política normada por reglas claras y de construir una hegemonía duradera que asegurara tanto la estabilidad del país como la continuidad institucional.[29] Si bien cambiaría su postura hacia el liberalismo, la coherencia de un proyecto intelectual encaminado a desmontar las formas de dominación política y la alternativa para que las clases subalternas construyeran un nuevo bloque histórico nunca la perdió:

Ahora se puede, se debe decir, que su vida y obra, tan concordantes y equivalentes, adquieren sentido histórico si se observan como el desarrollo de una permanente confrontación crítica con los primeros y fundamentales ideales revolucionarios de su juventud, mismos que siempre fueron replanteados o desechados con lucidez e inteligencia, con humor pero sin frivolidad, como el despliegue ordenado de una vocación, la política, pero también de una ética.[30]

Pereyra, no desestimó los esfuerzos de Echeverría por atajar la erosión del sistema político con la llamada “apertura democrática” -concebida como una respuesta al movimiento estudiantil, a la opción guerrillera, y a que el PRI había perdido la mayoría, tanto en la elección presidencial de 1970 como en las elecciones intermedias de 1973-, ni tampoco su tentativa de abrir y modernizar la economía, porque el modelo desarrollista había dado de sí. Lo que trató de poner en claro era la imposibilidad tanto el régimen como la economía nacionales para salirse de los estrechos márgenes de acción del capitalismo mundial. No era un problema del individuo o de sus intenciones (fueran buenas o malas), sino de las posibilidades reales de modificar las estructuras de dominación y dependencia desde la periferia del sistema. Señalaba también la urgencia de elaborar conceptualmente la caracterización de la forma estatal adoptada por éstos, dada “la lamentable ausencia de estudios dedicados a

examinar el impacto producido en la esfera política por esa subordinación [económica]".[31]

En cuanto al Estado posrevolucionario, Pereyra lo caracterizó de "bonapartista", tomando prestada la conceptualización que Marini hizo para los países emergentes latinoamericanos, esto es, una forma de dominación política en la cual el Ejecutivo vela por mantener un equilibrio estable entre las clases sociales antagónicas a través de una política de concesiones a ambas, cooptación, represión y arbitraje permanente.[32] Para ese momento, la principal amenaza a ese estado de cosas no provenía del movimiento obrero, la representaba sobre todo el distanciamiento entre Echeverría y el Grupo Monterrey después del asesinato del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada. Recuerdan que en el sepelio:

El presidente Echeverría visiblemente consternado, escuchó en silencio. A su llegada al entierro había sido recibido entre gritos de recriminación. La prensa atestiguó la humillación. Fue un día de duelo en la entidad. Las reacciones de condena surgieron por todos lados. La cúpula empresarial de Guadalajara se unió a la de Monterrey. En desplegados de plana entera responsabilizaron al gobierno de Echeverría de provocador y hasta de subsidiar la violencia. Exigieron castigo.[33]

En síntesis, el régimen estaba en una encrucijada histórica y parecía improbable que el bloque en el poder que emergió dominante a partir de 1940, principal beneficiario del milagro económico mexicano, estuviera dispuesto a una apertura económica que debilitara su posición dentro del sistema de relaciones sociales y el Estado, haciéndole temer una regresión autoritaria.[34]

La revolución en América Latina

Marini fue un intelectual y militante revolucionario inquieto, agudo y osado. De ascendencia italiana, su familia se estableció en el estado de Minas Gerais. Su padre, miembro del Partido Social Democrático, fue primero profesor de matemáticas y, por el estímulo de su esposa, se graduó en Derecho. Ruy Mauro recibió una buena educación básica en el Colegio Estatal de Barbacena, que incluyó el conocimiento del inglés, francés y español. En 1950 se trasladó a Río de Janeiro para preparar el examen de ingreso a la carrera de Medicina, pero el empleo provisional en el censo de población, con el cual financiaría sus estudios, además de los atractivos culturales de la ciudad carioca, lo condujeron hacia otra ruta profesional, inscribiéndose, en 1953, en la Facultad Nacional de Derecho de la Universidad de Brasil. Sus antecedentes laborales, algunas experiencias académicas estimulantes y el contacto con la izquierda estudiantil, lo convencen que su lugar estaba en la nueva Escuela Brasileña de Administración Pública, avanzada de las ciencias sociales del país, obteniendo una beca después de lograr el primer lugar en los exámenes de ingreso. Una vez más, su estupendo desempeño académico le permitió ganar una beca para continuar, en 1958, su formación en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París. En dos intensos años, pudo acercarse sistemáticamente al marxismo, a la desbordante vida cultural francesa y a una comunidad intelectual cosmopolita.[35] Es entonces cuando comienza a distanciarse de las tesis desarrollistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), tan reputadas en Latinoamérica:

Eso me llevó, aún en Francia, a tomar contacto con el grupo que editaba en Brasil la revista Movimiento Socialista, órgano de la juventud del Partido Socialista (que publicó mi artículo donde ajustaba cuentas con el nacional-desarrollismo)…Ese grupo, con sus principales vertientes en Río de Janeiro, Sao Paulo y Belo Horizonte, constituiría, más tarde, la Organización Revolucionaria Marxista-Política Obrera (POLOP por sus siglas en portugués), primera expresión en Brasil de la izquierda revolucionaria que emergía en toda América Latina.[36]

En 1962 fundan la Universidad de Brasilia, encabezada por Darcy Ribeiro, y

Marini se incorpora como auxiliar de enseñanza y, poco después, en calidad de profesor asistente. También prepara su disertación doctoral acerca del bonapartismo en Brasil. Invitado por Ribeiro en 1963, el economista alemán André Gunder Frank (1929-2005), quien entonces maduraba las tesis acerca de Latinoamérica que en breve harían revuelo, impartió un seminario sobre el estructural-funcionalismo. Recuerda todavía emocionado Theotonio dos Santos:

en su seminario estábamos Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y yo que seríamos posteriormente consagrados como la corriente radical de la teoría de la dependencia. Discutimos mucho todo el tiempo. Pero no hay duda que asumimos un compromiso intelectual y político común que duró toda una vida… [37]

El golpe militar de 1964, cobra a Marini el saldo de la libertad, el empleo y los materiales de la tesis. Encarcelado y torturado, la embajada mexicana en Brasilia le concede asilo en 1965. En México, se reencuentra con Gunder Frank -en ese momento profesor de la UNAM- y, gracias a los contactos de los exiliados con el medio académico nacional, Mario Ojeda -director del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México- lo invita a incorporarse a la institución donde permaneció por cuatro años:

Entre los colegas de quienes guardo mejores recuerdos… están, además del propio Ojeda, Olga Pellicer de Brody, antigua compañera de SciencesPo [en la Universidad de París]; Rafael Segovia, cuyo escepticismo e ironía incitaban al rigor; Víctor Urquidi, desarrollista ilustre, pero capaz de respetar el derecho de opinión; Roque González Salazar, hombre inteligente y lleno de alegría de vivir; y, principalmente, José Thiago Cintra…quien terminó por ser uno de mis amigos más queridos.[38]

Imparte clases de historia de la diplomacia latinoamericana, colabora en Foro Internacional -como miembro de su consejo editorial y con doce contribuciones- y, de contrabando, “por presión de los estudiantes”, quienes en abultado número concurrían a sus clases despertando el celo de sus colegas, realiza un seminario de lectura de El Capital en su propia casa, al que acudían jóvenes de El Colegio de México y de la UNAM. Vigilado durante 1968 por las autoridades migratorias -sobre todo después de dictar una conferencia sobre la cuestión estudiantil latinoamericana-, asume que su presencia no es grata al gobierno mexicano, más cuando se entera que El Colegio de México y la UNAM -donde impartía la cátedra de Historia de Brasil y un seminario de posgrado en el Centro

de Estudios Latinoamericanos dirigido por Leopoldo Zea-"habían sido instruidas, por escrito, por la Secretaría de Gobernación, en el sentido de evitar mi relación con los estudiantes".[39]

"Durante una quincena de vacaciones en Zihuatanejo", había escrito en 1967 para la revista Tricontinental de La Habana, "Subdesarrollo y revolución", que "vendría a ser mi trabajo más conocido internacionalmente", publicado por Bolívar Echeverría en Latinoamérica (Berlín) bajo el título "Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus". Junto con varios artículos sobre Brasil, aquél apareció como libro en 1969, con el sello editorial de Siglo Veintiuno.[40] Empleó allí las categorías de sobreexplotación y subimperialismo para captar la especificidad del subcontinente. La primera aludía a que la explotación del trabajo se daba con base en los bajos salarios, en tanto que la otra hacía referencia al desarrollo dentro del subdesarrollo, esto es, a la producción de manufacturas industriales en las economías capitalistas periféricas gracias la exportación de capitales del Primer Mundo, permitiéndoles instalar una industria liviana y hacerse de una zona de influencia en el Sur. Si bien países como Argentina, México y Brasil lograron producir bienes industriales durante la posguerra, transitando de una economía agraria a otra industrial, y culminando así la versión regional de la revolución burguesa, para Marini, el círculo de la dependencia no lo romperían las burguesías nacionales, aliadas minoritarias del capital transnacional, sino únicamente la revolución socialista, encabezada por el proletariado industrial y cuya fase superior sería la lucha armada, para entonces una posibilidad viable en el panorama latinoamericano:[41]

Con ese libro cerré con llave de oro mi primer exilio, durante el cual, al mismo tiempo que completaba mi formación, me realicé profesionalmente. La victoria de Luis Echeverría en las elecciones de 1969 [sic]… y la negativa de Francia de permitirme pasar por su territorio sin documentación [con destino a Argelia]… me llevaron, después de haber renunciado al asilo político, a decidirme por Chile, donde la situación política podría facilitar las cosas. En noviembre de 1969, desembarqué en Santiago.[42]

En Concepción, ocupó una plaza en el Instituto Central de Sociología. Viajaba continuamente a Santiago, donde reanudó el contacto con Gunder Frank, Dos Santos y Vania Bambirra, pudiendo realizar muchos trabajos conjuntos, sobre todo después que se incorporó como investigador al Centro de Estudios Socio-Económicos.[43] Con los materiales que reunió y la discusión en un seminario que tenía como eje El Capital, escribió la Dialéctica de la dependencia:

Urgido por Neus Espresate, copropietaria de la editora Era y vieja amiga, a autorizar la publicación…procuré aclarar las razones del método adoptado… justificar el uso de categorías marxistas… además de adelantar algunas consideraciones sobre la tendencia de la economía dependiente a bloquear la transferencia de los aumentos de productividad a los precios, fijando como plusvalía extraordinaria lo que podría venir a ser plusvalía relativa.[44]

El libro, ofreció una alternativa teórica a las tesis desarrollistas de la CEPAL, argumentando la dependencia estructural de las economías latinoamericanas con respecto de los países centrales a partir de su reinserción en el mercado mundial en el siglo XIX, y la imposibilidad de un desarrollo autónomo consecuencia de esa condición subordinada. En un trazo histórico de gran calado, situó el inicio del capitalismo en el siglo XVI, cuando la economía mercantil alcanzó su primera mundialización, tras los grandes descubrimientos geográficos y las nuevas rutas comerciales a Oriente. Entonces, los territorios americanos fueron colonizados, canalizando sus excedentes productivos hacia las metrópolis europeas. Esta dominación se transformó en dependencia al momento en que la Revolución industrial detonó el potencial productivo, expandiendo el comercio exterior y reordenando la división internacional del trabajo de tal forma que las economías latinoamericanas aportaron bienes-salario (a través de la exportación de alimentos) a los países industrializados, permitiéndoles reducir los costos de reproducción de la fuerza de trabajo. Éstos, por su parte, regresaban bienes-mercancías con alto valor agregado. Es así que, a través del intercambio desigual, se transfirió el valor excedente de la periferia hacia el centro del sistema de la economía-mundo y, mientras éste concentraba la explotación de la mano de obra en el aumento de la productividad (plusvalor relativo), aquél depauperaba a su fuerza de trabajo sobreexplotándola en una producción extensiva (plusvalor absoluto) con el fin de compensar a los capitalistas locales por las pérdidas sufridas en el mercado mundial:

a medida que el mercado mundial alcanza formas más desarrolladas, el uso de la violencia política y militar para explotar a las naciones débiles se vuelve superfluo, y la explotación internacional puede descansar progresivamente en la reproducción de relaciones económicas que perpetúan y amplifican el atraso y la debilidad de esas naciones.[45]

Desde antes que acabara 1971, Marini participó intensamente en la actividad política del MIR. Cuando el golpe de Estado, el ejército cateó su departamento, quemando los libros, materiales de investigación y manuscritos que encontró a

su paso. “Yo había estado prácticamente desaparecido, desde [el] 11 de septiembre, dando margen, inclusive, a que se esparcieran rumores sobre mi fusilamiento en el Estadio Nacional.” Sin documentos otra vez, logró salir a Panamá. Víctor Flores Olea, en ese momento director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, le consiguió una visa de trabajo para laborar en la institución. Marini compartió su tiempo entre la UNAM y el Instituto Max Planck de Strarnberg, cerca de Munich, con el que colaboró hasta mediados de 1976, incorporándose a partir del siguiente año al programa de doctorado de la Facultad de Economía de la UNAM, fundado por Enrique Semo apenas hacía unos meses.[46] Neus Espresate, quien junto con Eugenia Huerta (editora en Siglo Veintiuno y esposa de Carlos Pereyra) hicieron cuanto pudieron para traerlo de regreso a México, le pidió se sumara al equipo editorial que llevaba meses de “‘reuniones complicadísimas’” afinando el lanzamiento de Cuadernos Políticos, “un grupo brillante de intelectuales, formados al calor del movimiento de 1968”.[47] Recuerda que aquél,

funcionaba como un verdadero equipo de trabajo, con reuniones semanales que se adelantaban por la noche…A partir de una aparente unidad ideológica, no tardarían en presentarse tendencias diferentes, que llegaron, a veces, al punto de ruptura, pero que encontraron siempre la fórmula adecuada para garantizar el funcionamiento del grupo. Mérito especial de eso le toca a Neus, cuya firmeza de principios se unía a una excepcional delicadeza en el trato… Cuadernos supo ser un órgano estimulante y flexible, que abrió el espacio a nuevas ideas y nuevos autores, ventilando el clima intelectual de la izquierda mexicana.[48]

Como dijimos, la sangrienta derrota de la Unidad Popular Chilena y las conclusiones que debería dejar para la izquierda latinoamericana, fueron algunas de las razones fundamentales para crear la revista. En el primer número, Marini entró de lleno a discutir las estrategias políticas de la izquierda chilena (del Partido Comunista y el MIR), decantándose por la vía revolucionaria del último. A su entender, en el país andino estaba aún por definirse el resultado del conflicto de clases, consecuentemente, resultaba imprescindible una toma de postura dado que “Chile parece cerrar una etapa en el desarrollo de las luchas de clases en la región y contiene en sí la promesa de un nuevo periodo, superior bajo muchos puntos de vista al que veníamos viviendo”.[49]

Cada acción política suponía una estrategia particular y la elección de los aliados. La revolución por etapas de los comunistas se basaba en la estrategia de la Tercera Internacional para los países coloniales y semicoloniales, la cual urgía

a concluir revolución democrático-burguesa antes de emprender la lucha por la revolución proletaria, por tanto, la alianza de clases deseable era entre los trabajadores, la pequeña burguesía y el capital nacional;[50] hasta donde fuera posible, debían seguirse los cauces legales, participar en las elecciones y ganar posiciones dentro del Estado. Tácticamente, el aliado óptimo era la Democracia Cristiana. Por su parte, el MIR impulsaba la formación de consejos obreros en las empresas, el control desde abajo de la economía, la alianza obrero-campesina, la incorporación al campo popular de la pequeña burguesía empobrecida, la ruptura con el capital, la autodefensa armada del pueblo y la revolución socialista. En ese tiempo, recuerda Marini,

aún parecía posible luchar por una política de alianzas que no implicara la subordinación de las fuerzas populares a la burguesía, ya que la izquierda aún detentaba, localizadamente, una capacidad de acción…Las derrotas que después ella sufrió en Europa y los países latinoamericanos, llevaron al triunfo del frente amplio bajo la hegemonía burguesa, que presidió la redemocratización latinoamericana de los ochenta…[51]

Esto fue posible porque las dictaduras castrenses infringieron una derrota colosal al movimiento popular, acabaron con sus vanguardias sindicales y políticas, dispersando o liquidando a sus dirigencias. Y la reconversión económica, impuesta por el gran capital, desmanteló la base industrial allí donde la había.[52]

Marini publicó ocho contribuciones en Cuadernos Políticos (sobre Chile, Brasil, Latinoamérica y economía política), casi todas divulgadas también en diversas revistas latinoamericanas, estadunidenses (Monthly Rerview, la revista de Paul Marlor Sweezy y Harry Magdoff) y europeas (Il Manifesto, de Rossana Rossanda, entre otras). Permaneció en el consejo editorial de Cuadernos Políticos hasta finales de 1988, no obstante que hacía cuatro años había regresado definitivamente a Brasil, después de dos décadas de rondar por América Latina. No obstante que recuperó, en 1986, su plaza en la Universidad de Brasilia y mantuvo su producción científica, pronto sintió que los vientos intelectuales soplaban en otra dirección. Por una parte, nunca perdió el estigma de “gran responsable de la lucha armada en Brasil”;[53] por la otra, la recomposición de las universidades menguó la influencia tanto del marxismo como la figura del intelectual comprometido, en favor de los especialistas formados mayoritariamente en universidades anglosajonas. Consecuencia de la transformación del campo intelectual, la teoría de la dependencia cayó en desuso, obliterando

su contribución decisiva para alentar el estudio de América Latina por los propios latinoamericanos y su capacidad para, invirtiendo por primera vez el sentido de las relaciones entre la región y los grandes centros capitalistas, hacer que, en lugar de receptor, el pensamiento latinoamericano pasara a influir sobre las corrientes progresistas de Europa y de los Estados Unidos…[54]

Mientras Marini caía en el olvido en Brasil, aún hubo oportunidad de que regresara por temporadas largas a México. Infatigable, entre 1993 y 1995 coordinó el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, contribuyendo notablemente a la reorientación de su programa de estudios y a su proyecto editorial. Como en su primer exilio mexicano, otra vez lo rodeaban muchos jóvenes.[55]

El fin del milagro

El paradigma dependentista también caló dentro del pensamiento de la izquierda mexicana. Ya mencionamos a Enrique Semo, pero también se agregaron Pereyra, Cordera y Córdova. Incluso, González Casanova, uno de los fundadores de la sociología mexicana, había destacado el problema del colonialismo (externo e interno) en su conocido libro La democracia en México, publicado por Era en 1965, convocando también con Marini, a terminar "con los últimos vestigios del colonialismo intelectual -con disfraz conservador o revolucionario- e intentar una análisis de las relaciones entre la estructura política y la estructura, social, con categorías propias de los países subdesarrollados…"[56]

De la generación siguiente, quizá fue Arnaldo Córdova quien mejor asumió el reto intelectual propuesto por González Casanova. Córdova permaneció en el consejo editorial de Cuadernos Políticos hasta el núm. 17 (julio-septiembre de 1978), cuando comenzó la edición de Nexos. Publicó siete artículos, la mayoría sobre la Revolución mexicana y el régimen surgido de ésta. A su juicio, aquélla tuvo una naturaleza "populista" estando "lejos de ser una revolución social; más bien constituía una forma inédita en la historia de la revolución política, a saber una revolución populista. El modo en que nació y los fines que se propuso no parecen desmentirlo". No había tampoco una clara ruptura ideológica entre el positivismo y la filosofía de la revolución, y el nuevo régimen no hizo más que perfeccionar el autoritarismo porfiriano, basado en un Ejecutivo fuerte, al resolver el problema de transmisión del mando a través de un mecanismo sucesorio basado no en la voluntad popular sino en la del presidente en turno, donde sólo formalmente las decisiones las tomaba el partido.[57]

El Estado corporativo, configurado en el cardenismo a través de los sectores (obrero, campesino, popular y militar), puso a disposición del régimen a las masas organizadas, beneficiadas por sus políticas redistributivas, mientras "las reformas sociales tenían, abiertamente, una función contrarrevolucionaria en la medida en que evitaban o conjuraban cualquier explosión que proviniese de las masas insatisfechas…"[58] Sin embargo, aquél no logró clausurar el vínculo de dependencia con el imperialismo (más allá del discurso oficial, esta subordinación se fue acentuando), ni dejó de ser instrumento de la "clase

capitalista”, por lo que, de manera drástica o gradual, había de quebrarse este lazo para liberar a las clases subalternas de la dominación burguesa: “como los hechos vinieron a demostrar luego, nadie salió ganando tanto en este colosal proceso de organización emprendido por el cardenismo como los propios capitalistas”.[59]

Dado que en México el ciudadano no era un sujeto político propiamente dicho, ni tampoco existía una democracia en sentido cabal, cualquier tentativa de modificar el statu quo pasaba por disputarle las masas al partido en el poder, por coadyuvar a su organización independiente. A finales de la década de 1970, Córdova veía signos alentadores con el resurgimiento de la movilización obrera impulsada por el sindicalismo independiente y por las corrientes democratizadoras dentro de los sindicatos oficiales, empujando ambas hacia la apertura del sistema político. Desde la perspectiva de la izquierda, la organización de los trabajadores como una fuerza autónoma constituía un requisito ineludible para la lucha socialista. Ellos mismos constituirían el partido de clase que la conduciría.[60]

Del cardenismo hasta finales de la década de 1960 había transcurrido el ciclo expansivo de la economía mexicana, periodo en el cual la economía creció a tasas superiores al 6% anual, superando con mucho al resto de América Latina e incluso a las economías desarrolladas. Un modelo económico basado en la fuerte intervención estatal, el desarrollo del mercado interno propulsado por la política de sustitución de importaciones, una reforma agraria que contuvo por un tiempo la emigración campesina a las ciudades, el formidable desarrollo del sistema educativo, y un régimen político corrupto, autoritario y opaco, pero eficaz en la contención de las presiones sociales, facilitaron esta celebrada bonanza que robusteció a las clases medias (beneficiadas por la educación pública, representadas por el PAN, adoctrinadas por la Iglesia católica e incorporadas dentro del discurso oficial por el avilacamachismo), el remplazo de los militares por los universitarios en la alta burocracia permitió grandes negocios a la nueva burguesía nacional, cobijada y asociada con el Estado a partir de la administración alemanista, la cual triplicó la inversión pública y duplicó la privada, además de formar el PRI y reprimir a la oposición política. Fue, sin embargo, un progreso sin democracia, cimentado tanto en la desigualdad como en la exclusión social. La desproporción extrema en los niveles de ingreso, altas concentraciones monopólicas (públicas y privadas), la imposibilidad para muchos de consumir los bienes culturales, el desequilibrio entre el campo y la ciudad, las asimetrías regionales, la marginación de los indígenas y la

segregación femenina de la esfera pública, constituyeron los rasgos preponderantes del desarrollo mexicano.[61]

La tasa de crecimiento de la economía nacional había sido del 2.52%, entre 1921 y 1926, y del -0.53%, en 1927-1929. De 1940 a 1955 la economía creció a un promedio anual del 5.73%, con una inflación del 10.6%, dos devaluaciones (1948 y 1954), desequilibrio externo y pronunciadas fluctuaciones de los salarios reales en la industria, sin recuperar el punto más alto alcanzado a finales del gobierno del general Cárdenas. En 1943, se cerró el capítulo de la deuda externa del sector público. La segunda guerra mundial incentivó el despegue de la industria mexicana en la medida en que consumió los excedentes mercantiles estadunidenses, obligando al país a obtener los bienes de consumo por otras vías o producirlos en su propio territorio. La política de sustitución de importaciones, promovida por la CEPAL, se encaminó a cubrir este vacío. Con este propósito, el Estado expidió, en 1945, la Ley de Industrias Nuevas y Necesarias, acompañándola de atractivos incentivos fiscales. Asimismo, se firmó el Pacto Obrero-Industrial, donde Estado, empresarios y sindicatos se comprometieron a impulsar la economía nacional, absteniéndose los últimos de emplear el recurso de la huelga. Durante el desarrollo estabilizador (1956-1970), la economía creció a un índice del 6.74%, con una inflación promedio del 4.22%, un tipo de cambio fijo y el incremento sostenido de los ingresos de los obreros manufactureros que, en 1968, recuperaron en términos reales el nivel de 1939. El déficit público, financiado en el modelo de sustitución de importaciones con la emisión de circulante, ahora sería cubierto con deuda (interna y externa).[62]

Pero los signos vitales de la economía mexicana mostraban importantes síntomas de agotamiento al iniciar la década de 1970, cuando bajó al 5% la tasa de crecimiento, la inflación alcanzó el 14.2%, acentuándose el desequilibrio externo, que culminó con la devaluación de 1976, además de incrementarse considerablemente la masa monetaria y de llegar el déficit público al 5.6%, pero sin abatirse los salarios que, en 1974, consiguieron el mejor nivel del sexenio de Echeverría. La situación se agravaría con la recesión mundial de 1974-1975, aunque el boom petrolero de finales de la década diera un costosísimo respiro a las finanzas públicas, ocultando (y agravando) los problemas estructurales de la economía nacional. Entre 1970 y 1976 la deuda pública externa pasó del 10.6 al 24.7% del PIB y, de 1975 a 1979, la economía creció a un ritmo del 5.2% anual, pero con una inflación promedio del 20%. De 1978 a 1981 lo hizo a más del 8%, con un déficit de cuenta corriente que en el último año llegó al 5.23% y una tasa inflacionaria del 28.08%. Infortunadamente, cuando la explosión demográfica

arrojaba a más jóvenes al mercado de trabajo, la economía no estaba en condiciones de emplearlos dignamente.[63]

Para Cordera, si la belle époque del capitalismo mundial había naufragado en la crisis de 1974, en México lo hizo poniendo fin al desarrollo estabilizador. Entrampado entre la urgencia de la modernización económica y los límites impuestos por el pacto corporativo, el gobierno de Echeverría tropezó varias veces en el intento de poner en marcha una política para hacer frente a los cambios en el entorno internacional y las demandas internas, sin romper con el viejo molde forjado en la revolución. De todos modos, avizoraba Cordera, lo más probable es que los costos de la crisis el capital monopolista intentara trasladarlos a las clases populares, el eslabón débil del pacto. No obstante, veía con optimismo moderado el incipiente surgimiento de un “bloque de los explotados y dominados” que eventualmente le haría frente y conduciría al país por la senda de “la transformación socialista”. Dentro de éste, “es ya el proletariado industrial agrupado en la gran empresa el que tiene el predominio objetivo, independientemente de su incapacidad, hasta el momento, para traducir este predominio en una efectiva hegemonía política dentro del bloque de los explotados”.[64]

La movilización de los trabajadores, que demandaban la democratización de sus organizaciones -destacadamente la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) encabezada por Rafael Galván-,[65] las huelgas en la industria -como la de los obreros de Spicer en 1975-, la emergencia del sindicalismo universitario a escala nacional, y la formación de sindicatos independientes en gremios antes plenamente domesticados (los actores), hacía pensar en un posible resquebrajamiento del control corporativo del Estado sobre el movimiento obrero, o cuando menos que, ante el riesgo de perder sus bases, podría participar de coaliciones sociales más amplias, sobre todo ante el deterioro salarial posterior a la reciente crisis. En el campo también crecían la movilización, la organización y la toma de tierras, mostrando una activación que contrastaba con el pasmo de los años anteriores. Al finalizar la década, segmentos numerosos del sindicato de maestros daban la espalda a la burocracia magisterial.

En esta atmósfera social, Cordera y Tello vieron la oportunidad de conformar un bloque de obreros, campesinos, indígenas, pequeños y medianos empresarios, y un segmento del Estado, que asumían el ideario de la Revolución mexicana (la cual consideraban todavía viva) y el programa reformista del cardenismo, con el

propósito de reducir la desigualdad social así como la marginalidad rural y urbana, recuperar la autosuficiencia alimentaria, desarrollar una industria propia de bienes de capital insertando autónomamente al país en el mundo globalizado bajo un modelo de desarrollo regido por el Estado, a su vez asentado en una amplia base social de masas organizadas democráticamente.[66] El lubricante económico sería la riqueza petrolera apenas descubierta por "el último presidente de la revolución".[67]

El proyecto de los subalternos tenía índole nacionalista ("nacional-popular"), pero sin quedar inscrito en la trayectoria socialista apuntada por Cordera en 1974: el nuevo horizonte de expectativas lo contenía la Constitución de 1917, esto es, en una perspectiva de futuro todavía no realizada pero prefigurada en el pacto originario del Estado posrevolucionario.[68] Su opuesto lo conformaba el proyecto neoliberal, el cual despuntaba ya en Inglaterra, los Estados Unidos y América del Sur, y que en México amenazaba con la contención salarial y el desempleo para los trabajadores, la maquila en reemplazo de la industria de bienes de consumo duraderos, además de consolidar la dominación de una burguesía rentista, de las empresas transnacionales y del capital especulativo concentrado en el sistema financiero, la cual ofrecía como única opción nacional la integración subordinada a los Estados Unidos basada, de acuerdo con la doctrina neoclásica reciclada por los ideólogos de la apertura, en la especialización económica y la expansión comercial, "ahora, dicha americanización es entendida y propuesta como el proyecto nacional".[69]

La disputa por la nación, que afloró después de la crisis económica y con la ruptura entre el empresariado y el régimen echeverrista, aunque era resultado del enfrentamiento entre las clases, al adoptar una dimensión política, se trasladaba al seno del Estado y enfrentaba a lo que para entonces ya se conocía genéricamente como neoliberalismo (en realidad un neoconservadurismo, al menos en política, pues no consideraba deshacerse en lo inmediato del modelo autoritario), partidario de las propuestas empresariales, y al movimiento obrero (democratizado), baluarte del campo popular:

Las grandes coordenadas donde probablemente se ubicará la definición del perfil real de México en el futuro corresponden, en muy buena medida, a la proyección conceptual de las opciones que en la actualidad han presentado al país los empresarios, especialmente los grupos dominados por el gran capital, y los sindicatos obreros, en particular la CTM y el Congreso del Trabajo.[70]

El diagnóstico y la prospectiva aportados por Cordera y Tello tuvieron admirable precisión, sin embargo, la estrategia política sugerida pronto mostró escasa viabilidad. La resistencia a la embestida neoliberal provendría de actores ajenos al sindicalismo oficial, que de entonces para acá no hizo sino mostrar acusados síntomas de decrepitud acordes con las arrugas de la gerontocracia que lo gobernaba (Fidel Velázquez, Leonardo Rodríguez Alcaine, Joaquín Gamboa Patrón). La facilidad con que Carlos Salinas de Gortari se deshizo del "líder [in]moral" de los petroleros en 1989 desvanecía cualquier duda acerca de la subordinación del sindicalismo corporativo al régimen. Aún hoy Cordera sostiene la pertinencia de las tesis medulares de México: la disputa por la nación, si bien manifiesta cierto desánimo y escepticismo con respecto a la voluntad de realizar una acción colectiva que reordene pacífica y concertadamente el mapa social: "El problema de México es que somos una sociedad pasmada. Veo un escenario muy peligroso, pues la acumulación de frustraciones puede acarrear explosiones".[71]

5. ¿CIENCIA POSITIVA O DISCURSO CRÍTICO?

Δ

A partir del número 10 (octubre-diciembre de 1976) de Cuadernos Políticos, ya no figuró Rolando Cordera en su consejo editorial, ni tampoco aparecería ninguna colaboración suya (la única, que ya comentamos, se publicó en el número 2), probablemente a causa de su incorporación al equipo de Carlos Tello Macías, primer secretario de Programación y Presupuesto (1976-1977) del presidente José López Portillo, situación incompatible con la perspectiva ideológica, la distancia crítica y el criterio editorial de la revista.[1] Simultáneamente, comenzaron a publicarse las contribuciones de Bolívar Echeverría (cuatro en total) y las de Carlos Pereyra (siete, sin contar su primera entrega), ambas rigurosas en la conceptualización y de gran calidad en el discernimiento teórico, lo cual no significa que renunciaran a la discusión de la coyuntura política, simplemente se trataba de abordarlos desde la filosofía, centro de gravedad del marxismo occidental después del fracaso de las revoluciones proletarias.[2]

Ya tratamos someramente la contribución de Ruy Mauro Marini a la teoría de la dependencia; ahora consignaremos tanto el planteamiento de Pereyra sobre la historia y su búsqueda de las condiciones indispensables para su elaboración científica, como la clarificación de la teoría marxiana del valor en los primeros trabajos de Echeverría, el punto de partida de su obra posterior donde trató de aprehender los problemas fundamentales de la modernidad y la alternativa posible a su forma capitalista. Aunque referidas a campos problemáticos distintos, ambas posturas sintetizaron dos aproximaciones filosóficas al marxismo las cuales, después de la implosión del “socialismo realmente existente”, en su antagonismo, recobraron nueva vigencia. El marxismo, o constituía una ciencia positiva capaz incluso de dar cuenta de sus fundamentos, o antes bien, era un discurso crítico (utópico) de la modernidad capitalista, posibilitado además para pensar un futuro comunista. Saber o verdad, he allí el dilema.[3]

La explicación histórica

Avanzada la década de 1960, la historiografía mexicana comenzó a incorporar nuevos temas, enfoques y problematizaciones concebidos por la escuela de los Annales y el materialismo histórico. Las historias económica y social, la demografía histórica y el estudio de las mentalidades cobraron relevancia, dando cierto respiro a una disciplina ensimismada en la historia de la historiografía, sin ir mucho más lejos del planteamiento biográfico (el autor y su obra), complaciente con la tradición (situarse fuera de ésta parecía otra manera de vivir en el error). Por ello, tuvo gran convocatoria hacia finales de los setenta el ciclo de conferencias del Archivo General de la Nación (AGN) -entonces a cargo de Alejandra Moreno Toscano- destinado a discutir la utilidad del conocimiento histórico, recogiéndose las conferencias en Historia ¿para qué? (1980). Varios de los ponentes (Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín, Carlos Pereyra, José Joaquín Blanco, Arnaldo Córdova, Carlos Monsiváis, Guillermo Bonfil Batalla, Luis González y González, Adolfo Gilly y Luis Villoro) formaron en 1978 la revista Nexos, dirigida primero por Florescano y, al poco tiempo, por Aguilar Camín. En una reseña famosa, Enrique Krauze criticó la perspectiva de quienes fundían la historia con la política (la mitad de los participantes), a la que llamó "interpretación whig de la historia". No obstante, rescató "el equilibrio…del andamiaje de Pereyra: [que] es también su propuesta intelectual".[4]

Pereyra preguntó "Historia, ¿para qué?" (la historiografía posmoderna habría interrogado: "¿desde dónde?"). El núcleo de su intervención consistió en distinguir los planos en que opera el discurso histórico: el uso o el conocimiento. El primero se inscribe en la ideología, y corresponde a las apropiaciones que los distintos actores sociales y políticos, estatales o privados, hacen de los contenidos históricos (la reciente conmemoración de los centenarios de la Independencia y la Revolución ofrecen un buen ejemplo de esta instrumentación); el otro, concierne al campo científico y a la legitimidad de la historia como conocimiento. Aunque ligados, y muchas veces deliberadamente confundidos, son perfectamente discernibles y su eficacia se valida en ámbitos distintos. No es extraño entonces que discursos altamente convincentes como ideologías adolezcan de una mínima capacidad heurística.[5]

A pregunta idéntica, Adolfo Gilly ofreció dos respuestas posibles y excluyentes: historia crítica o discurso del poder. Su comunicación revuelve lo que con tanto esmero Pereyra había deslindado, esto es, la apropiación social (ideológica) de la función cognoscitiva del saber histórico. Partiendo de una proposición correcta, la toma de postura hacia el objeto de conocimiento, aquél extrae una conclusión errónea:

El grupo o clase social cuyo interés coincida con la crítica radical de los poderes establecidos podrá aproximarse más, en su interpretación de la historia, a los criterios del conocimiento científico. Aquel cuyo interés sea la conservación de estos poderes y del orden que de ellos se desprende se orientará en cambio a hacer de la historia una ideología justificadora del estado de cosas presente y a convertirla, en consecuencia, en un discurso del poder.[6]

Afirmar que los subalternos por el solo hecho de serlo estén más cerca de la verdad es insostenible, pero reconstruir su historia fue y sigue siendo indispensable, como la propia obra de Gilly acredita. Con razón, Enrique Krauze calificó su planteamiento de "reduccionista" e incluso le recomendó la lectura de La formación de la clase obrera en Inglaterra de E.P. Thompson, cuyos textos conoció el historiador argentino-mexicano recién en los noventa.[7]

Si Historia y Sociedad aplicó las herramientas marxistas para el estudio de la historia nacional, Pereyra tomó el hilo desde la otra punta, tejiendo el marco conceptual para una formulación rigurosa. Ya a principios de los sesenta, Althusser había localizado en la historia el aporte fundamental de Marx a la ciencia moderna, aunque éste dejara pendiente su construcción teórica.[8] Por el cedazo de la práctica teórica habría de pasar el conocimiento empírico de los historiadores para devolverse al terreno fáctico como conceptos con un potencial explicativo. Pereyra compartía esta perspectiva; dedicó una porción apreciable de sus escritos y cátedra universitaria a tratar de construir un nuevo andamiaje a una práctica historiográfica que le parecía, para decir lo menos, endeble:

El esfuerzo de apropiación de la teoría marxista, sin la cual no hay ciencia de la historia, con frecuencia se ha reducido a un juego de invocaciones y de citas rituales, poco o nada eficaz para avanzar en la construcción de los esquemas conceptuales necesarios para la explicación del proceso social. En cualquier caso, cada vez es más abundante la cantidad de obras y ensayos dedicados a problematizar y fortalecer el único aparato teórico a partir del cual es posible pensar en serio la marcha de la historia.[9]

Su tentativa no era meramente teorética; obedecía a la motivación consciente de alejar la acción política de la izquierda del voluntarismo vanguardista, del economicismo -que concebía aquélla como un simple vector de las determinaciones estructurales provenientes de la base-, o de la esperanza providencialista en el desenlace feliz de la historia. Una confrontación reflexiva y crítica también contra la ilusión revolucionaria del joven Pereyra y, al final de su vida, proyectada hacia su propia tradición intelectual.[10]

Configuraciones: teoría e historia (1979), su primera incursión sistemática en la filosofía de la historia, desarrolló de manera más amplia la legalidad científica de la disciplina. En esto también había cargas conceptuales importantes y diferenciadas, ocultas en palabras intercambiables dentro del lenguaje común: comprender, interpretar, explicar.[11] Aquéllas dos, vinculadas con las filosofías idealistas, correspondían a la perspectiva según la cual la naturaleza es el objeto de la ciencia, pudiendo establecer leyes universales, mientras las "ciencias del espíritu" únicamente podían aspirar a situar al hombre en el mundo. En este sentido, la historia tenía la función esencial de articular su comprensión. La explicación, en cambio, colocaba a la disciplina en el campo científico, traducía su pretensión de verdad. Dicha consideración no soslayaba el carácter único e irrepetible de los hechos históricos, antes bien, establecía un orden de prelación que corría de los enunciados generales a los más específicos y puntuales. Esto diferencia la explicación histórica de la explicación nomológica (donde el trayecto es el contrario), empleada por las ciencias duras. Aquélla carece de capacidad predictiva y no postula tampoco leyes universales, únicamente tendencias o probabilidades; a lo más, precisa las causas indispensables para explicar acontecimientos y procesos.[12]

Repetidamente trató Pereyra la causalidad histórica, concluyendo que la validez científica del conocimiento histórico reside en su necesidad o, matizando un poco, en su probabilidad: "la necesidad-enlas-circunstancias".[13] Por tanto, la explicación histórica consiste en la articulación de las causas indispensables, nunca suficientes, que producen los hechos y los hacen legibles discursivamente. Quienes intervienen en ellos -"los hombres", "las masas"- no lo hacen en calidad de sujetos -como asumen el individualismo metodológico, en el terreno teórico, y los populismos, en el político-, participan como agentes compelidos por la necesidad: "…la actividad de los agentes históricos no es nunca una actividad libre e indeterminada". Pero, como necesidad y fatalidad no son sinónimas, el curso histórico ni es unidimensional ni tampoco inevitable, dado que está permanentemente intervenido por "múltiples contratendencias" y variadas

sobredeterminaciones.[14] Insistió en el tema cuando lo entrevistó Nexos con motivo de la publicación de El sujeto de la historia (1984), su tercer libro:

La explicación lo es en la medida en que muestra el carácter necesario de lo que ocurrió, aun cuando esto pueda ser, como decía Kant, una tarea infinita. No creo que tengamos la explicación acabada, definitiva, de ningún acontecimiento histórico específico, pero sí un conocimiento que progresivamente delinea de manera más perfilada, que los hechos ocurrieron de manera necesaria, como resultado de elementos que no se invocan de manera indiscriminada sino ponderando y ubicando las conexiones, las relaciones, los componentes.[15]

El lugar de enunciación es siempre la teoría, por precaria que sea, y esto sucede independientemente de que el historiador lo sepa (la corriente historicista, aunque consciente del problema, lo sitúa en el plano de la subjetividad del observador, no en el campo problemático definido por un aparato conceptual. Desde la ingenuidad epistemológica del empirismo, que atribuye a los documentos la facultad de hablar por sí mismos, aquél ni siquiera existe):

Los enunciados generales (hipótesis o leyes) que refieren a las conexiones entre variables no son simples generalizaciones extraídas de la información acumulada por la experiencia. Aunque nada exime, por supuesto, a tales hipótesis del requisito de la verificación empírica, ello no quiere decir que su formulación se produce a partir de la observación de los hechos incluidos en esas generalizaciones, ni que su fundamentación debe ser localizada en ese nivel fáctico.[16]

La "causalidad dialéctica" daría cuenta del curso histórico entendido como un "sistema en proceso". En la lógica impuesta por éste, individuos, grupos, clases o "los hombres" de ninguna manera podrían ser los sujetos que "hacen" la historia: únicamente desempeñaban la función de "agentes" que cumplían una función dentro del conjunto, vectores involuntarios, cuando más conscientes, de la estructura.[17] Bajo esta premisa, resultaba ocioso preguntarse por las intenciones de aquéllos: a quien había de interrogarse era a ésta, descifrar sus claves, precisar la relación de las partes entre sí y de cada una con el todo:

El tipo de alternativas presentes en cada situación concreta, en cada coyuntura histórica es algo que no deciden los hombres, sino el conjunto de relaciones sociales, es decir, el sistema mismo. De ahí que el problema fundamental de la historiografía no sea precisar los móviles que impulsan la acción humana o los

fines que persiguen los hombres, sino que el primer problema de una historiografía científica es determinar la articulación del conjunto complejo de relaciones sociales.[18]

Con tal losa encima, parece difícil concebir actores políticos con expectativas orientadoras de su acción (a lo mucho, las únicas aceptables son las realistas), y más aún, imaginar cómo Pereyra habría armonizado su teoría de la historia con una filosofía política que fue acercando al liberalismo (¿en la urna reaparece la libertad ausente en todas las demás esferas? ¿Vota el sujeto o un agente?). Volveremos sobre esto más adelante. Lo que interesa destacar de momento es por qué consideraba insuficientes tanto las explicaciones históricas basadas en intenciones como el individualismo metodológico, su matriz filosófica, ambos de procedencia anglosajona.

Para Pereyra la explicación intencionalista parte del supuesto equivocado de que el objeto teórico de la historia son las "acciones humanas", y no el movimiento de las estructuras en el tiempo -el aludido "sistema en proceso"-, por tanto, es poco fructífero indagar en las motivaciones particulares de los individuos para actuar en alguna dirección, con la consecuente implicación teleológica de que el acto está orientado a un fin ulterior y entonces cualquier explicación de éste habría de derivarse, o por lo menos considerar, esta directriz previa emanada de la voluntad del actor. Además, si éste tiene voluntad propia sería entonces un sujeto, posibilidad descartada por Pereyra, porque la noción de sujeto supone la existencia de éste antes de que las relaciones sociales lo configuren como tal, esto es, aceptar como punto de partida lo que en todo caso sería un resultado:

El trabajo del historiador no tiene que ver tanto con el comportamiento intencional de los individuos como con el funcionamiento de las instituciones sociales. De hecho, ese comportamiento jamás obedece a los deseos de una imaginaria voluntad libre, sino a las numerosas determinaciones provenientes de la compleja estructura social.[19]

Advierte también una propensión psicologicista, la cual, además de débil en términos científicos, concentra las motivaciones de los actores en reductos difícilmente accesibles al historiador.[20] Esta indagación acerca de los individuos, cuyo "libre albedrío" se conforma al margen de los sistemas sociales, pudiendo sólo así guarecerse de cualquier determinación, nos lleva de forma casi natural a la discusión de los supuestos del individualismo metodológico, una "contrarrevolución teórica" de acuerdo con Pereyra, el envés popperiano de "la

revolución teórica de Marx", el poderoso haz desplegado por Althusser.

En términos epistemológicos, el individualismo es un empirismo que la única entidad social que da por cierta es justamente el individuo, aventurando que cualquier agregación de éstos es una mera abstracción de la realidad, por no decir una invención.[21] Ante la virtual negación de la materialidad de las instituciones y de los sistemas sociales, resulta obvio de suyo que éstas no pueden influir en el comportamiento individual y, menos todavía, predisponerlo en algún sentido. Al final del día, el individualismo metodológico nos retrotrae al psicologicismo o al humanismo, opciones estériles para explicar los procesos históricos.

No obstante las falencias detectadas por Pereyra en la obra de Popper -y aquí podríamos recordar la distinción hecha antes entre la utilidad y la legalidad científica de la historia, deriva de la oposición entre ciencia e ideología del joven Marx-, la "elección racional", sustentada en estos presupuestos epistemológicos, opera con extraordinaria eficacia como explicación de las decisiones económicas, políticas, etcétera, de los actores sociales de acuerdo con las corrientes teóricas ahora dominantes. Incluso, el "marxismo analítico", por el que Pereyra no mostraba particular entusiasmo, ha sacado provecho de aquélla, ofreciendo también una opción ante la crisis del marxismo latino, preferido por el filósofo mexicano. El sociólogo español Ludolfo Paramio se pregunta todavía si éste habría aceptado algunos de los desarrollos del noruego Jon Elster y de otros más. Sin embargo, el contundente rechazo a la explicación funcional dentro del materialismo histórico propuesta por Cohen, no da mucho lugar a imaginar que esto pudiera haber ocurrido.[22]

Pero ¿cómo se movía lo que E.P. Thompson llamó "un planetario"? En la historiografía contemporánea fue Braudel quien introdujo nuevas categorías temporales intentando captar los distintos ritmos del devenir histórico. Es así que la larga duración daba razón de los procesos de la vida material, y el tiempo corto, de la coyuntura, de los acontecimientos situados en la superficie. Pereyra ofreció también una perspectiva acerca de la temporalidad, no la de Braudel sino la de Althusser (en su crítica del tiempo homogéneo de Hegel), que indicaba distintos niveles de la estructura provistos de una historicidad singular. Cada historia transcurría a un ritmo específico, requería su propia reconstrucción factual y estaba determinada de manera particular, aunque los únicos elementos que atravesaban el todo con un potencial disruptivo eran la economía y la política.[23] Las rupturas -incluso en los demás órdenes de la totalidad social-

tenían que ver con ellos. No obstante estas temporalidades diferenciadas, la historia mantenía un carácter unitario, pues toda segmentación diluiría la relación primordial entre la parte y el conjunto, presupuesto capital del planteamiento de Pereyra:

La posibilidad de múltiples periodizaciones particulares relativamente independientes no cancela la necesidad de fijar periodizaciones de la totalidad del proceso histórico, pues no se trata de simples historias paralelas cuya multiplicidad fuera irreductible. Las historias diferenciales forman una totalidad estructurada y jerarquizada donde la categoría de "formación social" indica mejor que ningún otro criterio de periodización la manera cómo se suceden las etapas en la totalidad.[24]

Y ¿qué la hacía desplazarse? Una vez más Pereyra recurre al bagaje althusseriano para extraer la tesis de que la historia se hace a sí misma, es un "proceso sin sujeto" el cual no responde a ninguna finalidad, ley, voluntad, trascendencia, acción intencional o clase revolucionaria. Sin embargo…está determinada. Esto quiere decir que la dinámica histórica la produce la colisión de las distintas fuerzas (contradicciones), las relaciones sociales que en fricción constante provocan el movimiento de la estructura. Como el universo, ella misma posee el atributo de constituirse, autopropulsase y reconfigurarse en el tiempo. Los agregados colectivos, dijimos, intervienen en calidad de actores que norman sus decisiones en función del espectro de posibilidades que las circunstancias ofrecen; optan, pero su elección está acotada por "la situación objetiva", misma que no pueden trascender. Incluso los efectos del accidente, el error y la contingencia son explicables dentro de ese marco de determinaciones.[25]

El último aspecto de la teoría de la historia de Pereyra al que quisiera referirme es la objetividad del conocimiento histórico, terreno sobre el cual pesan las mayores sospechas -desde el historicismo clásico y el irracionalismo nietzscheano, hasta la filosofía de la ciencia de Popper y las corrientes narrativistas- aduciendo, cada cual con sus propias razones, que cualquier discurso historiográfico no es más que el punto de vista de quien la escribe o, lo que es lo mismo, una proyección retrospectiva del presente, pudiendo haber tantas narraciones posibles como autores dispuestos a escribirlas:

El argumento relativista parte de un hecho cierto: respecto de cualquier acontecimiento o periodo histórico es posible elaborar narraciones diversas,

donde los sucesos se presentan encadenados de distinta manera y con una significación también disímil. Un mismo segmento del proceso social da lugar a versiones historiográficas discrepantes e inclusive contradictorias…[26]

Aunque pudieran ser en principio correctas, no todas presentan una explicación igualmente convincente de acuerdo con las categorías construidas a partir de un dispositivo teórico. Que enfaticen aspectos distintos puede dar razón de la complejidad social más que de versiones irreconciliables. Pereyra reconocía que la narración es intrínseca al discurso histórico, pero sin derivar de ésta su capacidad explicativa. Aquélla equivalía a la descripción, y solamente tendría un contenido científico si incorporaba enunciados generales. A diferencia de Arthur C. Danto y Hayden White, para quienes la narración podría ser por sí misma una explicación (verdad por coherencia o por correspondencia), Pereyra, en una línea positivista, entendía por ésta la articulación causal. Otra forma narrativa, diría White, en su reducción de la operación histórica a la formulación discursiva, de los hechos al lenguaje, y de los procesos a simples metarrelatos:

el efecto de este entramado [narrativo] puede considerarse una explicación, pero debería recomendarse que las generalizaciones que desempeñan la función de universales en cualquier versión de un argumento nomológico-deductivo son los topoi de tramas literarias, más que las leyes causales de la ciencia.[27]

Obviamente esta afirmación habría provocado urticaria a Pereyra. Sin embargo, al colocar todo el peso de la explicación en la teoría, su defensa de la objetividad del conocimiento histórico comparte con la historiografía narrativista el presupuesto según el cual su validez está en la enunciación, es decir, fuera de la operación histórica propiamente dicha. Ésta, podríamos entenderla con Thompson, como el diálogo entre el concepto y los hechos, lo que llamó lógica histórica, o de los métodos con las fuentes, de acuerdo con Braudel.[28]

Aparte de que no quedó bien aclarado en la obra de Pereyra el papel de los controles empíricos de la disciplina, otra debilidad de su planeamiento fue que nunca realizó el recorrido inverso e ineludible desde la historiografía hacia la teoría, obliterando la contribución de aquélla, en particular la de inspiración marxista, a la construcción de ésta. Cuando menos, habría encontrado varias respuestas provisionales a sus preguntas, la superación de algunas de sus antinomias y no pocos elementos útiles para remontar la crisis conceptual detectada hacia finales de los setenta:

La prolongada y apasionada polémica de Edward Thompson con Louis Althusser, Miseria de la teoría, cerró un capítulo intelectual de forma irreversible…Ahora con una seriedad y una severidad inusitadas la teoría es historia; e, igualmente, de una forma tradicionalmente eludida con anterioridad, la historia es teoría, con todas sus exigencias.[29]

La teoría de la historia de los últimos lustros puso en entredicho el estatuto científico y la pretensión de verdad que lo acompaña, e incluso la existencia de la historia como disciplina autónoma. Las nuevas corrientes del pensamiento social destacan el carácter contingente de los procesos, restándole peso a las posturas deterministas. Asimismo, las preguntas giraron del terreno historiográfico hacia el filosófico, colocando la indagación sobre el “sentido” en el foco del análisis. También, el deslinde entre historia y literatura, que parecía consumado en el siglo XIX, se fue difuminando, pasando a un plano secundario la verificación empírica que se dio la disciplina desde su nacimiento. La disolución de la frontera que las separaba conllevó la pulverización de la historia en múltiples relatos. Los fantasmas de la comprensión y la interpretación, combatidos por Pereyra, acechan hoy cada vez más al saber histórico:

en nuestra época la traba fundamental para el desarrollo de la ciencia de la historia…[son] las numerosas variantes del subjetivismo observables en el llamado “individualismo metodológico”, entre los defensores de la teoría de la “comprensión”, en la elaboración filosófica de Sartre e, inclusive, en buena parte de las formulaciones hechas en la perspectiva del materialismo histórico.[30]

La crítica de la economía política

De acuerdo con Bolívar Echeverría no era en la positividad sino en la negación radical del capitalismo donde residía la capacidad discursiva del marxismo. Su mayor potencial estaba en configurar críticamente una alternativa a la dominación. Sin confrontarlo, el planteamiento de Echeverría era el reverso del de Pereyra, si bien ambos se movían en los márgenes de aquella corriente intelectual. No hablaremos por lo pronto de las diferencias políticas, aunque la disyuntiva reforma o revolución bien podría sintetizarlas; procuraremos concentrarnos en las de carácter teórico, comenzando con la disciplina historiográfica. Mientras éste denunciaba el obstáculo representado por el humanismo sartreano para una elaboración científica de la historia, el otro veía en el francés al "filósofo de la libertad" que, sin embargo, no negaba la necesidad histórica; de un lado la tentativa de construir el basamento científico de la historia a partir de las categorías del materialismo histórico; enfrente, el reconocimiento explícito del carácter parasitario del marxismo con respecto del discurso histórico positivo, así como las grandes dificultades para la elaboración satisfactoria de este último.[31] "El ángel de la historia", de Benjamin, era para Echeverría la puerta de entrada al tema que ahora nos ocupa:

Su cara está vuelta hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas impidiéndole desplegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso.[32]

Las Tesis de Benjamin encerraban entre corchetes tanto el curso progresivo de la historia de acuerdo con el pensamiento de las Luces, como la pretensión de captarlo por la ciencia (la expectativa positivista). Una y otra impregnaron el materialismo histórico, conduciéndolo a la burda formulación estalinista de las leyes de la historia y a la reificación tecnocrática que compartía éste con el nacionalsocialismo, responsables ambas de ese presente trágico que ceba el

pesimismo de Benjamin. En rigor, la libertad consistía en romper con las determinaciones,[33] trascender la fatalidad histórica que edulcoraba en nombre del progreso la barbarie de su depredadora racionalidad instrumental. Ni en la necesidad dictada por aquélla, ni en el minimalismo socialdemócrata podrían fraguarse la libertad, antes bien, ésta era tarea de la revolución:

La transformación teórica que él quisiera alcanzar con su crítica a la idea de progreso no es una transformación dentro de la teoría como un campo de teoremas indefinido e indiferente sino la transformación de una configuración o un episodio histórico concreto de ese campo teórico, constituido precisamente por la presencia de ese proyecto socialista revolucionario dentro de la teoría.[34]

Echeverría vio en las Tesis la crítica del marxismo de la Segunda Internacional -si es que se puede hablar de una tradición única en medio de tantas disonancias y anatagonismos- en por lo menos dos sentidos claramente interrelacionados: 1) el conformismo implícito en una estrategia política gradualista que no ofrecía a los subalternos la salida de la civilización del capital; 2) el cientificismo que recorre la historia del marxismo, desde Kautsky hasta Althusser,[35] de la socialdemocracia al estalinismo. La apuesta para remontar la crisis, entonces y hoy, estaría en la opción revolucionaria -despojada de la ilusión romántica del año cero y del mito politicista de la soberanía, haciéndose cargo de los escombros del pasado que dejan atónito al ángel de la historia- y la recuperación del materialismo histórico no oficial o informal, el “humanismo teórico” abominado por Pereyra.[36]

Hijo de un administrador de fincas con simpatías socialistas y de madre católica recalcitrante, Bolívar Echeverría recibió la educación básica en el Colegio La Salle y la media superior en el Colegio Nacional Mejía, ambos quiteños, aunque uno privado de clase alta y el otro público y laico. A los escasos quince años, se adhiere a las Juventudes Socialistas y comienza a interesarse en la literatura y la filosofía, las cuales estudia metódicamente al lado de varios amigos, quienes con el tiempo figurarán en el panorama cultural ecuatoriano: leen a Sartre, después los deslumbra Heidegger; admiran al Che y a Fidel; desconocen a Marx. Tras acreditar Echeverría el primer año de las carreras de filosofía y psicología en la Universidad Central del Ecuador, parte en 1961 hacia Friburgo acompañado por Luis Corral, miembro también del círculo de Quito, con la ilusión de asistir a la cátedra de Heidegger, inaccesible para dos legos latinoamericanos ignorantes del alemán. No obstante el revés, marchan para Berlín Oeste donde Echeverría estudiará diaria e intensivamente la lengua y, como requisito de su beca, asistirá

a algunos seminarios en la Universidad Libre de Berlín y, más adelante, a cursar la maestría en filosofía.[37] Dice un compañero de estudios:

Recuerdo a Bolívar Echeverría, mi compañero ecuatoriano, discutir apasionadamente sobre Martin Heidegger y el destino fatal de la filosofía alemana en el seminario de filosofía de la Universidad Libre de Berlín con nuestro profesor Hans-Joachim Lieber…Me admiraba siempre el dominio de la lengua alemana, el alemán de Bolívar era perfecto…[38]

Fuera del aula, el filósofo ecuatoriano-mexicano interviene en el grupo de discusión formado en torno a la publicación Der Anschlag y, poco después, participa con otros estudiantes en la edición de Latinoamérica, donde publicara por primera vez en alemán una breve biografía del Che Guevara.[39] Para entonces, se acercó ya a la obra de Marx y a Rudi Dutschke, a quien conoció en el seminario de filosofía e incluso visitaría en varias ocasiones en Aarhus, Dinamarca, lugar de refugio del líder estudiantil después del atentado de 1968.

A partir de 1966, Echeverría viaja constantemente a América Latina, incluido México, para poner en contacto a los “camaradas berlineses” con los revolucionarios latinoamericanos. No le renuevan la beca en 1968 y a finales de julio de ese año se instala en nuestro país -que para entonces ofrecía mejores condiciones para una perspectiva política continental que su natal Ecuador-[40] donde había hecho algunos contactos en su visita anterior auxiliado por sus compañeros latinoamericanos residentes en Berlín, dedicándose a la traducción y a la docencia como profesor adjunto en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a invitación de Adolfo Sánchez Vázquez, autor de uno de los textos publicados por Echeverría en Latinoamérica. Entra también en contacto con Carlos Pereyra, Roberto Escudero y Adolfo Sánchez Rebolledo. Todavía perplejo ante el radicalismo del recién llegado, apunta el último:

Bolívar Echeverría nos trajo de viva voz a Rudi Dutschke…En el 68, junto con Carlos Pereyra, escuchamos asombrados la propuesta de convocar al diálogo público en el Zócalo. Bolívar sabía que había llegado la hora de las grandes definiciones y ya no habría marcha atrás. Para nuestra fortuna, Bolívar Echeverría se quedó entre nosotros, en la UNAM, en el país, vinculado a sus problemas y a la esperanza del cambio.[41]

Por su parte, el filósofo ecuatoriano-mexicano recuerda

el desconcierto que nos reunió a Carlos Pereyra y a mí en 1968, en los pasillos de la Facultad de Filosofía, en varios cafés de la ciudad y en las calles de las grandes manifestaciones estudiantiles. Desconcierto en él ante una realidad mexicana que, según me decía, se comportaba de manera totalmente atípica, anómala, irreconciliable desconcierto en mí ante una realidad que yo percibía como completamente desconocida y sin embargo, a la vez, como muy cercana.[42]

Dos meses después de la masacre de Tlatelolco, Echeverría regresó a Berlín para informar acerca de los sucesos mexicanos y organizar un movimiento de solidaridad con los presos políticos. La intensa actividad política no le permite matricularse en Alemania, así es que fue en México donde se graduó con una disertación acerca de las Tesis sobre Feuerbach defendida en la Facultad de Filosofía y Letras en 1974, editada en varias ocasiones, una de ellas, en Historia y Sociedad.[43] Desde la ciudad de México plantea a Dutschke el 25 de agosto de 1969:

“la posibilidad de dedicarme nuevamente a los problemas teóricos” y que, por cambios organizativos, le toca dedicarse a partir de ese momento a “la tarea de creación de conciencia” (sobre las relaciones sociales existentes y sus contradicciones) -el gran tema de su actividad intelectual de allí en adelante, al más alto nivel reflexivo, especulativo y científico.[44]

El horizonte de Echeverría fue siempre el que se abrió con la revuelta juvenil de 1968. Dentro de la versión radical de ésta, la acontecida en Berlín, considero, hay que mirar el conjunto de sus escritos y su acción política. No fue un autor precoz si tomamos en cuenta que el primero de sus libros -una reunión de ensayos en torno al pensamiento de Marx escritos entre 1974 y 1980- lo publicó a los cuarenta y cinco años de edad. Tal vez sin demasiada violencia, podríamos distinguir dos etapas en su producción intelectual: la primera, centrada en la exploración teórica de la crítica de la economía política, una suerte de momento en que construye y afina su aparato hermenéutico; y, la segunda, cuando con estas nociones -a las que agrega préstamos conceptuales de la semiótica y la antropología estructural- desmonta la modernidad y localiza su forma específicamente Latinoamericana, esto es, barroca. La última concentró una producción más amplia y de mayor impacto, que trascendió incluso el campo marxista. Sin decir que la primera constituye su prehistoria reflexiva, dado tanto la coherencia de la línea argumental de su obra escrita como que siempre se reconoció dentro de una misma tradición intelectual, considero que podemos separarlas, quedando la etapa inicial inscrita en los años de Cuadernos Políticos,

donde participó en su consejo editorial de principio a fin, se hizo cargo de los contactos editoriales con Europa, publicó cuatro artículos y -según Neus Espresate- era “la cabeza teórica de la redacción, con una muy buena visión general de las discusiones teóricas actuales en México, Latinoamérica y Europa”.[45]

El proyecto intelectual de Echeverría presenta cierta afinidad con el de Marini, por lo menos en cuanto a construir sus objetos teóricos a partir de El Capital: en un caso, la teoría de la dependencia; en el otro, la caracterización más acabada de la modernidad desde la filosofía periférica, despojada de provincianismos o del eurocentrismo subyacente en, por ejemplo, la filosofía de lo mexicano (ya sometida al poderoso escalpelo de La jaula de la melancolía), distante también de la obsesión identitaria de muchos de quienes se ocuparon del tema. Con razón Roger Bartra considera al filósofo ecuatoriano-mexicano “uno de los más creativos e imaginativos filósofos latinoamericanos…su obra es amplia y admirable…fue uno de los pensadores que con mayor agudeza practicó la disección de la modernidad”. Michael Löwy destaca “el aporte decisivo de Echeverría a la superación del eurocentrismo y a la reformulación de una teoría materialista de la cultura”, además de ser “uno de los grandes renovadores del marxismo en el siglo XX”. Y Julio Boltvinik afirma que éste “formuló la teoría del valor de uso que complementaría la teoría del valor de Marx”.[46] Siendo así, estamos en verdad ante una figura mayor del pensamiento latinoamericano contemporáneo, quien comentó acerca de éste:

planteado como se plantea tradicionalmente en esto que conocemos como “filosofía latinoamericana” o todo esto que se planteó en torno a [Leopoldo] Zea y a todo este tipo de discursos, yo creo que es un pseudoproblema. Porque yo creo que sin duda hay una peculiaridad del uso reflexivo del lenguaje en América Latina, pero esa peculiaridad es la que, en realidad, corresponde más bien a las sociedades de identidad católica…Es decir, que su discurso reflexivo incluye todavía la noción de Dios.[47]

Decíamos que para el filósofo ecuatoriano-mexicano el marxismo ofrece la alternativa a la modernidad capitalista, y es así, porque la piensa desde la perspectiva de la revolución. Por esta razón, considera que el discurso crítico despega con la crítica de la economía política, disintiendo de Foucault, para quien Marx no trasciende el horizonte moderno.[48]

La postulación de este discurso comunista está en las Tesis sobre Feuerbach que,

dijimos, formaban parte también del decálogo de intenciones de Cuadernos Políticos. La lectura propuesta por Echeverría las vincula con la producción marxiana del momento (los "Manuscritos de París" y La ideología alemana) y las reordena en cuanto a su problemática, colocando el concepto de praxis social como elemento central del materialismo marxista el cual permite intervenir en el mundo, transformarlo, no simplemente contemplarlo de acuerdo con el idealismo alemán. Contra su costumbre, utiliza la terminología althusseriana, tan de moda por aquellos años que parecía difícil sustraerse a su empleo ("sobredeterminación", "intervención filosófica", "campo problemático", "revolución teórica", etcétera), si bien sus conclusiones son diametralmente distintas. Donde el filósofo francés encuentra el "corte epistemológico" que permite a Marx romper con la problemática antropológica de Feuerbach -incapaz de distanciarse de los presupuestos filosóficos hegelianos- y abrir paso a la formulación del campo epistémico de la historia,[49] el pensador ecuatoriano-mexicano encuentra la postulación de la revolución teórica comunista, esto es, el momento de la crítica radical del orden burgués -cuya autocomprensión descansa en la petición de principio de aceptarlo como natural y no como una concreción histórica específica-, únicamente posible en el espacio conceptual abierto por su negación revolucionaria, por la irrupción del discurso comunista acerca de la reproducción social, una formulación teórica que supera las aporías del primer socialismo así como el voluntarismo blanquista:

lo que busca centralmente el pasaje inicial de las Tesis es el carácter que conviene al discurso teórico comunista como discurso revolucionario: revolucionario por tratar adecuadamente de la revolución y por ser, él mismo, momento constitutivo (teórico) de la revolución. Es esta búsqueda la que se abre paso mediante el juicio crítico sobre el "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" en tanto que caracteres contrapuestos pero complementarios del discurso teórico que es necesario revolucionar.[50]

A partir de la afirmación del carácter crítico del discurso comunista, superación dialéctica tanto del materialismo empirista o tradicional y del materialismo humanista feuerbacheano así como del idealismo racionalista, modalidades o formas de ser del discurso moderno o burgués, Echeverría emprende el análisis de las distintas manifestaciones de la reproducción social: la generación de significados o esfera comunicativa, la cuestión nacional y el espacio político, campos problemáticos previamente abonados por la crítica de la economía política aunque escasamente tratados en El Capital, en un intento bastante creativo de iluminar estas ausencias.

Como el filósofo ecuatoriano-mexicano desechó la metáfora marxiana base-superestructura, motivo de enorme confusión y debate dentro de la tradición marxista, y de la cual el materialismo cultural de Reymond Williams y E.P. Thompson dio pasos consistentes para salir de ella,[51] sino el concepto de reproducción social, inscribiendo en él la totalidad histórico-concreta, nunca tuvo que hacer malabares teóricos para explicar cómo desde la superestructura emanaban determinaciones hacia la base ("la determinación en última instancia" según Althusser), ni caer en el economicismo que no consideraba esto siquiera aceptable (el marxismo soviético). Sin embargo, la elección tuvo también sus costos, pues los problemas de la ideología, la democracia y la conformación de sujetos políticos están insuficientemente elucidados en su obra, temas sobre los cuales el marxismo occidental, al considerarlos el punto débil del materialismo histórico, realizó aportes notables con Antonio Gramsci, a los que se agregaron durante los sesenta y setenta las contribuciones teóricas de Nicos Poulantzas, Lucio Colletti y Perry Anderson. Esta omisión, por lo menos en parte, se debe también al rechazo de Echeverría a lo que llamó el "marxismo oficial", al que contrapuso con los "marxismos marginales" que, "al acompañar, en calidad de estorbos y desviaciones, la historia del marxismo predominante, fueron la causa de la persistencia en él de un cierto grado de radicalidad y por tanto de efectividad revolucionaria". Únicamente a éstos concedía actualidad después de colapsarse el "socialismo realmente existente":[52]

Mucho de lo mejor del "marxismo occidental" de los años veinte -piénsese en Karl Korsch o en Gyorgy Lukács- insistía en que el discurso teórico de Marx se juega total y plenamente con el proyecto revolucionario del comunismo. Afirmaba que el carácter propio del aparato conceptual construido por Marx… descansa en su inspiración revolucionaria…[53]

"Discurso de la revolución, discurso crítico" fue la primera entrega de Echeverría en Cuadernos Políticos. Escrito al año siguiente que el dedicado a las Tesis sobre Feuerbach, complementó su definición incorporando la dimensión semiótica de la reproducción social, la cual, como señalará después, es consustancial al proceso de producción de los objetos: una y otro se implican.[54] La disidencia discursiva, es decir, la apuesta por una ruta distinta al modo burgués, ocupa un lugar residual dentro de la producción y consumo de significados. No obstante, posee un potencial desestabilizador en tanto que cuestiona el arsenal de verdades del saber dominante al corroer sus fundamentos epistemológicos. Echeverría no reproduce en su argumento la oposición entre ideología y ciencia, planteada en La ideología alemana y asumida por el

marxismo dominante, antes bien insiste en que la radicalidad del marxismo no estriba en oponer un conocimiento positivo (proletario) a otro (burgués), sino en la postulación de una alternativa diferente, revolucionaria, dado que, siguiendo a Marx, cada época histórica plantea únicamente los problemas que está en condición de resolver. Es así que el discurso comunista entra en escena cuando es posible su concreción como praxis social, en el instante en que tiene la capacidad de apropiarse

del saber formado a partir de la objetividad capitalista, de someterlo a la acción desestructuradora de las significaciones espontáneas del proletariado y de recomponerlo de manera tal, que los vacíos dejados por el discurso burgués que lo produjo se vuelvan evidentes como sistema y constituyan así el saber necesario para la revolución.[55]

También desde la crítica de la economía política, el filósofo ecuatoriano-mexicano abordó la cuestión nacional en su segunda contribución a Cuadernos Políticos. En una aproximación apenas exploratoria, aunque la empleará en el análisis de otros aspectos de la reproducción social, consideró a la nación, el contenido histórico o sustancia en donde se materializa el capital y el conjunto de relaciones que lo acompañan, una concreción de por sí artificial dado que se apodera de la expectativa comunitaria de afirmarse dentro de un espacio,[56] compelida por la necesidad del capitalismo de territorializarse, hacerse efectivo, explotar a proletarios de carne y hueso, de un género u otro, de tal o cual raza, cultura y religión. Pero como el capital es un sujeto parasitario, que vive a expensas de la “forma natural de la reproducción social” (asunto que tratará ampliamente en otra colaboración), enquistado en ella para extraer y acumular el valor del que vive, porque en su código genético está el valorizarse desbocadamente, se oculta bajo el fetiche estatal para dominar al mudo del trabajo, el de las significaciones y a la sociedad entera:

Las relaciones de producción consumo aparecen aquí como una entidad realmente exterior al sujeto, dotada de capacidad formadora. Enajenándose de la vida en que constituye la “forma natural” de la sociedad, se vuelven sobre ella y la obligan a de-formar su actualización de la estructura del proceso de reproducción social.[57]

En tanto representación mistificada del ente nacional, el Estado moderno replica la imagen de éste, la expropia y sustituye, transformándola del agregado humano arraigado en un espacio territorial que originalmente era “en nación del Estado”.

Bien mirado, esto es idéntico a lo que sucede al valor de uso dentro de la circulación mercantil capitalista, cuando el valor lo subordina y, haciéndolo, cosifica las relaciones humanas al punto de que lo aparente es la versión falsificada de lo real. Esta tensión permanente entre la "forma natural" y la "forma valor" de la reproducción social, es la contradicción fundamental del capitalismo y es quien procrea la enajenación dentro del imaginario social: de allí derivará su teorización de los ethos de la modernidad, como mediación entre lo que entendemos por historia económica e historia cultural. Baste por lo pronto subrayar que el nuevo sujeto del mundo globalizado, "el mercado", es tan autónomo que ya ni siquiera el Estado es capaz de ponerle límites. Como bien dijo Gerald Cohen, "el dominio de las cosas es el precio de la libertad burguesa".[58]

Dentro de esta visión tan sombría de la modernidad efectiva, prácticamente no hay espacio para la libertad o éste será siempre un producto deficiente, permanentemente adulterado por la alienación. Tampoco hay ninguna estrategia política para articular el anticapitalismo de los comportamientos espontáneos a modo de romper con la dominación:[59] lo que en Pereyra es el determinismo estructural que compele la conducta de los actores colectivos, en Echeverría es la opresión de la "forma valor" sobre la totalidad social, el sujeto inserto en una maquinaria depredadora que se ha apropiado incluso de su voluntad; la omnipresencia del poder en Foucault, es la ubicuidad del capital en aquél.[60]

Ya en El discurso crítico de Marx, Echeverría había insistido en la "politicidad inherente al proceso de reproducción social", lo que no es otra cosa más que la dimensión política emanada de la propia vida material. De la misma manera que la nación, "lo político" es suplantado por la política, esto es, por una mistificación -en este caso referida tanto a un entramado institucional como a una actividad práctica- que enajena la capacidad de los hombres de administrar su espacio, de conducir la sociedad.[61] La denuncia de esta confiscación subyace a la crítica del estatismo (capitalista, pero también soviético) que recorre el corpus textual de aquél, nutre su simpatía hacia la democracia directa, el espontaneísmo, la autogestión y la rebeldía cotidiana. Lo hacen también recelar de la democracia representativa pues, a final de cuentas, en la modernidad realmente existente quien verdaderamente gobierna es el capital…lo demás es ilusión:

La soberanía de los Estados democráticos queda planteada como una instancia de toma de decisiones acotada por un límite que no es difícil distinguir, un límite

que le desautoriza para decidir sobre asuntos políticos mayores, como serían por ejemplo el cambio de régimen económico o de modo de producción. La democracia moderna europea occidental oficializa su autolimitación en la segunda posguerra.[62]

En 1984 Cuadernos Políticos conmemoró sus primeros diez años, presentando colaboraciones de tres de sus fundadores (Marini, Pereyra y Echeverría). Dominaba el compromiso, mientras se reiteraba la premisa de la independencia de la revista con respecto del Estado, pero también de los partidos, incluidos los de izquierda, para continuar ofreciendo una reflexión crítica, abierta, libre de dogmas. Para ese momento, sin embargo, había perdido a tres de sus fundadores (Cordera, Córdova y Sánchez Rebolledo) e incorporado a Héctor Manjarrez, Asa Cristina Laurell, Olac Fuentes Molinar y Rubén Jiménez Ricárdez. Sin descartar las preocupaciones que le dieron origen, el consejo editorial de la revista percibía que, a los antiguos, se habían sumado nuevos temas de interés que requerían atención, especialmente, “la cuestión de la democracia, en su sentido más amplio”.[63]

Como nadie en la izquierda mexicana, Carlos Pereyra desentrañó los rasgos esenciales de la democracia y las condiciones de posibilidad de su realización intentando reconciliarla con el socialismo, por lo que para el más destacado de sus discípulos aquél “fue el más importante intelectual que ha tenido la izquierda mexicana”.[64] Con Gramsci, la palabra clave -para utilizar la expresión de Raymond Williams- de su aproximación a la política era hegemonía, forma de dominación irreductible a los intereses de clase o a las presiones emanadas de la esfera económico-social, en tanto que posee una dinámica propia. Al ser en México resultado de proyectos, alianzas y pactos realizados por los revolucionarios con los distintos grupos sociales, que después de la lucha armada tejieron un entramado institucional, dicha hegemonía no podía ser exclusiva de una sola clase. Por eso Pereyra caracterizaba al régimen posrevolucionario de bonapartista; por eso pensaba también que el Estado tuvo la legitimidad suficiente, que no democrática, para encabezar un proyecto nacional constantemente interferido por el capital extranjero que limitaba cualquier intento de desarrollo autónomo de los países dependientes. En última instancia, su cohesión la daba el vínculo corporativo que mantenía con las organizaciones sociales (sindicatos, centrales campesinas, organizaciones patronales), siendo a la vez éste el principal obstáculo para la construcción democrática. Consecuentemente, la democracia política no bastaba para proveer la legitimidad requerida, ya que ambos procesos iban de la mano pues, en rigor, la democracia

expresa a la sociedad civil dentro de la sociedad política, misma que quedaba obturada por la mediación corporativa.[65]

En síntesis, la democracia es para el filósofo mexicano una construcción social que no deriva de ninguna matriz estructural, es una esfera propia inserta en la totalidad social:

es formal en tanto se refiere a formas y mecanismos reguladores del ejercicio del poder político; soberanía popular y sufragio libre y universal son sus componentes fundamentales, además de todo el conjunto de las libertades políticas de opinión, reunión, prensa, expresión, etcétera. Asimismo, la democracia favorece la participación popular en la sociedad política y en la sociedad civil, a través de sus organizaciones y permite el control y vigilancia, por parte de la sociedad, de las decisiones públicas tomadas en los órganos de dirección política, control que debe extenderse hacia otros ámbitos públicos como son las instituciones de la sociedad civil.[66]

Antes bien, carece de sentido tanto distinguir la democracia sustantiva de la democracia formal, porque toda democracia es por principio formal, como contraponer la democracia directa a la democracia representativa, porque ésta es la única que es tal. Tampoco lleva a nada hablar de democracia “burguesa” o “proletaria” dado que la democracia no se identifica con una clase en particular.[67] Aunque para el filósofo mexicano la democracia atañe específicamente a la forma en que los gobernados eligen a sus representantes, resulta indispensable crear las condiciones básicas para establecer un control democrático de la sociedad con respecto del ejercicio del poder estatal que

no puede restringirse a los procedimientos electorales por óptimo que sea su funcionamiento. La formación de un gobierno representativo es más una vía para lograr la delegación de la soberanía popular que para garantizar su realización efectiva. Además, el control del poder por parte de la sociedad no se agota en los órganos de decisión política, pues ha de cubrir también el control de las empresas y de las instituciones de la sociedad civil.[68]

Siguiendo a Bobbio, quien documentó la tensión entre liberalismo y democracia, en la medida en que Estado liberal “históricamente se realiza en sociedades en las cuales la participación en el gobierno está muy restringida, limitada a las clases pudientes”,[69] Pereyra puso en duda la tesis de que capitalismo y democracia fueran asimilables, como todavía piensan algunos politólogos,[70] pues

la lógica de la acumulación capitalista frecuentemente conspira contra la democracia; para muestra están los imperios coloniales, el fascismo europeo, las dictaduras militares latinoamericanas y los jeques árabes. Ni la libertad por sí misma conduce a la democracia, ni la igualdad per se tampoco lleva a ella. Para los subalternos la democracia no reducía sino agrandaba sus posibilidades de emancipación. En razón de ello, le inquietaba

La muy escasa participación de los movimientos, organizaciones y clases populares en los reclamos propiamente democráticos… [mostrando] que las izquierdas eran todavía incapaces de relacionar la lucha por la democracia con la lucha por la justicia social, haciendo posible que buena parte del activismo democratizador, de las luchas por el respeto del voto y contra el fraude fueran protagonizadas, paradójicamente, por sectores medios y empresariales hartos de las arbitrariedades y corruptelas del PRI-gobierno.[71]

A la inconsistencia de un segmento de la izquierda, que exigía la democracia en el país, pero aceptaba las razones del poder para postergarla en los países poscapitalistas (la Unión Soviética, Cuba) ante los imperativos de la justicia social, la igualdad radical o la amenaza imperialista, el filósofo mexicano oponía la democracia como un objetivo en sí mismo, cuya ausencia imposibilitaría realizar los fines del socialismo.[72]

Pereyra murió a los cuarenta y siete años, en plenitud de su producción intelectual. Su pérdida prematura nos privó de su capacidad analítica para tratar de comprender y sacar las consecuencias políticas indispensables de la insurrección cívica de 1988 -un mes después de su fallecimiento- y del colapso socialista de los años siguientes, acontecimientos ambos donde la democracia, tema sustantivo de su obra, ocuparía un lugar fundamental. Hacía poco, en el Congreso Nacional de Filosofía celebrado en Toluca, Pereyra había hecho pública la dificultad que apreciaba en el marxismo contemporáneo para dialogar con otras corrientes de pensamiento y asimilar los desarrollos teóricos de la filosofía política y la ciencia social del momento. Consideraba que, para afinar las respuestas del presente y construir una expectativa viable hacia el futuro, era conveniente enterrar a Marx, y a la vez, recuperarlo como un clásico, de tal manera que sirviera “como punto de partida necesario pero no suficiente para pensar la modernidad capitalista y para impulsar el tránsito a otra forma de modernidad”.[73] Uno de sus compañeros dijo de él:

Puede decirse que su compromiso vital fue con la verdad. De ahí sus actividades

y su repulsión por la demagogia, las improvisaciones, las mentiras. Sabía que aprender era un recorrido sin fin y que todas las etapas eran transitorias, de ahí su consistencia en el trabajo y el rastreo en profundidad de los temas que lo atraían y preocupaban.[74]

"Entre la frivolidad solemne y la violencia muda, eligió siempre la palabra racional", lo definió su amigo José María Pérez Gay, quien lo conoció en 1972, cuando Carlos Monsiváis se hizo cargo de La Cultura en México. En sus textos "puede observarse en acto el marxismo heterodoxo, creativo y estimulante", señaló José Woldenberg. "La claridad en la exposición que no era sino resultado de la precisión en las ideas", le encomió Raúl Trejo Delarbre; y la economía en la adjetivación: "ponga un adjetivo, Carlos, un solo adjetivo de vez en cuando", clamaba su suegro, el poeta Efraín Huerta.[75] Recordaron sus colegas de Cuadernos Políticos:

De la presencia de Pereyra en Cuadernos Políticos hay, por desgracia, una parte irrecuperable, la de su participación en tantas y tan largas discusiones sobre materiales y organización de números, sobre la orientación misma de nuestra publicación. De esas horas, más allá de las anécdotas afectuosas y la nostalgia por el amigo perdido, conservamos la enseñanza de su competencia intelectual, de esa original combinación de rigor y apertura, de intolerancia hacia la superficialidad y la inconsistencia y de aceptación plena de la pluralidad que fueron la marca distintiva de su persona.[76]

Dentro de su radical negación de la política moderna, para Bolívar Echeverría no bastaba la democracia representativa. Como aconteció con el proyecto fallido de convertir el materialismo histórico en una ciencia positiva, en su tentativa de positividad práctica, aquélla, orgánicamente impedida de rebasar los límites de la reproducción social secuestrada por el capitalismo, condenando irremisiblemente a los agregados humanos a construir, replicar y padecer

Estados totalitarios e ineficientes: no hay cómo hacer política porque toda política lleva necesariamente al Estado autoritario e ineficiente…no hay un solo Estado, un solo partido político que se proponga hacer política en serio, en el plano de decidir lo que queremos consumir, lo que queremos producir, de diseñar nuestro sistema de capacidades y necesidades…[77]

El disenso entre Echeverría y Pereyra nunca los condujo a un debate explícito y público aunque por lo menos una parte importante de su obra teórica puede

leerse como un estimulante diálogo entre dos formas de ser marxistas después de 1968. Seguramente, aunque no lo podemos recrear de manera fiel, esto no les impidió tener un intercambio constante e “intenso” (según el testimonio del primero) durante quince años en las reuniones interminables y religiosamente semanales de la redacción de Cuadernos Políticos. Si Pereyra fue para aquél un reformista consecuente que, a tono con la época del desencanto, desplazó el énfasis del concepto fuerte de revolución para trasladarlo al de “modernización”, tal vez Echeverría fue para éste uno de quienes hablando de la democracia sostenían la “dicotomía metafísica entre sustancia y forma, es decir, de realidad oculta y apariencia vacía”.[78] La centralidad que adquirió la democracia en el debate y acción política con las elecciones federales de 1988 y el derrumbe del campo socialista dieron la razón a la intransigencia democrática de Pereyra, pero el desastre a que nos condujo el orden neoliberal y la sangría -más real que metafórica- que está vaciando al país reactualizan la crítica sin concesiones de Echeverría al capitalismo. Reconciliar ambas perspectivas, no como un salomónico empate sino como una necesidad impostergable de un pensamiento socialista reconstruido -del cual el marxismo es fundamental pero también sólo un momento de una poderosa tradición bicentenaria cuyo núcleo problemático es la cuestión social y donde las otras corrientes políticas de la modernidad tienen poco o nada que decir-, que no saque la vuelta tampoco a la trágica historia del corto siglo XX, nos conduzca a construir una alternativa vigente al sinsentido del presente.

De la invención de América a la reinvención de Europa

La última contribución de Bolívar Echeverría en Cuadernos Políticos se publicó hacia finales de 1989 con el título de "Quince tesis sobre modernidad y capitalismo". La versión ampliada la recogió en su segundo libro Las ilusiones de la modernidad (1995), compendio de ensayos redactados entre 1985 y 1993. Evidentemente, le consumió cierto tiempo desplazarse hacia un nuevo campo problemático, si bien conexo, también lo suficientemente complejo como para requerir un periodo amplio de maduración. El único trabajo importante que dio a conocer entre la edición de sus dos primeros libros fue "La forma 'natural' de la reproducción social", publicado con motivo de los diez años de la revista y reelaborado en Valor de uso y utopía (1998).

Además de la crítica de la economía política provisto de una teoría del proceso comunicativo, donde el flujo de la producción/consumo de objetos corre en paralelo a la comunicación/interpretación de significaciones,[79] Echeverría inició la deconstrucción de la modernidad, su propia crítica de ésta. A la pregunta ¿qué es la modernidad?, respondió en 2007:

La modernidad es un esquema civilizatorio que se genera en Occidente y por lo tanto tiene mucho que ver con lo que sería la identidad occidental, que para mí, comienza desde la época de los griegos, ya como un pequeño germen y que se despliega sobre todo a partir de los siglos XVI y XVII, complementándose, llegando a cumplir su esencia…en el siglo XVIII con la revolución industrial y a desplegarse desde entonces en lo que conocemos como el Occidente contemporáneo.[80]

Reorientado el objeto teórico, emprenderá su incisiva disección hasta llegar a la conceptualización de los cuatro ethos (realista, romántico, clásico y barroco) o sea la manera como en los "comportamientos espontáneos" de la cotidianidad se naturaliza el capitalismo y se "vive" la contradicción entre el valor de uso y el valor. Para entonces, también, el concurridísimo seminario sobre El Capital que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, había girado hacia la teoría cultural. Cuando las lecciones adquirieron la forma de libro, Bartra celebró la originalidad de Echeverría, quien había acorazado el marxismo con la

semiótica moderna y “con las afiladas armas del estructuralismo antropológico”: una reflexión acabada de “la cultura socialista que ilustró, pero también obnubiló, a nuestra generación”. Cerca de veinte años después, a solicitud expresa de los estudiantes, lo volvería a dictar: el desencanto posmoderno y la ausencia de una salida a su presente perpetuo, buscaban una explicación. “Éramos de los que se niegan a creer que la sórdida realidad actual fuese aceptada y festejada como el mejor de los mundos posibles”, dijo una de sus alumnas en un homenaje póstumo.[81]

Aparentemente alejados, Edmundo O’Gorman y Bolívar Echeverría tienen cierta afinidad. La mutua admiración por Heidegger, la plena madurez reflexiva pasados los cincuenta, la vocación ensayística, el exiguo aparato crítico que mal disfraza la erudición, un hilo argumental que no deja cabos sueltos, el recelo hacia el lugar común, la arrogancia intelectual, la aversión al positivismo, pero, más que nada, la pasión por los grandes temas, hacen que La invención de América (1958) y La modernidad de lo barroco (1998) puedan dialogar sin dificultad, pese a que aquélla sea el mayor fruto del historicismo nacional y ésta la concreción más acabada de una teoría materialista de la cultura construida desde el marxismo. Aunque ocupen su silla, no siempre los reverentes allegados se convierten en los sucesores intelectuales, lo que afortunadamente permite recuperar para todos una herencia abierta, el patrimonio común del pensamiento crítico o, simplemente, del discurrir con claridad.

Si bien la obra de O’Gorman fue una confrontación explícita con lo que consideraba la historiografía científica, es decir, el mal llamado positivismo de Silvio Zavala (que no era más que un empirismo a secas, de enorme mérito por cierto), y en este sentido significaba una ruptura, forma parte también de la rica tradición del ensayo mexicano, de una larga historia intelectual que alcanza en La invención de América una de sus cúspides (subrayo la forma de ensayo, pues la historiografía a la que se opuso, eligió la monografía como género discursivo). En una perspectiva sincrónica, más allá de la estrechez del campo historiográfico, el ensayo histórico-filosófico de O’Gorman comparte y completa la problemática del El laberinto de la soledad (Octavio Paz) y Los grandes momentos del indigenismo en México (Luis Villoro), ambos de 1950. Los tres se preguntan cómo Occidente incorporó a lo americano dentro de su logos, también quieren responder qué somos y por qué quisiéramos ser otros, o cuando menos mejores. La conciencia de sí es el tema subyacente; exhumar el ser, la esencia o apartar la máscara, el objetivo.

Desde una visión diacrónica, en lo que Richard Rorty llama “reconstrucciones racionales”,[82] el interlocutor de O’Gorman es Echeverría. Y lo es en la medida en que el filósofo ecuatoriano-mexicano prosigue el trayecto iniciado por el historiador filoirlandés: en un extremo, el proceso mediante el cual la conciencia occidental incorporó a un nuevo mundo que no cabía ni en los mapas -un sin lugar como la utopía- ni dentro de su cartografía mental, la invención de un ser que escapaba a lo conocido; en el punto de llegada, la tentativa europea de reinventarse en América durante la primera modernidad, ensayo de un modo de ser distinto:

La tesis que defiendo -dice Echeverría-, retomada en sus rasgos generales de la obra de Edmundo O’Gorman, afirma que…el “proyecto” histórico espontáneo que inspiraba de manera dominante la vida social en la América Latina del siglo XVIII no era la de prolongar (continuar y expandir) la historia europea, sino un proyecto del todo diferente: re-comenzar (cortar y reanudar) la historia de Europa, re-hacer su civilización. El proceso histórico que tenía lugar allí no sería una variación dentro del mismo esquema de vida civilizada, sino una metamorfosis completa, una redefinición de la “elección civilizatoria” occidental…[83]

No es la tesis según la cual América fue “inventada” (una metáfora y no tanto una categoría analítica) por el pensamiento occidental, mas no “descubierta” por Colón, el punto fuerte del libro de O’Gorman, cosa que podría decirse de muchos de los acontecimientos históricos siguiendo a Ortega y Gasset (¿acaso quienes asaltaron La Bastilla sabían que ponían en marcha la Revolución francesa o las multitudes que derribaron el muro de Berlín que clausuraban el régimen moderno de historicidad?), pues la significación de aquéllos difícilmente la ofrecen los contemporáneos y su comprensión suele rebasar a los participantes directos. La relevancia y actualidad de La invención de América reside, sobre todo, en la fascinante reconstrucción de cómo un hecho fortuito desordenó el saber dominante poniendo en jaque el dogma religioso, volvió universal la historia y revolucionó la economía mundial, hasta finalmente aceptarse y asimilarse a pesar de las fuertes objeciones iniciales; es decir, el proceso que condujo a su objetivación científica mediante el reconocimiento compartido por una comunidad de eruditos. Incluso la propia empresa colombina apuntó a fortalecer el dogma en lugar de hacerse cargo de su monumental hallazgo (nada menos que del evento fundador de la primera modernidad), conspiró contra sí en la afirmación de lo conocido, negándose en cada uno de los viajes. En ese sentido, la aventura del genovés fue trágica.

Ni O'Gorman ni Echeverría aceptaban esencialismos, sino en la conformación histórica de lo que abusivamente ahora llamamos "identidades", y ellos denominaban "ser" (O'Gorman) y "ethos" (Echeverría). Aquél intentó fundamentar una ontología histórica, de "conceder" un ser a los acontecimientos y procesos, pero no de modo arbitrario, sino incorporándolos dentro de una concepción del mundo, en una construcción de sentido. Ser y sentido vienen aparejados, prácticamente son idénticos, uno está inscrito dentro del otro siendo a la vez el despliegue de sus potencialidades inmanentes: "Se abre, así, ante nosotros, la posibilidad de una nueva investigación que, tomando como punto de partida los resultados a que hemos llegado nos enseñe en qué cosiste el ser de América y que, por tanto, nos entregue la clave del significado de su historia y su destino".[84] Sin embargo, esto no significa que se trate de una sustancia o una cosa, antes bien es una entidad reconocible mediante la razón que en el proceso mismo del conocimiento se constituye como tal, cobra un significado, porque el objeto y el sujeto no están escindidos, pero tampoco se confunden: hasta podría decirse que interactúan dialécticamente. Todo el esfuerzo hermenéutico está orientado para descubrir este ser en principio inescrutable y, simultáneamente, explicar por qué era inaccesible a los agentes históricos ("al hombre en su circunstancia" del historicismo), qué hacía a Colón rechazar la evidencia recogida, por qué ésta cobró sentido cuando se modificaron los paradigmas vigentes de la representación occidental:

la vieja imagen medieval ha tenido que ceder ante la exigencia de los datos empíricos e incapaz ya, de admitirlos con una explicación satisfactoria, surge la necesidad de concederle un sentido propio a esa entidad que está allí reclamando su reconocimiento y un ser específico que la individualice. Vespucio no infirió esta necesaria implicación, ni intentó hacer frente a aquella necesidad. Cuando esto acontezca América habrá sido inventada.[85]

La "evidencia" americana finalmente se impuso, fue una de las mayores victorias de la razón ilustrada: aunque la Iglesia siguiera empecinada en el dogma del mundo tripartito, el saber dominante tenía que ceder ante lo que ya no podía explicar a riego de exponer su autoridad si desatendía aquélla. En esto, muy a su pesar, O'Gorman era materialista, mas no vulgar, para quien también había un límite en las interpretaciones que los historiadores pudieran realizar de los hechos.[86]

Apenas como esbozo, la cuarta parte de La invención de América despliega el sentido de la historia americana que, en principio, no fue otro sino hacer efectivo

el esquema civilizatorio europeo en las tierras ignotas del recién bautizado "Nuevo Mundo". La tesis de O'Gorman se topa aquí no con entidades inanimadas, sino con individuos concretos, con voluntad y disciplinados por la teocracia militarista, provistos además de flechas de herramientas comunicativas, viéndose precisada a aceptar por lo menos la eventualidad de una respuesta (en la dirección que fuera), incluso la resistencia, de las civilizaciones autóctonas al poderoso estímulo de la presencia externa bajo la tenaza de la espada y la cruz. El ser europeo no tuvo a mano otras opciones históricas que intentar fallidamente acercar al indígena a la condición del europeo por medio de las paternales Leyes de Indias, que lo reducían a una minoría de edad perpetua y a una otredad tolerada por la Corona; manifestarse como artificio en el criollo (un español adulterado, resentido con la metrópoli, inauténtico, pero español al fin), artificio que también hizo suponer que la independencia rompía el molde originario. O, por último, lograr la emancipación plena en la América anglosajona.[87]

Donde acaban los trazos de O'Gorman comienza la problematización de Bolívar Echeverría, esto es, la reconstrucción de los códigos comunicativos (en sentido amplio, referidos a la reproducción social como totalidad significativa) que posibilitaron el mestizaje cultural de los siglos XVII y XVIII, un "modo de ser" o "mundo de la vida" singular, periodo también en el que los jesuititas exploraron en América Latina una modernidad alternativa -concebida como un programa utópico sustentado en la revitalización de la fe religiosa- a la anglosajona, la cual desbocaba en el "Viejo Continente" las fuerzas del capitalismo cosificando la razón mediante la técnica; revolucionaba permanentemente las fuerzas productivas contraponiendo al hombre con la naturaleza; y consagraba el individualismo debilitando a las corporaciones: emergía el ethos histórico realista. En La modernidad de lo barroco lo que está en juego es entonces la reinvención de Europa en América:

un proyecto de creación de "otra Europa fuera de Europa": de re-constitución -y no sólo de continuación o prolongación- de la civilización europea en América, sobre la base del mestizaje de las formas propias de ésta con los esbozos de forma de las civilizaciones "naturales", indígena y africana, que alcanzaron a salvarse de la destrucción.[88]

Este compromiso intercultural firmado ante la asechanza de la barbarie lo sintetiza el ethos barroco, un pacto que no le agrada la civilización del capital pero aprende a convivir con ella, a buscarle el modo.[89] Dos procesos

convergentes permitieron esta solución de compromiso entrado el siglo XVII. Por una parte, el cambio estructural de la economía novohispana, propiciado por el dramático descenso de la población indígena, el cual llevó a la reorganización de la esfera productiva y a la “maximización” del empleo de la mano de obra, generando la “modernidad afeudalada” de la hacienda. Aunado a ello, en el siglo de la crisis España se retrae; ensimismada, desatiende sus dominios trasatlánticos permitiéndoles un margen de autonomía bastante holgado. Los lazos del centro con su periferia virtualmente se rasgan, mientras los criollos toman el comando de las colonias ultramarinas. Es cuando el efecto de haber reunido a poblaciones de los cuatro continentes en el espacio americano detona el mestizaje en todos los planos imaginables de la cultura y del fenotipo humano.

Por la otra, a un nivel menos visible pero igualmente profundo, se verifica la utopía de la Compañía de Jesús, una suerte de Arca de Noé que busca salvar al catolicismo del diluvio de la Reforma protestante. En el plano teológico, ésta intenta atajar el dogma de la predestinación calvinista con la postulación del libre albedrío. Hace participar a Dios de su obra, admitiéndola inacabada, pero compromete exclusivamente a los hombres en la salvación de su alma. Dentro de la vida material, opone al dinero los valores de la vida buena. Esta competencia desigual entre la locomotora capitalista y la moderna teología jesuita, entre la abundancia terrenal y la prueba del juicio final, entre la socialización en el mercado o en la eclesia, se resuelve en la segunda mitad del siglo XVIII con la expulsión de la congregación de los dominios católicos, la destrucción de las repúblicas guaraníes y las reformas borbónicas, orientadas a recuperar el control de las colonias americanas y de sus excedentes.[90] El iluminismo y la revolución industrial, imponen una racionalidad que vuelve anacrónica la tentativa jesuita. Y, en adelante, sólo la flexibilidad del modo de ser barroco permitirá encontrarle la mejor cara a lo inevitable, a la modernidad capitalista noreuropea convertida en destino universal. El “hombre en general” -consumidor en el mercado, ciudadano dentro de la sociedad política- acabará con las humanidades particulares homogeneizándolas, reservándoles una existencia clandestina, o permitiéndoles manifestarse de manera elíptica, rebuscada, a veces grotesca, siempre estetizada.

El siglo XIX supuso para América Latina “una mudanza de modelo”, transvasado ahora a territorio estadunidense (O’Gorman), o la “nacionalización republicana” (Echeverría); esfuerzos tan heroicos como vanos por desprenderse de la matriz europea asumida por las antiguas colonias españolas en un desesperado intento de actualización, que no pasó de la mímesis, y con el correr

del tiempo devino en dependencia. Es el ethos romántico quien contiende con esta tarea ingente de reiniciar la historia sin haber cambiado los fundamentos materiales de la modernidad efectiva, basada en la apropiación de la naturaleza y en la producción voraz de valor (reproducción ampliada de capital), de ir a la guerra (real y metafórica) armado únicamente con la voluntad, pero con la arrogancia de pretender suplantar a Dios como razón última del curso del acontecer humano. Esta tensión entre la urgencia de recomponer el mundo y la imposibilidad de lograrlo satisfactoriamente, vitaliza el alma romántica y desata la imaginación utópica (anudada con el valor de uso), coloca el sentimiento (y al "buen salvaje") como la última frontera imaginaria que separa la naturaleza del incontenible flujo de la circulación mercantil y su representación abstracta en el dinero, del poder corruptor de la civilización. Aquí los caminos de O'Gorman y Echeverría se separan, las elecciones teóricas e ideológicas cobran a última hora la factura: donde aquél observa y celebra la realización plena del programa de Occidente en América "bajo el signo de la libertad",[91] éste constata con un escepticismo esperanzado que vivimos en uno de los varios mundos posibles.

6. “CAÍDA DEL SISTEMA”, CAÍDA DEL MURO

Δ

El fraude en la elección presidencial de 1988 escindió el campo intelectual, aunque también acercó a grupos que hacía poco parecían irreconciliables: Vuelta y no pocos de los intelectuales de Nexos optaron por aceptar la verdad oficial, si bien apreciaciones discrepantes acerca de las consecuencias del derrumbe del “socialismo realmente existente” las harían confrontarse de nuevo cuando al encuentro “El siglo XX: la experiencia de la libertad” (1990), coordinado por Octavio Paz y auspiciado por TELEVISA y Vuelta, se contrapuso el Coloquio de Invierno (1992), promovido por Carlos Fuentes bajo el patrocinio de CONACULTA, la UNAM y Nexos. Aquél tuvo por antecedente la presentación televisiva en las pantallas mexicanas en 1978 de los “nuevos filósofos” franceses de los que escribió Roger Bartra: “si hoy se habla de ‘nueva filosofía’ no es por la coherencia de su pensamiento, sino porque los grandes príncipes y mandarines de la política, de la universidad, de la televisión, de la industria editorial y de la prensa los han lanzado al mercado de las ideas”.[1]

Con destacadas figuras del pensamiento contemporáneo - neoconservadores, liberales y excomunistas- el encuentro Vuelta, consideraba Paz, opondría la democracia política y el mercado libre a “la enfermedad totalitaria [que] contagió a filósofos y a poetas, a dramaturgos y a novelistas”. Mientras el poeta acusaba a los invitados del Coloquio de Invierno de solapar al régimen cubano, Jorge G. Castañeda dijo de éste que “sus propias credenciales democráticas distaban mucho de ser intachables dado el silencio que mantuvo respecto al reiterado fraude electoral y a las sistemáticas violaciones de los derechos humanos en el México de Salinas…”[2] En la refriega de los intelectuales, cuando el Nobel mexicano no le extendió la mano en un acto público, la suerte del primer director de CONACULTA, Víctor Flores Olea, estaba echada. Por su parte, las formaciones de la izquierda socialista, tradicionalmente refractarias al discurso de la Revolución mexicana, se sumaron al PRD sin valorar suficientemente las diferencias ideológicas que históricamente la separaron del PRI. En adelante, los actos públicos de la izquierda serían rubricados con las estrofas del himno nacional dejando La Internacional únicamente en la memoria

de los viejos comunistas.

La elección de 1988 y el campo intelectual

Los ochenta trajeron novedades. Quizá la principal fue el surgimiento de un movimiento ciudadano que rebasó los marcos organizativos del sindicalismo obrero al que la izquierda partidaria había apostado en la década anterior.[3] En acepciones incluso contradictorias, que iban de Hegel a Gramsci pasando por Monsiváis, “sociedad civil” emergió como la nueva palabra clave del discurso político y el grácil Superbarrio como la cara (visible pero encapuchada) del movimiento.

1985 fue un mal año para la administración de Miguel de la Madrid Hurtado. En abril, policías judiciales torturaron hasta la muerte a Enrique “Kiki” Camarena Salazar, agente encubierto de la DEA, y al piloto mexicano Alfredo Zavala Avelar, mostrando a la opinión pública las primeras señales de la cada vez más evidente colusión entre los órganos de seguridad y el crimen organizado. La causa: la venganza de un cártel del narcotráfico por el descubrimiento meses atrás de cientos de hectáreas sembradas de marihuana en el rancho El Búfalo (Chihuahua). En respuesta, el gobierno estadunidense cerró por unos días los cruces fronterizos con México. El 19 de septiembre, el devastador sismo tuvo por respuesta la ineptitud y corrupción oficiales, obligando a la población civil a hacerse cargo de la responsabilidad estatal. A pesar de todo, en la tragedia el ciudadano de a pie advirtió la magnitud de su fuerza. Una intensa rechifla en la inauguración del mundial de futbol de 1986, imposible de silenciarse en la transmisión televisiva en vivo, fue la sonora evaluación del desempeño presidencial que hizo de la “renovación moral” el caballo de batalla de su gestión.

Los estudiantes tomaron la calle para bloquear la reforma académica de la UNAM que atacaba lo que ellos consideraban logros históricos consagrados constitucionalmente (gratuidad de la enseñanza), o cuando menos el resultado de luchas anteriores (pase automático), en tanto que el drástico recorte del gasto público, la política del “cambio estructural” sin atenuar el saldo social, la contención salarial, una inflación galopante, el incremento exponencial de la deuda externa, el crack bursátil de 1987 -que redujo a polvo los ahorros de muchos-, la devaluación, la fuga de capitales, el adelgazamiento del sector

paraestatal -que expulsó del mercado de trabajo a otros- y un crecimiento económico prácticamente nulo acabaron por distanciar a las clases populares y medias del priísmo, provocando tanto la fractura del partido oficial como el voto de castigo en las elecciones federales del año siguiente.[4] Sin embargo, el diagnóstico del presidente De la Madrid era todavía moderadamente optimista antes de designar a su sucesor de acuerdo con los usos y costumbres del régimen autoritario:

Toda la gente estaba muy contenta porque 1987 venía muy bien, venía con recuperación económica, con confianza. Pero teníamos el gran peso de la inflación y lo advertí en mi informe presidencial del primero de septiembre de 1987, que las cosas se iban mejorando notablemente, pero que todavía teníamos el problema de la inflación. Así las cosas vino el crack bursátil internacional de octubre y entonces se empezó a asustar la gente otra vez, empezó a sacar dinero, y se nos vino otra vez la crisis, que nos obligó a devaluar y nos indujo a buscar un plan de estabilización heterodoxo, que fue el Plan de Solidaridad Económica.[5]

Para Carlos Pereyra, la izquierda debería superar la mera actitud contestataria que rechazaba el pacto económico propuesto por el gobierno y, en todo caso, pugnar por atenuar sus costos sociales. Y, contra su costumbre, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), cuestionó el informe presidencial sosteniendo la vigencia del nacionalismo revolucionario, pero el exabrupto no obstó para que la central obrera se disciplinara en el rito sexenal de la sucesión presidencial.[6]

Aquel año, desplazados del círculo del poder, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez de Navarrete y César Buenrostro, entre otros, formaron la Corriente Democrática del PRI con el objetivo de transparentar la designación del candidato presidencial y bloquear las aspiraciones del secretario de Programación y Presupuesto, cabeza visible (en más de un sentido) del sesgo neoliberal de la administración delamadridista. Ni duda cabía que “la disputa por la nación” la habían ganado los tecnócratas, partidarios de una apertura económica que los únicos monopolios que combatía eran los estatales y en cuya agenda no estaba la democratización del sistema político, al menos mientras no se consumara el “cambio estructural”. Una modernización autoritaria para muchos; una perestroika sin glasnost la llamaría Lorenzo Meyer en memorable caracterización.

La tecnocracia empoderada cerró filas y el grupo opositor dio el paso audaz e

inesperado de separarse del instituto político (antes de ellos sólo el henriquismo había llegado tan lejos) cuando, a principios de octubre, el partido "destapó" oficialmente a Carlos Salinas de Gortari, si bien el presidente en turno ya había inclinado sutilmente la balanza en su favor.[7] A los pocos días, Cárdenas se afiliaba al Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), quien le dio la bienvenida postulándolo candidato presidencial. La jugada del político michoacano descolocó a todos: el priísmo preveía una sangría electoral mínima, obviamente sin sospechar el tamaño que alcanzaría; perplejo, el PMS se sintió amenazado, pero no logró atisbar siquiera que sus días estaban contados. Ambos evaluaron equivocadamente la capacidad de movilización del neocardenismo. Confió Miguel de la Madrid en una entrevista: "francamente los subestimé, creí simplemente que era una posición personal, una ambición de poder personal, una oposición a la política económica, pero no creí que fueran a ser capaces de levantar la oposición que lograron levantar".[8] Adolfo Gilly fue el primero en advertir la magnitud de la crisis dentro de las filas del partido hegemónico y la oportunidad que ofrecía para la izquierda presentar una candidatura unitaria con aquél:

No habrá cambio democrático profundo en México sin crisis y ruptura de la dominación priísta, es decir, del propio PRI. Esa ruptura no ocurrirá, como sueñan los dogmáticos y los puros, sobre posiciones socialistas. Como en toda ruptura de este tipo, en la Corriente Democrática no hay que medir cada posición dada, sino el sentido de su marcha y de su evolución. Ella está retomando, a mi juicio, el curso histórico que proviene de las corrientes de democracia radical que siempre mantuvo en su interior el PRI. En la violencia de la crisis, esas corrientes rompen.[9]

A pesar de que por décadas los comunistas mexicanos y la izquierda nacionalista trataron de fraguar una alianza con "los sectores progresistas del PRI" y con la burguesía comprometida con el desarrollo autónomo del país, Carlos Pereyra y José Woldenberg fueron escépticos ante una coalición electoral que les parecía por lo menos apresurada, sobre todo tomando en cuenta que el PMS apenas acababa de conformarse, además de que las tres fuerzas de izquierda en competencia (PRT, PMS y Corriente Democrática, esta última arropada en las siglas del PARM) se habían descalificado recíprocamente. Otros más llamaban al debate civilizado entre la oposición y el priísmo gobernante o se decantarían por mantener la continuidad de la política económica, a pesar de reconocer su impacto en la economía popular. Algunos se pronunciaron en favor de la cultura del consenso y por el respeto al voto ciudadano.[10]

La campaña del PMS tuvo una respuesta pobre no obstante el prestigio de su candidato, fraguado en décadas de lucha social, y su desarrollo mostró también que el nuevo agrupamiento todavía no soldaba bien, esto por no mencionar el engendro tribal que comenzaba a crecer en el vientre de la izquierda. Una encuesta realizada en mayo le concedía un 2% de la votación, por lo que al mes siguiente, en un gesto aplaudido por la opinión pública y la militancia de su partido, Heberto Castillo hizo a un lado sus aspiraciones presidenciales sumándose a la candidatura de Cárdenas, "atendiendo a los llamados múltiples a la unidad y comprendiendo que…se abriría el paso al surgimiento de una fuerza democrática y revolucionaria que nos podría llevar al triunfo y a consolidar una organización…que sirviera a las mejores causas del pueblo mexicano…decliné mi candidatura…", dijo el eminente ingeniero civil.[11] Poco antes, Pereyra había llamado a la izquierda a mirar a largo plazo, más allá de la coyuntura electoral:

para la democratización y transformaciones futuras del país, desde luego no son primordiales los resultados electorales de julio, como sí lo es el aporte insustituible que ese proyecto [unitario] pueda hacer en la formación de un sistema de partidos a través del cual se procesen las transformaciones de la sociedad mexicana. El mito de la candidatura única…sustituyó la preocupación de fondo por el modo como puedan relacionarse después de julio las formaciones políticas socialistas y la fuerza emergente que resulte de la escisión de la base social priísta…El escamoteo no es casual: responde a una concepción política que apuesta más al encadenamiento de eventuales movimientos sociales que lleven al día cero del estallido revolucionario que al proceso ordenado y organizado de transformación social.[12]

Sobre la propuesta económica de Cárdenas, Pereyra comentó en alguna ocasión a Ludolfo Paramio: "no estaría de más que Cuauhtémoc se hiciera a la idea de que el crecimiento exige integración internacional. Pero tampoco sería malo que Salinas comprendiera que no todas las formas de integración nacional conduce al crecimiento".[13]

Entre tanto, la candidatura opositora crecía, poniendo al descubierto un movimiento político nacional de masas, contra el gobierno y a la izquierda del PRI.[14] Y Cárdenas reunía más y más partidarios en las plazas públicas (La Laguna, Chilpancingo, Ciudad Universitaria), borrados al mismo tiempo de las pantallas de TELEVISA e IMEVISIÓN para las cuales, en su obsecuencia con el régimen, únicamente existía el candidato del PRI. Reiteradamente, el panista Manuel J. Clouthier y el ingeniero Cárdenas fueron difamados en la televisión

que ofreció al público una cobertura noticiosa escandalosamente inequitativa y sesgada. La radio, cabe decir, se mostró más plural y flexible. En la prensa escrita, el 60% de la información acerca de las campañas correspondió al partido oficial.[15] Para los intelectuales del régimen, sin embargo, los dados no estaban cargados, sino se trataba, popperianamente, de incidentes puntuales e inconexos que ponían

Sobre la mesa de la oposición el pretexto y es entonces, a partir de ese injustificado y condenable incidente aislado, que se procede a difamar todo el proceso electoral, desacreditando, frente al mundo, a los poderes de la república. Estas actitudes además de mostrar irresponsabilidad y madurez, son actos de traición. Se le abren flancos a nuestro país.[16]

En el primer día de campaña de Salinas de Gortari en Tabasco, flanqueado a la derecha por Enrique Krauze (Vuelta) y a la siniestra por Héctor Aguilar Camín (Nexos), el candidato del PRI habló con la comunidad intelectual acerca de la cultura nacional, saliendo de la reunión la propuesta de formar lo que sería CONACULTA. La voz discordante aquel día de febrero de 1988 fue la del dramaturgo Emilio Carballido:

se declaró, para abrir boca, partidario de Cuauhtémoc Cárdenas, a partir de allí dijo lo que tenía que decir: que “la penetración de un monopolio televisivo cuya formato y estilo son imitados por los canales oficiales nos han inundado de modos ajenos de enfocar la realidad. Modelos deleznables y extraños tipos de belleza que niegan la nuestra, nociones de racismo, intolerancia y violencia”.[17]

Días atrás, acompañando al aspirante priísta en su gira por Aguascalientes, la escritora Ángeles Mastretta reivindicó “el poder criticativo de los jóvenes”, señalando la conveniencia de “que muchas de las gentes que están en el Ejecutivo, sigan ejerciendo todo el tiempo el criticativo”.[18] Entrado abril, en Mexicali, en un acto con el candidato oficial y miembros del partido, un analista político preguntaba y respondía al mismo tiempo:

¿Que si quiero que gane el PRI, en particular Salinas de Gortari? Sí, es la respuesta, hoy por hoy es el candidato que puede aglutinar a las grandes mayorías, a los sectores medios en su diversidad y, paradójico, también para los sectores del capital nacional representa una garantía. Por ello podrá gobernar el país, ésta es la realidad. Sólo el PRI cuenta con un andamiaje de apoyo de la dimensión que requiere la conducción nacional.

Salinas, confiaba el politólogo, “será más demócrata que priísta, tiene que serlo”. Para otros, el único supuesto incuestionable era “que Cárdenas no va a ganar la presidencia”.[19]

Dos meses antes de los comicios federales la alarma sonó en Los Pinos. Según dicen, las encuestas previas a la elección encargadas por la presidencia arrojaban una ventaja de entre 3 y 6 puntos para Salinas, pero indicaban también que la intención de voto cardenista llevaba una tendencia ascendente, por lo que en no mucho tiempo el FDN superaría la preferencia por el PRI.[20] Esto era nada, si tomamos en cuenta que en los sistemas autoritarios los encuestados suelen esconder el sentido del sufragio por temor a represalias. El 2 de julio, el accidente fatal de los operadores del mapeo y cómputo electorales del Frente Democrático Nacional (FDN), Francisco Javier Ovando y Román Gil -todavía no aclarado satisfactoriamente por las autoridades [in]competentes-, vertió señales ominosas sobre la próxima jornada comicial. Para muchos, fue el poderoso indicio de que el PRI ganaría a como diera lugar (sin usar todavía el cínico “haiga sido como haiga sido” de quienes le siguieron). En las páginas de Proceso, Jorge Alcocer denunció la circulación de boletas electorales tachadas a favor del oficialismo. Categóricamente Manuel Bartlett Díaz, secretario de Gobernación y presidente de la Comisión Federal Electoral (CFE), negó el dicho opositor conminando a los integrantes del FDN a no engañar “al pueblo de México”.[21]

Así llegaron al 6 de julio, y ahora fue Bartlett Díaz quien se ocuparía, él sí, de “engañar al pueblo de México”. Aparentemente la mañana transcurrió sin sobresaltos en Bucareli pero, después del mediodía, el presidente De la Madrid Hurtado descolgó el auricular y al otro lado de la línea telefónica al secretario de Gobernación le informó preocupado: “‘Oye, las cosas están saliendo muy negativas; por lo que me estoy dando cuenta las cosas vienen mal’. Dije [de la Madrid]: ‘bueno, ¿qué, vamos a perder?’ ‘No, no tanto’, contestó [Bartlett]”:[22]

Fue entonces que comenzó una desesperada carrera para llevar votantes de última hora, detener la votación con algún pretexto, robar urnas, anular boletas escondidas o de plano quemarlas, cambiar números en las actas, falsificar firmas de representantes de casilla, hurgar en los lugares donde no hubo representantes de la oposición y meter “zapatos”, ¡lo que fuera![23]

A media tarde el responsable de la política interior advirtió al primer mandatario: “La votación viene muy abundante a favor de Cuauhtémoc Cárdenas”. Hacia las

siete de la noche sabían de boca del presidente del PRI en la capital, el poblano Guillermo Jiménez Morales, que el DF estaba perdido. Con el correr de los resultados que seguramente ya perfilaban tendencias medianamente consolidadas y contrarias a Salinas en varios estados, De la Madrid y Bartlett acordaron no adelantar el cómputo a la opinión pública a las once de la noche, como se había comprometido el presidente de la CFE: ¡se había caído el sistema! Y, sobre todo, la escasísima credibilidad gubernamental. Tras un pasmo en Los Pinos, Bucareli y en las oficinas del PRI de Insurgentes norte, a la una y media de la madrugada del día siguiente, Jorge de la Vega Domínguez, presidente nacional del tricolor, "cumplió su deber" proclamando que, una vez más, habían ganado, que el triunfo de su candidato era "'rotundo, contundente, legal e inobjetable'". Poco después de mediodía del 7 de julio, en las oficinas de su partido Salinas afirmó: "nuestro triunfo es indudable y es evidente". Afirmaciones que sacaron del pasmo a un priísmo vapuleado en las urnas, pero sin convencer todavía a nadie. En un ejercicio que realizó con las actas en poder del PMS, Woldenberg colocaba 2.4% arriba a Cárdenas con respecto de Salinas.[24] Escribió Adolfo Sánchez Rebolledo:

El visible éxito de Cuauhtémoc Cárdenas es irreductible. Cualquiera que sea el resultado oficial de los comicios, ahora corresponde al partido gobernante probar la legitimidad de sus victorias autoproclamadas a destiempo, cuando ninguna autoridad competente se atrevió a emitir resultado alguno. Nadie espera hoy que la prueba única de la democracia sea la derrota del PRI. Pero es obvio que no habrá el avance que México puede conseguir si las fuerzas oficialistas no reconocen los triunfos de la oposición en la extensión y magnitud que le corresponden.[25]

Conforme crecía la evidencia del fraude, los intelectuales afines al régimen conminaban al PRI a aceptar algunas derrotas incuestionables: un diputado por aquí, un senador más allá.[26] Bartra analizó esta postura "de avanzada":

Los argumentos semioficiales que pululan en México, y que intentan encubrir la posible derrota del partido del gobierno, son sorprendentes, y vale la pena comentarlos…afirman que, sin lugar a dudas, ganó el candidato priísta, pero no con el amplio margen que aseguran las autoridades gubernamentales. Tal es el argumento oficioso que corre; se reconoce que hubo fraude, pero de inmediato se afirma que el PRI ganó las elecciones, sin más base que las mismas aseveraciones gubernamentales que se ponen en duda. En esto no hay nada nuevo: desde hace decenios los políticos del sistema han sostenido como dogma

que, aun si no hubiera fraude, el PRI ganaría las elecciones.[27]

La oposición de izquierda mantenía todavía esperanzas de que un arrebato patriótico del presidente, la movilización callejera, el apego a la ley por parte del Tribunal de lo Contencioso Electoral, las pruebas y argumentos que aportarían en el colegio electoral, el cotejo de las actas y la apertura de los paquetes de cada casilla, el voto unificado del FDN y el PAN, un desajuste en la aritmética de asignación de las curules, o incluso un acto de conciencia priísta de última hora, permitirían revertir el fraude o de plano anular la elección, mientras en el frente gubernamental la moderna alquimia electoral hacía cuadrar las cifras para evitar negociar con la oposición. Desde la izquierda, sin renunciar a la defensa del sufragio, otros enumeraban los aspectos esenciales de una reforma política inaplazable.[28] El 2 de diciembre la cúpula panista visitó en Los Pinos al presidente electo, echando por tierra la eventual alianza con el FDN para ir juntos en la transición.

Ante una elección competidísima, el desaseo oficial a todo lo que daba y la incredulidad de la opinión pública, correspondió a los intelectuales ordenar mentalmente el caos, explicar qué pasó aquel domingo y emplazarse en la geografía política inaugurada el 6 de julio. Algunos sintieron la obligación de resarcir al gobierno la credibilidad perdida. Vuelta, que escasamente había seguido el desarrollo de las campañas y la jornada electoral, publicó varios análisis, recomendaciones a ganadores y derrotados, repartió responsabilidades y reconocimientos además de ofrecer un veredicto tácito. La constante fue evadir la discusión acerca de la inequidad de la contienda, la opacidad informativa y la manipulación de las cifras electorales; intentó mirar hacia el futuro, asumiendo que el gran derrotado de la jornada había sido el corporativismo y el indiscutible ganador el ciudadano…Salinas. Jaime Sánchez Susarrey, premio “La democracia en México” en un certamen organizado hacía poco por la propia revista, entró al quite haciendo una distinción entre el discurso priísta (viejo) y la actitud del sucesor de Miguel de la Madrid (moderna): aquél, “triunfalista; otro, el del candidato oficial, moderado y tolerante”.[29] Esta percepción inicial después la convertiría en tesis:

Con este acto [el reconocimiento del triunfo panista en Baja California Norte], como en ningún otro, Salinas de Gortari manifiesta su voluntad de cambio. Del 10 de enero a la fecha no sólo hemos presenciado actos de gobierno: Salinas de Gortari está creando las bases para un nuevo pacto político y social de largo alcance. Las transformaciones que se están operando son tan importantes como

las que en su momento realizó Lázaro Cárdenas: tienen el sentido de actos de Estado y no sólo de actos de gobierno.[30]

La distinción entre los modernizadores en el gabinete y los cardenistas nostálgicos la desarrolló Octavio Paz en una serie de artículos publicados en La Jornada con el título “Historias de ayer”. “La situación que vivimos a partir del 6 de julio me obliga a romper mi voto” -de no escribir acerca de la actualidad política- inició el Nobel mexicano, para a continuación emprender un rápido recorrido del movimiento del 68 hasta el presente, destacando que ahora corríamos mayor peligro que entonces. Después llega a la médula de la crisis actual: la burocracia dominante que, como la china y la soviética, impedía avanzar al país. La segunda entrega identificó al sector que desafiaba el inmovilismo de aquélla “una fracción del grupo dirigente -la más joven, inteligente y dinámica- se decidió a la modernización” del orden estatal,[31] activando el resorte arcaico del cardenismo:

El neocardenismo no es un movimiento político moderno, aunque sea otras muchas cosas, unas valiosas, otras deleznables y nocivas: descontento popular, aspiración a la democracia, desatada ambición de varios líderes, demagogia y populismo, adoración al padre terrible: el Estado y, en fin, nostalgia por una tradición histórica respetable pero que treinta años de incienso de los gobiernos del PRI ha embalsamado en una leyenda piadosa: Lázaro Cárdenas.[32]

“Sin duda hubo irregularidades; además, torpezas y errores”, pero nunca un fraude y menos “colosal”. Paz celebró la tolerancia de Salinas hacia sus rivales (¿si no, los habría liquidado en el acto?) y también que “por primera vez en la historia moderna de México las corrientes de la oposición están ampliamente representadas en la cámara de diputados”. Los derrotados, en aras de la concordia nacional, deberían evitar “el camino de manifestaciones y agitaciones más y más violentas”, pues “el desorden fatalmente desemboca en la instauración de regímenes de fuerza”.[33]

Los artículos de Paz provocaron reacciones contrapuestas. Aguilar Camín abjuró de la descalificación realizada diez años antes -el poeta “había envejecido mal”, era “inferior a su pasado”- alabando el “equilibrio”, “claridad” y “neutralidad” con que encaraba la coyuntura presente. Gilly escribió una carta pública a Paz donde apreciaba un “infundado optimismo” en el balance de las elecciones, y sobre todo que de allí derivaba la extinción del sistema de partido de Estado y el inicio de la transición democrática en el país. No apreciaba ni en éste ni en

Aguilar Camín la intransigencia democrática recién mostrada en la elección de Chihuahua, en la que se escamoteó la victoria al candidato del PAN, la cual, por cierto, fue defendida sin regateos por la izquierda. Finalmente, el historiador argentino-mexicano propuso un debate público que Paz no consideró oportuno.[34]

La palabra fraude no figuró en el léxico político de Vuelta, que prefirió llamar a la oposición a comportarse responsablemente y capitalizar sus cuantiosos logros electorales. Para Sánchez Susarrey la democracia mexicana había dado pasos consistentes desde el día de la elección constitucional, llamando a un pacto de las tres principales fuerzas políticas nacionales para garantizar una transición pacífica a la democracia, además de lograr acuerdos puntuales entre éstos a fin de replegar a los sectores conservadores del partido oficial y asegurar la gobernabilidad. Enrique Krauze hurgó en la historia para aquilatar la vocación modernizadora y democratizante del norte, explicando así por qué en esta ocasión se había volcado a favor del candidato priísta -según las cifras oficiales- y no del PAN, como era de esperarse tras la elección de 1986 en Chihuahua, en oposición a un centro retardatario, expoliador, autoritario y cardenista; prácticamente pasó de largo por la irregular jornada electoral. Contra lo afirmado por ambos, si algo mostró la elección fue que el candidato “moderno” fue quien más se benefició del “atrasado” voto rural.[35] El 6 de julio inauguraba para Vuelta la transición mexicana. Bartra puso en tela de juicio esta tesis:

Es evidente que la corriente que encabeza Salinas de Gortari carece de intenciones democráticas y modernizadoras, a menos que se piense que el tropiezo del PRI en las urnas fue planeado maquiavélicamente para dar paso a nuevas fuerzas, o que se crea que el vergonzoso, fraudulento e ineficaz conteo de votos fue una trampa tocquevilleana para cazar dinosaurios premodernos. Pero es cierto que la crisis por la que atraviesa el sistema mexicano la ha precipitado el fracaso político de la tecnocracia conservadora.[36]

En Nexos las opiniones acerca de la elección constitucional estuvieron divididas pero, salvo voces aisladas, tampoco hablaron de fraude: si había inconformidad con el proceso, se debía en todo caso al torpe manejo de la información realizado por la CFE. Para Arturo Warman, el 6 de julio ganó el voto de protesta, que se dividió entre el FDN y Carlos Salinas. Visto así, los derrotados de la jornada fueron los dinosaurios del PRI. Estaba también cierto de que el FDN “no triunfó”. Sin discutir sobre la limpieza de la elección, Soledad Loaeza señaló que, enmarañados en las cifras, los actores políticos habían perdido de vista el mandato ciudadano. Rafael Segovia exploró el eficaz mensaje cardenista y la

respuesta que concitó en el electorado, apuntó los errores en la estrategia del PRI (que por cuidar el flanco derecho reaccionó tarde cuando lo rebasaron por la izquierda), pero no atendió si el voto se había contado bien. Arnaldo Córdova recordó que para él no habría democracia en México si no se acababa con el presidencialismo. De acuerdo con Gustavo Gordillo, aunque se llevara de la mejor manera posible la discusión en el colegio electoral, el consenso se vendría abajo ante una ciudadanía incrédula por costumbre.[37] Aguilar Camín, con argumentos semejantes a los vertidos en Vuelta, resaltó los logros históricos de la oposición de izquierda, que súbitamente se convirtió en la segunda fuerza política nacional, y aventuró una conclusión temeraria, considerando que para ese momento los comentaristas más escrupulosos decían carecer de datos confiables[38] dada la opacidad y el anacronismo de las instancias encargadas de conducir las elecciones mexicanas:

Las elecciones de julio de 1988 son las únicas competidas y vigiladas de que tenga memoria mi generación -los [comicios] más competidos y vigilados de los últimos cuarenta años. Y las más concurridas en la realidad, pese al abstencionismo del 50%; en consecuencia, también, son también las menos inventadas y manipuladas de nuestra historia posrevolucionaria.[39]

Un estudioso de ambas revistas considera que, a partir de 1994, existió gran afinidad entre ellas: “a raíz del alzamiento zapatista en Chiapas, los intelectuales de ambos grupos coinciden en condenar la violencia y defender la democracia”.[40] Por lo expuesto hasta aquí, sin embargo, podría decirse que las coincidencias eran claras desde la elección constitucional de 1988 que les permitió una interlocución privilegiada con el gobierno salinista, más con la incorporación de algunos colaboradores de Nexos al gabinete agropecuario y a la oficina de la presidencia, mientras IMEVISIÓN le daba entrada en la televisión pública. Heberto Castillo dijo del establishment intelectual:

Las buenas conciencias de la intelectualidad proclive al fraude priísta, los escritores resentidos con la izquierda, los anhelantes de premios y condecoraciones internacionales, de esas que requieren estímulos de los “grandes de la política”, se lanzaron contra “los majaderos presuntos de la izquierda y la derecha, vociferantes, irresponsables, inmaduros”, que no entienden lo grandioso del triunfo que “ya obtuvieron”, y que debieron cuidar aceptando el fraude que pretende imponer el PRI, no reclamando abrir los paquetes o tener acceso a los expedientes de los distritos. Deben aceptar, dicen en todos los tonos, lo que el sistema quiera conceder, que ya ha sido mucho, y no

provocar a un sistema que sabe reprimir, como lo demostró en 1968. Hay que buscar la democracia, pero no tanto.[41]

A la distancia, académicos e intelectuales hicieron su evaluación final de los resultados de aquel proceso electoral. Castañeda reconstruyó los escenarios posibles para concluir que “los nuevos ingredientes tienden a respaldar la idea de fraude para ganar; esto es, la tesis de la victoria de Cárdenas”. Bartra fue más lejos al afirmar que “la mayoría de los mexicanos votó por Cuauhtémoc Cárdenas”. Krauze enmendó la plana a Vuelta: “Según versiones serias, en ese año habría triunfado el candidato presidencial de la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas”. Y, una estudiosa del PRD, señaló: “La evidencia incontrastable de un amplio fraude electoral en 1988 en contra de Cárdenas lo llevó a denunciar cualquier cooperación con el gobierno de Salinas”.[42]

Ante el cadáver de Octubre

Después de la elección, el gobierno optó por reprimir y cooptar a los neocardenistas, empleando una vez más los infalibles métodos del Estado autoritario, por dar golpes de efecto que acreditaran que la modernización política iba en serio (el encarcelamiento de los líderes petroleros) y por pactar una alternancia limitada con el panismo (las llamadas “concertacesiones”). La izquierda, por su parte, decidió dar continuidad al movimiento formando un partido que reuniera a prácticamente todas las tendencias dando lugar en 1989 al PRD. Tanto el capital político ganado por el neocardenismo como la caída del muro de Berlín apresuraron este esfuerzo unitario; una suerte de supervivencia para la izquierda socialista que quiso atajar su crisis interna y evadir la necesaria reflexión acerca del papel en el nuevo escenario internacional fugándose hacia adelante. En esta desesperada operación de despojarse de lo que estorbara, también arrojó por la borda una sólida tradición de lucha y resistencia, una ideología construida a lo largo de doscientos años y una ética política que ya nunca recuperó. En el trasiego de siglas, desaparecieron las revistas teórico-políticas donde ventilaban un debate ahora infortunadamente ausente.

Aunque fascismo y comunismo poseían raíces ideológicas “esencialmente distintas y considerablemente distantes”, y surgieron como fuerzas antagónicas enfrentadas entre sí, desde la década de 1920 hasta después de la guerra, los emparentaba, dice Fouret, una misma vocación totalitaria, la confiscación en ambos de la voluntad general por parte de una minoría iluminada quien decía representar al pueblo, así como una maquinaria gubernamental aceitada por la ideología y la represión, uniéndolos también la aspiración común de acabar con la democracia. Los enemigos de la sociedad abierta, los llamaría Popper. Dentro de esta perspectiva, “el liberalismo es el centro de una línea cuyos extremos se tocan: ‘totalitarismo fascista’ y ‘totalitarismo comunista’ se confunden delimitando por todos sus lados el espacio liberal”.[43]

Este combate “arreglado” con el fascismo costaría a la Unión Soviética varias decenas de millones de muertos, sugiriendo una hipótesis distinta a la de la historiografía revisionista. Con la invasión de la URSS la guerra cambió de naturaleza, agrupando a los enemigos del nacionalsocialismo en dos grandes

bandos: los eslavos, destinados a la esclavitud, y los “judeo-bolcheviques”, a quienes se decretó el exterminio:[44]

Sólo la alianza -insólita y temporal- del capitalismo liberal y el comunismo para hacer frente a ese desafío permitió salvar la democracia, pues la victoria sobre la Alemania de Hitler fue esencialmente obra (no podría haber sido de otro modo) del Ejército Rojo. Desde una multiplicidad de puntos de vista, este periodo de alianza entre el capitalismo y el comunismo contra el fascismo -fundamentalmente las décadas de 1930 y 1940- es el momento decisivo de la historia del siglo XX.[45]

Si soportó la devastación de la guerra y en el campo de batalla venció al mucho más poderoso ejército del Reich, el sistema soviético sonaba indestructible. La resistencia antifascista en la que los comunistas participaron heroicamente les confirió gran autoridad moral al finalizar las hostilidades. Para América Latina la supervivencia de la URSS configuró una opción creíble tanto para remontar el subdesarrollo como para quitarse de encima a los Estados Unidos. Sin advertir que justamente se marchaba en sentido contrario, el periodista argentino Alejandro Varela escribió, en 1950, sobre la productividad soviética:

La producción supera con largueza las cifras de la preguerra. El rumor de las máquinas combinadas es más en todo el campo soviético, donde la agricultura, encarada científicamente, multiplica las cosechas. El progreso se cuenta por horas, por segundos. El tiempo queda atrás, vencido. Los planes más ambiciosos son sobrepasados…Se marcha rápidamente hacia la abundancia.[46]

Louis Aragon, el escritor francés, avalaba la genética de Lyssenko, supuesto responsable científico de tal portento agrícola.[47]

Después de la guerra civil, el desarrollo soviético fue diseñado para favorecer la industria pesada sacrificando al campo donde vivía la mayor parte de la población, por lo que la industrialización acelerada se financió con el excedente agrícola y la sobrexplotación de la clase obrera,[48] lográndose de esta manera la “acumulación originaria” socialista. No obstante sus desequilibrios, la economía de la URSS creció a ritmo más acelerado que las occidentales hasta entrados los cincuenta. Sin embargo, tanto el modelo económico como la rígida planificación centralizada que lo conducía fueron incapaces de asimilar los cambios tecnológicos y de gestión administrativa que promovían la autonomía, la innovación y la flexibilización en las empresas privadas de los países centrales,

provocando un rezago que no hizo sino aumentar hasta la desaparición del campo socialista:

Como en toda lucha de vida o muerte, el método más eficaz para cumplir los objetivos y las fechas es dar órdenes urgentes que produzcan paroxismos de actividad. La crisis es su forma de gestión. La economía soviética se consolidó como una serie de procesos rutinarios interrumpidos de vez en cuando por "esfuerzos de choque" casi institucionalizados en respuesta a las órdenes de la autoridad.[49]

Las omisiones de una economía ineficiente donde cotidianamente escaseaban los productos (incluidos los básicos) eran solventadas en el mercado negro, que cobró a partir de los sesenta cada vez mayor importancia, esto es, cuando la desaceleración del motor soviético le pasó la factura a Jruschov, quien temerariamente había anunciado tanto el fin de la lucha de clases así como que en 1980 la URSS culminaría la transición hacia el comunismo. La carrera armamentista desbocada después de su caída en 1964 consumió ingentes recursos, agravándose el problema estructural intrínseco al modelo. A esta sangría se sumaron las crecientes subvenciones de la Unión Soviética a otros países del bloque. Aparte del desprestigio internacional por la intervención militar en los Estados satélites (Checoslovaquia, Afganistán) y del respectivo costo financiero, los dieciocho años de Briezhniev al frente del PCUS fueron de estancamiento de tal manera que, al inicio de los ochenta, la economía crecía a un promedio anual del 2% frente al 5.7% de la década de 1950. Salió a flote gracias al aumento de los precios internacionales del petróleo y a los préstamos de la banca occidental. En la década de los ochenta, cuando estalló la crisis de la deuda y bajó dramáticamente el precio del petróleo, el bloque soviético quedó herido de muerte.[50]

A pesar que la perestroika ("reestructuración") y la glasnost ("transparencia") eran el reconocimiento del marasmo en que se encontraba la URSS, la rapidez con que se derrumbó el campo socialista y, al poco tiempo aquélla, obviamente sorprendió a quienes, como Enrique Semo y Sergio de la Peña, defendían el régimen soviético, pero también a quienes lo rechazaban, pues siempre se pensó que el "socialismo realmente existente" cedería ante la presión de las masas y no que en sus fundamentos materiales residiera su fragilidad: la revolución política mas no el colapso económico era lo que en todo caso se esperaba. Bartra, ya separado del comunismo oficial, veía la posibilidad de que se produjeran "profundas reformas democráticas en algunos países, respaldadas por procesos

revolucionarios de nuevo tipo consolidados en otras naciones”.[51] Y Semo confiaba en que la perestroika diese un curso socialista de la revolución y dejar atrás a la “sociedad estatista” que la Revolución de Octubre procreó.[52] Desafortunadamente, ninguna de las principales medidas económicas promovidas por Gorbachov -autonomía de las empresas, tanto en la toma de decisiones como en el financiamiento, el arrendamiento de los terrenos agrícolas y la autorización a los campesinos de comercializar sus productos, y la formación de cooperativas en el sector terciario- logró su cometido:[53]

No sólo fracasó un sistema social, sino también muchas de las ideas centrales que le daban sustento. Los éxitos obtenidos en la modernización de la agricultura, la industrialización la educación de masas y la redistribución del ingreso, no pueden ocultar el fracaso del objetivo fundamental: la instauración del socialismo. Lo que la izquierda latinoamericana confundió durante varias décadas fueron los éxitos en la superación del subdesarrollo con la construcción del socialismo.[54]

De las tres revistas teórico-políticas que hemos seguido, sólo Cuadernos Políticos vivió para contar los acontecimientos de la noche del 9 de noviembre de 1989 que desencadenaron la revolución en el Este. Para entonces, tanto Historia y Sociedad como Coyoacán habían cesado. Como si un objetivo se cumpliera, liberar al marxismo de la armadura estalinista, aquélla abandonó el mundo editorial al año siguiente. A Bolívar Echeverría le correspondió escribir el editorial sobre los sucesos berlineses:

El del “capitalismo” es el fracaso de un proyecto de modernización que ha dominado ya una larga época sobre toda la vida civilizada del planeta; en cambio, el del “socialismo”, como movimiento dirigido a abandonar el proyecto capitalista de modernidad y a seguir uno alternativo, lo es sólo en un intento peculiar suyo, más dramático que radical: el del bolchevismo como una figura despótica peculiar de la gestión económica-política que adoptó el imperio ruso en estos últimos setenta años.[55]

Dado que el “socialismo realmente existente” no trascendió los límites de la modernidad capitalista, y consecuentemente no constituyó una alternativa civilizatoria radical, lo que se había derrumbado era la figura enajenada de éste, la realidad suplantada por él:

Se necesitó el derrumbe de la Unión Soviética y los Estados que dependían de

ella para que se hiciera evidente que el sistema social impuesto en ellos no había representado ninguna alternativa revolucionaria al proyecto civilizatorio del capital: que el capitalismo de Estado no había pasado de ser una caricatura cruel del capitalismo liberal.[56]

Pero no fue el mercado quien le tocó la última campanada a la revista, pues conservaba a su público lector, sino sucumbió "de muerte natural" al extinguirse la cultura política de izquierdas que le brindaba soporte, pues la conexión entre teoría y praxis, entre razón y revolución, estaba rota. Al parecer, Ediciones Era intentó relanzar la revista a principios de la década del 2000, pero Echeverría rechazó esa posibilidad por la consideración previa.[57] Ni Ruy Mauro Marini ni Carlos Pereyra estaban ya. El último número en que figuró Marini como parte del cuerpo directivo de revista fue el homenaje a Pereyra, recién fallecido el 4 de junio de aquel año. Cabe pensar que la ausencia de ambos debilitó considerablemente al comité.

Entre los marxistas mexicanos, Semo fue el único que escribió un libro sobre la implosión socialista, los demás únicamente artículos sueltos. En su ensayo-reportaje Crónica de un derrumbe (1991), siguió en Europa del Este puntualmente durante un año los acontecimientos, pasando de vislumbrar un desenlace en sentido socialista a consignar los indicios de una revolución conservadora. Al calor de la vorágine diaria, hizo eco de las tesis de Bahro con respecto de la burocracia y de la necesidad de desplazarla del poder, como antes había adelantado Trotsky y dentro del campo intelectual mexicano sostenía Adolfo Gilly. En esas felices jornadas, entre el Mitte y el Tiergarten, de Friedrichstrasse a Unter den Linden, los ciudadanos circulaban libremente, terminando "para la población de la RDA veintiséis años de atropello a uno de los derechos esenciales del ciudadano…"[58] Atropellos que había tenido oportunidad de constatar en los cuatro años que residió en Leipzig y Berlín Este. El balance final, sin embargo, comprobó el gatopardismo de la burocracia, la cual provocó una revolución "para consolidar un sistema, no para abolirlo".[59] En este sentido, las revoluciones en el Este además de conservadoras también resultaron inconclusas. Estos eventos mostraron lo que otros ya decían (Sweezy, Bettelheim), que la burocracia era una clase en toda regla, si bien había permanecido en la penumbra, siendo el marxismo-leninismo la cortina de humo que tendió para ocultarse en un falso igualitarismo social. De la misma manera que la "economía sumergida", aquélla tampoco existía en los registros oficiales… pero cualquier ciudadano común sabía dónde encontrarlas. Aunque Semo consideraba posible una restauración capitalista, ésta tampoco podría ser

absoluta, tanto por la resistencia que provocaría en la sociedad misma como porque eso jamás había ocurrido en las revoluciones, la historia no daba marcha atrás. Para el socialismo, la gran lección del derrumbe consistía en que:

La idea de transición a la nueva sociedad debe ser modificada. Se trata de un proceso histórico sumamente prolongado que cubre varios siglos. Habrá revoluciones pero también restauraciones, saltos hacia adelante y recaídas en el pasado. Estamos al principio del camino. No existen atajos y el voluntarismo es fuente segura de monstruosidades a lo Stalin, Pol Pot o Ceaucescu. Ninguna revolución puede imponer el nuevo sistema de un solo golpe, y el ascenso al poder de las fuerzas del socialismo es sólo un momento, no la culminación del proceso.[60]

Con más sosiego y quizá menos entusiasmo, hacia 1999 Semo consideraba históricamente superada la versión soviética del socialismo y, sin renunciar a su aspiración de acabar con el capitalismo y reemplazarlo por una sociedad más justa, igualitaria y libre, escribió la conclusión que le faltó de redondear en su libro y, más que eso, la que debía un comunista de toda la vida ante una realidad que ya no podía evadirse:

Al filo del siglo XXI debemos reconocer que ni el capitalismo ni el comunismo del siglo pasado ofrecen opciones viables a la humanidad para el futuro. Aparentemente irreconciliables, no pueden ser separados, porque sus historias están unidas como las dos alas del mismo pájaro que parece haber perdido el rumbo. Lamentarse sirve de poco. Hay que aprender de la experiencia y seguir adelante.[61]

Sergio de la Peña enfocó la lección desde otro ángulo. En un lúcido apunte acerca de la crisis del socialismo trató de situar a ésta dentro de una perspectiva global. De los setenta en adelante se había operado una nueva revolución dentro del capitalismo que, mediante la incorporación de nuevas tecnologías, la reconversión industrial y la búsqueda de otros mercados, aplastó a la clase obrera a escala mundial. El desplome del bloque soviético fue una de sus consecuencias, pero la derrota histórica del trabajo fue la que en última instancia lo permitió. Esto no significaba que el colapso careciera de causas endógenas, destacadamente el autoritarismo que canceló la esfera pública y dañó a la economía, impidiendo revisar las políticas equivocadas dada la inexistencia de contrapesos dentro del espacio cívico. La capacidad explicativa del marxismo había sido superada por la magnitud del meteoro neoliberal que sacudió al

mundo del trabajo, obligando a someter a revisión las viejas certezas doctrinales y a confrontar una vez más la teoría con la realidad. Se estuviera o no con el "socialismo realmente existente" toda la izquierda comunista había perdido con su derrota. Por tanto, no había mucho que festejar. Un análisis semejante ofreció Adolfo Gilly, con la importante salvedad que consideraba que el marxismo-leninismo reafirmaba su vigencia. Para Bartra, esto enterraba juntos al reformismo y al maximalismo revolucionario en la medida en que el abandono del reino de la necesidad, estaba por fin claro, no quedaba sujeto a ninguna ley histórica, pero, también, "con todos sus fracasos, el socialismo es uno de los experimentos políticos más modernos que haya prohijado la cultura occidental". De los exmilitantes del PCM, Jorge G. Castañeda fue de los contados que encontró provechosa para la izquierda latinoamericana la desaparición del bloque socialista en la medida en que el final de la guerra fría le permitiría volcarse hacia la lucha electoral sin cargar el fardo soviético.[62] A escala global, sin embargo, se debilitaron los diques que contenían la barbarie capitalista, pues, apunta Perry Anderson, la Revolución de Octubre salvó "dos veces al capitalismo de sí mismo" -al derrotar al nazismo en el campo de batalla obligando a las sociedades occidentales a adoptar reformas profilácticas después de la guerra- "Ahora, para detrimento de todos, ese control de sus instintos salvajes ha desaparecido".[63]

7. LA DERROTA ESTRATÉGICA DE LA CLASE OBRERA

Δ

En la isla de Utopía hombres y mujeres trabajaban seis horas diarias en la agricultura y los oficios artesanales, con la garantía de que todos compartirían el producto porque no existía la propiedad privada. Si la situación lo permitía, la jornada laboral incluso podría reducirse, dedicándose más tiempo a la educación y el recreo.[1] El dictum de Tomás Moro según el cual el trabajo era el eje sobre el cual gira la sociedad, donde existía además la posibilidad de regularlo, recorrió casi quinientos años de historia, hasta que la era de la globalización lo sepultó.

La regulación del trabajo ha sido la idea-fuerza del movimiento obrero, el síntoma palpable del progreso social. Pero, cuando pudo, el capital removió todo tipo de trabas para dominar plenamente el mundo mercantil. Desde la Revolución francesa hasta la sociedad posindustrial, el péndulo de la disputa laboral se movió en torno a esto. Como toda relación de fuerza es dinámica y quien concentra mayor poder es quien puede inclinar las cosas hacia su lado. Hoy, desafortunadamente, el polo del trabajo es débil como nunca, situación tal vez equiparable a la de la primera revolución industrial, y la posibilidad de imponer reglas no parece visible. Ahora, también, apremia diseñar nuevos instrumentos y estrategias para equilibrar un poco más el balance de las fuerzas, para distribuir el poder social de mejor manera.

Industria y trabajo

Los modernos, tomando en consideración los componentes de honor y orgullo reunidos por la artesanía gremial, asociaron el trabajo tanto con la virtud como con la utilidad. Para ellos ya no solamente era el elemento clave de la reproducción social, sino un reducto de los mejores sentimientos humanos, de la inclinación moral hacia el bien obrar.[2] Clarens, la comunidad ética construida por Rousseau, constituyó un ejemplo a escala de lo que debería ser toda la sociedad: reinaba la armonía entre las personas y las clases, las pasiones tomaban un curso virtuoso y sosegado, no existía abundancia pero tampoco faltaba nada, el tiempo libre se dedicaba al cultivo del espíritu, y cada quien sabía qué le correspondía, pues los acuerdos económicos, guiados por un benévolo paternalismo, eran justos y transparentes:

Con todos estos obreros se hace siempre dos precios. Uno es el de rigor y derecho, el precio corriente del país al que uno está obligado por contratarles; el otro, un poco más fuerte, es un precio de buena voluntad, que se les paga según se esté contento con ellos; y casi siempre sucede que el trabajo que realizan para conseguirlo vale más que el salario que se les da, ya que monsieur de Wolmar es íntegro y severo, y no deja que degeneren en costumbre y abuso las instituciones de favor y de gracia.[3]

De haber existido Clarens, su armonía interna ocasionalmente habría sido rota por la escasez o crisis de subsistencias, el gran flagelo de la sociedad preindustrial. Entonces, el orden paternalista desnudaba sus fisuras, y propietarios y clases populares se enfrascaban en la batalla diaria por el pan. Cualquiera que fuera el resultado, la única certeza era que el conflicto reaparecería, pues el libre mercado promovido por los patrones y la economía moral de la multitud (esa plástica categoría histórica que debemos a Thompson) nunca consiguieron avenirse.[4] Bien sabemos de la victoria del primero, aunque en momentos de crisis profunda (v.g. el año II de la Revolución francesa), la economía moral tomaba revancha.

La revolución industrial resolvió el problema de la escasez, pero generó el del desempleo. En adelante, la lucha por la subsistencia ya no sería únicamente en

contra de los patrones, sino también entre los propios trabajadores. El cambio tecnológico permitió un desarrollo sin precedentes de las potencialidades económicas de la sociedad,[5] pero en el corto plazo hizo descender el nivel de vida de los obreros. Incluso los historiadores económicos, más atentos a las cifras que a las personas, admiten que su efecto positivo (más productos a menor costo) no lo experimentó de manera inmediata la población: tuvieron que pasar más de cincuenta años para que esto sucediera.[6]

Los primeros damnificados por la nueva organización de la producción fueron los artesanos, porque a la amenaza del paro se sumaron la perdida de la autonomía, la degradación de los oficios y la caída del ingreso. Este retroceso social tuvo consecuencias importantes: al menguar la autonomía, el proceso productivo escapó de sus manos, aumentando su dependencia del capital; con la descalificación de los oficios, desapareció el tesoro acumulado durante siglos y, en adelante, cualquier trabajador medianamente capacitado podría ocupar su lugar.[7] Esto, aunado a la incorporación de mujeres, niños e inmigrantes al trabajo fabril, y al aumento de la capacidad productiva, deprimió los salarios. Salvo para espíritus fuertes, la pérdida del status normalmente provoca la baja de la autoestima. Si valen las comparaciones históricas, los artesanos de principios del siglo XIX posiblemente experimentaron una desolación semejante a la de los trabajadores calificados de nuestro siglo vendiendo baratijas en la vía pública.

Los artesanos adoptaron el asociacionismo para contender con los cambios en la esfera productiva, pero el régimen revolucionario francés y la monarquía británica lo prohibieron durante decenios: en Francia, con el argumento que ésta suponía revivir las extintas corporaciones; para Inglaterra las razones estaban de más. Desde la clandestinidad forzada por las circunstancias, la primera gran revuelta contra la sociedad industrial fue la de los ludditas (1811-1817), más conocida por la destrucción de los telares mecánicos que por la tentativa de realizar una revolución social:

En distintos momentos sus demandas incorporaron un salario mínimo legal; el control de la “explotación” de las mujeres y los jóvenes; el arbitraje; el compromiso, por parte de los patronos, de encontrar trabajo para aquellos trabajadores cualificados que hubiesen perdido su puesto de trabajo debido a la maquinaria; prohibición de la producción de ínfima calidad; el derecho a la organización legal de trade unions.[8]

El paisaje agrario no pintaba mejor. La introducción de trilladoras mecánicas en

los campos ingleses desató gran presión sobre los asalariados rurales, quienes quemaron graneros y máquinas para disuadir a dueños y arrendatarios de despedirlos o reducir sus ingresos. Furtivamente, el anónimo, temible y noctámbulo capitán Swing ajustaba las cuentas.[9]

Con la revolución industrial emergieron también nuevos conceptos para tratar de aprehender esas inmensas transformaciones en el trabajo y la vida de las personas, esa aceleración del tiempo histórico representada por la época moderna.[10] Industria y clase, entre otros, se incorporaron al repertorio de los hombres de letras afanados en captar las claves del cambio. La industria, antes referida a un atributo humano específico, a una capacidad o inclinación, resemantizó su significado para incorporar ahora las actividades e instituciones manufactureras y productivas, de tal manera que la destreza del artesano, fundamento de su orgullo, se transfería a la máquina. De actividad virtuosa, el trabajo se transformó en fuente de explotación, y el honor fue sometido por la alienación: los productores ya ni siquiera eran dueños de su conciencia. Alrededor de 1815 surgiría el concepto de clases trabajadoras.[11]

La legitimidad ideológica de la burguesía en ascenso residía en haberse hecho a sí misma a través del trabajo y el ahorro. De hecho, en su autocomprensión, se miraba opuesta a la nobleza, la clase parasitaria del antiguo régimen que no había ganado nada con el esfuerzo diario, pues todo lo poseía desde la cuna. Después extendería el argumento para explicar por qué los pobres no progresaban: no trabajaban o ahorraban insuficientemente, dilapidando en la taberna la semilla de la prosperidad futura. Las clases trabajadoras, también llamadas clases peligrosas, fueron objeto de políticas específicas para prevenir una propensión al crimen que entonces se consideraba biológicamente determinada por el medio.[12]

En los Estados Unidos, las normas civiles funcionaron para asegurar el control de los trabajadores otorgando a los patrones un poder discrecional sobre sus empleados. Las leyes contra la vagancia posteriores a 1860 virtualmente criminalizaron el desempleo, la prisión por deudas fue una espada amenazante sobre los pobres urbanos desde que comenzó el siglo (situación que no mejoró gran cosa en las décadas siguientes al privatizarse la asistencia a los pobres), además de que cualquier intento por obligar al patrón a ceñirse a las disposiciones de los trabajadores sindicados era sancionado por los tribunales como extorsión, pues para éstos “los principios básicos de la república requerían la defensa de la iniciativa individual en la vida económica, contra cualquier

interferencia, tanto gubernamental como social".[13]

Junto con la dominación del capital sobre el conjunto de las relaciones humanas, la sociedad industrial trajo la tiranía del reloj. Y no sólo eso, vinculó el tiempo con el trabajo por medio de un concepto cada vez más extendido en la doxa económica y en el habla común: la productividad. Hipostasiada en la sociedad posindustrial, la productividad es ahora la calificación misma de su eficiencia, la condición de posibilidad del progreso. El tiempo del campesino, regido por las estaciones del año, el amanecer y la puesta del sol, y por los compromisos con la Iglesia y la comunidad; el tiempo del artesano, que unía el trabajo con la vida, y donde la labor podía interrumpirse constantemente, serían sustituidos por el horario, los turnos y el reloj checador.

La mecanización de los procesos productivos, las cadenas fabriles, y el lúgubre sonido de las sirenas, acabó por consumar la escisión entre el trabajo (productivo) y el ocio (improductivo). Esto hizo girar a la ecuación social hasta invertirse, dado que las clases ociosas reclamaban ya a las productivas el desperdicio del tiempo, el ocio, la diversión y el abandono del trabajo:

Esta forma de medir el tiempo encarna una relación simple. Los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su "propio" tiempo. Y el patrón debe utilizar el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta.[14]

La lucha en torno del tiempo fue una reivindicación fundamental del movimiento obrero de finales del siglo XIX, cuando los trabajadores se dieron cuenta de la indisociable relación entre el tiempo de trabajo y la explotación del capital: la conmemoración del Día del Trabajo nos lo recuerda puntualmente.

Cuando aumentó la productividad con la introducción de máquinas, técnicas nuevas y la disciplina laboral, los procesos productivos reconfiguraron su organización cobrando mayor relevancia la cuestión de la distribución de los beneficios. El cooperativismo owenita, el sistema serial de Fourier, el industrialismo sansimoniano y la "utopía científica" de William Morris intentaron recuperar el control social sobre el proceso productivo que se volvía en contra del trabajador. Owen, oponiendo la solidaridad a la competencia, y la propiedad colectiva a la individual; Saint-Simon, vislumbrando la formación de

un parlamento continental donde estuvieran representadas ampliamente las clases productivas; Fourier, reconciliando el placer con el trabajo, colocando a la asociación al mando de la actividad económica, preservando la naturaleza:

Para Fourier el trabajo bien ordenado habría tenido como consecuencia que cuatro lunas iluminasen la noche terrestre, que el hielo se retirase de los polos, que el agua del mar no fuese más salada y que los animales feroces se pusiesen a servicio de los hombres. Todo ello pone de manifiesto un trabajo que, lejos de explotar a la naturaleza, está en condiciones de aliviarla de las criaturas que duermen latentes en su seno.[15]

En la última gran utopía social del siglo XIX, Morris procuró liberar al trabajo artesanal de los imperativos mercantiles y reorientarlo hacia el uso. Tomó el modelo de la sociedad medieval, donde estaba ausente la distinción entre el artista y el artesano. Fueron el Renacimiento, potenciando el individualismo en las artes, y el capitalismo, con la producción en masa para el mercado, quienes acabaron por provocar esta ruptura. Por si fuera poco, el último volvió intolerable el trabajo y, al proletario, un medio para la acumulación de riqueza, transformando al campo en almacén de desperdicios industriales y reserva ilimitada de mano de obra barata. En consecuencia, la sociedad del porvenir debería garantizar a todos el trabajo, el tiempo libre, la creatividad, la calidad de vida y el placer en la actividad diaria. El trabajador no sería ya un apéndice prescindible de las máquinas, sino éstas lo emanciparían de las faenas más arduas.[16]

Los trabajadores y las clases populares en general tuvieron que dar grandes y sangrientas batallas, en las que las más de las veces pusieron las víctimas, para lograr la representación política, el sufragio, el derecho de asociación, salario y condiciones de trabajo dignos. No fue por, sino con frecuencia en contra del liberalismo como pudieron alcanzarlo:

Los valores universales de la burguesía revolucionaria -libertad, justicia, igualdad, etcétera- promovieron a la vez su propia causa y pusieron -a aquella burguesía- en un grave aprieto cuando las demás clases subordinadas empezaron a tomarse en serio estos imperativos.[17]

Sindicalismo

La Revolución francesa había otorgado derechos políticos exclusivamente a las clases propietarias o "ciudadanos activos", en tanto que la "Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano", del 26 de agosto de 1789, dejaba intacta la esclavitud en las colonias. No parece accidental, aunque sí arbitrario, que la restricción de los derechos políticos de las clases trabajadoras corriera al parejo de la anulación de los derechos de asociación, reunión, coalición y huelga, de acuerdo con la Ley Chepalier del 14 de junio de 1791. Todavía hacia 1830, se consideraba al proletario un individuo carente tanto de propiedad como de derechos políticos, y al sufragio censitario una reminiscencia aristocrática que había de abolirse.[18] La huelga fue reconocida por el Estado francés en 1864; veinte años después, el derecho a la sindicación.

La Sociedad de Correspondencia de Londres planteó desde su fundación en 1792 la reforma parlamentaria que permitiera votar a los trabajadores manuales, en tanto que la extensión del sufragio fue demanda capital de la "Carta del Pueblo" de 1838 (sus seis puntos tenían que ver con las elecciones),[19] cuya fuerza "residió en su identificación del poder como fuente de la opresión social y en su capacidad de concentrar en un objetivo común el descontento de las clases obreras sin representación".[20] No fue a través de la incorporación a la vida pública como se intentó contener a los trabajadores en los Estados Unidos, sino por medio de una policía uniformada que comenzó a operar en Nueva York en 1844, modelo adoptado posteriormente por otras ciudades.[21]

Con las revoluciones románticas de 1848 el discurso asociativo cundió en Europa. Mientras El Manifiesto comunista llamaba a la emancipación de la clase trabajadora, la minoría socialista en el gobierno de la segunda república francesa pugnaba por incorporar el derecho al trabajo dentro del sistema de garantías, montar talleres públicos, implantar el sufragio universal, extendiéndolo también al sexo femenino.[22] A partir de 1868 inició la constitución de federaciones sindicales. Gran Bretaña, España, Alemania y Hungría tomaron la delantera. En relación simbiótica con éstas, comenzaron a formarse partidos socialistas, que tardaron en incorporarse al sistema político. En cualquier caso, las luchas laborales y las batallas por el sufragio quedaron imbricadas:

En 1890 la democracia electoral todavía era rarísima en Europa, y la reivindicación del sufragio universal no tardó en añadirse a la reivindicación de la jornada de ocho horas y las demás consignas del Primero de Mayo. Curiosamente, la reivindicación del voto, aunque pasó a ser parte integrante del Primero de Mayo en Austria, Bélgica, Escandinavia, Italia y otros países hasta que se consiguió, nunca formó parte ex oficio de su contenido político internacional como la jornada de ocho horas y, más adelante, la paz.[23]

Antes de comenzar la guerra, en Finlandia, Suecia, Alemania y Territorios checos, los respectivos partidos socialdemócratas lograron votaciones superiores al 30%. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), cuya membresía superaba considerablemente a la de los demás, contaba con poco más de un millón de afiliados. En los Estados Unidos, la vigorosa industrialización posterior a la guerra civil atrajo a una nueva ola de inmigrantes, entre ellos a intelectuales y profesionales alemanes, quienes fundaron el Socialist Labor Party en 1877, de donde saldría el Socialist Party of America (1901), encabezado por el líder sindical Eugene V. Debs.[24] Para 1905 constituirían la Internacional Workers of the World.

Durante el siglo XIX predominó en América Latina el asociacionismo de carácter mutualista. Tanto la débil industrialización como el régimen gremial, que perduró hasta la época de la independencia, contribuyeron para que las cosas fueran así. La Sociedad de los Artesanos de la Paz (1852), la Sociedad Tipográfica de Santiago (1853) y la Sociedad Particular de Socorros Mutuos (1853), de la ciudad de México, figuraron entre las primeras asociaciones mutualistas. En 1872, también en México, se fundó la primera organización nacional de trabajadores conocida como El Gran Círculo de Obreros de México.[25] Hacia el fin de siglo, despuntó el sindicalismo latinoamericano en la minería, agroindustria, puertos, ferrocarriles y sector público. Mientras en el México prerrevolucionario surgieron poderosos sindicatos de industria en las ramas económicas de punta: la Unión Mexicana de Mecánicos, en 1900; la Alianza de Ferrocarrileros Mexicanos, en 1907; la Sociedad Mutualistas de Despachadores y Telegrafistas, en 1909; la Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros, en 1910. Dos décadas después, aparecieron las centrales obreras: la Confederación General del Trabajo (CGT), en 1930 en Argentina; la CTM, en 1936; la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), en 1938.

También en Latinoamérica el derecho de asociación y la extensión del sufragio estuvieron interrelacionados. Dada la precariedad económica en que vivían los

trabajadores, además del modelo autoritario de no pocos regímenes de la región, las reivindicaciones sociales y políticas articularon frecuentemente las luchas del movimiento obrero organizado. Sin embargo, a diferencia de su par europeo, su acción no devino en la formación de partidos socialdemócratas en el subcontinente, incorporándose como representante de los trabajadores en el sistema de relaciones industriales, y dentro del sistema político como interlocutor del Estado, particularmente en los distintos populismos.[26] Esta posición de relativa fuerza ganada mediante un pacto corporativo, permitió a sus agremiados acceder a los beneficios del Estado de bienestar, privilegio nada menor en sociedades tan inequitativas y desiguales como las nuestras.

Centrales sindicales

País
Gran Bretaña
España
Alemania
Hungría
Austria
Territorios checos
Bélgica
Dinamarca
Suecia
Noruega
Bulgaria
Países Bajos
Italia
Argentina
México
Chile

FUENTES: Eley, Un mundo que ganar, p. 75; Zapata, Autonomía y subordinaci

Si el sindicalismo fue en los últimos ciento cincuenta años la estructura organizativa que permitió a los trabajadores recuperar parte del control del proceso de producción, cedido al capital con la revolución industrial, proteger y mejorar sus condiciones de vida mediante la contratación colectiva, y negociar cuestiones estratégicas con los patrones y el Estado, la huelga constituyó el instrumento de presión fundamental. En ambos planos (organización y acción colectiva), los obreros situados en posiciones estratégicas dentro del sistema de relaciones industriales, esto es, quienes ocupaban los eslabones de la cadena de los cuales dependían muchos otros, dentro y fuera de la empresa, eran los que marcaban las pautas de la lucha y la negociación.[27]

Las imágenes del trabajo asociadas con el surgimiento del movimiento obrero moderno ya no eran la de la apacible Clarens, dentro de la cual toda la comunidad trabajaba por el bien común, sino las del agitado Montsou, llenas de odio y discordia por la explotación acentuada del trabajador degradado a proletario. Ahora, el instinto de supervivencia suplantaba a la virtud y luchar parecía tan difícil como indispensable para “los hombres [que] empujaban, un ejército negro, vengador, que germinaba lentamente en los surcos, creciendo para las cosechas del siglo futuro…”[28] A partir de 1890, la fiesta del trabajo se instauró honrando a los caídos en la guerra de clases:

De hecho, es una fiesta más universal que cualquier otra excepto el 25 de diciembre y el 1 de enero, y ha dejado muy atrás a sus rivales religiosas. Pero surgió de la base. Le dieron forma los propios obreros anónimos que, por medio de ella, se reconocieron a sí mismos como una sola clase, a pesar de las barreras del oficio, de la lengua, incluso de la nacionalidad, cuando decidieron que una vez al año se abstendrían deliberadamente de trabajar: harían caso omiso de la obligación moral, política y económica de trabajar.[29]

¿Una nueva era?

Aunque históricamente corrieron con independencia uno del otro, el socialismo y la clase obrera se han acompañado a lo largo de la historia. Aquél se dirigió a las clases trabajadoras (o productivas, de acuerdo con los utópicos), asumiendo que en éstas recaía el peso de la reproducción de la vida social, pensando también, que tarde o temprano serían mayoritarias, y presuponiendo su naturaleza revolucionaria.[30] El Manifiesto comunista vaticinó que la dinámica económica del capitalismo conduciría a la polarización social (obliterando el problema de las clases medias)[31] y que con el desenvolvimiento de la lucha de clases se formaría un sujeto revolucionario en el polo del trabajo. La poderosa expansión del movimiento obrero en el último cuarto del siglo XIX ofreció una base empírica a esa prospectiva, misma que se vio corroborada por el ascenso de la revolución mundial en el primer cuarto del siglo XX. Sin embargo, y como resultado de las mutaciones sufridas por el capitalismo a consecuencia del desarrollo tecnológico y de la recomposición tras las grandes crisis sistémicas, esta tendencia expansiva en el crecimiento del proletariado industrial menguó (tal vez desde que en la posguerra el capital se desplazó hacia el sector de los servicios), al punto que ahora "el declive de la clase obrera manual en la industria parece definitivo".[32]

Si bien dentro del capitalismo el desempleo es una condición estructural, nos adentramos en una nueva forma civilizatoria caracterizada por arrojar del mercado laboral a innumerables brazos para engrosar las filas de los "excluidos". Los incluidos ayer, excluidos hoy, con la maldición de Adán, ganaron obedientemente el pan con el sudor de su frente y, aun refrendándola, no tienen hoy la oportunidad siquiera de cumplir la voluntad divina:[33]

¿Cuándo tomaremos conciencia de que no hay una ni muchas crisis sino una mutación, no la de una sociedad sino la mutación brutal de toda una civilización? Vivimos una nueva era, pero no logramos visualizarla. No reconocemos, ni siquiera advertimos que la era anterior terminó.[34]

Globalización, posmodernidad, sociedad del conocimiento, sociedad posindustrial y sociedad de las altas tecnologías, son algunos de los nombres

dados a este quiebre epocal, a esta suerte de poshistoria tematizada por Francis Fukuyama en 1989:

Estos últimos años se han caracterizado por un milenarismo invertido en que las premoniciones del futuro, ya sean catastróficas o redentoras, han sido sustituidas por la convicción del final de esto o aquello (el fin de la ideología, del arte, o de las clases sociales; la crisis del leninismo, la socialdemocracia o del Estado de bienestar, etcétera): tomados en conjunto, todos estos fenómenos pueden considerarse constitutivos de lo que cada vez con mayor frecuencia se llama posmodernismo.[35]

Con la globalización, la concentración de capital, en los conglomerados de empresas y países, creció aún más y "el mundo en desarrollo" está más depauperado que antaño y, por tanto, sus posibilidades de salir del viejo horizonte histórico de la necesidad (en sentido hegeliano) son cada vez más remotas. Incluidas las economías avanzadas, algunas de las cuales sufrieron un proceso de desindustrialización, han crecido las disparidades sociales con el desmantelamiento del Estado de bienestar en los lugares donde existía; la crisis ecológica se agravó y el consumo de bienes de un segmento de la población cada vez menor procrea la pobreza de una masa creciente: el Tercer Mundo se instaló en el Primero.[36]

Los inmigrantes carecen de la ciudadanía, igualándose con sus antepasados trabajadores decimonónicos. La mayoría de los pobres, que desde la revolución industrial estuvieron concentrados en el campo, para 1990 poblaban ya las ciudades, los nuevos cordones de miseria por todos lados extendidos. Dentro de estas áreas urbanas hiperdegradadas, la clase trabajadora informal, como la llama Mike Davis, alcanza la escalofriante cifra de mil millones de personas, convirtiéndose en la clase social que más rápidamente crece en el planeta.[37]

Liberado de cualquier atadura, el capital ha colonizado todos los reductos sociales:

La norma ahora es el dinero; pero como el dinero no tiene absolutamente ningún principio ni identidad propia, ni es ningún tipo de norma en absoluto. Es absolutamente promiscuo, y se irá alegremente con el mejor postor. Se adapta infinitamente bien a la más singular o extremada de las situaciones y, al igual que la reina, no tiene opiniones propias sobre nada.[38]

La nueva palabra clave, para utilizar la expresión de Reymond Williams, es desregulación. Desregulación prácticamente de todo (financiera, del mercado, del trabajo, etcétera), en el entendido que se trata de un instrumento promotor de la eficiencia, la optimización de los recursos y, naturalmente, del bien común: a menos Estado mayor libertad, reduciéndose su intervención únicamente a dar certeza jurídica a la propiedad.

Cuando pudieron, los patrones impulsaron la desregulación del mundo del trabajo (reduciendo el periodo de aprendizaje de los oficios, abriendo las estructuras gremiales, rechazando el asociacionismo) siempre y cuando no se tratara de hacer efectivo el derecho a huelga, al que se opusieron durante la expansión del capitalismo liberal, pidiendo cuando menos su regulación: léase más Estado y menos libertad…de los trabajadores.

¿Pero qué es regular? Del latín regulare la palabra tiene fundamentalmente dos significados: poner en orden y ajustar a una regla. En ambos, está la idea de control y de norma y, si asumimos que no estamos en la libertad salvaje, supone el sometimiento a un poder (el Estado en el sentido contractualista, garante del pacto social).

Dada la experiencia de las primeras fases de la industrialización (jornadas laborales inhumanas, bajos salarios, trabajo infantil, enfermedades profesionales), documentadas justamente por los inspectores enviados por el Estado, los trabajadores demandaron la regulación de las relaciones laborales (tabulación salarial, fijación de la jornada, descanso, jubilación) y, en coyunturas excepcionales, buscaron además la autogestión de las empresas a través de consejos obreros. Cuando pudo, el polo del trabajo tradujo el aumento de la productividad en nuevas regulaciones que, al coincidir con ciclos de prosperidad económica, redundaron en mejores retribuciones, la disminución de la jornada laboral, o en ambas cosas:

Las importantes ganancias en productividad de la primera etapa de la revolución industrial, en el siglo XIX, tuvieron sus efectos en importantes reducciones en las horas de trabajo, que pasaron de las 80 a las 60 semanales. De igual modo, en el siglo XX, a medida que las economías industriales efectuaban la transición de las desde las tecnologías basadas en el vapor hacia las basadas en el petróleo y la electricidad, los regulares incrementos en productividad llevaron a un posterior recorte de las horas trabajadas por semana, que pasaron de las 60 a las 40.[39]

Este aumento del potencial productivo y las posibilidades futuras que se le veían en una década todavía gobernada por la esperanza, condujo a Herbert Marcuse a declarar el "final de la utopía", en la medida que las ilusiones de progreso y bienestar de los modernos resultaban plenamente realizables en la actualidad. La tecnología, como en su momento pensara Saint-Simon, posibilitaría el reino de la libertad. Retrocediendo en la línea del tiempo, el trabajo alienado y embrutecedor observado por Marx, cedería el asiento de la historia al trabajo apasionado y festivo imaginado por Fourier. Sin embargo, salvo victorias locales en la Europa unificada, como la jornada laboral de 35 horas implantada por el socialismo francés, por cierto cada vez más asediada por las presiones para reducir los costos de producción, el tiempo de trabajo se ha incrementado a partir de la década de 1980 con la utilización masiva de las Nuevas Tecnologías (NT) asociadas con la informática. Hace unos años, en los Estados Unidos, aproximadamente el 25% de los trabajadores de tiempo completo laboraban semanalmente 49 horas o más, como ocurría en la década de 1920. Las mujeres alrededor de 80 horas, si consideramos tanto el empleo asalariado como el trabajo en el hogar.[40]

Países emergentes como China, recurren a las extensísimas jornadas laborales que caracterizaron los inicios de la industrialización, además a formas de trabajo forzado que parecían históricamente superadas.[41] Familias enteras de indígenas del sur mexicano se enganchan temporalmente en los tecnificados campos agrícolas de las entidades norteñas a cambio de remuneraciones bajísimas, pagadas a destajo, y exentas de cualquier tipo de protección legal. Esto por no mencionar las violaciones cotidianas a la legislación nacional realizadas en empresas como la multinacional Wal-Mart, al ocupar a menores sin prestación laboral alguna. En el límite de la precariedad, para ellos la "moderna esclavitud" del proletario, representada por el salario, parece una edad de oro irrecuperable.[42]

Dentro del mundo del trabajo, la desregulación redujo el control que conservaban los trabajadores sobre el proceso productivo, socavando los derechos adquiridos (v.g. el régimen de pensiones), y acrecentó el trabajo precario a expensas de los puestos fijos, dejando un área cada vez mayor al margen de los beneficios sociales y de los esquemas de seguridad social. La flexibilización laboral completó el triángulo, al potenciar el efecto acumulado de los otros cambios (menos control=a menos derechos). Pero no sólo eso, también permitió la contratación por horas, en detrimento de la regulación por jornada que venía del siglo XIX, e introdujo otra jerarquía dentro del orden laboral con los contratos de "primer empleo" o temporales, una especie de reencarnación

posmoderna del aprendizaje gremial.

Otro aspecto de esta nueva jerarquización del trabajo reside en la diversificación experimentada por las empresas, con el propósito de abaratar costos y tener respuestas flexibles a las oscilaciones del mercado. La incorporación de las NT a la esfera productiva refrendó su control centralizado del trabajo, no obstante que las firmas se movieran en distintos registros. Esta dualización permitió conservar las grandes empresas con una mano de obra estable y bien pagada, trasladando la incertidumbre, la precariedad y los bajos salarios a firmas subsidiarias que realizan procesos complementarios.[43]

Resulta obvio que todos estos cambios en la industria debilitaran a los sindicatos. De un lado, porque su base tradicional la conforman los trabajadores estables, los cuales vieron disminuidas sus posibilidades de control con la desregulación; por el otro, dada la pulverización del escalafón laboral en múltiples categorías, formas de contratación e ingresos, vinculadas con la fuerza de trabajo variable y volátil procreada por la flexibilización. De hecho, un segmento importante de ésta por años se alterna entre la precariedad y el paro, sin lograr acceder a puestos permanentes. En Latinoamérica, con la crisis económica de los ochenta y la subsiguiente privatización de las empresas públicas, principal bastión de los trabajadores organizados, bajó la tasa de afiliación sindical, multiplicándose la cesantía y el sector informal.[44]

Este panorama sombrío del mundo del trabajo es el del nuevo milenio. Para que sobreviva la sociedad, hombres y mujeres deberán de seguir trabajando, esperemos cada vez en jornadas más cortas y mejor pagadas. Esto es ineludible. Pero lo es también el descentramiento político y social de la clase obrera industrial, así como el agotamiento del sindicalismo y de los instrumentos tradicionales de resistencia, negociación y lucha.[45] La gran paradoja que el presente ofrece al pensamiento crítico es que, de acuerdo con la predicción de Marx, el capitalismo penetró todos los resquicios sociales e individuales, completando su colonización de la naturaleza y del inconsciente, a través de la comunicación de masas y de las nuevas formas de trabajo alienado.[46] Como planteó agudamente hace poco un programador de páginas web:

Cuando me descubro trabajando en sueños, observo que actúo de forma alienada, pensando de una manera que es extraña en mí; trabajando fuera del proceso laboral formal a través del proceso espontáneo del pensamiento. ¿Quién puede decir que este proceso no asumirá su lugar como lengua nativa, una

alienación que absorbe por completo aquello que aliena?[47]

Dentro del “trabajo intangible” o “inmaterial” de la cibernética es prácticamente imposible recurrir al “tortuguismo” como táctica de sabotaje al capital, porque la integración del trabajo no obedece a la antigua cadena productiva fordista, sino a la “programación ágil y extrema”. Parece que únicamente la enfermedad (real, simulada o imaginaria) puede sustraer temporalmente al trabajador de la mecánica del proceso de producción. “Pero si la enfermedad es lo único que tenemos -dice un experto en programación-, ofrece poca esperanza para una resistencia significativa.” Al mismo tiempo, el capital se está despojando de su materialidad al separarse del “‘contexto concreto’ de su geografía productiva”.[48]

En contrario a la prospectiva marxiana, la clase obrera industrial perdió relevancia dentro de la totalidad social y, salvo en algunos episodios fugaces, aspiró a la revolución. De hecho, doscientos años de historia del proletariado fabril no muestran la conexión necesaria entre éste y aquélla: fundamentalmente su acción se encaminó a mejorar su condición material, expandir sus derechos y preservar sus conquistas. Seguramente, el trabajo no desaparecerá, pero el movimiento obrero habrá de reinventarse para recuperar un lugar en la sociedad del futuro. En este trayecto, deberá encontrar nuevas formas de agregación donde puedan desarrollarse los lazos de solidaridad indispensables en la defensa del interés común y generar coaliciones sociales que ahora parecen impensables para hacer efectivos los derechos sociales, uno de las cuales, como atisbaron los hombres del cuarenta y ocho, es el derecho incuestionable a trabajar, a poseer una vida digna y disfrutar de un tiempo libre no alienado, condiciones que posibilitan el ejercicio de todas las demás garantías. Mientras tanto, al igual que el alfarero de La caverna, los trabajadores y sus productos dependerán exclusivamente de las veleidades del mercado dispuesto en cualquier momento a desterrarlos de su imperio: “No quiero angustiarlo” -le dijeron- “pero creo que a partir de ahora sus lozas sólo interesarán a los coleccionistas, y ésos son cada vez menos”.[49]

EPÍLOGO

Δ

Los noventa señalaron el declive de un régimen de historicidad, una perspectiva política, una comprensión teórica, y un tipo de intelectual. Inmersos en sus consecuencias, no podemos saber si es transitorio o definitivo, pero en todo caso significa la ruptura con un pasado que posee la singularidad de conformar la experiencia vital de una generación coetánea de la nuestra.[1]

El régimen moderno de historicidad, que grosso modo corre entre 1789 y 1989, y dentro del cual el presente adquiría sentido en función del futuro, fue trastocado por el nuevo orden del tiempo configurado después del "corto siglo XX". La Revolución francesa significó la palabra revolución en oposición a la "reacción", el conservadurismo y la contrarrevolución.[2] El vocablo suponía un cambio hacia adelante -no un proyecto restaurador o el regreso al principio, como antes se concebía-, una transformación profunda entendida como progreso y perfeccionamiento. Fue entonces -recuerda Hannah Arendt- que "los hombres empezaron a dudar que la pobreza fuera inherente a la condición humana, cuando empezaron a dudar que fuese inevitable y eterna la distinción entre unos pocos, que, como resultado de las circunstancias, la fuerza o el fraude, habían logrado liberarse de las cadenas de la pobreza, y la multitud, laboriosa y pobre".[3] También se cobraba conciencia de la aceleración del tiempo, "indicio infalible de que hay fuerzas, puestas como inmanentes a la historia, que provocan un tiempo histórico propio en virtud del cual la Edad Moderna se distingue del pasado".[4] Vendría entonces la concepción de la historia como una sucesión de etapas que indefectiblemente conducían a un futuro mejor, esto por no hablar de los cambios en la experiencia cotidiana del tiempo y su medición que trajo la revolución industrial. Con el socialismo, revolución se diferenció del concepto gemelo de evolución al que disputaba el curso de ese perfeccionamiento progresivo, afianzando su naturaleza radical, rápida, violenta y emancipadora. Para evitarlas, en adelante, se diseñarían constituciones. La primacía en la posmodernidad del presente con respecto del pasado y la incertidumbre acerca del porvenir, o de plano su clausura, modificaron el marco de referencia desde donde partían los discursos acerca de la revolución, bloqueando el espacio a las concepciones alternativas y a las construcciones utópicas.[5]

En múltiples sentidos 1989 clausuró también un horizonte político. La caída del muro de Berlín y la matanza de la Plaza de Tiananmen mostraron el agotamiento de los signos vitales del "socialismo realmente existente". El PMS se disolvió para reagrupar a la izquierda dentro del PRD, con lo cual la izquierda socialista no sólo perdió lo que adjetivó su acción por muchísimos años, sino también terminó fundiéndose (y confundiéndose) con quien fuera su principal adversario: el PRI. En esta dialéctica fusión-confusión, aquélla adoptó el proyecto de la Revolución mexicana cuando el PRI lo abandonó en favor del poco venturoso "liberalismo social". Copada por un nacionalismo revolucionario extraño a su fundamento universalista, intentó reanimar el cadáver (los primeros diagnósticos de su muerte datan de los cuarenta) de quien le había cerrado el espacio público a lo largo del siglo.[6]

Trepada en el carro de la Revolución mexicana, la izquierda socialista evitó hacerse cargo de las exequias de la Revolución de Octubre. Lo que afuera se experimentó como una derrota histórica, México lo celebraba como el triunfo de la unidad sobre el sectarismo, esa droga que el ostracismo político siempre le suministró. Tenía, no obstante, cierto fundamento esa postura, ya que los comunistas se habían situado durante décadas como la vertiente radical de la Revolución mexicana y, con el giro a la derecha alemanista, decidieron trascenderla, distanciándose incluso del cardenismo.[7] En varias ocasiones también, la izquierda actuó bajo la premisa de la alianza táctica con el ala progresista del Estado para contener al imperialismo y a la derecha: la estrategia del frente popular coordinó a los comunistas con el régimen revolucionario en contra del fascismo, el MLN convocó a una amplia alianza antimperialista y el PMS reunió en una sigla a las izquierdas socialista y nacionalista. Además, para un partido de "cuadros", la oportunidad de acceder a las "bases" del PRI y a una gran masa de ciudadanos inconformes era irresistible.[8] Pronto advirtió Arturo Anguiano

que veinte años después de la ruptura histórica del 68 la izquierda reincida en el nacionalismo de la Revolución mexicana -fundamento ideológico en el cual el régimen priísta se afianzó- y que se encuentre buena parte de ella enredada en sus secuelas, no puede explicarse si no se considera su enflaquecimiento orgánico, su regreso al autismo social y la pérdida de perspectivas políticas.[9]

La izquierda no se había caracterizado por tener un respaldo social amplio y estable. En el siglo XIX la constituían minúsculos círculos intelectuales urbanos que lograron influir marginalmente en los medios obrero y agrario. Durante el

siglo pasado, tuvo mayor presencia entre las clases trabajadoras, pero siempre en un segundo plano en relación con el contingente corporativo del PRI. Una de las causas de esta influencia periférica fue la legitimidad con que contó el régimen, pues pretender hacer la revolución en un país donde ésta había efectivamente ocurrido no era algo fácil de plantear a las clases subalternas (otra diferencia importante con las izquierdas latinoamericanas) que, además, lograron cierto grado de bienestar y movilidad social durante el "milagro mexicano". Es inobjetable que el crecimiento más significativo de la izquierda ocurrió con la unificación de las corrientes que venían del socialismo con las procedentes del nacionalismo revolucionario.

La doctrina estalinista del socialismo en un solo país, los imperativos de la guerra fría y la proximidad con los Estados Unidos también acercaron a una parte de la izquierda a esta fuente nacionalista extraordinariamente prolija y exitosa, no únicamente por articular una sociedad tan diversa como desigual, o por dominar el imaginario popular, sino porque penetró el discurso de todas las formaciones políticas. Con raíces que se hunden en el patriotismo criollo de los albores independientes, el romanticismo decimonónico constructor de la nación y el modernismo porfiriano de la mundialización finisecular, la revolución le permitió desplegarse a plenitud. Por convicción o pragmatismo, izquierda y derecha se sometieron a su tiranía ideológica,[10] y sólo el reflujo del nacionalismo revolucionario -asociado con la globalización, la emergencia del EZLN y los gobiernos neoconservadores- permitió el resurgimiento del indianismo y el criollismo en los vértices identitarios.

Estas afinidades, sin embargo, no son suficientes para explicar la fusión del socialismo y el nacionalismo dentro del campo de la izquierda mexicana. Tal vez el motivo fundamental fue que las expectativas sobre el triunfo de la causa revolucionaria en América Latina se vinieron abajo en un contexto donde resultaba creíble otro desenlace histórico. La década de los setenta conjugó la recesión económica con la crisis política, el reposicionamiento de la izquierda con la movilización sindical, el declive de los partidos tradicionales con el surgimiento de organizaciones revolucionarias, las guerras civiles centroamericanas con la derrota estadunidense en Vietnam y la legitimidad teórica del marxismo, de manera tal que el asalto al Palacio de Invierno sonaba próximo. El resultado, bien conocido, fue la derrota estratégica de la clase obrera, la desaparición del campo socialista, la desindustriaización de las economías emergentes y el ocaso de la revolución en América Latina, producto de la recomposición del orden mundial y del dominio ilimitado del capital

financiero sobre el conjunto de la economía internacional. En tanto, el neoliberalismo se enseñoreó como la ideología dominante en el mundo occidental, con un éxito apenas comparable con el de las viejas doctrinas religiosas, convirtiéndose “en la ideología más universal de la historia mundial”.[11] Sin embargo, en aquel momento, había indicios de que las cosas podrían ser distintas, en buena medida, por los factores ya mencionados, además de la descolonización de África, la caída de las últimas dictaduras europeas y la ola expansiva de la revolución latinoamericana. Hoy, en la resaca de la recesión mundial, la anemia intelectual de la izquierda,[12] los desechos de los conflictos armados centroamericanos (devueltos al país como macabro tributo a la solidaridad con su revolución) y la hegemonía ideológica del pensamiento único, las expectativas de antaño parecen inverosímiles. El fracaso del proyecto donde cobraban sentido es la exacta medida del presente ominoso que padecemos. Nostálgicamente, una franja de la izquierda buscaría en el mundo indígena al sujeto revolucionario perdido con la reconversión industrial a través recuperación de las vías negadas por la occidentalización,[13] como si el capitalismo no hubiese ocupado ya todos los espacios sociales.[14] Bartra afirma que

a pesar del dinamismo evidente de la izquierda mexicana, la nueva situación y la coyuntura chiapaneca han estimulado también el surgimiento de tendencias fundamentalistas en quienes, ante el vértigo provocado por el abismo que dejó el derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y en el centro de Europa, buscan en los viejos metadiscursos el salvavidas para no ahogarse en el diluvio posmoderno.[15]

Las transformaciones también impactaron la esfera intelectual y el debate cívico. Después de la colonización de las ciencias sociales por el marxismo, las síntesis totalizadoras fueron relegadas por la microespecialización de los saberes y los pequeños relatos, mientras la doxa de los medios electrónicos ganó terreno al discurso sistemático de la cultura impresa, cuando no el antintelectualismo ramplón de la sociedad del espectáculo. El intelectual orgánico -en el sentido gramsciano de “constructor, organizador y persuasor constante”-,[16] comprometido con las causas de su tiempo, fue excluido de los foros de opinión televisivos (privados), de rigurosa etiqueta neoliberal para panelistas quizá convencidos de que “el mercado de la obediencia paga mejor”.[17]

Si es que alguna vez lo hicieron en nuestro país, estos medios, antes subordinados al Estado autoritario, ahora en calidad de un poder fáctico

interesado más en promover sus intereses particulares que en ofrecer insumos reflexivos a la ciudadanía, no cumplen la función de articular el consenso a través del debate racional (habermasiano), pues en rigor no hay discusión fuera del único paradigma aceptable. En una democracia sin demos ni ágora donde no hay ideas sino exclusivamente intereses -dice Bolívar Echeverría- “los políticos simple y llanamente negocian”. Por tanto, todavía algunos ven la urgencia de reincorporar a los intelectuales al debate público para reducir los estragos de la triunfante cultura de los expertos, la cual “tiene una fuerte propensión a soslayar el control democrático y a privar a los ciudadanos de todo el dominio sobre su porvenir”.[18]

El mundo ha cambiado, es cierto, pero la mayoría de los habitantes del planeta vive todavía cautiva dentro del muro de la necesidad. La libertad no basta si escasean el pan y el trabajo para muchos, ni la democracia puede arraigar en medio de la desigualdad extrema. No es tampoco tal con una ciudadanía menguada o inexistente. Mientras esto ocurra, la izquierda será necesaria. Ante su crisis, los autores que hemos seguido en este libro a través de las revistas teórico-políticas que encabezaron, proponen, como antaño, salidas distintas. Para atajar el desastre provocado por el estancamiento económico, la falta de horizonte para la juventud, la violencia y la impunidad, Semo concibe la transformación del país como una combinación de “victorias electorales y movilizaciones populares o movilizaciones populares y victorias electorales”. Y la crisis de la izquierda, obliga a “rescatar del pasado todo lo vivo y enterrar a nuestros muertos”.[19] De acuerdo con Bartra, habría de explorarse una nueva confluencia entre las tradiciones liberal y socialdemócrata con el propósito de insertarse en la globalización pero sin perder de vista la agenda de la igualdad, la secularización, la democracia y la extensión de los derechos individuales y sociales. Según Gilly ha de construirse una modernidad desde abajo, sin excluidos; hacer de la ira una fuerza activa. Para Echeverría, persistir en la “resistencia y rebeldía frente al modo capitalista de vida civilizada”.[20]

Salvo las formaciones guerrilleras, ninguna de las dos vertientes civiles que conforman la izquierda mexicana realmente existente (el PRD y el zapatismo desarmado), cada una con su respectivo contingente intelectual, reivindica la revolución en el sentido fuerte del término como la vía para la transformación social del país, por lo cual podemos también decir que esto es indicativo de la ruptura histórica antes señalada. Aquél, porque a pesar de sus incontables vicios, eligió la ruta democrática cuando se constituyó después del fraude electoral de 1988, el cual confrontó al campo intelectual provocando nuevos alineamientos;

el zapatismo, con la concepción prepolítica heredada del primer socialismo, desplazó el problema del poder hacia el asunto de las autonomías de los pueblos indígenas, actualizando la secular reivindicación de los movimientos agrarios. Esto no significa que la revolución ya no sea posible, imaginable o deseable -la hubo mucho antes de la modernidad y nada hace pensar que desaparezca después de ésta. Antes bien, indica que difícilmente obedecerá a la intención de los hombres pues, si tiene razón E.P. Thompson, la historia constituye "una práctica humana no dominada", es un proceso abierto que no tiene un fin como comprobó el siglo pasado. Pero, porque el futuro no está predeterminado por ninguna ley histórica, ni es tampoco la prospección de un presente perpetuo, es justamente que podemos pensar que pueda ser mejor y, a riesgo de equivocarnos, hacer porque sea así.[21]

NOTAS

Δ

PRÓLOGO

1. Berlin, El sentido de la realidad, pp. 276-277; Berlin, Las raíces del romanticismo, p. 24; Furet, El pasado de una ilusión, p. 42; Berlin, Karl Marx, p. 70; Morin, “Mayo del 68”, p. 137; Arendt, Sobre la revolución, p. 148; Spencer, El individuo contra el Estado, p. 67. La reciente y magnífica novela del cubano Leonardo Padura sobre el asesino de Trotsky, Ramón Mercader del Río, apunta en esta dirección: “Las promesas que nos habían alimentado en nuestra juventud y nos llenaron de fe, romanticismo participativo y espíritu de sacrificio, se hicieron agua y sal mientras nos asediaban la pobreza, el cansancio, la confusión, las decepciones, los fracasos, las fugas y los desgarramientos. No exagero si digo que hemos atravesado casi todas las etapas posibles de la pobreza”. Padura, El hombre que amaba los perros, p. 485. Ya antes, Hans Magnus Enzensberger había caracterizado al socialismo real como “el estadio superior del subdesarrollo”. Enzensberger, Migajas políticas, p. 53.

2. “…Le passé d’une illusion presentaba la historia del siglo XX como si fuera la del proceso de liberación del peligroso sueño del comunismo”. El libro de Furet “se lee como un producto tardío del periodo de la guerra fría. Pero, invirtiendo y adaptando una célebre frase de Marx: ‘Hasta ahora los historiadores sólo se han dedicado a cambiar el mundo. El problema es interpretarlo’. Sobre todo cuando efectivamente ha cambiado”. Hobsbawm, Años interesantes, p. 306; Hobsbawm, “Historia e ilusión”, p. 164.

3. Krauze, Por una democracia sin adjetivos, p. 76; Aguilar Camín, Pensando en la izquierda, p. 57. Una estupenda lectura crítica de aquél la ofrece Salazar

Carrión, “Enrique Krauze” (en prensa). Véase también Illades, “Héctor Aguilar Camín”, 2009.

4. Eagleton, Después de la teoría, p. 132. “…una idea que, ya la llamemos comunismo, socialismo o cooperación, no considera a la sociedad ni como neutral ni como protectora, sino como el medio positivo para toda clase de desarrollos, incluido el individual. El desarrollo y el beneficio no se interpretan individual sino comúnmente”. Williams, Cultura y sociedad 1780-1950, p. 266.

5. Hobsbawm, “Desórdenes mundiales”, p. 127; Villoro, Tres retos de la sociedad por venir, p. 13.

6. Semo, La búsqueda, II, pp. 130 y ss.; Illades, Las otras ideas, pp. 34 y ss.

7. Para una opinión sobre las elecciones de 2006 véase Monsiváis, El 68, p. 24. La inconsistencia de las actas electorales y, por tanto, la insatisfacción del criterio de certeza de la elección constitucional de 2006 está documentada en Crespo, 2006: hablan las actas, cap. 2.

8. Lida, Caleidoscopio del exilio, p. 105; Yankelevich, Ráfagas de un exilio, pp. 198-204., 255-256.

9. “Las revistas, que son uno de los soportes esenciales del campo intelectual, pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad, espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de las relaciones afectivas…” Dosse, La marcha de las ideas, p. 51.

10. La historicidad del marxismo está atravesada “por las recomposiciones más vastas en los regímenes de saber que se produjeron en su transcurso en el pensamiento occidental… se recompone en función de las diversas epistemai que definen, en cada momento dado, las condiciones de inteligibilidad de los fenómenos”. Palti, Verdades y saberes del marxismo, p. 92.

11. Sobre la hegemonía del marxismo dentro del campo intelectual argentino de los sesenta véase Terán, “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, p. 76.

12. “Se puede decir que los autores, las escuelas, las revistas, etcétera, existen en y por las diferencias que los separan”. Bourdieu, Razones prácticas, p, 62.

13. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 127. Para la literatura política sobre la caída del bloque socialista véanse Semo, Crónica de un derrumbe, 1991; Anguiano, El socialismo en el umbral del siglo XXI, 1991. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 39, indicó a los historiadores la necesidad de acometer esa tarea.

1. EL COMPROMISO DE LOS INTELECTUALES

1. Zaid, De los libros al poder, p. 78; Ory y Sirinelli, Los intelectuales en Francia, p. 20; Heller, Teoría de la Historia, p. 32; Löwy, Para una sociología de los intelectuales revolucionarios, p. 17. Énfasis suyo.

2. Taylor, Imaginarios sociales modernos, p. 114; Portelli, Gramsci y el bloque histórico, pp. 10 y ss. Se cita el primero.

3. Collins, Sociología de las filosofías, p. 27; Ory y Sirinelly, Los intelectuales en Francia, p. 21; Cevasco, Para leer a Raymond Williams, p. 171.

4. Bourdieu, Intelectuales, política y poder, pp. 161-162; Williams, Cultura y sociedad, 1780-1950, p. 41. La producción de una intelectualidad autónoma es para éste uno de los grandes mitos de la ideología burguesa. Cevasco, Para leer a Raymond Williams, p. 100.

5. Bénichou, La coronación del escritor 1750-1830, 1981; Williams, Cultura y sociedad 1780-1950, p. 43; Darnton, La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa, p. 234; Lottman, La Rive Gauche, pp. 60, 358-359; Ory y Sirinelli, Los intelectuales en Francia, p. 180. "…la entrada de intelectual a la política es originalmente un acto de protesta". Dosse, La marcha de las ideas, p. 24. Recuerda Bolívar Echeverría: "Sartre fue muy, muy importante. Para toda mi generación Sartre fue importantísimo. Era una especie de modelo de cómo debe ser el intelectual". Cit. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 89n. Véase también Echeverría, El materialismo de Marx, p. 88. Como si esto fuera siquiera posible, para Paz su deber como escritor consistía en "preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma". Paz, "El escritor y el poder", p. 549.

6. Bourdieu, Las reglas del arte, p. 197; Lottman, La Rive Gauche, p. 16.

7. Sheridan, México en 1932, p. 9; Illades, Las otras ideas, cap. 9. Caso y Lombardo, Idealismo versus materialismo dialéctico, pp. 23, 31. Organizaciones de este tipo se fundaron en distintos países para hacer frente al fascismo. En Rusia, la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios; en Francia, la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR). Lottman, La Rive Gauche, p. 100; Ory y Sirinelli, Los intelectuales en Francia, p. 123.

8. Aguilar Camín, Pensando en la izquierda, p. 13.

9. Semo, La búsqueda, II, pp. 130-131; Bartra, La democracia ausente, pp. 88 y ss.

10. "…en el mundo social se produce una articulación de situaciones temporales de los sujetos en torno a los contemporáneos, los predecesores y los sucesores, lo que nos lleva a la idea de convivencia de tres generaciones". Aróstegui, Historia vivida, p. 122. Énfasis suyo.

11. Illades, Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México, p. 60; Illades, Las otras ideas, p. 151.

12. Flores Magón, La Revolución mexicana, p. 18; Flores Magón, La Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, pp. 71, 75.

13. Sobre el origen del PCM véanse Márquez Fuentes y Rodriguez Araujo, El Partido Comunista Mexicano (en el periodo de la Internacional Comunista), pp. 60 y ss.; Carr, La izquierda mexicana a través del siglo XX, pp. 34 y ss; González Casanova, En el primer gobierno constitucional, pp. 144 y ss.; Taibo II, Bolshevikis, pp. 54 y ss.; Spenser y Ortiz Peralta, La Internacional Comunista en México, pp. 31 y ss.

14. Crespo, "El comunismo mexicano en 1929", p. 376.

15. Tres socialistas frente a la Revolución mexicana, pp. 245, 377; Wilkie y Monzón de Wilkie, Frente a la Revolución mexicana, IV, pp. 286, 291, 305.

16. Sassoon, Cien años de socialismo, p. 276. Sobre el análisis acerca de la "aristocracia obrera" en el contexto histórico de principios del siglo pasado véanse Hobsbawm, "Lenin y la aristocracia obrera", 1976; Nicolaus, "La teoría de la aristocracia obrera", 1976.

17. Balibar, "Del 68 a la crisis de la izquierda", pp. 2-3.

18. Ambos, como bien señala Bartra, constituyen "desde muchos puntos de vista, los pilares más sólidos sobre los que se sostiene la cultura política de la izquierda mexicana". A pesar de sus diferencias, comparten una misma matriz estatista. Bartra, La democracia ausente, pp. 179-180.

19. Borsò, "Independencia y Revolución: de las utopías a las paradojas", p. 750.

20. Revueltas, México: una democracia bárbara, pp. 18, 19, 31; Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, p. 94.

21. Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, pp. 24, 58.

22. La invasión a Hungría resultó traumática para los intelectuales comunistas occidentales, aunque no para sus partidos, que prácticamente sin excepción apoyaron la medida de fuerza. Jean-Paul Sartre se distanció definitivamente del PCF. En Inglaterra se disolvió la Agrupación de Historiadores del Partido

Comunista presidida por Eric J. Hobsbawm, quien, junto con Maurice Dobb y A.L. Morton, permanecieron en el partido; E.P. y Dorothy Thompson, Christopher Hill, Rodney Hilton, Victor Kirenan, Royden Harrison, George Rudé, John Saville y Raphael Samuel, renunciaron.

23. Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, p. 36.

24. Semo, El ocaso de los mitos, pp. 64-65.

25. Monsiváis, “Revueltas: crónica de una vida militante”, p. 43. Énfasis suyo.

26. Fernández Christlieb, El espartaquismo en México, p. 56; Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, p. 35. Se cita el primero.

27. Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, p. 38. Énfasis añadido. Antes de morir en 1976 tenía previsto escribir un nuevo prólogo dadas las dudas que para entonces albergaba acerca de la teoría leninista de la organización. Bartra, La democracia ausente, p. 181.

28. Jorge G. Castañeda, “Lo que puede cambiar en el PCM VII. Una alternativa a la crisis”, Unomásuno, 24 de octubre de 1980.

29. Revueltas, Los errores, p. 9; Revueltas, México 68, p. 275. “El primer Estado proletario, a causa de su renuncia a la perspectiva (podríamos decir “clásica”) de una revolución socialista mundial, deviene en una potencia nacional, con intereses propios nacionales -y aun de nacionalidad- y una geopolítica privativa

y muy precisa, no diferente en esencia de la estrategia tradicional del viejo Estado ruso”. Revueltas, México: una democracia bárbara, p, 141. Énfasis propio. Véase en el mismo sentido Priestland, Bandera roja, p. 278.

30. Pozas Horcasitas, “La Revista Mexicana de Literatura”‘, p. 262.

31. Pitol, “El México radiante de los sesenta”, p. 15.

32. El cambio de espacio trajo el cambio de nombre, llamándose en adelante La Cultura en México. Entonces se sumaron al equipo editorial Pacheco, Monsiváis y Vicente Rojo. Volpi, La imaginación y el poder, p. 51; Monsiváis, El 68, p. 91.

33. Véanse, por ejemplo, Elena Poniatowska, “De las barbas de Venegas Arroyo a las barbas de Fidel Castro”, Novedades, 5 de abril de 1959; Pablo González Casanova, “A la conquista de una dignidad”, Novedades, 12 de junio de 1960.

34. Sara Moirón, “Una respuesta que todo mundo se preguntaba sobre Cuba. Entrevista con Carlos Fuentes”, Novedades, 5 de abril de 1959.

35. Krauze, Por una democracia sin adjetivos, p. 83; Cosío Villegas. La crisis de México, 1997.

36. La mejor reconstrucción de estos hechos está en Montemayor, Las armas del alba, 2003. Wilkie y Monzón de Wilkie, Frente a la Revolución mexicana, IV, p. 286; Montemayor, La violencia de Estado en México, p. 63. Para una crítica de la postura lombardista véase Revueltas, México: una democracia bárbara, p. 126.

Se cita el segundo.

37. Terán, “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, pp. 74-75.

38. “Dos años de Historia y Sociedad”, Historia y Sociedad, núm. 8, 1967, p. 2.

39. Jorge Ibargüengoitia, “La ley de Herodes”, S.NOB, 11 de julio de 1962, p. 2.

40. El Espectador, que tímidamente simpatizaba con el movimiento, había mirado con recelo la incorporación de Campa, temiendo la radicalización de la protesta rielera. “El anuncio de la huelga ferroviaria”, El Espectador, 23 de febrero de 1959.

41. Argüedas, “El Movimiento de Liberación Nacional”, p. 240.

42. Semo, El ocaso de los mitos, pp. 68 y ss. Sobre la composición social del ejército invasor véase Enzensberger, El interrogatorio de La Habana y otros ensayos, pp. 24 y ss.

43. Reyna y Trejo Delarbre, De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos, 1952-1964, p. 164; Condés Lara, Represión y rebelión en México (1959-1985), I, p. 218. El comité nacional de la organización lo formaban Alonso Aguilar, Ignacio Aguirre, Clementina B. de Bassols, Narciso Bassols Batalla, Martha Bórquez, Enrique Cabrera, Guillermo Calderón, Cuauhtémoc Cárdenas, Jorge Carrión, Fernando Carmona, Heberto Castillo, José Chávez Morado, Carlos Fuentes, Ignacio García Téllez, Enrique González Pedrero, Eli de Gortari, Mario

H. Hernández, Jacinto López, Francisco López Cámara, Braulio Maldonado, Manuel Marcué Pardiñas, Manuel Nesa A., Guillermo Montaño, Arturo Oroná, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Sánchez Cárdenas, José Siurob, Manuel Terrazas y Adelina Zendejas. Argüedas, "El Movimiento de Liberación Nacional", p. 233n.

44. Ibíd., p. 247.

45. Bellingeri, Del agrarismo armado a la guerra de los pobres 1940-1974, p. 66; Castellanos, México armado 1943-1981, pp. 54 y ss.

46. "El caso Padilla", Libre, núm. 1, 1971, pp. 95-96. Véase Löwy, El pensamiento del Che Guevara, cap. 4.

47. El caso Padilla", Libre, núm. 1, 1971, p. 120.

48. Ibíd., pp. 124-25.

49. Aróstegui, La historia vivida, p. 213.

50. Procacci, Historia general del siglo XX, p. 452; Hobsbawm, Historia del siglo XX, pp. 323 y ss.; Morin, "La comuna estudiantil", p. 12; Lefort, "El nuevo desorden", p. 37. Para una reflexión reciente sobre el inconformismo juvenil véase Echeverría, Modernidad y blanquitud, p. 216.

51. Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 327. "A finales de la década de los

sesenta, la brecha cultural que separaba a los jóvenes de sus padres quizá era mayor que en cualquier otro momento desde los comienzos del siglo XIX". Judt, Algo va mal, p. 89.

52. Balibar, "Del 68 a la crisis de la izquierda", p. 2; Lefort, "Relectura", p. 162.

53. Monsiváis, "Octavio Paz y la izquierda", p. 95. Sobre la contracultura de la época véase Bartra, La fractura mexicana, p. 127.

54. Echeverría, Modernidad y blanquitud, pp. 215 y ss.; Marcuse, El final de la utopía, p. 179. Se cita éste. Tres balazos en la cabeza, disparados por un joven ultraderechista, fueron la respuesta que recibió al año siguiente después de una campaña en su contra en donde la prensa nacional convocaba a "'no dejar todo el trabajo sucio a la policía y a sus cañones de agua". Cit. en Blackburn, "Los estudiantes", p. 60. La Rote Armee Fraktion haría eco de su propuesta.

55. Rudd, "Un activista responde al presidente de Columbia", p. 313. Rudd dirigió el SDS en la Universidad de Columbia. Tras la radicalización de su postura política y la escisión del SDS en 1969, participó en el grupo Weathermen, contario a la guerra de Vietnam, que empleaba formas de acción directa como poner bombas en bancos, cuarteles de policía e instalaciones militares. Sobre esta organización véanse Blackburn, "Los estudiantes", pp. 71 y ss.; Priestland, Bandera roja, p. 455.

56. Excélsior, 22 y 23 de noviembre de 1960.

57. Excélsior, 26, y 27 de noviembre de 1960; Excélsior, 31 de diciembre de 1960. Para una exposición más detallada véase Illades, Guerrero. Historia breve,

pp. 136 y ss.

58. Volpi, La imaginación y el poder, pp. 49-50; Carr, La izquierda mexicana a través del siglo XX, p. 237; Zaid, De los libros al poder, p. 69. Sobre la renuncia de Orfila al Fondo de Cultura Económica véase Barbosa Cruz, “Nuevos libros prohibidos”, pp. 285 y ss.

59. Monsiváis, El 68, p. 15.

60. Véase al respecto el estudio clásico de Arrom, “Protesta popular en la ciudad de México”, 2004.

61. Rodríguez Kuri, “Los primeros días”, p. 189. “Los únicos aliados de los estudiantes han sido hasta ahora los grupos marginales que la sociedad tecnológica no ha podido o no ha querido integrar”. Paz, Postdata, p. 241. Otros consideran que entre estudiantes y pandilleros había una línea de demarcación muy clara. Montemayor, La violencia de Estado en México, p. 22.

62. Revueltas, México 68, p. 54; Paz, Postdata, pp. 249 y ss.; Monsiváis, El 68, p. 11, 229; Zermeño, Resistencia y cambio en la UNAM, p. 70; Guevara Niebla, 1968, p. 40.

63. Monsiváis, “Revueltas: crónica de una vida militante”, p. 54; Revueltas, México 68, p. 57n.

64. “Carta de Octavio Paz a Antonio Carrillo Flores, Nueva Delhi, 4 de octubre

de 1968”. Cit. en Sheridan, Poeta con paisaje, p. 489. Desde la embajada en París, Silvio Zavala reportaba pormenorizadamente a la cancillería los movimientos de Paz (pp. 493 y ss.).

65. Vicente Lombardo Toledano, “La juventud en el mundo y en México”, El Día, 21 de noviembre de 1968.

66. Paz, Postdata, p. 252n.

67. Salvo porque Héctor Aguilar Camín y Jorge G. Castañeda convocan a despojarse del pasado y a acercarse aún más a los Estados Unidos, su reciente análisis tiene enormes coincidencias con las dos primeras secciones de Potsdata. La metáfora de la pirámide de la tercera sección, todavía posé poder explicativo para algunos, a juzgar por uno de los últimos libros de Sergio Zermeño. Véanse Aguilar Camín y Castañeda, Un futuro para México, 2010; Zermeño, Resistencia y cambio en la UNAM, pp. 69 y ss.

68. Paz, Postdata, p. 261. En una estación intermedia (1973), declaró que “nuestro sistema político es todavía un compromiso inestable entre la tradición autoritaria mexicana y la verdadera democracia”. Paz, “Aterrados doctores terroristas”, p. 497.

69. Ibíd., pp. 274, 286. Un desarrollo de esta tesis acerca del arte comprometido está en Sheridan, México en 1932, pp. 9 y ss.

70. Posiblemente aluda al antropólogo estadunidense Oscar Lewis quien, en Los hijos de Sánchez (1961), trató de descifrar la “cultura de la pobreza” a través del trabajo de campo en una vecindad del centro de la ciudad de México, y al

sociólogo Pablo González Casanova, citado en el texto, el cual trató de darle un fundamento científico al estudio del sistema político mexicano. Véase González Casanova, La democracia en México, pp. 10 y ss.

71. Con razón, Jorge Aguilar Mora señala que "con el Laberinto de la soledad se abre la disyuntiva irreconciliable entre historia y mito. La disyuntiva aparecerá como una diada oposicional cuya solución se encontrará siempre del lado del mito". Aguilar Mora, La divina pareja, p. 53.

72. Paz, Postdata, p. 297.

73. Guerrero, La génesis del crimen en México, pp. 194-195. Si según Guerrero las revueltas indígenas de su época fueron una suerte de repetición de la guerra florida de los antiguos mexicanos, Paz no desmereció al encontrar esta añeja práctica ritual en la rebelión zapatista de 1994.

74. González Casanova, La democracia en México, p. 104.

75. Fuentes, "La disyuntiva mexicana", p. 28.

76. Fuentes, "Opciones críticas en el verano de nuestro descontento", p. 9; Zaid, "Carta a Carlos Fuentes", p. 52.

77. Revueltas, México 68, p. 281.

78. Ibíd., pp. 56, 107, 111, 112. No es lugar aquí para evaluar los estragos en las instituciones de educación superior provocados las tentativas de autogobierno de la década siguiente.

79. Ibíd., p. 102.

80. Ibíd., p. 207.

81. Guevara Niebla, 1968, p. 40; Monsiváis, El 68, p. 235; Zermeño, Resistencia y cambio en la UNAM, p. 70; Bartra, La fractura mexicana, p. 126. Para Bolívar Echeverría, en cambio, 1968 no constituyó el inicio de un proceso hacia la democracia, sino justamente su sombrío epílogo. Echeverría, Modernidad y blanquitud, pp. 224-225.

82. Bartra, La democracia ausente, p. 285. Énfasis añadido. En el mismo sentido Bartra, La sangre y la tinta, p. 22.

83. Guevara Niebla, 1968, pp. 24 y ss.; Zermeño, Resistencia y cambio en la UNAM, pp. 78 y ss. Rosa Albina Garavito encuentra una relación entre la avidez de cargos y prebendas por parte de los perredistas con la marginalidad, incluso armada, de su experiencia política previa. Garavito Elías, Apuntes para el camino, p. 34.

2. HISTORIA Y SOCIEDAD

1. Casanova, La historia social y los historiadores, p. 47.

2. Febvre, Combates por la historia, p. 20.

3. Un conocido historiador lamentó que la teoría marxista no hubiera aprovechado suficientemente los avances logrados por la historiografía. Anderson, Consideraciones sobre el marxismo occidental, p. 135. Para un estudio de esta corriente véase Kaye, Los historiadores marxistas británicos, 1989.

4. “La afinidad entre lo que los historiadores franceses estaban haciendo en los Annales y lo que hacíamos nosotros en Past and Present era cada vez más evidente”. Hobsbawm, Años interesantes, p. 303. Véase también Hobsbawm, Cómo cambiar el mundo, pp. 396-397.

5. Una excelente crítica del presentismo en el pensamiento historicista está en Aguilar Mora, La divina pareja, pp. 37, 43, 51.

6. O’Gorman tuvo la oportunidad de entrar en contacto con ambos a partir de su incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras en 1940. Meyer, Imprevisibles historias, p. 17.

7. Monsiváis, Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX, pp. 246-247.

8. Específicamente desde 1937, cuando O’Gorman publicó el opúsculo Santo Tomás More y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España. En 1945, O’Gorman desafió a su antagonista a un duelo acerca de “la verdad en la

historia”, al cual no concurrieron ni Zavala ni alguno de sus discípulos. Meyer, Imprevisibles historias, p. 14; Hale, El pensamiento político en México y Latinoamérica, pp. 389-390.

9. O’Gorman, La invención de América, p. 126.

10. Hale, El pensamiento político en México y Latinoamérica, p. 385. En el 68 dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, los estudiantes inauguraron el “Paseo de la Momiza”, dedicado a honrar a los “próceres de la academia que contemplan la efervescencia de alumnos irresponsables”. Monsiváis, El 68, p. 89. Zavala, dijimos, era entonces embajador de México en Francia.

11. Para un planteamiento sobre la configuración de los campos intelectuales a partir de la disputa entre las corrientes véase Bourdieu, Razones prácticas, p. 69.

12. Semo, Historia del capitalismo en México, 1973.

13. Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011). Erróneamente Barry Carr señala que lo tomaron de la soviética Ciencia y Sociedad. Carr, La izquierda mexicana a través del siglo XX, p. 244.

14. “Presentación”, Historia y Sociedad, núm. 1, segunda época, 1974, p. 3.

15. Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011).

16. Enrique Semo, "La deuda exterior en la historia de México, 1910-1963", tesis para obtener el grado de licenciado en Historia, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1965.

17. Enrique Semo, "Los orígenes económicos de la nación mexicana, 1521-1759", tesis para obtener el doctorado en Historia, Berlín, Universidad Humboldt, 1971; Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", pp. 68-69; Semo, Historia del capitalismo en México, p. 11. Kossok y Schmidt colaboraron con Historia y Sociedad a partir de aquél año.

18. Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", p. 70.

19. Carr, La izquierda mexicana a través del siglo XX, p. 245.

20. Por ejemplo, la Historia del capitalismo en México, cuenta hasta el momento con veinte reimpresiones.

21. Chesneaux, ¿Hacemos tabla rasa del pasado?, p. 12.

22. Hobsbawm, Años interesantes, p. 201; Thompson, Tradición, revuelta y conciencia de clase, p. 302; Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, I, p. xiv. Se cita el primero.

23. Semo recuerda que llegaban muchísimos materiales de los científicos

sociales soviéticos, y sólo una pequeña parte era la que se publicaba. Al menos en parte, esta sobreoferta se debía a que los latinoamericanistas del Este no contaban con muchos canales de difusión en sus propios países. Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011).

24. “En memoria de Luis Chávez Orozco”, Historia y Sociedad, núm. 7, 1966, p. 5.

25. Chávez Orozco, Historia económica y social de México, p. 23.

26. Ibíd., pp. 170-171.

27. Semo, Historia mexicana, pp. 182-184.

28. Hobsbawm, “Introducción”, p. 5.

29. Bartra, La democracia ausente, p. 271.

30. Semo, también a cargo de Nueva Época, revista del PCM, publicaba ocasionalmente con los pseudónimos de Ricardo Flores y A. Villanueva. Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011).

31. Bartra, El poder despótico burgués, p. 90.

32. “Carta de Louis Althusser a Raúl Olmedo” (París, 8 de enero de 1975), Historia y Sociedad, segunda época, núm. 17, 1978, p. 14. Énfasis en el original. El texto de Olmedo, “Desfilosofar el concepto de historia”, antecede a la carta dentro de ese mismo número (pp. 3-14). Sobre el hábito de Althusser de conversar con estudiantes y profesores de todo el mundo véase Balibar, “Althusser y la Rue D’Ulm”, p. 92.

33. Cuando Althusser defendió su tesis de doctorado de Estado en la Universidad de Picardie en 1975, Vilar fue uno de los sinodales. Balibar, “Althusser y la Rue D’Ulm”, p. 88.

34. Althusser, La revolución teórica de Marx, p. xi; Vilar, “Historia marxista, historia en construcción”, 1976. Para una crítica furibunda a este “supremacismo” de la teoría con respecto de la práctica de la disciplina historiográfica véase Thompson, Miseria de la teoría, 1981.

35. Luporini y otros, El concepto de formación económico-social, 1978; Sempat Assadourian y otros, Modos de producción en América Latina, 1978; Semo y otros, Modos de producción en América Latina, 1978. El impacto de la fragmentaria obra de Althusser fue tal que “algunos militantes de América Latina, en lo particular, lo consideraron casi como un nuevo Marx”. Balibar, “Althusser y la Rue D’Ulm”, p. 94. Para una ingeniosa trivialización de la discusión teórica de la época véase Volpi, El fin de la locura, 2003.

36. Semo, Historia del capitalismo en México, p. 13.

37. Volpi, La imaginación y el poder, pp. 36-37.

38. Rivas Ontiveros, La izquierda estudiantil en la UNAM, p. 269n. El reporte es del comandante del grupo especial de la Policía Judicial Federal Florentino Ventura Gutiérrez quien, por cierto, dirigió después la INTERPOL-México. El comandante murió hace algunos años en condiciones oscuras, cuando "combatía" el narcotráfico. Cit. Condés Lara, Represión y rebelión en México (1959-1985), III, p. 239; "Dos años de Historia y Sociedad, Historia y Sociedad, núm. 8, 1967, p. 3. Sobre la vigilancia policiaca a Semo véase el reporte de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) citado en la p. 238. A duras penas, el PCM llegaba a trescientos miembros activos. Guevara Niebla, 1968, p. 116.

39. Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", p. 69; Semo, Crónica de un derrumbe, p. 15; Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011).

40. Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", p. 70.

41. Semo había realizado una estancia de investigación de un año y medio en El Colegio de México donde, junto con el Banco de México, trabajó el grupo que participó en la edición de la Historia moderna de México. Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", p. 69. Pablo Piccato ha llamado la atención sobre la ausencia de historiadores marxistas en la manufactura de la obra, no obstante la amplia convocatoria realizada por Cosío Villegas. Piccato, The Tyranny of Opinion, p. 271n.

42. Bartra, El modo de producción asiático, 1969; Chesneaux y otros, El modo de producción asiático, 1975; Bartra, Marxismo y sociedades antiguas, 1975. Semo, por su parte, se familiarizó con el tema en la RDA gracias a Kossok. Comunicación personal con Enrique Semo (ciudad de México, 27 de abril de 2011).

43. Chesneaux, “El modo de producción asiático”, p. 30.

44. Marx, Formaciones económicas precapitalistas, p. 54.

45. Semo, Historia del capitalismo en México, p. 16.

46. En los gremios desde un principio, pues la pureza de sangre era requisito para tener un taller de acuerdo con las ordenanzas del ramo. Illades, Hacia la república del trabajo, p. 70.

47. Semo, Historia del capitalismo en México, p. 17. En esa misma línea véase De la Peña, La formación del capitalismo en México, p. 25.

48. Semo, Historia mexicana, p. 46; Semo, La crisis actual del capitalismo, p. 38; Semo, “Lenin, la teoría del capitalismo monopolista de Estado y los países capitalistas intermedios”, p. 102. Se cita el primero.

49. Gilberto Argüello, “Mines, agiculture et politique dans la formation du capitalisme mexicain, 1770-1870”, tesis para obtener el doctorado en Historia, París, Universidad de París I, 1980.

50. En esos años -con el importante antecedente de los Estudios sobre el desarrollo del capitalismo (1946), de Maurice Herbert Dobb, y el fructífero debate que generó en la década siguiente con Paul Marlor Sweezy—, la historiografía marxista europea había realizado valiosas contribuciones a la

discusión de la transición del feudalismo al capitalismo con, entre otros, los estudios de Pierre Vilar, Crecimiento y desarrollo (1964); Perry Anderson, El Estado absolutista (1974); Peter Kriedte y otros, Industrialización antes de la industrialización (1977); Alexandra Dmitrievna Lublinskaya, La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo (1979); H. Kohachiro Takahashi, Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición (1982); Rodney Hilton, Conflicto de clases y crisis del feudalismo (1985).

51. Argüello, "La acumulación originaria en la Nueva España", p. 54.

52. Ibíd., p. 68.

53. Marx, Formaciones económicas precapitalistas, p. 51.

54. Tibol, "Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín", pp. 69-70; Kossok y otros, Las revoluciones burguesas, p. 7; Wilkie y Monzón de Wilkie, Frente a la Revolución mexicana, IV, p. 140; Semo, Historia mexicana, pp. 285 y ss.; Semo, "Reflexiones sobre la Revolución mexicana", pp. 137139; Semo, "Modernización desde arriba y revolución", pp. 10 y ss. En su lucha contra la aristocracia, la burguesía "se ve forzada a apelar al proletariado, a recurrir a su auxilio, arrastrándolo así hacia el movimiento político". Marx y Engels, Manifiesto comunista, p. 51.

55. Editado por La Impresora Azteca, la primera parte del libro lleva el sugerente subtítulo La fase prehispánica (proyección americana del "modo de producción asiática").

56. Bartra, Marxismo y sociedades antiguas, pp. 19, 13.

57. Bartra, Estructura agraria y clases sociales en México, p. 152; Bartra, Campesinado y poder político en México, 1982; Bartra, Marxismo y sociedades antiguas, p. 128; Bartra, El poder despótico burgués, p. 124; Bartra, Las redes imaginarias del poder político, pp. 12, 198. Se cita el primero.

58. Althusser, “El problema del Estado”, pp. 23-24. El politólogo italiano enfatizó que el Estado no tiende a desaparecer sino a burocratizarse, pues su extinción significaba el fin de la política. Bobbio, “¿Existe una teoría marxista del Estado?”, pp. 27 y ss.

59. Bartra, El poder despótico burgués, pp. 95, 124; Bartra, Marxismo y sociedades antiguas, p. 10; Bartra, Estructura agraria y clases sociales en México, p. 9. Crítica que incluye también a los antropólogos (pensemos en la distinción de Guillermo Bonfil Batalla entre el México profundo y el México imaginario). Bartra, La jaula de la melancolía, p. 159; Bonfil Batalla, México profundo, pp. 10 y ss.

60. Decía Althusser -y en esto parece seguirlo Bartra- tanto que “la ideología representa la relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones reales de existencia”, como que ésta “existe siempre en el seno de un aparato, y en su práctica o en sus prácticas. Esta existencia es material”. Althusser, Posiciones, pp. 112, 116. Un magnífico análisis de la concepción althusseriana de la ideología puede verse en Eagleton, Ideología, pp. 184 y ss.

61. Hardt, “Vida militante”, pp. 146-147. En contrario a la tesis de un poder inmanente a la sociedad, Poulantzas lo definió como “una serie de relaciones entre las diversas clases sociales, concentrado por excelencia en el Estado, que constituye la condensación de una relación de fuerzas entre las diversas clases sociales”. Poulantzas, Estado, poder y socialismo, p. 316. Dentro de esa dirección se movió el planteamiento bartreano que consideraba el postulado del

filósofo francés el sustrato una nueva ideología. Bartra, Las redes imaginarias del poder político, pp. 18, 21.

62. Bartra, Las redes imaginarias del poder político, p. 13.

63. Bartra, La democracia ausente, p. 221.

64. Bartra, La jaula de la melancolía, p. 17.

65. Revueltas, Ensayos sobre México, p. 44; González Casanova, La democracia en México, p. 10; Aguilar Mora, La divina pareja, p. 17.

66. Bartra elaborará la "deconstrucción de los problemas y las aporías de los discursos identitarios". Borsò, "Independencia y Revolución: de las utopías a las paradojas", p. 765. Erróneamente, un estudioso de la tradición reflexiva del subcontinente señala que, "pretendiendo desmontar o deconstruir ese discurso, circularmente, Bartra termina reponiédolo y otorgándole nueva vigencia a la necesidad de pensar una identidad y un carácter nacionales". Devés Valdés, El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, p. 104. Dentro de la amplísima bibliografía sobre el tema nacional, es de particular importancia Anderson, Comunidades imaginarias, 1993, publicado originalmente en 1983.

67. Paz negaba su pertenencia a esta familia. Paz, Potsdata, pp. 235 y ss.

68. Bartra, La jaula de la melancolía, p. 92. Véase Aguilar Mora, La divina pareja, p. 45.

69. Bartra, La jaula de la melancolía, p. 112. Énfasis propio.

70. Ibíd., p. 199.

71. El PCI había alcanzado el 34.4% de la votación nacional. Sassoon, Cien años de socialismo, p. 634. "Desde que comenzó la confrontación de los países del Este y el Oeste en 1947 quedó claro que los Estados Unidos no permitirían bajo ninguna circunstancia que los comunistas subieran al poder en Italia, ni siquiera que fueran elegidos para desempeñar cargos en el gobierno. Éste siguió siendo el principio básico de Washington, cabría decir su 'postura irrenunciable', mientras hubiera una URSS y un PCI, y durante unos cuantos años después de que ambos desaparecieran". Hobsbawm, Años interesantes, p. 324. Vease en el mismo sentido Priestland, Bandera roja, pp. 232-233.

72. Sassoon, Cien años de socialismo, pp. 629-630.

73. No por accidente Jesús Reyes Heroles anunció la reforma el 1 de abril de 1977 en la ciudad de Chilpancingo. Rodríguez Araujo, La reforma política y los partidos en México, p. 81.

74. Ibíd., p. 99; Montes Manzano, "Los últimos años", pp. 366-367; Condés Lara, Represión y rebelión en México (1959-1985), III, pp. 210 y ss. Se cita el primero.

75. En rescate de la dictadura del proletariado como concepto central del discurso político marxista argumentó Balibar, Sobre la dictadura del

proletariado, 1977. Véase en contrario Poulantzas, Estado, poder y socialismo, p. 314. “Es de esperarse que Marx se irá por donde vino: vía París”. Zaid, De los libros al poder, p. 128.

76. Montes Manzano, “Los últimos años”, p. 369; Semo, La búsqueda, I, pp. 80-81.

77. Carr, La izquierda mexicana a través del siglo XX, p. 285; Carr, “Impresiones del XIX Congreso del Partido Comunista Mexicano”, pp. 84-85. Se cita el último.

78. Conformado por Abel Alcántara, Gilberto Argüello, Roberto Borja, Rodolfo Echeverría, Gilberto Enríquez, Félix Goded, Carlos López Torres, Marcela de Neymet, Joel Ortega, José Rodríguez, Américo Saldívar, Rito Terán Olguín y Enrique Semo. Montes Manzano, “Los últimos años”, pp. 397, 394.

79. Jorge G. Castañeda, “Lo que puede cambiar en el PCM v. Prueba de dispersión: El Machete”, Unomásuno, 22 de octubre de 1980.

80. Althusser, Lo que no puede durar en el Partido Comunista, p. 28; Sweezy y Bettelheim, Algunos problemas actuales del socialismo, 1973; Mandel, “Porque la burocracia soviética no es una clase dominante”, 1979; Sweezy, “La naturaleza de clase de la burocracia soviética”, 1979. Se cita el primero. Énfasis propio.

81. Pietro Ingrao, respetado dirigente comunista italiano, había dicho que “la clase obrera italiana no se debilitará moviéndose en el terreno de la democracia. Al contrario: es fuera de ese terreno donde perderá su batalla histórica no

construyendo el socialismo”. Ingrao, Crisis y tercera vía, p. 177.

82. Bartra, La transición del socialismo a la democracia y de la democracia al socialismo, p. 21; Bartra, Las redes imaginarias del poder político, p. 195. Poulantzas, quien dio mayor densidad teórica a la postura eurocomunista, señalaba entonces que: “Una transformación del aparato de Estado orientada hacia la extinción del Estado sólo puede apoyarse en una intervención creciente de las masas populares en el Estado por medio ciertamente de sus representaciones sindicales y políticas, pero también por el despliegue de sus iniciativas propias en el seno mismo del Estado”. Poulantzas, Estado, poder y socialismo, p. 321. Énfasis propio.

83. Insuficientemente en todo caso, como lo demostraría más adelante la crisis polaca analizada en Semo, Viaje alrededor de la izquierda, pp. 45-47, previamente dado a conocer en Semo y Suárez Íñiguez, “América Latina y la crisis europea”, 1977.

84. Semo, Viaje alrededor de la izquierda, p. 84.

85. Historia y Sociedad, segunda época, núm. 23, 1979. El distanciamiento entre los fundadores de la revista creció en los siguientes años, como se trasluce en un pasaje de la entrevista que Christopher Domínguez realizó a Bartra en 1984, en la que éste señala a Semo como aliado coyuntural de los estalinistas dentro del PSUM. Bartra, La democracia ausente, p. 292.

86. Jorge G. Castañeda, “Lo que puede cambiar en el PCM v. Prueba de dispersión: El Machete”, Unomásuno, 22 de octubre de 1980. En el mismo sentido, Semo, La búsqueda, I, p. 86.

87. Semo, México un pueblo en la historia, 1983. En 1976, bajo la coordinación de Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México había puesto en circulación los cuatro volúmenes de la Historia general de México. Como señala Bruce Kuklick, “de manera compleja el canon refleja la historia del vencedor”. Kuklick, “Siete pensadores y como crecieron”, p. 163.

3. COYOACÁN

1. Liss, Marxist Thought in Latin America, p. 136; Gilly, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 31. Se cita éste. Me refiero a El cardenismo. Una utopía mexicana (1994).

2. Tesis de Pulacayo, p. 42; Gilly, “‘Lo que existe no puede ser verdad’”, p. 32. Se cita el primero. Énfasis propio.

3. Rivas Ontiveros, La izquierda estudiantil en la UNAM, pp. 178, 193, 200; Montemayor, La violencia de Estado en México, pp. 73 y ss.; Gilly, “Guerrilla, programa y partido en Guatemala”, p. 47; Condés Lara, Represión y rebelión en México (1959-1985), I, pp. 76, 78.

4. Gilly, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 37.

5. Gilly, “Guerrilla, programa y partido en Guatemala”, pp. 56 y ss.; Sierra, “Fuerzas armadas y contrainsurgencia (1965-1982)”, p. 384; Revueltas, México 68, p. 330.

6. Gilly, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 37.

7. Ibíd., pp. 39-40. Traducido al inglés bajo el título The Mexican Revolution: A People’s History (Nueva York, The New Press, 2006).

8. “Carta de Adolfo Gilly a Octavio Paz”, Lecumberri, 21 de febrero de 1972, Plural, núm. 6, marzo de 1972, p. 43.

9. Octavio Paz, “Carta a Adolfo Gilly”, Cambridge MA, 19 de enero de 1972”, Plural, núm. 5, febrero de 1972, p. 20.

10. Ibíd., p. 16.

11. “Carta de Adolfo Gilly a Octavio Paz”, Lecumberri, 21 de febrero de 1972, Plural, núm. 6, marzo de 1972, p. 43. Gilly abandonó la prisión en marzo de 1972 y, cuatro años más adelante, se incorporó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM que, en 2010, le confirió el emeritazgo.

12. Gilly, “‘La guerra de clases en la Revolución mexicana”, p. 22. Énfasis propio. Para algunos, su interpretación “es poco crítica y a menudo romántica en su representación de estas fuerzas [populares]”. Knight, “La Revolución mexicana”, p. 6.

13. Una recapitulación crítica está en Knight, “La Revolución mexicana”, pp. 5-32; Womack Jr., “La Revolución mexicana, 1910-1920”, pp. 78-145; Knight, “El gen vivo de un cuerpo muerto”, pp. 25-26; Leyva, “Sobre la idea de la

Revolución", pp. 680 y ss.

14. Adolfo Gilly, "El águila y el sol. Genealogía de la rebelión, política de la revolución", La Jornada, 20 de noviembre de 2010; Gilly, "Genealogía de las rebeliones", 2010.

15. Gilly, La revolución interrumpida, p. 386; Gilly, "La formación de la conciencia obrera en México", p. 179; Gilly, "Lo que existe no puede ser verdad", p. 39; Gilly, "Genealogía de las rebeliones", 2010; Gilly, Chiapas: la razón ardiente, p. 13.

16. Gilly, "La formación de la conciencia obrera en México", pp. 180-181, 189, 198.

17. Arrighi, El largo siglo XX, pp. 355-356; Hobsbawm, Historia del siglo XX, pp. 18, 272; Procacci, Historia general del siglo XX, p. 470.

18. Procacci, Historia general del siglo XX, p. 471.

19. Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 281. A mediados de la década de 1970, "el volumen de las transacciones puramente monetarias realizados en los mercados monetarios extraterritoriales ya era varias veces mayor que el valor del comercio mundial". Arrighi, El largo siglo XX, p. 359.

20. Amin, "Una crisis estructural", p. 45; Gunder Frank, La crisis mundial, I, p. 241; Mandel, La crisis 1974-1980, p. 269; Cordera y Tello, México: la disputa

por la nación, p. 16; Semo, La crisis actual del capitalismo, pp. 9, 92. Se citan los dos últimos.

21. Con las prerrogativas asociadas con su reconocimiento como partido político nacional, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sección mexicana de la Cuarta Internacional, publicó a partir de enero de 1983 su propia revista teórica: La Batalla. Roberto Iriarte, Arturo Anguiano y, desde el número 2, Adolfo Gilly participaron en su consejo de redacción. La dirigía Lucinda Nava Alegría.

22. “Presentación”, Coyoacán, núm. 1, 1977, p. 3.

23. Véase Löwy, “Un capítulo nuevo en la historia del movimiento obrero brasileño”, pp. 127 y ss.

24. ¿No era ya la burocracia china una clase que aspiraba a defender sus intereses más allá de sus fronteras nacionales? El espectacular desarrollo capitalista con las reformas de Deng Xiaoping parecería corroborarlo.

25. Anderson, “La interpretación de Trotsky sobre el estalinismo”, p. 109. Énfasis propio.

26. Tanto el más conocido de los editores de Monthly Review como el economista francés Charles Bettelheim (1913-2006), pensaban lo contrario que el líder del a Cuarta Internacional. Mandel, “Porque la burocracia soviética no es una clase dominante”, p. 24; Sweezy, “La naturaleza de clase de la burocracia soviética”, p. 42; Bettelehim, “Lo específico del capitalismo soviético”, p. 67; Almeyra, “Las huelgas polacas”, p. 80.

27. Sobre el fracaso de la perestroika y el éxito de la reforma china véase Anderson, “Dos revoluciones”, pp. 68 y ss.

28. Bahro, La alternativa, p. 43.

29. Anderson, Teoría, política e historia, p. 193.

30. Bahro, La alternativa, p. 27. Sin embargo, los análisis posteriores a la caída del socialismo soviético indican más bien que el “éxito” de una industrialización concebida en términos clásicos (la gran industria pesada) le impidió acceder a la revolución tecnológica del capitalismo tardío. En cambio, el “atraso” industrial chino lo liberó del lastre de una planta industrial obsoleta e hizo más viable su reforma económica. Véase al respecto Anderson, “Dos revoluciones”, pp. 70 y ss.

31. Bahro, La Alternativa, p. 58. Énfasis propio.

32. Ibíd., p. 71.

33. Bartra, Las redes imaginarias del poder político, pp. 177-178, 184; Bahro, La alternativa, p. 113. Se cita éste. Énfasis propio.

34. Gilly, Sacerdotes y burócratas, p. 16; Bettelheim, “La transición del capitalismo al socialismo”, p. 31; Almeyra, Polonia: obreros, burócratas, socialismo, p. 48. Se citan los últimos. La clase obrera polaca “acabó

configurando un movimiento obrero típico, aliado como de costumbre a los intelectuales, y al final formó un movimiento político tal como Marx había predicho; sólo que la ideología de este movimiento, como hubieron de observar melancólicamente los marxistas, no era anticapitalista, sino antisocialista". Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 397.

35. "Solidaridad y los trabajadores latinoamericanos", p. 4.

36. Gilly, La nueva Nicaragua, p. 9; "La centroamericanización de la revolución", Coyoacán, núm. 12, p. 5; Gilly, "Lo que existe no puede ser verdad", p. 40. Se citan los últimos.

37. Gilly, "Lo que existe no puede ser verdad", p. 42.

38. Anguiano, "El eclipse de la izquierda en México", p. 374. Véase también Modonesi, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana, p. 144. "No es casual que el principal ideólogo de esa posición [trotskista], Adolfo Gilly, viera en la aparición de Cuauhtémoc Cárdenas el reinicio de la revolución interrumpida". Semo, La búsqueda, I, p. 71.

4. CUADERNOS POLÍTICOS

1. "Presentación", Cuadernos Políticos, núm. 1, 1974, p. 3.

2. Marx y Engels, La ideología alemana, p. 668. Énfasis suyo.

3. “A nuestros lectores, suscriptores y anunciantes”, Cuadernos Políticos, núms. 59-60, 1990, p. 113.

4. Rafael Vargas, “1960-2010: la era de Era”, Proceso, 23 de enero de 2011. De los Espresate se decía en España que “eran unos rojos’”. Elena Poniatowska, “Doctorado honoris causa de la UAM a Neus Espresate”, La Jornada, 5 de marzo de 2011.

5. “Entrega UAM doctorado honoris causa a Espresate y Cordera”, La Jornada, 11 de marzo de 2011.

6. Marini, Subdesarrollo y revolución, p. 142; Gandler, Marxismo crítico en México, p. 106; La Jornada, 5 de noviembre de 2010. Esta organización, como la estadunidense del mismo nombre, desapareció en 1969. En los EUA se ostentaba como “la principal organización radical estudiantil”. Blackburn, “Los estudiantes”, p. 71; Jacobs, “SDS: entre reforma y revolución”, p. 122. Se cita el último.

7. Trejo Delabre, “Indispensable”, p. 36. También en ella colaboró Bolívar Echeverría firmando con el pseudónimo de Javier Lieja. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 123n.

8. La carta de renuncia dirigida al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas (11 de abril de 1991), la firmaban Sánchez Rebolledo, José Woldenberg K. y Pablo Pascual Moncayo. El texto íntegro lo reproduce Woldenberg, El desencanto, pp. 215-219.

9. Monsiváis, “Carlos Pereyra y la cultura de la izquierda mexicana”, p. 8.

10. Convertida en tetratolgía con la publicación de La Revolución en crisis. La aventura del maximato (1995).

11. Echeverría, “La Era de Cuadernos Políticos”, pp. 35-36; Gandler, Marxismo crítico en México, p. 125n; La Jornada, 4 de diciembre de 2010.

12. Ory y Sirinelli, Los intelectuales en Francia, p. 20.

13. Pablo González Casanova, “Una mentira y un crimen contra el pueblo chileno y contra el socialismo”, Excélsior, 15 de septiembre de 1973; Carlos Monsiváis, “Allende y la identidad latinoamericana”, Excélsior, 15 de septiembre de 1973. Se cita éste.

14. Gastón García Cantú, “Defendamos a nuestro país”, Excélsior, 14 de septiembre de 1973; Gastón García Cantú, “Nación y socialismo”, Excélsior, 5 de octubre de 1973.

15. Heberto Castillo, “El chileno, un pueblo en lucha”, Excélsior, 13 de septiembre de 1973; Luis Villoro, “Política y moral. Inseparables”, Excélsior, 7 de octubre de 1973. Se cita al primero.

16. Luis Villoro, “Allende regresará”, Excélsior, 15 de septiembre de 1973.

17. Bellingeri, Del agrarismo armado a la guerra de los pobres 1940-1974, p. 193. Los maestros rurales, muchos de ellos comunistas militantes, empujaron el reparto agrario más cuantioso del México moderno. Algunos de los niños formados al calor de la educación socialista, devendrían en líderes sociales en la década de 1960: Arturo Gámiz (Madera), Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas (sierra de Atoyac). Córdova, "Los maestros rurales en el cardenismo", pp. 86, 89.

18. Castellanos, México armado 1943-1981, pp. 99, 172; Montemayor, La violencia de Estado en México, pp. 13 y ss.; Condés Lara, Represión y rebelión en México (1959-1985), II, pp. 136 y ss. Aunque refractarios a la opción armada, dirigentes del Consejo Nacional de Huelga como Gilberto Guevara Niebla (Facultad de Ciencias) o Raúl Álvarez Garín (Politécnico), provenían también de las juventudes comunistas. Rodríguez Kuri, "Los primeros días", p. 208.

19. Blackburn, "Los estudiantes", p. 74; Hardt y Negri, Multitud, pp. 109-110; Castellanos, México armado 1943-1981, pp. 175, 181, 189, 211; Montemayor, La violencia de Estado en México, p. 131; Tello Díaz, La rebelión de las Cañadas, pp. 61 y ss.

20. Paz, "Aterrados doctores terroristas", p. 490.

21. Ibíd., p. 489. Probablemente redactada a principios de los noventa, la nota fue incorporada en el volumen 8 de la edición de sus obras completas realizada por él mismo. De esta relación de amor-odio de Paz con la izquierda comunista Bartra escribió: "Las bofetadas que con tenaz regularidad reparte Octavio Paz a los marxistas son dolorosas porque van cargadas de razón. Con mucha frecuencia también las acompaña con una importante dosis de ignorancia, lo que provoca una mezcla de furia, estupor y lástima en muchos. Pero en esta guerra metafórica se llega a vislumbrar un esfuerzo por salvar al marxismo que se devora a sí mismo, aunque casi siempre Paz cae en la tentación de entregar el fruto rescatado al Nuevo Leviatán que lo tiene atrapado en sus redes

filantrópicas”. Bartra, La democracia ausente, p. 154.

22. Miguel Ángel Granados Chapa, “Justicia no nace de crimen”, Excélsior, 18 de septiembre de 1973; Heberto Castillo, “Justicia para pobres y ricos”, Excélsior, 11 de octubre de 1973.

23. Luis Villoro, “El miedo a la democracia”, Excélsior, 29 de septiembre de 1973.

24. Heberto Castillo, “Contra la escalada militar”, Excélsior, 20 de septiembre de 1973; Luis Villoro, “El miedo a la democracia”, Excélsior, 29 de septiembre de 1973; “Al pie de página. Condena al terrorismo”, Siempre!, 3 de octubre de 1973; Carlos Pereyra, “Política y violencia”, Siempre!, 15 de agosto de 1973, pp. ii-vi. Héctor Manjarrez, Jorge Aguilar Mora, David Huerta y Paloma Villegas formaban parte también del consejo de redacción de La Cultura en México. Renunciaron a éste en 1977, acaso porque no se publicó un texto de Aguilar Mora que criticaba a Octavio Paz. Ante la escisión, el consejo se recompuso integrando a los hermanos Héctor y Luis Miguel Aguilar Camín, y a los hermanos José María y Rafael Pérez Gay. Durante un breve lapso, aquéllos -además de Coral Bracho, Marcelo Uribe, Rosario Ferré y Evodio Escalante- editaron La mesa llena (1980-1981), y éstos, iniciaron Nexos (1978-). Orduña Carson, “La mesa llena”, p. 4.

25. Sánchez Rebolledo, “Dos notas sobre Carlos Pereyra”, p. 19; Rivas Ontiveros, La izquierda estudiantil en la UNAM, pp. 257-258; Sánchez Rebolledo, “¿Qué pensaría?”, p. 35; Trejo Delabre, “Indispensable”, pp. 35, 37. La LCE resultó de la fusión de un segmento de la LLE de Revueltas con la Liga Comunista por la Construcción del Partido Revolucionario del Proletariado y la Unión Reivindicadora Obrera Campesina. Fernández Christlieb, El espartaquismo en México, p. 133. El comentario acerca del vínculo de Pereyra con “El Proletario” se atribuye a Mario Rechy Montiel, militante de la LCE. www. gnu.edu/~nsarchiv/nsaebb/nsaebb209/iinforme/tema07.pdf.

26. “La lucha interna en el PPS”, Militante, diciembre 1966. Cit. Fernández Christlieb, El espartaquismo en México, p. 143; www.gnu.edu/~nsarchiv/nsaebb/nsaebb209/iinforme/tema07.pdf; Trejo Delabre, “Indispensable”, p. 36. Se cita el primero.

27. Monsiváis, “Carlos Pereyra y la cultura de la izquierda mexicana”, p. 8.

28. Pereyra discrepaba de Ruy Mauro Marini, para quien el terrorismo urbano y la lucha armada no podían rechazarse a priori. Marini, Subdesarrollo y revolución, pp. 156 y ss.

29. Pereyra, Política y violencia, pp. 11, 38, 48; Pereyra, Sobre la democracia, p. 49.

30. Sánchez Rebolledo, “Dos notas sobre Carlos Pereyra”, p. 18. Énfasis propio.

31. Pereyra, Política y violencia, p. 28.

32. Marini, Subdesarrollo y revolución, p. 15; Pereyra, Sobre la democracia, pp. 111, 124.

33. Castellanos, México armado 1943-1981, p. 216. Véase también Heberto Castillo, “Empresarios y líderes charros ¿Aliados del régimen?”, Excélsior, 27 de septiembre de 1973.

34. Pereyra, Sobre la democracia, p. 125.

35. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, pp. 1-2. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

36. Ibíd., pp. 2-3.

37. Dos Santos, "André Gunder Frank", p. 2.

38. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 8. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm. No está claro su status inicial. El registro de 1965 no consigna ningún profesor visitante brasileño, aunque sí a dos estudiantes de esta nacionalidad. Por el propio relato de Marini, Thiago Cintra era uno de ellos, pues cursaba el posgrado en Estudios Orientales. Véase Vázquez, El Colegio de México, p. 100.

39. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 14. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

40. Ibíd., pp. 12, 15.

41. Ibíd., p. 12; Marini, Subdesarrollo y revolución, pp. 8, 11, 25, 28, 161; Marini, "Dependencia y subimperialismo", p. vi. Se cita el primero. Según sus críticos, "la concepción dependentista del socialismo es una ideología apologética que trata de justificar la necesidad del socialismo adjudicándole un

estatuto teórico. Los fracasos del capitalismo devienen la explicación del socialismo". Castañeda y Hett, El econmismo dependentista, p. 79.

42. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 16. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm. Se refiere a su designación como candidato del PRI, pues la elección constitucional fue el 5 de julio de 1970.

43. Dos Santos, "André Gunder Frank", p. 3.

44. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 21. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

45. Marini, Dialéctica de la dependencia, p. 32. Algunos enfatizaron que su trabajo superaba en complejidad el planteamiento de otros teóricos de la dependencia pero que, no obstante, adolecía de una lectura adecuada -la althusseriana según ellos- de El Capital, por lo que confundía un dispositivo conceptual con la realidad empírica, si bien tuvo el tino de añadirle la especificidad latinoamericana. También erraba al no situar la lucha de clases -el meollo del marxismo- en el centro del análisis. Castañeda y Hett, El econmismo dependentista, pp. 51 y ss.

46. Dos Santos, "André Gunder Frank", p. 3; Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 25. www.marini-escritos.unam.mx/002_memoria_es.htm. Se cita éste.

47. Cit. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 116; Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 29. www.marini-

escritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

48. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 29. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm. Esta apreciación sobre Neus Espresate la ratifica Echeverría, “La Era de Cuadernos Políticos”, p. 37.

49. Marini, “Dos estrategias en el proceso chileno”, p. 34. Marini encontró múltiples rasgos fascistas en el rostro represivo de la dictadura, llevándolo a conceptualizar al régimen como “militar-fascista” (p. 20). Carlos Pereyra, por su parte, trajo a cuento el golpe militar para la caracterización que hizo de la violencia represiva de cuño estatal, siendo también explícito en indicar que el régimen chileno, en rigor (al menos de acuerdo con Poulantzas), no podía caracterizarse como fascista. Pereyra, Política y •violencia, pp. 12 y ss. Para el politólogo griego, la dictadura militar era un tipo particular de Estado de excepción. Poulantzas, Fascismo y dictadura, p. 2.

50. En el otro extremo estaba la teoría del foco guerrillero, la cual veía a la burguesía nacional como simple apéndice del imperialismo, diseñando en consecuencia una estrategia política en la cual aquél era el enemigo fundamental. Marini, “Dependencia y subimperialismo”, p. vi.

51. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, p. 23. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

52. Marini, “La lucha por la democracia en América Latina”, pp. 4 y ss.

53. Ibíd., p. 39. Algunos miembros del POLOP integraron el Comando de Liberación (COLINA), de donde surgiría la Vanguardia Armada Revolucionaria

(VAR), ligada con el capitán Carlos Lamarca (1937-1971), quien desertara del ejército para luchar contra la dictadura. También operaba la Acción Libertadora Nacional (ALN), encabezada por Carlos Marighela (1911-1969) y Mario Alves, disidentes del PCB afines al castrismo. En 1969, se fusionaron ambas dando lugar a la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR). El congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), reunido en La Habana en agosto de 1967 y favorable a la lucha armada continental, alentó la ruptura ya fraguada en el PCB. Algunos de los participantes en la lucha armada -entre ellos la actual presidenta del Brasil, Dilma Rousseff— se incorporaron al Partido de los Trabajadores (PT) el cual ganaría posiciones dentro de la izquierda hasta llegar al poder en el año de 2003. Löwy, El marxismo en América Latina, p. 285; Löwy, "Un capítulo nuevo en la historia del movimiento obrero brasileño", p. 124. Sobre Marighela véase Liss, Marxist Thought in Latin America, pp. 119 y ss.

54. Facultad de Economía-UNAM, Archivo de Ruy Mauro Marini, Memoria, pp. 44-45. www.mariniescritos.unam.mx/002_memoria_es.htm.

55. Sosa Elízaga, "Homenaje a Ruy Mauro Marini", pp. 10-11.

56. González Casanova, La democracia en México, p. 19.

57. Córdova, La formación del poder político en México, p. 32; Córdova, "La filosofía de la Revolución mexicana", pp. 95 y ss. Se cita el primero. Énfasis propio.

58. Córdova, La política de masas del cardenismo, p. 34; Córdova, La ideología de la Revolución mexicana, p. 28. "Contrarrevolución" que ahora mira nostálgicamente. Arnaldo Córdova, "La herencia de la Revolución", La Jornada, 28 de noviembre de 2010. Se cita el segundo.

59. Córdova, La formación del poder político en México, p. 62; Córdova, La política de masas del cardenismo, p. 201.

60. Córdova, “La política de masas y el futuro de la izquierda en México”, en especial las secciones 2 y 3.

61. Hansen, La política del desarrollo mexicano, p. 7; Loaeza, Clases medias y política en México, p. 111; Medin, El sexenio alemanista, 118; González Casanova, La democracia en México, p. 104; Zaid, De los libros al poder, p. 22.

62. Sánchez Martínez, “la Revolución y la etapa de reconstrucción”, p. 39; Guillén Romo, Orígenes de la crisis en México 1940-1982, pp. 26 y ss.; Smith, “La deuda externa de México 1920-1943”, p. 141; Reyna y Trejo Delarbre, De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos, 1952-1964, pp. 19-20.

63. Guillén Romo, Orígenes de la crisis en México 1940-1982, pp. 46 y ss.; Bortz, Los salarios industriales en la ciudad de México 1939-1975, pp. 150-151; Cordera y Tello, México: la disputa por la nación, p. 58; Cordera, “Decepcionante la democracia mexicana”, p. 30; Cordera, “México y su economía política de la americanización”, pp. 180, 183.

64. Cordera, “Los límites del reformismo: la crisis del capitalismo en México”, pp. 42, 48. Énfasis propio.

65. Para algunas de sus repercusiones véase Rolando Cordera, “De ayer a hoy: actualidad y memoria de Rafael Galván”, La Jornada, 25 de julio de 2010.

66. Algunos calificaron esta política de neolombardista. Krauze, Por una democracia sin adjetivos, p. 85.

67. Sobre este tema, no hay que olvidar la importante participación de Cordera en los foros sobre la reforma energética organizado por el Senado de la República en 2008.

68. Cordera y Tello, México: la disputa por la nación, p. 107.

69. Cordera, "México y su economía política de la americanización", p. 157.

70. Cordera y Tello, México: la disputa por la nación, p. 78.

71. Cordera, "Decepcionante la democracia mexicana", p. 32; Cordera, "México y su economía política de la americanización", p. 196; Cordera, "¿Por qué no crecemos?", p. 11. Se cita éste.

5. ¿CIENCIA POSITIVA O DISCURSO CRÍTICO?

1. Pronto los desplazaron del gabinete, aunque Tello Macías regresaría fugazmente al primer círculo cuando López Portillo nacionalizó la banca encargándole la dirección del Banco de México.

2. Anderson, Consideraciones sobre el marxismo occidental, pp. 64 y ss. Desde finales de los sesenta, como detallará después, reinició el estudio de lo concreto con el relanzamiento de la ciencia social a partir del marxismo. Anderson, Tras las huellas del materialismo histórico, pp. 20 y ss.

3. La antítesis la plantea Elías Palti como las opciones del marxismo ante su crisis conceptual. Palti, Verdades y saberes del marxismo, pp. 14 y ss.

4. Krauze, Caras de la historia, pp. 18, 35. Zermeño Padilla, La cultura moderna de la historia, pp. 213-214, comenta la discusión.

5. Pereyra, "Historia, ¿para qué?", p. 14. Una fructífera reflexión acerca de los usos de la historia está en Hobsbawm, Sobre la historia, pp. 13-22.

6. Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder", p. 200. Énfasis propio. Al respecto, Edmund Wilson señala que Marx y Engels nunca clarificaron porqué la ideología proletaria "poseía un tipo especial de validez". Wilson, Hacia la estación de Finlandia, p. 224.

7. Krauze, Caras de la historia, pp. 28-29; Gilly, "'Lo que existe no puede ser verdad'", pp. 31-32.

8. Althusser, La revolución teórica de Marx, p. xi.

9. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 9.

10. Salazar Carrión, “La lección”, p. 26; Paramio, “Carlos Pereyra: intervenciones filosóficas”, p. 5; Sánchez Rebolledo, “Dos notas sobre Carlos Pereyra”, p. 18; Paramio, “Carlos Pereyra”, p. 28.

11. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 94. Sobre estas posibilidades de abordar la historia véase White, El contenido de la forma, p. 197.

12. Suárez Molnar, Explicación histórica y tiempo social, p. 79; Pereyra, El sujeto de la historia, pp. 97, 135, 144; Pereyra, “La tentación de pensar la historia”, p. 6.

13. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 81; Pereyra, El sujeto de la historia, p. 145. Se cita éste.

14. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, pp. 81, 116, 67.

15. Pereyra, “La tentación de pensar la historia”, p. 10.

16. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 141.

17. Ibíd., p. 149; Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 116. Para una crítica de la “causalidad estructural” proveniente del estructuralismo, y que Pereyra toma de Althusser, véanse Anderson, Tras las huellas del materialismo histórico, pp. 36 y ss.; Thompson, Miseria de la teoría, pp. 153 y ss.

18. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 79.

19. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 98. Una interesante aplicación de la teoría de la acción a los procesos históricos puede verse en Rüsen, "¿Puede mejorar el ayer'", pp. 484 y ss. Y, por supuesto, la categoría "horizonte de expectativa". Koselleck, Futuro pasado, pp. 337 y ss.

20. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 99; Pereyra, "La tentación de pensar la historia", p. 9.

21. La abstracción mayor en realidad es el individuo como acertadamente señala Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 124. El hombre es "un animal que sólo puede individualizarse en la sociedad". Marx, Introducción general a la crítica de la economía política (1857), p. 40; "…el individuo constituye en la historia demasiado a menudo una abstracción". Braudel, La historia y las ciencias sociales, p. 26. La defensa popperiana del individualismo metodológico habría "sido imposible si hubiera tenido conciencia de los textos clásicos de la sociología". Anderson, La cultura represiva, p. 67. "…como ha mostrado MacIntyre, 'el ejército' es, en el sentido de Popper, un concepto abstracto, mientras que 'el soldado', sería un concepto concreto, un dato empírico discreto que él estaría dispuesto a admitir". Thompson, Miseria de la teoría, p. 54.

22. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, pp. 126 y ss.; Pereyra, "La tentación de pensar la historia", p. 8; Paramio, "Carlos Pereyra: intervenciones filosóficas", pp. 8-9; Pereyra, Filosofía, historia, política, pp. 639 y ss. Justamente fue en el campo de la teoría de la historia donde el marxismo analítico irrumpió en 1978 con la obra del filósofo canadiense Gerald Allan Cohen (1941-2009), valorada por Perry Anderson como "el hito de la década". Véanse Cohen, La teoría de la historia de Karl Marx, 1986; Anderson, Tras las huellas del materialismo histórico, p. 23. Se cita éste.

23. Thompson, Miseria de la teoría, p. 165; Braudel, La historia y las ciencias sociales, p. 123; Althusser y Balibar, Para leer El Capital, pp. 110 y ss.; Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 109. Véase también, Suárez Molnar, Explicación histórica y tiempo social, pp. 27 y ss.

24. Pereyra, Configuraciones: teoría e historia, p. 113.

25. Pereyra, El sujeto de la historia, pp. 89-90.

26. Ibíd., p. 153.

27. White, El contenido de la forma, p. 61.

28. Ibíd.; Thompson, Miseria de la teoría, p. 155; Braudel, La historia y las ciencias sociales, p. 36.

29. Anderson, Tras las huellas del materialismo histórico, p. 27. "… debería ser evidente, que los avances de la historiografía marxista son potencialmente de importancia fundamental para el desarrollo de la teoría marxista". Anderson, Consideraciones sobre el marxismo occidental, p. 135.

30. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 24.

31. Echeverría, Modernidad y blanquitud, p. 214; Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 40; Echeverría, Vuelta de siglo, pp. 131-132. Recientemente Eagleton

ha recordado algo que para la generación de 1968 era obvio, pero para la presente es casi desconocido: que el marxismo constituye la crítica más rigurosa, amplia, radical y sistemática del capitalismo. Eagleton, Why Marx Was Right, p. 2.

32. Benjamin, Conceptos de filosofía de la historia, pp. 69-70.

33. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 140.

34. Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, p. 27.

35. No obstante su cientificismo, Althusser no se reconocía positivista. Balibar, “Althusser y la Rue D’Ulm”, p. 90.

36. Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 14; Echeverría, Valor de uso y utopía, pp. 37, 152; Echeverría, Las ilusiones de la modernidad, p. 174; Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, pp. 27, 32; Echeverría, El materialismo de Marx, p. 101.

37. Gandler, Marxismo crítico en México, pp. 85 y ss.

38. José María Pérez Gay, “Bolívar Echeverría (1941-2010)”, La Jornada, 16 de junio de 2010.

39. Gandler, “¿Quién es Bolívar Echeverría?”, p. 5.

40. Aguirre Rojas, “Bolívar Echeverría: in memoriam”, p. 7.

41. Adolfo Sánchez Rebolledo, “Miseria antisindical del régimen”, La Jornada, 10 de junio de 2010.

42. Echeverría, “Carlos Pereyra y los tiempos del ‘desencanto’”, p. 47.

43. Gandler, Marxismo crítico en México, pp. 96 y ss.

44. Cit. Gandler, “¿Quién es Bolívar Echeverría?”, p. 5. Énfasis propio.

45. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 123.

46. Roger Bartra, “Bolívar Echeverría: una existencia en ruptura”, La Jaula Abierta, 7 de junio de 2010. www.letraslibres.com/blog/blogs/; Löwy, “Prólogo”, p. 16; “Bolívar Echeverría, renovador del marxismo”, La Jornada, 17 de marzo de 2011; Julio Bolvinik, “Homenaje a Bolívar Echeverría (19412010) I. Su teoría del valor de uso es complementaria a la teoría del valor de Marx”, La Jornada, 11 de junio de 2010.

47. Echeverría, “Occidente, modernidad y capitalismo”, p. 9. Véase también Echeverría, El materialismo de Marx, pp. 93 y ss.

48. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 153; Echeverría, El materialismo de Marx, p. 100.

49. “La ideología alemana es el primer texto que marca la ruptura consciente y definitiva con la filosofía e influencia de Feuerbach”. Althusser, La revolución teórica de Marx, p. 35.

50. Echeverría, El discurso crítico de Marx, pp. 24-25.

51. “…el materialismo cultural no considera los productos de la cultura como ‘objetos’ sino como prácticas sociales: el objetivo del análisis materialista es revelar las condiciones de esa práctica, y no meramente elucidar los componentes de una obra”. Cevasco, Para leer a Raymond Williams, p. 169.

52. Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 15; Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, p. 27. Se cita el primero.

53. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 45.

54. Ibíd., p. 181.

55. Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 50. Sobre esto mismo véase también Cohen, La teoría de la historia de Karl Marx, p. 117.

56. Echeverría, Las ilusiones de la modernidad, p. 154.

57. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 158.

58. Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 193; Echeverría, La modernidad de lo barroco, pp. 12-13; Julio Boltinik, “Homenaje a Bolívar Echeverría (1941-2010) II. Su debate dolorosamente inconcluso con György Márkus”, La Jornada, 18 de junio de 2010; Cohen, La teoría de la historia de Karl Marx, p. 138. Se cita éste.

59. Objeción que también hicieron a Foucault sus críticos. Hardt, “Vida militante”, p. 147.

60. “Lo que Foucault se propuso fue… volver a situar el problema de la reproducción social y todos los elementos de la llamada superestructura dentro de la estructura material fundamental y definir este terreno no sólo en términos económicos, sino también en términos culturales, corporales y subjetivos”. Hardt y Negri, Imperio, p. 41.

61. Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 192; Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 83n; Echeverría, “Por una modernidad alternativa”, p. 11. Se cita el primero.

62. Echeverría, Modernidad y blanquitud, p. 217. En el mismo sentido véase Eagleton, Why Marx Was Right, pp. 25-26.

63. “Diez años de Cuadernos Políticos”, Cuadernos Políticos, núm. 41, 1984, p. 2.

64. Monsiváis, “Carlos Pereyra y la cultura de la izquierda mexicana”, p. 12; Sánchez Rebolledo, “Dos notas sobre Carlos Pereyra”, p. 14; Cordera, “Democracia, equidad y desarrollo”, p. 31; Paramio, “Carlos Pereyra: intervenciones filosóficas”, p. 7; Salazar Carrión, “La lección”, p. 25. La afirmación es del último.

65. Pereyra, Sobre la democracia, p. 42.

66. Niszt Acosta, “Carlos Pereyra” (en prensa).

67. Salazar Carrión, “La lección”, p. 28; Niszt Acosta, “Carlos Pereyra” (en prensa).

68. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 237. Énfasis propio. Recientemente, Luis Villoro señaló la falta de controles de la sociedad con respecto de sus representantes, de manera tal que “la democracia representativa remplaza el poder real del ciudadano por el de un grupo de funcionarios que lo sustituye, gracias a un procedimiento: toma al ciudadano como un número cuantificable”. Villoro, Tres retos de la sociedad por venir, p. 34. Sobre el distanciamiento entre el ciudadano y sus representantes en la democracia contemporánea véase Anderson, Los fines de la historia, pp. 155 y ss. En cierto sentido, la actual crítica a la “partidocracia” mexicana es un síntoma de este desencuentro.

69. Bobbio, Liberalismo y democracia, p. 7.

70. Pereyra, El sujeto de la historia, p. 240. Para Furet, por ejemplo, “la misma

regla preside a la vez el capitalismo y la libertad moderna: la regla de la libertad, y por tanto de la pluralidad de de las ideas, de las opiniones, de los placeres, de los intereses. Liberales y demócratas la comparten, pues se encuentra en el fundamento mismo de sus concepciones. Reaccionarios y socialistas la rechazan, en nombre de la perdida unidad del hombre y la humanidad". Furet, El pasado de una ilusión, p. 24.

71. Salazar Carrión, "La lección", p. 30.

72. Pereyra, Sobre la democracia, p. 39; Sánchez Rebolledo, "Dos notas sobre Carlos Pereyra", p. 17. Si bien entre los intelectuales del PCM Bartra fue quien más pronto ponderó la importancia de la democracia para el proyecto socialista, en la tradición del comunismo oficial todavía en 1984 seguía concibiendo una suerte de revolución por etapas para acceder al socialismo: "mientras la izquierda no descubra las claves que abran paso a una 'revolución' orientada por el socialismo democrático, debe crear en el México contemporáneo todas las premisas y bases posibles que anticipen la sociedad que deseamos…" Bartra, La democracia ausente, p. 295.

73. Pereyra, Filosofía, historia y política, p. 629.

74. José Woldenberg, "Carlos Pereyra", La Jornada, 11 de junio de 1988.

75. José María Pérez Gay, "Homenaje a Carlos Pereyra", La Jornada, La Jornada de los Libros, núm. 186, 6 de agosto de 1988; José Wodenberg, "Pereyra contra tres tristes tesis tradicionales de la izquierda", La Jornada, La Jornada de los Libros, núm. 186, 6 de agosto de 1988; Raúl Trejo Delarbre, "Política sobre violencia", La Jornada, La Jornada de los Libros, núm. 186, 6 de agosto de 1988; Cit. Sánchez Rebolledo, "Dos notas sobre Carlos Pereyra", p. 19.

76. “El consejo editorial”, Cuadernos Políticos, núm. 54/55, 1988, p. 3.

77. Echeverría, “Por una modernidad alternativa”, p. 10.

78. Echeverría, “Carlos Pereyra y los tiempos del ‘desencanto’”, p. 47; Pereyra, El sujeto de la historia, p. 239. Énfasis propio.

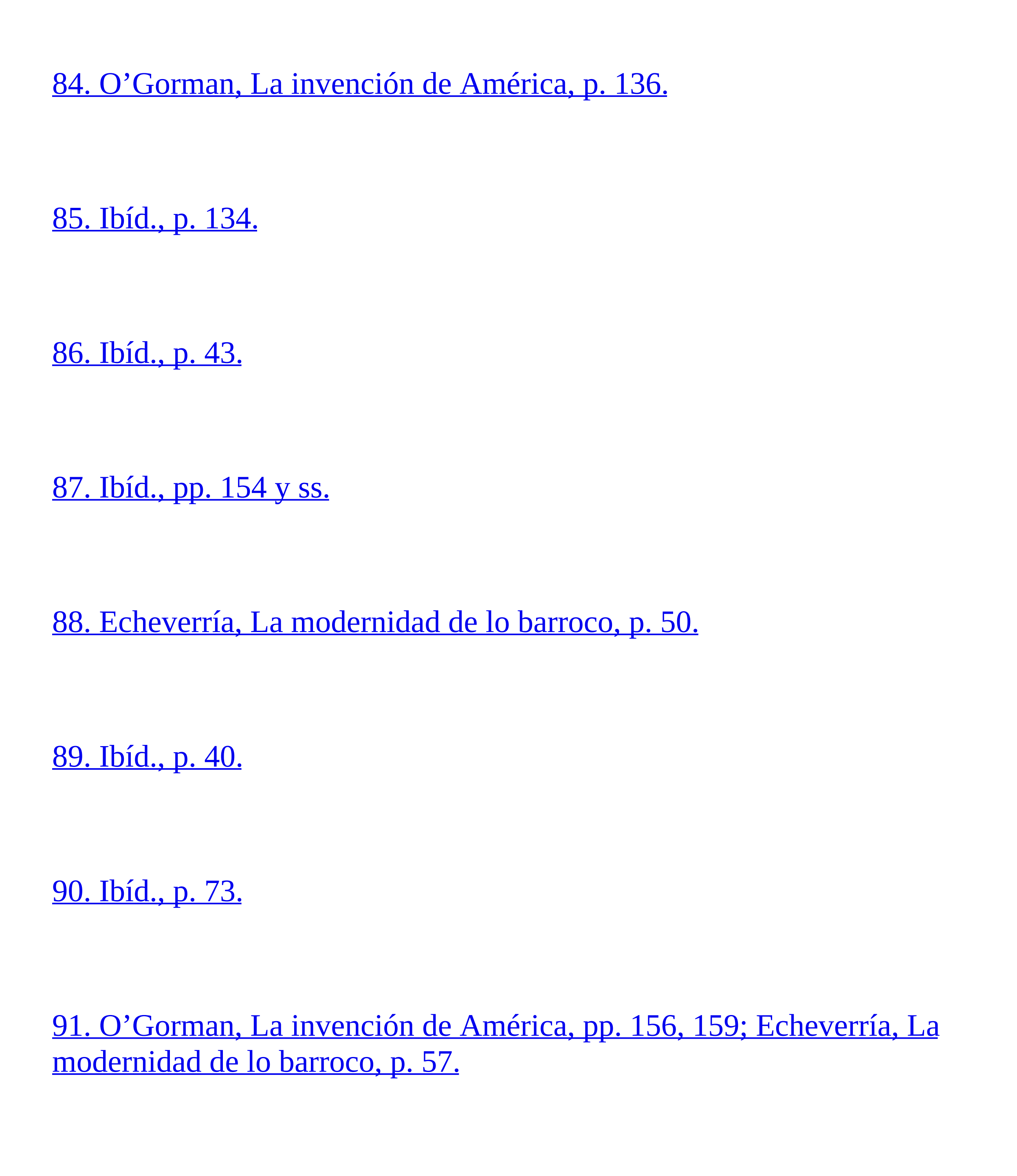
79. Echeverría, Valor de uso y utopía, p. 181. El planteamiento fue desarrollado en “La ‘forma natural’ de la reproducción social”, publicado en una primera versión en 1984 en el número 41 de Cuadernos Políticos, y desarrollado más extensamente en “El ‘valor de uso’: ontología y semiótica”, capítulo 8 del libro citado. Uno de sus textos más logrados según su autor. Aguirre Rojas, “Bolívar Echeverría: in memoriam”, p. 10.

80. Echeverría, “Occidente, modernidad y capitalismo”, p. 8.

81. Echeverría, Las ilusiones de la modernidad, p. 164; Echeverría, Definición de la cultura, p. 9; Bartra, “Definición de la cultura”, pp. 75, 76; La Jornada, 10 de junio de 2010.

82. Rorty, “La historiografía de la filosofía”, p. 73n.

83. Echeverría, La modernidad de lo barroco, p. 61. Énfasis propio.



84. O’Gorman, La invención de América, p. 136.

85. Ibíd., p. 134.

86. Ibíd., p. 43.

87. Ibíd., pp. 154 y ss.

88. Echeverría, La modernidad de lo barroco, p. 50.

89. Ibíd., p. 40.

90. Ibíd., p. 73.

91. O’Gorman, La invención de América, pp. 156, 159; Echeverría, La modernidad de lo barroco, p. 57.

6. “CAÍDA DEL SISTEMA”, CAÍDA DEL MURO

1. Bartra, Las redes imaginarias del poder político, p. 61. Para van Delden, en cambio, “Bernard Henri-Lévy y André Glucksmann ponen al descubierto las tendencias totalitarias presentes en la tradición marxista”. Van Delden,

“Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre Vuelta y Nexos”, p. 110.

2. Paz, El siglo XX: la experiencia de la libertad”, p. 8; Castañeda, La utopía desarmada, p. 404.

3. Garavito Elías, Apuntes para el camino, p. 37.

4. Carlos Pereyra, “Voluntad de amnesia”, La Jornada, 4 de mayo de 1988; Castañeda, “La sucesión silenciosa”, p. 13; Adolfo Gilly, “Pacto interno, deuda externa”, La Jornada, 4 de enero de 1988; Adolfo Gilly, Un proyecto histórico”, La Jornada, 5 de enero de 1988; Adolfo Gilly, “La resistencia”, La Jornada, 6 de enero de 1988; Adolfo Gilly, “El frente”, La Jornada, 8 de enero de 1988; Carlos Martínez Assad, “Reforma política y nuevos lineamientos políticos”, La Jornada, 25 de enero de 1988; Meyer, “La democratización del PRI: ¿misión imposible?”, p. 30.

5. Castañeda, La herencia, p. 210.

6. Carlos Pereyra, “Oposición improductiva”, La Jornada, 15 de abril de 1988; Modonesi, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana, p. 70; Meyer, “La democratización del PRI: ¿misión imposible?”, p. 33; Castañeda, La herencia, p. 162.

7. Castañeda, La herencia, pp. 158-159.

8. Ibíd., p. 211.

9. Adolfo Gilly, “La crisis del PRI”, La Jornada, 7 de enero de 1988. En el mismo sentido, Luis Javier Garrido, “El cisma”, La Jornada, 10 de enero de 1988; Luis González de Alba, “De cómo votar por dos”, La Jornada, 12 de enero de 1988. Sobre la disputa de la herencia revolucionaria véase Loaeza, “Los hermanos enemigos”, p. viii.

10. Carlos Pereyra, “Ilusiones del voluntarismo”, La Jornada, 5 de febrero de 1988; José Woldenberg, “Las condiciones de la unidad”, La Jornada, 7 de febrero de 1988; José Woldenberg, “Ajustes en la unidad”, La Jornada, 5 de marzo de 1988; Rolando Cordera, “Precariedad electoral I”, La Jornada, 6 de marzo de 1988; Rolando Cordera, “Precariedad electoral II”, La Jornada, 7 de marzo de 1988; Federico Reyes Heroles, “Gajes de la continuidad”, La Jornada, 25 de enero de 1988; Castañeda, “Las fuerzas reales”, p. 6; Héctor Aguilar Camín, “Hacia una cultura del consenso”, La Jornada, 2 de febrero de 1988; Krauze, “Nuevos adjetivos para la democracia”, p. 50.

11. Heberto Castillo, “Por qué el PMS”, Proceso, 2 de julio de 1988.

12. Carlos Pereyra, “Espejismo de la inmediatez”, La Jornada, 18 de marzo de 1988. En el mismo sentido, José Woldenberg, “FDN: ¿Después de las elecciones qué?”, La Jornada, 10 de abril de 1988. Equidistante de las corrientes enfrentadas, Rolando Cordera, “Cárdenas y el poder: nacionalismos manifiestos”, La Jornada, 19 de abril de 1988.

13. Cit. Paramio, “Carlos Pereyra”, p. 25.

14. Adolfo Gilly, “La esperanza”, La Jornada, 13 de marzo de 1988; Adolfo Gilly, “El vuelco”, La Jornada, 29 de mayo de 1988. Se cita éste. Énfasis propio.

15. Anguiano, “El eclipse de la izquierda en México”, pp. 360 y ss.; Semo, La búsqueda, I, p. 90; Trejo Delarbre, “Así votaron los medios”, pp. x-xi.

16. Federico Reyes Heroles, “Sí, que gane el PRI, pero con elecciones sin mancha”, La Jornada, 20 de abril de 1988.

17. Cit. Federico Campbell, “Entre Nexos y Vuelta”‘, Proceso, 8 de febrero de 1988.

18. Ibíd. El neologismo es de la novelista. Énfasis en el original.

19. Federico Reyes Heroles, “Sí, que gane el PRI, pero con elecciones sin mancha”, La Jornada, 20 de abril de 1988; Sánchez Susarrey, “La izquierda: ¿emisario del pasado?”, p. 65.

20. Anaya, 1988, p. 33; Castañeda, La herencia, p. 528. “…derrotar al PRI en las urnas, con este sistema [electoral], es tarea harto difícil. Equivale, de hecho, a lograr una verdadera insurrección cívico electoral”. Molinar, “El año en que votamos en peligro”, p. 53.

21. Castañeda, La herencia, p. 220; Jorge Alcocer Villanueva, “Fraude anticipado”, Proceso, 2 de julio de 1988.

22. Anaya, 1988, p. 14; Castañeda, La herencia, p. 221. Se cita éste.

23. Anaya, 1988, pp. 15-16.

24. Cit. Anaya, 1988, pp. 16, 46; Cit. Heberto Castillo, "¡Actúe, señor presidente!", Proceso, 9 de julio de 1988; Woldenberg, "Las cifras y los votos", p. vii. Para otros, los resultados oficiales eran "creíbles". Federico Reyes Heroles, "Los destinos de la victoria", La Jornada, 16 de julio de 1988.

25. Adolfo Sánchez Rebolledo, "Las alas del águila", La Jornada, 9 de julio de 1988. Énfasis propio.

26. Federico Reyes Heroles, "Los alcances de la incredulidad", La Jornada, 4 de agosto de 1988.

27. Roger Bartra, "Legalidad subversiva: las paradojas del fraude", La Jornada, 5 de agosto de 1988.

28. Heberto Castillo, "¡Actúe, señor presidente!", Proceso, 9 de julio de 1988; Adolfo Gilly, "Elección, derecho y paz", La Jornada, 14 de julio de 1988; Heberto Castillo, "No hemos sido derrotados", Proceso, 23 de julio de 1988; Heberto Castillo, "Contra la línea dura ¡triunfaremos!", Proceso, 30 de julio de 1988, Jorge Alcocer Villanueva, "Ni claudicación ni resignación", Proceso, 30 de julio de 1988; Pablo González Casanova, "La democracia transparente", La Jornada, 3 de agosto de 1988; Heberto Castillo, "Construcción del frente", Proceso, 6 de agosto de 1988; Jorge G. Castañeda, "Colegio electoral, interesantes pavores", Proceso, 13 de agosto de 1988; Molinar, "en el ojo del huracán", p. xxiii; Heberto Castillo, "La hora de los hornos", Proceso, 13 de agosto de 1988; Heberto Castillo, "Niños ustedes", Proceso, 20 de agosto de 1988; Heberto Castillo, "No a los usurpadores", Proceso, 27 de agosto de 1988;

Castañeda, La herencia, pp. 536 y ss.; Adolfo Sánchez Rebolledo, “La crisis política, ni irreal ni deseable”, La Jornada, 16 de julio de 1988; José Woldenberg, “Lo que está maduro”, La Jornada, 30 de julio de 1988; Luis Villoro, “Un acuerdo limitado; única salida”, La Jornada, 13 de agosto de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, “El misterio de la transición I”, La Jornada, 17 de agosto de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, “El misterio de la transición II”, La Jornada, 18 de agosto de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, “En la crisis, el socialismo, sin atributos”, La Jornada, 20 de agosto de 1988.

29. Sánchez Susarrey, “El 6 de julio”, p. 62; Sánchez Susarrey, “Lo provisional y lo promisorio”, p. 49. “…los principales voceros y funcionarios de la campaña de Carlos Salinas han filtrado a la prensa extranjera la tesis según la cual los problemas del 6 de julio en gran medida tienen que ver con la actuación de las facciones priístas que se oponen a la modernización, a la democracia y al fin de la era del carro completo”. Jorge G. Castañeda, “La reforma del PRI”, Proceso, 23 de julio de 1988. No obstante, todavía requeriría de ellos para calificar la elección presidencial en la cámara de diputados. Jorge G. Castañeda, “Las facturas de los dinosaurios”, Proceso, 30 de julio de 1988.

30. Sánchez Susarrey, “De julio a julio”, p. 53.

31. Octavio Paz, “Historias de ayer I”, La Jornada, 10 de agosto de 1988; Octavio Paz, “Historias de ayer II”, La Jornada, 11 de agosto de 1988.

32. Octavio Paz, “Historias de ayer II”, La Jornada, 11 de agosto de 1988. Énfasis propio.

33. Octavio Paz, “Historias del ayer III”, La Jornada, 12 de agosto de 1988. Paz, “Hora cumplida”, p. 46. Para una reflexión un tanto confusa sobre la pertinencia de la democracia en México véase Reyes Heroles, “Sencillez de la democracia”,

pp. 28-29.

34. Héctor Aguilar Camín, "Alba, con nubes", La Jornada, 16 de agosto de 1988; Adolfo Gilly, "Carta a Octavio Paz", La Jornada, 22 de agosto de 1988; Octavio Paz, "Respuestas, réplica y tapaboca", La Jornada, 26 de agosto de 1988. Cabe recordar que, en tiempos de Echeverría, el Nobel mexicano había encontrado señales alentadoras en el mismo sentido. Véase la nota 67 del cap. 1.

35. Krauze, "El sueño del norte", p. 50; Enrique Krauze, "Oráculo de Tocqueville I"; La Jornada, 13 de agosto de 1988; Enrique Krauze, "Oráculo de Tocqueville II"; La Jornada, 14 de agosto de 1988; Jorge G. Castañeda, "El expediente del fraude", Proceso, 16 de julio de 1988; Castañeda, "Urnas cruzadas", p. xvii.

36. Roger Bartra, "El reformismo radical y la derecha democrática", La Jornada, 24 de agosto de 1988. Como indica la nota anterior, quien recientemente había aludido a Tocqueville era Krauze.

37. Warman, "La caída del sistema", p. x; Loaeza, "La manzana de la discordia", p. xv; Segovia, "El regreso de la política", p. ii; Córdova, "La reforma política y la transición democrática de México", p. ix; Gordillo, "La difícil transición", p. xiii. Se cita el primero.

38. Por ejemplo, Woldenberg, "Las cifras y los votos", pp. vi-vii; José Woldenberg, "De la danza de las cifras…", La Jornada, 6 de agosto de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, "En la crisis, el socialismo, sin atributos", La Jornada, 20 de agosto de 1988.

39. Aguilar Camín, “La reforma de los sectores”, p. xv.

40. Van Delden, “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre Vuelta y Nexos”, p. 106.

41. Heberto Castillo, “No a los usurpadores”, Proceso, 27 de agosto de 1988.

42. Castañeda, La herencia, p. 538; Bartra, La fractura mexicana, p. 127; Krauze, “México contemporáneo (1988-2008)”, p. 261; Bruhn, “La evolución de la izquierda mexicana”, p. 267.

43. Hobsbawm, “Historia e ilusión”, p. 153; Bourdieu y Boltanski, La producción de la ideología dominante, p. 96. La primera formulación seria de esta analogía entre el nazismo y el estalinismo la realizó el trotskismo. Priestland, Bandera roja, p. 209.

44. “La destrucción de los judíos y la del ‘comunismo’ son, pues, operaciones gemelas”. Vidal-Naquet, Los asesinos de la memoria, p. 146.

45. Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 17.

46. Saítta, Hacia la revolución, p. 161.

47. Lottman, La Rive Gauche, p. 402.

48. Priestland, Bandera roja, p. 161.

49. Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 381.

50. A comienzos de los ochenta se sospechaba que el 15% o más del PIB de la URSS se destinaba a la defensa. Ya desaparecida la URSS, las tasas de crecimiento de la economía rusa fueron negativas entre 1992 y 1996. Para el 2000, la economía se había contraído a menos de dos tercios del nivel que tuvo en 1989. Hobsbawm, Historia del siglo XX, p. 398; Thompson, Opción cero, pp. 82, 225; Procacci, Historia general del siglo XX, p. 575; Priestland, Bandera roja, pp. 14, 398, 424, 546.

51. Bartra, La democracia ausente, p. 233.

52. Semo, “Umbral de una época”, p. 131; Semo, La búsqueda, II, p. 285. Otros prefirieron llamar “parasitario” al régimen soviético. Thompson, Miseria de la teoría, p. 82.

53. Procacci, Historia general del siglo XX, p. 566. Sobre la incoherencia de la perestroika como proyecto de reforma económica véase Anderson, “Dos revoluciones”, pp. 67 y ss.

54. Semo, “Umbral de una época”, p. 119.

55. Echeverría, Las ilusiones de la modernidad, p. 17. Énfasis propio.

56. Echeverría, La modernidad de lo barroco, p. 35. Aguda y tempranamente Raymond Williams vio el fracaso del "socialismo realmente existente" en su incapacidad de deshacerse de los moldes heredados de las sociedades preexistentes, es decir, en constituirse efectivamente en alternativa. Williams, La larga revolución, p. 116.

57. La expresión es de Neus Espresate. Cit. Gandler, Marxismo crítico en México, p. 127n; Echeverría, "La Era de Cuadernos Políticos", p. 39; Aguirre Rojas, "Bolívar Echeverría: in memoriam", p. 13.

58. Semo, Crónica de un derrumbe, p. 27. Véase Gilly, "1989", p. 76.

59. Semo, Crónica de un derrumbe, p. 199.

60. Ibíd., p. 234.

61. Semo, La búsqueda, II, p. 286.

62. De la Peña, "La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda", p. 344; Gilly, "1989", pp. 83-85; Bartra, La sangre y la tinta, p. 82; Castañeda, La utopía desarmada, p. 299; Castañeda y Morales, "El estado actual de la utopía", pp. 35-36.

63. Anderson, Spectrum, p. 333. En el mismo sentido Hobsbawm, Cómo cambiar al mundo, p. 392; Judt, Algo va mal, p. 55.

7. LA DERROTA ESTRATÉGICA DE LA CLASE OBRERA

1. Moro, Utopía, p. 82. “La forma utópica es en sí misma una meditación representativa sobre la diferencia radical, la otredad radical, y sobre la naturaleza sistémica de la totalidad social, hasta el punto de que uno no puede imaginar ningún cambio fundamental de nuestra existencia social que no haya arrojado visiones utópicas…” Jameson, Arqueologías del futuro, p. 9.

2. Díez, Utilidad, deseo y virtud, p. 214.

3. Rousseau, Julia o la nueva Eloísa, p. 490. En el individuo moderno la virtud no constituye la principal virtud, pues se desea “darle el sentido a la vida mediante la libertad”. Heller, Teoría de la Historia, p. 70.

4. Véase Thompson, Costumbres en común, cap. 4.

5. Kemp, La Revolución industrial en la Europa del siglo XIX, p. 22.

6. Echeverría, Las ilusiones de la modernidad, p. 148; Ashton, La Revolución industrial 1760-1830, p. 183; Deane, La primera Revolución industrial, p. 39; Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, I, p. 219.

7. Coriat, El taller y el cronómetro, p. 28.

8. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, II, p. 127.

9. Hobsbawm y Rudé, Revolución industrial y revuelta agraria, cap. 12.

10. Koselleck, historia/Historia, p. 80.

11. Williams, Cultura y sociedad 1780-1950, pp. 13-14.

12. Gay, Schnitzler y su tiempo, p. 203; Chevalier, Laboring Classes and Dangerous Classes, p. 5.

13. Montgomery, El ciudadano trabajador, p. 70.

14. Thompson, Costumbres en común, p. 403. Énfasis propio.

15. Benjamin, Conceptos de filosofía de la historia, p. 71.

16. Thompson, William Morris, p. 632.

17. Eagleton, Ideología, p. 86.

18. Sewell Jr., Trabajo y revolución en Francia, p. 132; Soboul, La Revolución francesa, p. 61; Rosanvallon, La consagración del ciudadano, pp. 234-235.

19. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, I, p. 4; Cole, Historia del pensamiento socialista, I, p. 145.

20. Stedman Jones, Lenguajes de clase, p. 157. Todavía en esos años, "los demócratas eran vistos, por lo común, como peligrosos y subversivos agitadores del populacho". Williams, Cultura y sociedad 17801950, p. 14. Énfasis suyo.

21. Montgomery, El ciudadano trabajador, p. 88.

22. Agulhon, Historia vagabunda, p. 56; González Amuchástegui, Louis Blanc y los orígenes del socialismo democrático, p. 278; Beecher, Victor Considerant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism, pp. 204-205. Las elecciones, sin embargo, colapsan el sueño de la república del trabajo, pues emerge "una mayoría conservadora y se desencadenan de hecho, aquí y allá, la cólera y el motín obreros". Lequin, "Para una antropología política de los obreros franceses a finales del siglo XIX", p. 157.

23. Hobsbawm, Gente poco corriente, pp. 143-144.

24. Eley, Un mundo que ganar, p. 70; Fried, Socialism in America, p. 12.

25. Illades, Hacia la república del trabajo, pp. 103 y ss.

26. Zapata, Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano, pp. 37 y ss.

27. Womack Jr., Posición estratégica y fuerza obrera, p. 57.

28. Zolá, Germinal, p. 504.

29. Hobsbawm, Gente poco corriente, p. 147. Énfasis suyo. "Mientras trabajaban tenían que hacer cosas de la más variada especie y todo les había sido proscrito. Cuando suspende el trabajo todos hacen lo mismo". Canetti, Masa y poder, I, p. 51.

30. Lequin, "Para una antropología política de los obreros franceses a finales del siglo XIX", p. 150; Hobsbawm, Cómo cambiar el mundo, pp. 24, 30. "La encarnación e ilustración más poderosa de la imagen de la hermandad del hombre se dio en el movimiento obrero y el pensamiento que condujo al socialismo". Williams, La larga revolución, p. 111.

31. Problema que, como señala Roberto Mangabeira, que "la clase que la izquierda abandonó [la clase media] se convirtió en la base social de los movimientos políticos que la derrotaron". Mangabeira Unger, La alternativa de la izquierda, p. 57. Siguiendo esta tesis, sobre el cambio de la base social de los partidos de izquierda latinoamericanos véase Castañeda y Morales, Lo que queda de la izquierda, p. 12.

32. Hobsbawm, "Desórdenes mundiales", p. 124. Véanse también Hobsbawm,

Años interesantes, p. 133; Echeverría, El discurso crítico de Marx, p. 13; Hardt y Negri, Imperio, p. 64.

33. Una interesante reflexión acerca del desempleo estructural en el capitalismo y su conversión en un excedente de mano de obra inasimilable en el capitalismo tardío puede verse en Balakrishnan, “La contradicción futura”, pp. 48 y ss.

34. Forrester, El horror económico, p. 10. En 1996 decía Hobsbawm que “los últimos treinta o cuarenta años han sido la era más revolucionaria de la historia documentada. Nunca antes el mundo, esto es, la vida de los hombres y las mujeres que viven en la Tierra, se ha visto transformado de modo tan profundo dramático y extraordinario en un periodo tan breve”. Hobsbawm, Sobre la historia, p. 234.

35. Jameson, El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado, p. 9. “El posmodernismo es escéptico ante la verdad, la unidad y el progreso, se opone a lo que entiende que es elitismo en la cultura, tiende hacia el relativismo cultural y celebra el pluralismo, la discontinuidad y la heterogeneidad”. Eagleton, Después de la teoría, p. 229n.

36. Anderson, Los fines de la historia, p. 133; Forrester, El horror económico, p. 46.

37. Davis, “Planeta de ciudades miseria”, pp. 21 y 24.

38. Eagleton, Después de la teoría, p. 28.

39. Rifkin, El fin del trabajo, p. 262.

40. Marcuse, El final de la utopía, p. 17; Rifkin, El fin del trabajo, pp. 263, 275.

41. Cabe decir, sin embargo, que el dinamismo de la economía China, que combina el mercado con un fuerte contro estatal, le permitió sacar a más gente de la pobreza que ningún otro país en la era moderna. Priestland, Bandera roja, p. 547.

42. Denning, "Vida sin salario", p. 77.

43. Aizpuru y Rivera, Manual de historia social del trabajo, pp. 390-391.

44. Ibíd., pp. 391-392; Zapata, Autonomía y subordinación del sindicalismo latinoamericano, p. 42; Cordera, "Decepcionante la democracia mexicana", p. 32.

45. "En la evolución de las sociedades desarrolladas, el fenómeno central es la disolución de pautas como la conciencia de clase…" Aróstegui, La historia vivida, p. 317.

46. Jameson, El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado, p. 81. Luis Villoro considera que todavía la matriz cultural indígena guarda una relación particular con la naturaleza "y sus ritmos vitales son la comunión con lo otro, con el no-yo, opuesto al individualismo occidental". Villoro, Tres retos de la sociedad por venir, p. 69.

47. Lucas, “Soñando en códigos”, p. 125.

48. Ibíd., p. 122; Jameson, El giro cultural, p. 188. Sobre el concepto de “trabajo inmaterial” véase Hardt y Negri, Multitud, pp. 92 y ss.

49. Saramago, La caverna, p. 28.

EPÍLOGO

1. “La generación de ‘los 68’, los hijos del mayo francés, ha sido relevada por la de ‘los 89’, la de la caída del muro de Berlín”. Aróstegui, La historia vivida, p, 141.

2. Hartog, Regímenes de historicidad, pp. 174-175. Reacción “es una palabra militante y su único empleo es polémico y despreciativo”. Starobinski, Acción y reacción, p. 380. O lo que es lo mismo, un concepto contrario asimétrico según Koselleck, Futuro pasado, p. 205.

3. Arendt, Sobre la revolución, p. 27; Canneti, Masa y poder, I, p. 53. Véase al respecto Stedman Jones, An end to poverty?, 2004. Se cita la primera.

4. Koselleck, historia/Historia, p. 80; Hartog, Regímenes de historicidad, p. 34. Se cita al primero.

5. Thompson, Costumbres en común, p. 449; Williams, Keywords, p. 273; Jameson, Arqueologías del futuro, p. 54. Para una crítica de la perspectiva de un presente sin alternativa véanse Bourdieu y Boltanski, La producción de la ideología dominante, p. 85; Jameson, Arqueologías del futuro, pp. 118, 177, 278; Hardt y Negri, Imperio, pp. 16, 27.

6. El PRD "nunca ha tenido una doctrina específica y estable y no ha querido tenerla porque inevitablemente significaría la división del partido", Bruhn, "La evolución de la izquierda mexicana", p. 278. No creo que sea exacto: el PRD es actualmente el vocero del "nacionalismo revolucionario".

7. Semo, La búsqueda, I, pp. 68-69.

8. Garavito Elías, Apuntes para el camino, pp. 35, 37; Modonesi, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana, pp. 140, 149; Semo, La búsqueda, I, pp. 79-80, 91-92. El conflicto entre internacionalismo y nacionalismo -dice Wilson- "ha engendrado seguramente más paradojas y absurdos que cualquier otro aspecto del pensamiento de la izquierda…" Wilson, Hacia la estación de Finlandia, pp. 270-271.

9. Anguiano, "El eclipse de la izquierda en México", p. 360. Énfasis propio.

10. Con razón, Bartra ve en ello uno de los obstáculos mayores que impidieron la expansión tanto de la socialdemocracia como de la democracia cristiana. Bartra, La democracia ausente, p. 117.

11. Anderson, Spectrum, p. 330.

12. Mangabeira Unger, La alternativa de la izquierda, pp. 9-10; Bartra, La fractura mexicana, p. 18. Obviamente, el repliegue del pensamiento socialista excede a México. Es así que “el siglo XX termina [en América Latina] con la década más pobre en actividad y pensamiento socialista”. Devés Valdés, El pensamiento latinoamericano del siglo XX, p. 177.

13. Entre ellos Villoro, Tres retos de la sociedad por venir, pp. 68 y ss.; Gilly, Chiapas: la razón ardiente, p. 14; Montemayor, Chiapas, la rebelión indígena de México, pp. 62 y ss.; Zermeño, Reconstruir a México en el siglo XXI, p. 25.

14. Dicha postura escéptica está en Jameson, El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado, p. 81; Jameson, Arqueologías del futuro, p. 36; Hardt y Negri, Multitud, p. 130.

15. Bartra, La sangre y la tinta, p. 23.

16. Gramsci, La formación de los intelectuales, p. 27. Véase también Portelli, Gramsci y el bloque histórico, pp. 99 y ss. Para Gramsci, “el papel de los intelectuales orgánicos es crear vínculos de unión entre teoría e ideología, abriendo un camino de dos direcciones entre el análisis político y la experiencia popular”. Eagleton, Ideología, p. 159.

17. Zaid, De los libros al poder, p. 103.

18. Echeverría, Modernidad y blanquitud, p. 226; Dosse, La marcha de las ideas, p. 11.

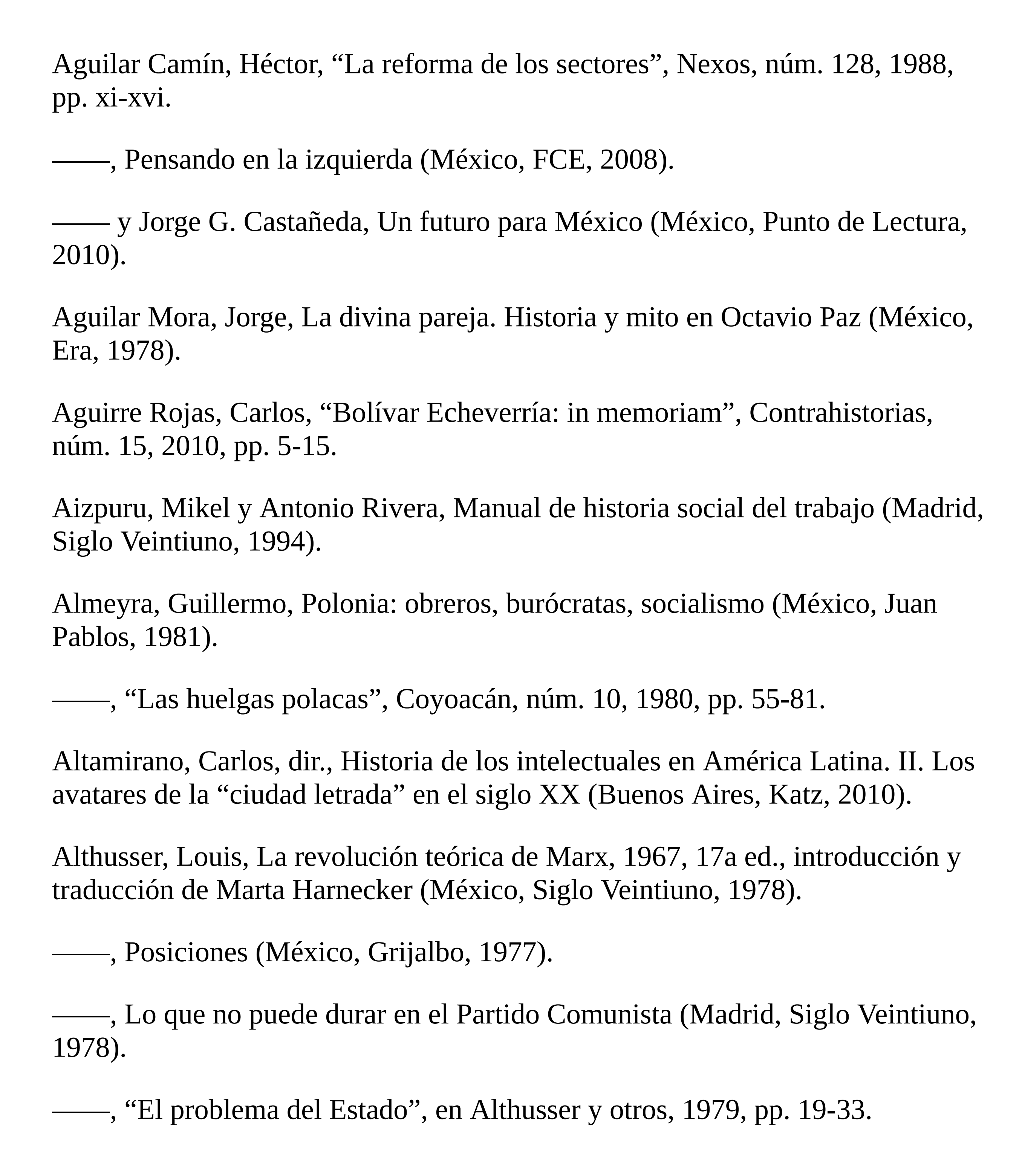
19. Semo, "Modernización desde arriba y revolución", p. 16; Semo, La búsqueda, I, p. 106.

20. Bartra, La fractura mexicana, p. 26; Gilly, "Genealogía de las rebeliones", 2010; Echeverría, Vuelta de siglo, p. 263. Se cita el último.

21. Thompson, Miseria de la teoría, p. 161; Jameson, Arqueologías del futuro, p. 274; Judt, Algo anda mal, p. 147.

BIBLIOGRAFÍA

Δ



Aguilar Camín, Héctor, “La reforma de los sectores”, Nexos, núm. 128, 1988, pp. xi-xvi.

——, Pensando en la izquierda (México, FCE, 2008).

—— y Jorge G. Castañeda, Un futuro para México (México, Punto de Lectura, 2010).

Aguilar Mora, Jorge, La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz (México, Era, 1978).

Aguirre Rojas, Carlos, “Bolívar Echeverría: in memoriam”, Contrahistorias, núm. 15, 2010, pp. 5-15.

Aizpuru, Mikel y Antonio Rivera, Manual de historia social del trabajo (Madrid, Siglo Veintiuno, 1994).

Almeyra, Guillermo, Polonia: obreros, burócratas, socialismo (México, Juan Pablos, 1981).

——, “Las huelgas polacas”, Coyoacán, núm. 10, 1980, pp. 55-81.

Altamirano, Carlos, dir., Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX (Buenos Aires, Katz, 2010).

Althusser, Louis, La revolución teórica de Marx, 1967, 17a ed., introducción y traducción de Marta Harnecker (México, Siglo Veintiuno, 1978).

——, Posiciones (México, Grijalbo, 1977).

——, Lo que no puede durar en el Partido Comunista (Madrid, Siglo Veintiuno, 1978).

——, “El problema del Estado”, en Althusser y otros, 1979, pp. 19-33.

—— y Étienne Balibar, Para leer El Capital, 1969, 17a ed., traducción de Marta

Harnecker (México, Siglo Veintiuno, 1979).

—— y otros, La crisis del marxismo (Puebla, UAP, 1979).

Amin, Samir, “Una crisis estructural”, en Amin y otros, 1975, pp. 11-46.

—— y otros, La crisis del imperialismo (Barcelona, Fontanella, 1975).

Anguiano, Arturo, coord., El socialismo en el umbral del siglo XXI (México, UAM, 1991).

——, “El eclipse de la izquierda en México”, en Anguiano, coord., 1991, pp. 355-390.

Anaya, Martha, 1988. El año en que calló el sistema (México, Debolsillo, 2009).

Anderson, Benedict, Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo (México, FCE, 1993).

Anderson, Perry, La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica, prólogo de Ernesto Laclau (Barcelona, Anagrama, 1977).

——, Consideraciones sobre el marxismo occidental (Madrid, Siglo Veintiuno, 1979).

——, “La interpretación de Trotsky sobre el estalinismo”, Coyoacán, núm. 16, 1984, pp. 97-110.

——, Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson (Madrid, Siglo Veintiuno, 1985).

——, Tras las huellas del materialismo histórico (Madrid, Siglo Veintiuno, 1986).

——, Los fines de la historia (Barcelona, Anagrama, 1996).

——, Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas (Madrid, Akal, 2008).

——, “Dos revoluciones. Notas de borrador”, New Left Review, núm. 61, 2010, pp. 55-90.

Arendt, Hannah, Sobre la revolución (Madrid, Alianza, 2009). Ciencias Sociales 3426.

Argüedas, Ledda, “El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana de los sesentas”, Revista Mexicana de Sociología, XXIX(1), 1977, pp. 229-249.

Argüello, Gilberto, “La acumulación originaria en Nueva España”, Historia y Sociedad, segunda época, núm. 2, 1974, pp. 39-69.

Aróstegui, Julio, La historia vivida. Sobre la historia del presente (Madrid, Alianza, 2004). Alianza Ensayo 244.

Arrom, Silvia Marina, “Protesta popular en la ciudad de México: El motín de El Parián en 1828”, en Arrom y Ortoll, coords., 2004, pp. 83-117.

——, y Servando Ortoll, coords., Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina (México, Miguel Ángel Porrúa/UAM/El Colegio de Sonora, 2004). Biblioteca de Signos 27.

Arrighi, Giovanni, El largo siglo XX (Madrid, Akal, 1999).

Ashton, Thomas S., La Revolución industrial 1760-1830, 1950, 3a ed. (México, FCE, 2008).

Bahro, Rudolf, La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente (Barcelona, Materiales, 1979).

Balakrishnan, Gopal, “La contradicción futura”, New Left Review, núm. 66, 2011, pp. 33-54.

Balibar, Étienne, Sobre la dictadura del proletariado (México, Siglo Veintiuno, 1977).

——, “Del 68 a la crisis de la izquierda”, entrevista a Étienne Balibar, Multitud, 2008, pp. 1-6.

——, “Althusser y la Rue D’Ulm”, New Left Review, núm. 58, 2009, pp. 86-101.

Barbosa Cruz, Mario, “Nuevos libros prohibidos: controversias en las ciencias sociales en México y Colombia durante los años sesenta”, en Illades y Leidenberger, comps., 2008, pp. 281-312.

Bartra, Roger, Estructura agraria y clases sociales en México, 1974, 8a ed. (México, Era/UNAM, 1985). Serie Popular 28.

——, Marxismo y sociedades antiguas (México, Grijalbo, 1975). Colección Setenta 142.

——, El poder despótico burgués (México, Era, 1978). Serie Popular 60.

——, La transición del socialismo a la democracia y de la democracia al socialismo (Culiacán, UAS, 1980).

——, Las redes imaginarias del poder político (México, Era, 1981). Serie Popular 79.

——, Campesinado y poder político en México (México, Era, 1982).

——, La democracia ausente, 1982, 2a ed. (México, Grijalbo, 1986) [la primera edición se publicó como El reto de la izquierda (México, Grijalbo, 1982)].

——, La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano, 1987, 2a ed. (México, Grijalbo, 1996).

——, “Definición de cultura. A propósito de un libro de Bolívar Echeverría”, Universidad de México, núm. 608, febrero de 2002, pp. 74-76.

——, La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana (México, Océano, 1999).

——, La fractura mexicana. Izquierda y derecha en la transición democrática (México, Debate, 2009).

——, comp. El modo de producción asiático: antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales (México, Era, 1969).

Beecher, Jonathan, Victor Considerant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism (Los Ángeles, University of California Press, 2001).

Bellingeri, Marco, Del agrarismo armado a la Guerra de los pobres 1940-1974 (México, Juan Pablos/Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2003).

Bénichou, Paul, La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna (México, FCE, 1981).

Benítez, Fernando y otros, Ediciones Era 35 años. Neus Espresate (México, Universidad de Guadalajara, 1995).

Benjamin, Walter, Conceptos de filosofía de la historia, introducción de Hannah Arendt, traducción de H.A. Murena y D.J. Vogelmann (Buenos Aires, Terramar, 2009).

Berlin, Isaiah, Las raíces del romanticismo, edición de Henry Hardy (Madrid, Taurus, 1999).

——, El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia, edición de Henry Hardy, introducción de Patrick Gardiner (Madrid, Taurus, 2000).

——, Karl Marx. Su vida y su entorno, prólogo de Alan Ryan (Madrid, Alianza, 2009).

Bettelheim, Charles, “La transición del capitalismo al socialismo”, en Sweezy y Bettelehim, 1978, pp. 21-36.

——, “Lo específico del capitalismo soviético”, en Selección de artículos de Monthly Review (Madrid, Revolución, 1987), pp. 67-87.

Bethell, Leslie, Historia de América Latina, 10 vols. (Barcelona, Cambridge University Press/Crítica, 1991-1992).

Blackburn, Robin, “Los estudiantes: ¿el fin de la nueva izquierda?”, en Flores Olea y otros, 1980, pp. 51-86.

Bobbio, Norberto, “¿Existe una teoría marxista del Estado?”, en Bobbio y otros, 1978, pp. 15-32.

——, Liberalismo y democracia (México, FCE, 1989).

—— y otros, ¿Existe una teoría marxista del Estado?, prólogo de Armando Pinto (Puebla, UAP, 1978).

Bonfil Batalla, Guillermo, México profundo. Una civilización negada, 1987, 2a ed. (México, Grijalbo/CONACULTA, 1990). Los noventa 1.

Borsò, Vittoria, "Independencia y Revolución: de las utopías a las paradojas-Transformaciones culturales en el pensamiento mexicano", en Leyva y otros, coords., 2010, pp. 739-773.

Bortz, Jeffrey Lawrence, Los salarios industriales en la ciudad de México 1939-1975 (México, FCE, 1988).

Bourdieu, Pierre, Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario (Barcelona, Anagrama, 1995).

——, Intelectuales, política y poder (Buenos Aires, Eudeba, 1999).

——, Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, 1997, 4a ed. (Barcelona, Anagrama, 2007).

—— y Luc Boltanski, La producción de la ideología dominante (Buenos Aires, Nueva Visión, 2009).

Braudel, Fernand, La historia y las ciencias sociales, 1968, 4a ed. (Madrid, Alianza, 1979). El libro de bolsillo 139.

Bruhn, Kathleen, "La evolución de la izquierda mexicana", en Castañeda y Morales, eds., 2010, pp. 263-280.

Canetti, Elías, Masa y poder, 2 vols. (Madrid, Alianza, 1983).

Cardoso, Ciro Flamarión Santana y Héctor Perez Brignoli, Perspectivas de la historia contemporánea (México, SEP, 1976). SEPSETENTAS 280.

Carr, Barry, "Impresiones del XIX Congreso del Partido Comunista Mexicano", Cuadernos Políticos, núm. 29, 1981, pp. 83-92.

——, La izquierda mexicana a través del siglo XX (México, Era, 1996).

Casanova, Julián, La historia social y los historiadores, 1991, 2a ed. (Barcelona, Crítica, 2003).

Caso, Antonio y Vicente Lombardo Toledano, Idealismo versus materialismo dialéctico (México, Universidad Obrera de México, 1963).

Castañeda, Jorge G., “La sucesión silenciosa”, Nexos, núm. 115, 1987, p. 13.

——, “Las fuerzas reales”, Nexos, núm. 126, 1988, pp. 5-6.

——, “Urnas cruzadas”, Nexos, núm. 128, 1988, pp. xvi-xvii.

——, La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina (México, Joaquín Mortiz, 1993).

——, La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México (México, Alfaguara, 1999).

—— y Enrique Hett, El economismo dependentista, 1978, 5a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1988).

—— y Marco A. Morales, “El estado actual de la utopía”, en Castañeda y Morales, eds., 2010, pp. 17-36.

—— y Marco A. Morales, eds., Lo que queda de la izquierda. Relatos de las izquierdas latinoamericanas (México, Taurus, 2010).

Castellanos, Laura, México armado 1943-1981 (México, Era, 2007).

Cevasco, María Elisa, Para leer a Raymond Williams (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003).

Chávez Orozco, Luis, Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación (México, Botas, 1938).

Chesneaux, Jean, “El modo de producción asiático”, en Chesneaux y otros, 1975, pp. 23-68.

——, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los

historiadores (México, Siglo Veintiuno, 1977).

—— y otros, El modo de producción asiático, 1969, 2a ed., traducción de Roger Bartra (México, Grijalbo, 1975). Colección Setenta 42.

Chevalier, Louis, Laboring Classes and Dangerous Classes in Paris During the First Half of the Nineteenth Century (Nueva Jersey, Princeton University Press, 1973).

Cohen, Gerald Allan, La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa (Madrid, Siglo Veintiuno/Pablo Iglesias, 1986).

Cohen, Robert, comp., Rebelión en Estados Unidos (México, Siglo Veintiuno, 1969).

Collins, Randall, Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual, prólogo de Salvador Giner (Barcelona, Hacer, 2005).

Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, coords., El comunismo: otras miradas desde América Latina (México, UNAM, 2007).

Condés Lara, Enrique, Represión y rebelón en México (1959-1985), 3 vols. (México, Miguel Ángel Porrúa/BUAP, 2007-2009).

Cordera, Rolando, “Los límites del reformismo: la crisis del capitalismo en México”, Cuadernos Políticos, núm. 2, 1974, pp. 41-60.

——, “México y su economía política de la modernización (hipótesis para un relato)”, en Echeverría, comp., 2008, pp. 153-196.

——, “Democracia, equidad y desarrollo: sostenía Pereyra”, Nexos, núm. 366, 2008, pp. 31-32.

—— y Carlos Tello, México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo, 3a. ed. (México, Siglo Veintiuno, 1981).

Córdova, Arnaldo, La formación del poder político en México, 1972, 5a ed. (México, Era, 1977).

——, La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen

(México, Era, 1973).

——, La política de masas del cardenismo, 1974, 2a ed. (México, Era, 1976).

——, “Los maestros rurales en el cardenismo”, Cuadernos Políticos, núm. 2, 1974, pp. 77-92.

——, “La filosofía de la Revolución mexicana”, Cuadernos Políticos, núm. 5, 1975, pp. 93-103.

——, “La política de masas y el futuro de la izquierda en México”, Cuadernos Políticos, núm. 19, 1979, pp. 14-49.

——, “La reforma política y la transición democrática de México”, Nexos, núm. 129, 1988, pp. viii-ix.

Coriat, Benjamin, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, 1982, 2a. ed. (México, Siglo Veintiuno, 1985).

Cosío Villegas, Daniel, La crisis de México, 1947, 2a ed. (México, Clío, 1997).

Crespo, Horacio, “El comunismo mexicano en 1929: ‘el giro a la izquierda’ en un momento de confusión”, en Concheiro, Modonesi y Crespo, coords., 2007, pp. 559-586.

Crespo, José Antonio, 2006: hablan las actas. Las debilidades de la autoridad electoral mexicana (México, Debate, 2006).

Darnton, Robert, La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa (México, FCE, 1987).

Davis, Mike, “Planeta de ciudades miseria. Involución urbana y proletariado informal”, New Left Review, núm. 26, 2004, pp. 5-34.

Deane, Phyllis, La primera revolución industrial, 1968, 2a ed. (Barcelona, Península, 1988).

Denning, Michael, “Vida sin salario”, New Left Review, núm. 66, 2011, pp. 77-94.

Devés Valdés, Eduardo, El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad (Buenos Aires, Biblos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004).

Dos Santos, Theotonio, "André Gunder Frank", Contribuciones a la Economía, p. 2. http://www.eumed.net/ce/.

Dosse, François, La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual (Valencia, Universidad de Valencia, 2007).

Eagleton, Terry, Ideología. Una introducción (Barcelona, Paidós, 1997).

——, Después de la teoría (Barcelona, Debate, 2005).

——, Why Marx Was Right (New Haven/Londres, Yale University Press, 2011).

Echeverría, Bolívar, El discurso crítico de Marx (México, Era, 1986).

——, Las ilusiones de la modernidad (México, El Equilibrista/UNAM, 1995).

——, "La Era de Cuadernos Políticos", en Benítez y otros, 1995, pp. 35-40.

——, "Carlos Pereyra y los tiempos del 'desencanto'. De la revolución a la modernización: un recentramiento", Universidad de México, núms. 573-574, 1998, pp. 47-49.

——, Valor de uso y utopía (México, Siglo Veintiuno, 1998).

——, La modernidad de lo barroco (México, Era, 1998).

——, "El ángel de la historia y el materialismo histórico", en Echeverría, comp., 2005, pp. 23-33.

——, Vuelta de siglo (México, Era, 2006).

——, Definición de la cultura, 2001, 2a ed. (México, FCE/Itaca, 2010).

——, Modernidad y blanquitud (México, Era, 2010).

——, El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución (México, Itaca, 2011).

——, comp., La mirada del ángel. En torno a las Tesis sobre la historia, de Walter Benjamin (México, Era/UNAM, 2005).

——, comp., La americanización de la modernidad (México, Era/UNAM, 2008).

Eley, Geoff, Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000 (Barcelona, Crítica, 2003).

Enzensberger, Hans Magnus, Migajas políticas (Barcelona, Anagrama, 1984).

——, El interrogatorio de La Habana y otros ensayos, 1973, 2a ed. (Barcelona, Anagrama, 1985).

Febvre, Lucien, Combates por la historia (Barcelona, Ariel, 1970).

Fernández Chirsltieb, Paulina, El espartaquismo en México (México, El Caballito, 1978).

Flores Magón, Ricardo, La primera guerra mundial y la Revolución rusa (México, Antorcha, 1983).

——, La Revolución mexicana (México, Editores Mexicanos Unidos, 2001)

Flores Olea, Víctor y otros, La rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea (México, UNAM, 1980).

Forrester, Viviane, El horror económico (México, FCE, 1997).

Fried, Alfred, ed., Socialism in America. From the Shakers to the Third International. A Documentary History (Nueva York, Doubleday and Company, 1970).

Fuentes, Carlos, “La disyuntiva mexicana”, Libre, núm. 2, 1971, pp. 21-32.

——, “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, Plural, núm. 11, 1972, pp. 3-9.

Furet, François, El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX (México, FCE, 1995).

Gandler, Stefan, Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y

Bolívar Echeverría, prólogo de Michael Löwy (México, FCE/UNAM/UAQ, 2007).

——, “¿Quién es Bolívar Echeverría?”, La Jornada Semanal, 8 de agosto de 2010, pp. 5-7.

Garavito Elías, Rosa Albina, Apuntes para el camino. Memorias sobre el PRD (México, Eón/UAM, 2010).

Gilly, Adolfo, La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder (México, El Caballito, 1971).

——, “Guerrilla, programa y partido e Guatemala (Crítica retrospectiva de una derrota)”, Coyoacán, núm. 3, 1978, pp. 41-63.

——, “La guerra de clases en la Revolución mexicana (Revolución permanente y auto-organización de las masas”, en Gilly y otros, 1979, pp. 21-54.

——, “La historia como crítica o como discurso del poder”, en Pereyra y otros, 1980, pp. 195-226.

——, Sacerdotes y burócratas (México, Era, 1980). Serie Popular 77.

——, La nueva Nicaragua: antiimperialismo y lucha de clases (México, Nueva Imagen, 1980).

——, “La formación de la conciencia obrera en México”, Coyoacán, núms. 7-8, 1980, pp. 173-198.

——, “1989”, en Anguiano, coord., 1991, pp. 75-87.

——, Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado (México, Era, 1997).

—— y otros, Interpretaciones de la Revolución mexicana, prólogo de Héctor Aguilar Camín (México, Nueva Imagen, 1979).

González Amuchástegui, Jesús, Louis Blanc y los orígenes del socialismo democrático (Madrid, Siglo Veintiuno, 1989).

González Casanova, Pablo, La democracia en México, 1965, 7a ed. (México, Era, 1975).

——, En el primer gobierno constitucional, 1917-1920 (México, Siglo Veintiuno/ UNAM, 1980). La clase obrera en la historia de México 6.

——, Gordillo, Gustavo, “La difícil transición”, Nexos, núm. 129, 1988, pp. xiii-xiv.

Gramsci, Antonio, La formación de los intelectuales (México, Grijalbo, 1967). Colección Setenta 1.

Guerrero, Julio, La génesis del crimen en México, prólogo de Arnoldo Kraus (México, CONACULTA, 1996).

Guevara Niebla, Gilberto, 1968: Largo camino a la democracia (México, Cal y Arena, 2008).

Guillén Romo, Héctor, Orígenes de la crisis en México 1940-1982 (México, Era, 1984).

Gunder Frank, André, La crisis mundial, 2 vols. (Barcelona, Bruguera, 1979-1981).

Hale, Charles A., El pensamiento político en México y Latinoamérica. Artículos y escritos breves, selección y edición Gabriel Torres Puga y Josefina Zoraida Vázquez (México, El Colegio de México, 2010).

Hansen, Roger D., La política del desarrollo mexicano (México, Siglo Veintiuno, 1971).

Hardt, Michael, “Vida militante”, New Left Review, núm. 64, 2010, pp. 146-156.

—— y Antonio Negri, Imperio (Paidós, Buenos Aires, 2002).

—— y Antonio Negri, Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio (Barcelona, Debate, 2004).

Hartog, François, Regímenes de historicidad (México, UIA, 2007).

Heller, Agnes, Teoría de la historia (México, Fontamara, 1984).

Hobsbawm, Eric J., “Lenin y la ‘aristocracia obrera’”, en Lenin, 1976, pp. 7-17.

——, “Introducción”, en Marx, 1978, pp. 5-47.

——, Historia del siglo XX (Barcelona, Crítica, 1995).

——, Sobre la historia (Barcelona, Crítica, 1998).

——, Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz (Barcelona, Crítica, 1999).

——, “Historia e ilusión”, New Left Review, núm. 4, 2000, pp. 152-164.

——, Años interesantes. Una vida en el siglo XX (Barcelona, Crítica, 2003).

——, “Desórdenes mundiales”, New Left Review, núm. 61, 2010, pp. 123-139.

——, Cómo cambiar el mundo (Barcelona, Crítica, 2011).

—— y George Rudé, Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing, 1978, 2a. ed. (Madrid, Siglo Veintiuno, 1985).

Ibargüengoitia, Jorge, “La ley de Herodes”, S.NOB, núm. 4, 11 de julio de 1962, pp. 2-4.

Illades, Carlos, Hacia la república del trabajo. La organización artesanal de la ciudad de México, 1853-1876 (México, El Colegio de México/UAM, 1996).

——, Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México (Barcelona, Anthropos/UAM, 2002). Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico 127.

——, Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México 1850-1935 (México, Era/UAM, 2008).

——, “Héctor Aguilar Camín, Pensando en la izquierda”, Relaciones, XXX(117), 2009, pp. 314-317.

——, Guerrero. Historia breve (México, FCE/El Colegio de México,

Fideicomiso para Historia de las Américas, 2010).

—— y Georg Leidenberger, comps., Polémicas intelectuales del México moderno (México, CONACULTA/UAM, 2008).

—— y Rodolfo Suárez, coords., México como problema. Esbozo de una historia intelectual (México, Siglo Veintiuno/UAM, en prensa).

Ingrao, Pietro, Crisis y tercera vía, entrevista de Romano Ledda (Barcelona, Laia, 1980).

Jacobs, Jim, “SDS: entre reforma y revolución”, en Cohen, comp., 1969, pp. 121-138.

Jameson, Fredric, El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado (Barcelona, Paidós, 1991).

——, El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998, prólogo de Perry Anderson (Buenos Aires, Manantial, 1999).

——, Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción (Madrid, Akal, 2009). Cuestiones de antagonismo 56.

Judt, Tony, Algo va mal (México, Taurus, 2011).

Kaye, Harvey J., Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio (Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989).

Kemp, Tom, La Revolución industrial en la Europa del siglo XIX (Barcelona, Martínez Roca, 1987).

Knight, Alan, “La Revolución mexicana: ¿burguesía nacionalista o simplemente una gran rebelión?”, Cuadernos Políticos, núm. 48, 1986, pp. 5-32.

——, “El gen vivo de un cuerpo muerto”, Nexos, núm. 383, 2009, pp. 25-26.

Kossok, Manfred y otros, Las revoluciones burguesas. Problemas teóricos, prólogo de Josep Fontana (Barcelona, Crítica, 1983).

Krauze, Enrique, Caras de la historia (México, Joaquín Mortiz, 1983).

——, Por una democracia son adjetivos (México, Joaquín Mortiz Planeta, 1986).

——, “Nuevos adjetivos para la democracia”, Vuelta, núm. 133/134, 1987-1988, pp. 46-50.

——, “El sueño del norte. Ensayo de geografía democrática”, Vuelta, núm. 143, 1988, pp. 47-49.

——, “México contemporáneo (1988-2008)”, en Von Wobeser, coord., 2010, pp. 261-277.

Koselleck, Reinhart, Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos (Barcelona, Paidós, 1993).

——, historia/Historia, introducción y traducción de Antonio Gómez Ramos (Madrid, Trotta, 2004).

Kuklick, Bruce, “Siete pensadores y cómo crecieron: Descartes, Spinoza, Leibniz; Locke, Berkeley, Hume; Kant”, en Rorty, Schneewind y Skinner, comps., 1990, pp. 153-169.

Lefort, Claude, “El nuevo desorden”, en Morin, Lefort y Castoriadis, 2009, pp. 27-47.

——, “Relectura”, en Morin, Lefort y Castoriadis, 2009, pp. 155-164.

Lenin, Vladimir Ilich, Imperialismo y movimiento obrero: las raíces del oportunismo (Barcelona, Anagrama, 1976).

Lequin, Yves, “Para una antropología política de los obreros franceses a finales del siglo XIX”, en Paniagua, Piqueras y Sanz, eds., 1999, pp. 149-163.

Leyva, Gustavo, “Sobre la idea de la Revolución: pasado, presente y futuro”, en Leyva y otros, coords., 2010, pp. 664-702.

——, coord., Política, identidad y narración (México, Miguel Ángel Porrúa/UAM, 2003).

—— y otros, coords., Independencia y Revolución: Pasado, presente y futuro. (México, FCE/UAM, 2010).

Lida, Clara E., Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades (México, El Colegio de México, 2009).

Liss, Sheldon B., Marxist Thought in Latin America (Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 1984).

Loaeza, Soledad, Clases medias y política en México (México, El Colegio de México, 1988).

——, “La manzana de la discordia”, Nexos, núm. 129, 1988, p. xv.

——, “Los hermanos enemigos”, Nexos, núm. 130, 1988, p. vii.

Lottman, Herbert, La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia, 1994 (Barcelona, Tuquets, 2006).

Löwy, Michael, Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929 (México, Siglo Veintiuno, 1978).

——, El pensamiento del Che Guevara, 1971, 10a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1979).

——, “Un capítulo nuevo en la historia del movimiento obrero brasileño: el Partido de los Trabajadores 1979-1980”, Coyoacán, núm. 11, 1981, pp. 123-133.

——, El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días). Antología (México, Era, 1982).

——, “Prólogo”, en Gandler, 2007, pp. 15-17.

Lucas, Rob, “Soñando en códigos”, New Left Review, núm. 62, 2010, pp. 119-125.

Luporini, Cesare y otros, El concepto de formación económico-social, 1973, 3a ed., traducción de José Aricó y otros (México, Siglo Veintiuno, 1978). Cuadernos de Pasado y Presente 39.

Mangabeira Unger, Roberto, La alternativa de la izquierda (Buenos Aires, FCE, 2010).

Mandel, Ernest, “Porque la burocracia soviética no es una clase dominante”, Montlhy Review, III(5), 1979, pp. 19-37.

——, La crisis 1974-1980 (México, Era, 1980).

Marcuse, Herbert, El final de la utopía, 1968, 2a ed. (Barcelona, Planeta/Ariel, 1981).

Marini, Ruy Mauro, Subdesarrollo y revolución, 1969, 3a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1971).

——, “Dos estrategias en el proceso chileno”, Cuadernos Políticos, núm. 1, 1974, pp. 19-38.

——, Dialéctica de la dependencia, 1973, 3a ed. (México, Era, 1977).

——, “La lucha por la democracia en América Latina”, Cuadernos Políticos, núm. 44, 1985, pp. 3-11.

Marx, Karl, Introducción general a la crítica de la economía política (1857), 1968, 12a ed., traducción de Miguel Murmis, Pedro Scaron y José Aricó (México, Siglo Veintiuno, 1978). Cuadernos de Pasado y Presente 1.

——, Formaciones económicas precapitalistas, 1971, 6a ed., introducción de Eric J. Hobsbawm, traducción de M.N. y Miguel Murmis (México, Siglo Veintiuno, 1978). Cuadernos de Pasado y Presente 20.

—— y Friedrich Engels, La ideología alemana, traducción de Wenceslao Roces (México, Ediciones de Cultura Popular, s.f.).

—— y Friedrich Engels, Manifiesto comunista, introducción de Eric J. Hobsbawm (Barcelona, Crítica, 1998) [edición bilingüe].

Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, El Partido Comunista Mexicano en el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943 (México, El Caballito, 1973).

Martínez Verdugo, Arnoldo, ed., Historia del comunismo en México (México, Grijalbo, 1985).”

Medin, Tzivi, El sexenio alemanista (México, Era, 1990).

Meyer, Eugenia, ed., Imprevisibles historias. En torno a la obra y el legado de Edmundo O'Gorman, (México, FCE/UNAM, 2009).

Meyer, Lorenzo, “La democratización del PRI: ¿misión imposible?”, Nexos, núm. 126, 1988, pp. 25-33.

Modonesi, Massimo, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana (México, Juan Pablos/UCM, 2003).

Molinar, Juan, “El año en que votamos en peligro”, Nexos, núm. 127, 1988, pp. 49-55.

——, “En el ojo del huracán”, Nexos, núm. 128, 1988, pp. xviii-xxiv.

Monsiváis, Carlos, “Carlos Pereyra y la cultura de la izquierda mexicana”, Cuadernos Políticos, núms., 54-55, 1988, pp. 5-13.

——, El 68. La tradición de la resistencia (México, Era/Editores Independientes, 2008).

——, “Octavio Paz y la izquierda”, 1999, en Santi, ed., 2009, pp. 92-103.

——, “Revueltas: crónica de una vida militante (“Señores, a orgullo tengo…”)”, en Olea Franco, ed., 2010, pp. 15-64.

——, Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX, edición de Eugenia Huerta (México, El Colegio de México, 2010).

Montgomery, David, El ciudadano trabajador. Democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano (México, Instituto Mora, 1997).

Montemayor, Carlos, Chiapas, la rebelión indígena de México (México, Joaquín Mortiz, 1997).

——, Las armas del alba (México, Joaquín Mortiz, 2003).

——, La •violencia de Estado en México. Antes y después de 1968 (México, Random House, 2010).

Montes Manzano, Eduardo, “Los últimos años”, en Martínez Verdugo, ed., 1985, pp. 365-405.

Morin, Edgar, “La comuna estudiantil”, en Morin, Lefort y Castoriadis, 2009, pp. 9-25.

——, “Mayo del 68: complejidad y ambigüedad”, en Morin, Lefort y Castoriadis, 2009, pp. 133-142.

——, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis, Mayo del 68: la brecha (Buenos Aires, Nueva Visión, 2009).

Moro, Tomás, Utopía, 1952, 9a ed., prólogo y traducción de Pedro Voltes (México, Espasa-Calpe, 1990).

Nicolaus, Martin, “La teoría de la aristocracia obrera”, en Lenin, 1976, pp. 19-31.

Niszt Acosta, Florencia, “Carlos Pereyra, Sobre la democracia (1990)”, en Illades y Suárez, coords., (en prensa).

O’Gorman, Edmundo, La invención de América, 1958, 2a ed., corregida y aumentada (México, FCE, 1977).

Oikión Solano, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte, eds., Movimientos armados en México, siglo XX, 3 vols. (México, El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2008).

Olea Franco, Rafael, ed., José Revueltas: la lucha y la esperanza (México, El Colegio de México, 2010).

Orduña Carson, Miguel, “La mesa llena. Historia de marginación y denuncia”, ponencia leída en el Coloquio Internacional Las Revistas en la Historia Intelectual de América y España, UAM, Ciudad de México, 26-28 de enero de 2011, 16pp.

Ory, Pascal, y Jean-François Sirinelli, Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días (Valencia, PUV, 2007).

Padura, Leonardo, El hombre que amaba los perros (México, Tusquets, 2009).

Palti, Elías José, Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis” (Buenos Aires, FCE, 2005).

Paniagua, Javier, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz, eds., Cultura social y política en el mundo del trabajo (Valencia, UNED/Fundación Instituto Historia Social, 1999).

Paramio, Ludolfo, “Carlos Pereyra”, Cuadernos Políticos, núm. 54/55, 1988, pp. 23-28.

——, “Carlos Pereyra: intervenciones filosóficas”, en Pereyra, 2010, pp. 5-9.

Paz, Octavio, “Hora cumplida”, Vuelta, núm. 143, 1988, pp. 46-47.

——, “El siglo XX: la experiencia de la libertad”, Vuelta, núm. 167, 1990, pp. 7-8.

——, El laberinto de la soledad/Postdata/Vuelta a El laberinto de la soledad (México, FCE, 1994).

——, El peregrino en su patria. Historia y política de México (México, FCE, 1994). Obras completas 8.

——, “Aterrados doctores terroristas”, en Paz, 1994, pp. 489-503.

——, “El escritor y el poder”, en Paz, 1994, pp. 547-550.

Peña, Sergio de la, La formación del capitalismo en México, 1975, 4a ed. (México, Siglo Veintiuno/UNAM, 1978).

——, “La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda”, en Anguiano, coord., pp. 337-345.

Pereyra, Carlos, Política y violencia (México, FCE, 1974).

——, Configuraciones: teoría e historia (México, Edicol, 1979).

——, “Historia, ¿para qué?”, en Pereyra y otros, 1980, pp. 11-31.

——, El sujeto de la historia (Madrid, Alianza, 1984). Alianza Universidad 376.

——, Sobre la democracia, edición de Luis Salazar Carrión (México, Cal y Arena, 1990).

——, Filosofía, historia y política. Ensayos filosóficos (1974-1988), prólogo de Ludolfo Paramio, compilación de Gustavo Ortiz Millán y Corina Yturbe (México, FCE/ UNAM, 2010).

—— y otros, Historia ¿para qué? (México, Siglo Veintiuno, 1980).

Piccato, Pablo, The Tyranny of Opinion. Honor in the Construction of the Mexican Public Sphere (Durham/Londres, Duke University Press, 2010).

Pitol, Sergio, "El México radiante de los sesenta", en Benítez y otros, 1995, pp. 15-17.

Portelli, Hugues, Gramsci y el bloque histórico, 1973, 6a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1979).

Poulantzas, Nicos, Fascismo y dictadura, 1971, 15a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1983).

——, Estado, poder y socialismo, 1979, 6a ed., traducción de Fernando Claudín (México, Siglo Veintiuno, 1986).

Pozas Horacasitas, Ricardo, "La Revista Mexicana de Literatura": territorio de la nueva elite intelectual", en Altamirano, dir., 2010, pp. 259-284.

Priestland, David, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo (Barcelona, Crítica, 2010).

Procacci, Giuliano, Historia general del siglo XX, 2005, 2a ed. (Barcelona, Crítica, 2007).

Quijano, José Manuel y otros, Finanzas, desarrollo económico y penetración extranjera (Puebla, UAP, 1985).

Revueltas, José, Obras completas, edición, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, 24 vols. (México, Era, 1978-1983).

——, México: una democracia bárbara, 1958, 2a ed. (México, Era, 1983), Obras

completas 16.

——, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, 1962, 2a ed. (México, Era, 1980), Obras completas 17.

——, Los errores, 1964, 2a ed. (México, Era, 1980), Obras completas 6.

——, México 68: juventud y revolución, prólogo de Roberto Escudero (México, Era, 1979), Obras completas 15.

——, Ensayos sobre México (México, Era, 1985), Obras completas 19.

Reyes Heroles, Federico, "Sencillez de la democracia", Vuelta, núm. 140, 1988, pp. 26-30.

Reyna, José Luis, y Raúl Trejo Delarbre, De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos 1952-1964 (México, Siglo Veintiuno, 1981), La clase obrera en la historia de México 12.

Rifkin, Jeremy, El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era, prólogo de Robert Heilbroner (México, Paidós, 1996).

Rivas Ontiveros, José René, La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972), prólogo de Sergio Zermeño (México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2007).

Rodríguez Araujo, Octavio, La reforma política y los partidos en México, 1979, 7a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1984).

Rodríguez Kuri, Ariel, "Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968", Historia Mexicana, LIII(1), 2003, pp. 179-228.

Rodríguez O., Jaime y otros, Pasado y presente de la deuda externa de México, introducción de Fernando Rosenzweig (México Instituto Mora/El Día, 1988).

Rorty, Richard, "La historiografía de la filosofía: cuatro géneros", en Rorty, Schneewind y Skinner, comps., 1990, pp. 69-98.

——, J.B. Schneewind y Quentin Skinner, comps., La filosofía en la historia (Barcelona, Paidós, 1990).

Rosanvallon, Pierre, La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia (México, Instituto Mora, 1999).

Rousseau, Jean-Jacques, Julia o la nueva Eloísa, prólogo y traducción de Pilar Ruiz Ortega (Madrid, Akal, 2007).

Rudd, Mark, "Un activista responde al presidente de Columbia", en Cohen, comp., 1969, pp. 311-314.

Rüsen, Jörn, "¿Puede mejorar el ayer? Sobre la transformación del pasado en historia", en Leyva, coord., 2003, pp. 477-501.

Sader, Emir, ed., Democracia sin exclusiones ni excluidos (Caracas, Nueva Sociedad/ ALAS, 1998).

Salazar Carrión, Luis, "La lección", Nexos, núm. 366, 2008, pp. 25-30.

——, "Enrique Krauze, Por una democracia sin adjetivos (1983)", en Illades y Suárez, coords. (en prensa).

Sánchez Martínez, Hilda, "La Revolución y la etapa de reconstrucción: los obstáculos a la consolidación financiera", en Quijano y otros, 1985, pp. 15-66.

Sánchez Rebolledo, Adolfo, "Dos notas sobre Carlos Pereyra", Cuadernos Políticos, núm. 54/55, 1988, pp. 14-22.

——, "¿Qué diría?", Nexos, núm. 366, 2008, pp. 33-34.

Sánchez Susarrey, Jaime, "La izquierda: ¿emisario del pasado?", Vuelta, núm. 140, 1988, pp. 65-66.

——, "El 6 de julio", Vuelta, núm. 141, 1988, pp. 62-63.

——, "Lo provisional y lo promisorio", Vuelta, núm. 143, 1988, pp. 49-50.

——, "De julio a julio", Vuelta, núm. 153, 1989, pp. 53-54.

Santi, Enrico Mario, ed., Luz espejeante. Octavio Paz ante la crítica, selección y

prologo de… (México, Era/UNAM, 2009).

Saítta, Sylvia, comp., Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda (Buenos Aires, FCE, 2007).

Saramago, José, La caverna (Madrid, Alfaguara, 2000).

Sassoon, Donald, Cien años de socialismo (Madrid, EDHASA, 2001).

Segovia, Rafael, "El regreso de la política", Nexos, núm. 129, 1988, pp. i-iii.

Semo, Enrique, Historia del capitalismo en México. Los orígenes, 1521/1763 (México, Era, 1973).

——, La crisis actual del capitalismo (México, Ediciones de Cultura Popular, 1975).

——, "Lenin, la teoría del capitalismo monopolista de Estado y los países capitalistas intermedios", Coyoacán, núm. 4, 1978, pp. 101-121.

——, "Reflexiones sobre la Revolución mexicana", en Aguilar Camín y otros, 1979, pp. 135-150.

——, Historia mexicana. Economía y lucha de clases, 1978, 2a ed. (México, Era, 1981).

——, Viaje alrededor de la izquierda (México, Nueva Imagen/UAS, 1988).

——, Crónica de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas del Este (México, Grijalbo/ Proceso, 1991).

——, "Umbral de una época", en Anguiano, coord., 1991, pp. 117-135.

——, La búsqueda, 2 vols. (México, Océano, 2003-2004).

——, "Modernización desde arriba y revolución", Memoria, núm. 243, 2010, pp. 8-16.

——, coord., México, un pueblo en la historia, 4 vols. (México, Nueva Imagen/ UAP, 1983) [2a ed., corregida y aumentada, 8 vols. (México, Alianza, 1989)].

—— y Enrique Suárez Íñiguez, “América Latina y la crisis europea. Eurocomunismo” (México, SEPELA, 1977).

—— y otros, Modos de producción en América Latina (México, Ediciones de Cultura Popular, 1978).

Semo, Ilán, El ocaso de los mitos, 1983, 2a ed. (México, Alianza, 1989). México, un pueblo en la historia 6.

Sempat Assadourian, Carlos y otros, Modos de producción en América Latina, 1973, 6a ed. (México, Siglo Veintiuno, 1978). Cuadernos de Pasado y Presente 40.

Sewell Jr., William H., Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848 (Madrid, Taurus, 1992).

Sheridan, Guillermo, México en 1932: la polémica nacionalista (México, FCE, 1999).

——, Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz (México, Era, 2004).

Sierra, José Luis, “Fuerzas armadas y contrainsurgencia (1965-1982)”, en Oikión Solano y García Ugarte, eds., 2008, II, pp. 361-404.

Smith, Robert Freeman, “La deuda externa de México 1920-1943”, en Rodríguez O. y otros, 1988, pp. 119-141.

Sosa Elízaga, Raquel, “Homenaje a Ruy Mauro Marini”, en Sader, ed., 1998, pp. 9-12.

Spencer, Herbert, El individuo contra el Estado (Barcelona, Folio, 2002).

Spenser, Daniela y Rina Ortiz Peralta, La Internacional Comunista en México: Los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922 (México, INHERM, 2006).

Starobinski, Jean, Acción y reacción. Vidas y aventuras de una pareja (México, FCE, 2001).

Stedman Jones, Gareth, Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (Madrid, Siglo Veintiuno, 1989).

——, An end to poverty? A Historical Debate (Nueva York, Columbia University Press, 2004).

Suárez Molnar, Rodolfo, Explicación histórica y tiempo social (Barcelona, Anthropos/ UAM, 2007).

Sweezy, Paul Marlor, "La naturaleza de clase de la burocracia soviética. Respuesta a Ernest Mandel", Montlhy Review, III(5), 1979, pp. 38-52.

—— y Charles Bettelheim, Algunos problemas actuales del socialismo, 1973, 4a ed. (Madrid, Siglo Veintiuno, 1978).

Taibo II, Paco Ignacio, Bolshevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (México, Joaquín Mortiz, 1986).

Tello Díaz, Carlos, La rebelión de las Cañadas (México, Cal y Arena, 1995).

Terán, Oscar, "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Terán, coord., 2004, pp. 13-95.

——, coord., Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004).

Tesis de Pulacayo, prólogo de Guillermo Lora (La Paz, Masas, 1980).

Thompson, Edward Palmer, Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad industrial, prólogo de Josep Fontana (Barcelona, Crítica, 1979).

——, Miseria de la teoría (Barcelona, Crítica, 1981).

——, Opción cero (Barcelona, Crítica, 1983).

——, William Morris. De romántico a revolucionario (Valencia, Alfons el Magnànim, 1988).

——, La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1977, 2a ed., 2 vols.,

prólogo de Joseph Fontana (Barcelona, Crítica, 1989).

——, Costumbres en común (Barcelona, Crítica, 1995).

Tres socialistas frente a la Revolución mexicana. José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre, edición y estudio introductorio de Andrea Sánchez Quintanar (México, CONACULTA, 1994).

Trejo Delarbre, Raúl, "Así votaron los medios", Nexos, núm. 129, 1988, pp. x-xi.

——, "Indispensable", Nexos, núm. 366, 2008, pp. 35-37.

Van Delden, Maarten, "Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre Vuelta y Nexos", en Vanden Berghe y van Delden, eds., 2002, pp. 105-119.

Vanden Berghe, Kristine y Maarten van Delden, eds., El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México, 1910-2000 (Ámsterdam/Nueva York, Presses Universitaites de Namur, 2002).

Vázquez, Josefina, El Colegio de México: años de expansión e institucionalización 19611990 (México, El Colegio de México, 1990). Jornadas 118.

Vidal-Naquet, Pierre, Los asesinos de la memoria (México, Siglo Veintiuno, 1994).

Vilar, Pierre, "Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser", 1973, en Cardoso y Pérez Brignoli, comps., 1976, pp. 103-159.

Villoro, Luis, Tres retos de la sociedad por venir: justicia, democracia, pluralidad (México, Siglo Veintiuno, 2009).

Volpi, Jorge, El fin de la locura (México, Planeta, 2003).

——, La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968, 1998, 2a ed. (México, Era/Editores Independientes, 2008).

Von Wobeser, Gisela, coord., Historia de México, presentación de Felipe Calderón (México, Academia Mexicana de la Historia/SEP/FCE, 2010).

Warman, Arturo, “La caída del sistema”, Nexos, núm. 128, 1988, pp. viii-xi.

White, Hayden, El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica (Barcelona, Paidós, 1992).

Wilkie, James W., y Edna Monzón Wilkie, Frente a la Revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva, 4 vols. (México, UAM, 1995-2004).

Wilson, Edmund, Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia, 1940, 2a ed. (Madrid, Alianza, 1972).

Williams, Raymond, Keywords. A vocabulary of culture and society (Nueva York, Oxford University Press, 1983).

——, Cultura y sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell (Buenos Aires, Nueva Visión, 2001).

——, La larga revolución (Buenos Aires, Nueva Visión, 2003).

Woldenberg, José, El desencanto (México, Cal y Arena, 2009).

——, “Las cifras y los votos: pistas para no irse con las fintas”, Nexos, núm. 129, 1988, pp. vi-vii.

Womack Jr., John, “La Revolución mexicana, 1910-1920”, en Bethell, ed., 19911992, IX, pp. 78-145.

——, Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros (México, FCE/El Colegio de México, 2007).

Yankelevich, Pablo, Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983 (México, El Colegio de México, 2009).

Zaid, Gabriel, “Carta a Carlos Fuentes”, Plural, núm. 12, 1972, pp. 52-53.

——, De los libros al poder. Una crítica del monopolio de los estudiosos (México, Océano, 1997).

Zapata, Francisco, Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano (México, FCE/El Colegio de México, 1993).

Zermeño, Sergio, Resistencia y cambio en la UNAM. Las batallas por la autonomía, el 68 y la gratuidad (México, Océano, 2008).

——, Reconstruir a México en el siglo XXI. Estrategias para mejorar la calidad de vida y enfrentar la destrucción del medio ambiente (México, Océano/UNAM, 2010).

Zermeño Padilla, Guillermo, La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica (México, El Colegio de México, 2002).

Zola, Émile, Germinal, 1994, 6a ed., edición y traducción de Mauricio Armiño (Madrid, Austral, 2005).

Hemerografía

Coyoacán, México D.F.

Cuadernos Políticos, México D.F.

El Día, *México D.F.*

El Espectador, México D.F.

Excélsior, México D.F.

Historia y Sociedad, México D.F.

La Jornada, México D.F.

Libre, París

Monthly Review, Barcelona [edición en español]

New Left Review, Madrid [edición en español]

Nexos, México D.F.

Novedades, México D.F.

Plural, México D.F.

Proceso, México D.F.

Siempre!, México D.F.

S.NOB, México D.F.

Universidad de México, México D.F.

Unomásuno, México D.F.

Vuelta, México D.F.

Entrevistas

“Un profesor de México en la Universidad Humboldt de Berlín”, entrevista de Raquel Tibol a Enrique Semo, Historia y Sociedad, primera época, núm. 12, 1968, pp. 66-72.

“Dependencia y subimperialismo”, entrevista de Luis Ángeles a Ruy Mauro Marini, La Cultura en México, suplemento de Siempre!, núm. 580, 21 de marzo de 1973, pp. v-vii.

“La tentación de pensar la historia”, entrevista de Hugo Hiriart y Soledad Loaeza a Carlos Pereyra, Nexos, núm. 53, 1984, pp. 5-13.

“1984: entre el desencanto y la esperanza”, entrevista a Roger Bartra, Casa del Tiempo, febrero de 1984, en Bartra, 1986, pp. 269-281.

“El árbol de oro de la utopía”, entrevista de Christopher Domínguez Michael a Roger Bartra, El Buscón, agosto de 1984, en Bartra, 1986, pp. 281-297.

“Por una modernidad alternativa”, entrevista de Alberto Cue a Bolívar Echeverría, La Jornada Semanal, 2 de junio de 1996, pp. 10-11.

"¿Por qué no crecemos?", entrevista de José Ángel Leyva a Rolando Cordera, UIC, núm. 12, 2009, pp. 5-11.

"Decepcionante la democracia mexicana", entrevista de Israel Covarrubias a Rolando Cordera, Metapolítica, XIII(69), 2009, pp. 28-33.

"La nación, entre la decadencia y la esperanza", entrevista de María Teresa Muñoz Sánchez a Enrique Semo, UIC, núm. 13, 2009, pp. 23-31.

"Occidente, modernidad y capitalismo", entrevista de Carlos Oliva Mendoza a Bolívar Echeverría, La Jornada Semanal, 8 de agosto de 2010, pp. 8-9.

"Genealogía de las rebeliones", entrevista a Adolfo Gilly, Sudestada, núm. 88, 2010. http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3339.

"'Lo que existe no puede ser verdad'", entrevista a Adolfo Gilly, New Left Review, núm. 64, 2010, pp. 28-44.

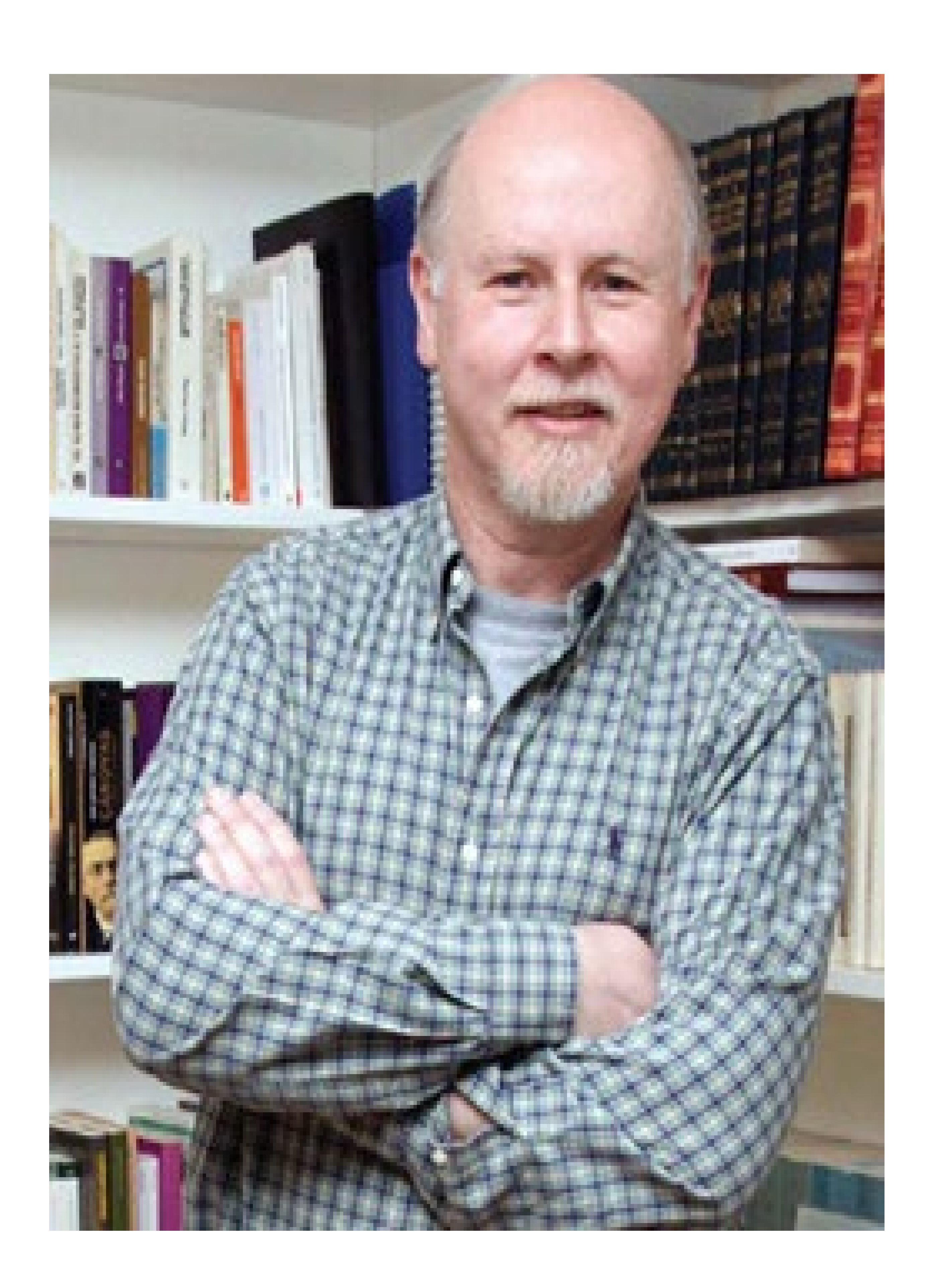
Páginas Web

www.gnu.edu/~nsarchiv/nsaebb/nsaebb209/iinforme/tema07.pdf

www.marini-escritos.unam.mx/002_memoria_es.htm

www.letraslibres.com/blog/blogs/

www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3339



CARLOS ILLADES (1959) es profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa, investigador nacional nivel III del SNI y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Uno de los más destacados especialistas en historia social e intelectual mexicana, estudió la licenciatura y la maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, doctorándose en El Colegio de México. Ha sido investigador visitante en las universidades de Harvard, Jaume I, Potsdam, Leiden, Columbia y el CIDE. Es autor de diez libros entre los que se cuentan: Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en a ciudad de México, 1853-1876 (1996), Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México (2002), Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano (2005) y Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México, 1850-1935 (2008). Obtuvo los premios de investigación "Marcos y Celia Maus" (Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1988), Academia Mexicana de Ciencias (área de ciencias sociales, 1999), "Edmundo O'Gorman" (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001), Comité Mexicano de Ciencias Históricas (2002) y "Gastón García Cantú" (Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007).

El CONACYT contribuyó a la edición de este libro

a través del Proyecto de Investigación Básica 150714

Diseño de portada: Ivonne Murillo

Fotografía de la portada: Monumento Marx-Engels Forum, Berlín

Obra del artista alemán Ludwing Engelhardt. Cortesía del autor

LA INTELIGENCIA REBELDE

© 2011, Carlos Illades Aguiar

D. R. © Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, piso 10

Col. Lomas de Chapultepec

Miguel Hidalgo, C. P. 11000, México, D.F.

Tel. (55) 9178 5100

info@oceano.com.mx

www.oceano.mx

Primera edición en libro electrónico: septiembre, 2012

eISBN: 978-607-400-793-0

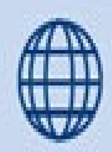
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Information Consulting Group de México

OCEANO

INFORMACIÓN • NOTICIAS • NOVEDADES


www.oceano.mx



www.oceanotravesia.mx



www.facebook.com/editorial.oceano.mexico



www.twitter.com/oceanomexico

ÍNDICE

Portada

Página de título

Dedicatoria

Epígrafe

Prólogo

1. El compromiso de los intelectuales

Lombardo y Revueltas

“Cuba, qué linda es Cuba”

Los intelectuales y el movimiento estudiantil

2. Historia y sociedad

La historia del capitalismo en México

Arqueología del poder

Renovadores y eurocomunistas

3. Coyoacán

La revolución “interrumpida”

La revolución mundial

4. Cuadernos políticos

La violencia política

La revolución en América Latina

El fin del milagro

5. ¿Ciencia positiva o discurso crítico?

La explicación histórica

La crítica de la economía política

De la invención de América a la reinvención de Europa

6. “Caída del sistema”, caída del muro

La elección de 1988 y el campo intelectual

Ante el cadáver de Octubre

7. La derrota estratégica de la clase obrera

Industria y trabajo

Sindicalismo

¿Una nueva era?

Epílogo

Notas

Bibliografía

Datos del autor

Página de créditos